



BIBLIOTECA DE LA UNION MERCANTIL.

HISTORIA NOVELESCA

WIFREDO EL VELLOSO

CRÓNICA CATALANA DEL SIGLO IX.

ORIGINAL

DE ANTONIO BARRERA



MALAGA

Tip. de Poch y Creixell. — Marqués, 4, 6 y 8

1893.

ISTORIA NOVA

ALFREDO EL VILLOSO

CRONICA CATALANA DEL SIGLO IX

ORIGINAL

DE ANTONIO BARRERA

INTRODUCCION

La Prediccion

El siglo IX veia empezar su último tercio.

Apenas matizaba las crestas de las primeras montañas de la España oriental el naciente sol de un hermoso día de Marzo.

Bello era el país que el astro rey saludaba al surgir de las verdes ondas del Mediterráneo.

Al Este se divisaba la gentil Barcelona, ceñida de espesas murallas interrumpidas por redondos torreones, reflejando en el mar la rara mezcla de sus torrecillas góticas y árabes: al Oeste, se extendian las feraces praderas de la vega del Llobregat: al Norte, las intrincadas y vírgenes selvas

del condado de Ausona: y al Sur, en fin, las azules colinas de la marca de Panades, destacando sus recortadas siluetas del fondo de rosa del horizonte.

En el recodo de un angosto sendero, que se internaba en los bosques que hemos situado al Norte, aparecieron de repente cuatro hombres á pié.

Era el primero un sér de mediana estatura, de rostro enjuto y de ojos hundidos, cuya edad hubiera sido difícil determinar, á no presentar un dato poderoso algunos mechones de escasos cabellos entrecanos, que se escapaban en desórden por debajo de su gorra de pieles. Vestía un tosco sayo, que no le pasaba de la rodilla, ceñido por un cinturón de cuero; y cubrían sus piernas, delgadas, pero cuya musculatura aun no había perdido su vigor unas largas calzas de velludo castellano. Sobre este traje, llevaba un pardo ropon pendiente de un hombro y recogido con descuido debajo del brazo.

Detrás de este personaje, caminaba un negro, de mirada fija y penetrante, formando un singular contraste la tez de ébano de su rostro con el blanco turbante que envolvía su cabeza, y el alquicel, más blan-

co todavía, en que rebozaba sus atléticas formas.

Al lado del primero, iba un hombre cubierto de una esplendente armadura de acero tachonado en oro. A pesar de que apenas contaría veinticinco años, su barba era negra y poblada; y en contraposición á su compañero, llevaba cuidadosamente peinado y perfumado su cabello, debajo de un bordado birrete de terciopelo carmesí. De su costado, pendía una larguísima daga, en cuya rica empuñadura, incrustada de bullidora pedrería, apoyaba su diestra, oculta bajo un fino guantelete.

A su vez, detrás del caballero, marchaba un paje, conduciendo en las manos la ancha y pesada espada de dos filos de su señor, y su perfilado casco de cambate, sobre cuya cimera se mecían multitud de voladoras plumas blancas. El traje de tisú de plata del joven paje, era digno en un todo del espléndido porte de su amo.

Estos cuatro hombres se adelantaron en silencio cincuenta pasos á través de aquella frondosa espesura, que á la sazón aparecía verde, como aparecía violada en el estío, pajiza en el otoño y blanca en el invierno.

Entonces se encontraron en un reducido valle, en cuyo fondo se distinguía una casa solitaria revestida de cal, semejante á un copo de nieve perdido entre los sauces del arroyo, que serpenteaba por la falda de los cerros.

Allí se detuvo el hombrecillo del ropon pardo, y á un ademan de su descarnada mano, le imitaron sus tres compañeros. Sin mas advertencia, continuó el solo su marcha hacia la pequeña casa de que hemos hablado, siguiendo el curso del arroyo, que en su tortuoso camino le condujo al fin á la puerta de la modesta vivienda.

Esta puerta aparecía cerrada herméticamente.

El del ropon se acercó á ella, no sin vacilar un momento, y no hallando aldabon alguno, estampó con sus duros nudillos en una de las tablas, dos golpes, que á pesar de la discrecion con que fueron dados, resonaron en lo interior con un eco vibrante.

Poco despues, la puerta giró sobre sus goznes, franqueando el paso al desconocido, sin que se dejara ver introductor de ninguna especie.

El hombrecillo fluctuó por segunda vez, pero por fin se decidió á pasar el dintel de aquella puerta, que acababa de abrírsele

por si misma, teniendo cuidado de adelantar primero el pié derecho.

Atravesó un angosto pasadizo, cruzó una habitacion cuadrilonga, cuya puerta se abrió también delante de él, á impulso de una mano invisible, y se encontró últimamente en una estancia circular, sin que al volver la cabeza pudiera ver el sitio por donde había entrado en ella.

Esta primera impresion, á pesar del involuntario desagrado que causó al recién llegado, se desvaneció bien pronto ante la contemplacion mas poderosa de los objetos que poblaban aquel extraño recinto.

En el centro, se elevaba una mesa de mármol, sobre la cual en una estufa de rojas brasas, se calentaba una plancha de plata. En torno aparecian diseminados multitud de instrumentos de caprichosas formas, agudos todos ó cortantes; finos los unos en su punta como una lanceta, afilados los otros en su corte hasta donde es posible reducir una lámina de acero.

Diferentes hornillos, retortas, crisoles y alambiques, yacian colocados en distintos puntos; dos relojes de arena graduados con inteligibles signos, dejaban deslizar suavemente el menudo polvo que encerraban; y una larga gradería contenia innu-

merables frascos, botes, ánforas y raros recipientes de cristal, de barro y de relucientes metales.

Ninguna ventana tenia en sus paredes esta singular habitacion: toda la luz que recibia se proyectaba á través de una rasgada claraboya de vidrios de colores, abierta en el techo; porque las paredes estaban destinadas á sostener esqueletos enteros de ojos vacíos y desarraigados dientes, momias egipcias de abigarradas fajas, gigantescos murciélagos con las alas extendidas, gnomos, sapos monstruosos y colosales caimanes.

Un silbido ronco y prolongado hizo pensar al desconocido que se hallaba en presencia de algun viviente, y se encontró, en efecto, con una enorme serpiente de verdinegras escamas, que levantaba la cabeza fijando en él sus vidriosos ojos, que llevaron un frio glacial hasta la médula de sus huesos.

El terror que en aquel instante experimentó, le obligó á dar un paso atrás, entreabriendo la boca para formular un llamamiento; pero antes que el grito se escapase de sus lábios, se vió enfrente de la persona á quien sin duda iba á llamar.

El hombre que acabamos de introducir

en nuestra relacion, era un anciano de luenga barba gris y de aventajada estatura, que vestía un traje medio hebreo, medio árabe, y que tranquilizó al del ropon y la gorra de pieles con una mirada, haciendo enroscarse de nuevo al reptil con un imperioso ademan de su dedo índice.

El del ropon se recogió en sí mismo por un momento, y coordinando sus ideas, pronunció con una voz, que en vano pugnaba por afectar exenta de toda emocion:

—¿Estoy en presencia de Zeid-el-Mandeb?

El árabe inclinó la cabeza.

—¿El sabio astrólogo? añadió el visitante, ¿el químico insigne?... ¿el augur infalible?...

—Decid más bien el humilde admirador de las obras de la naturaleza, respondió Zeid: el depositario tan solo de un corto número de sus sublimes secretos.

—Modesto es ese lenguaje para el que llena con la fama de su infinita ciencia toda la vieja Marca de Gothia.

—Los hombres yerran en sus juicios: solo las estrellas son infalibles.

—¿Podré, pues, conocer lo que ellas determinan en la suerte de una criatura?

—Nada más fácil, si habeis traído á pre-

Wifredo el velloso.

vencion lo que os indiqué en la respuesta que dí á vuestro mensaje.

—No lo he olvidado, contestó el del ropon: aquí teneis sangre de la persona, cuyo horóscopo anhele saber.

Y con mano trémula sacó de su seno un pequeño pomo de plomo, entregándoselo á Zeid.

El árabe le tomó, preguntando:

—¿Como quereis que se os llame?

El hombrecillo de la gorra de pieles, dijo después de un instante:

—Llamadme Jordi.

—Pues, bien, mesen Jordi, añadió Zeid con su severo acento; voy á abrir á vuestros ojos el libro del destino humano á un solo precio.

El del ropon miró de reojo al árabe; se-pultó tarda y silenciosamente su mano entre los pliegues del vestido, y sacó al fin oculto en sus largos y velludos dedos medio mancuso de plata, que colocó sobre la mesa de mármol, sin dejar de mirar al sos-layo á su interlocutor.

Zeid lanzó también una mirada á la merced que Jordi le hacia, y al distinguir la suma en que consistia, plegó sus finos lábios una sonrisa de desden.

—Podeis retirar vuestro dinero, dijo;

yo no estimo mi ciencia en lo que vos; la regalo.

Jordí no aguardó á que le repitieran la invitacion: volvió a coger presuroso el acuñado metal que había dejado sobre la mesa, y exclamó tornándole al ignoto sitio de donde le sacó, con un aire verdaderamente admirado:

—¡Como!... ¡tan generoso sois!... ¡por ventura sabriais hacer oro!...

—¡Oro! repitió el árabe con la misma sonrisa: ¡oh!... sé hacer una cosa mejor que eso.

—¡Mejor que el oro!... balbuceó Jordí con la vista estraviada.

—Sí... sé despreciarle.

A su vez se sonrió con lástima el hombreillo del ropon. Hubiérase dicho que en el fondo de su alma desdeñaba al imbécil desdeñador.

—Os habeis equivocado con respecto al precio que ponía á mi servicio, continuó Zeid: no os hablaba del pago.

—Decid, pues.

—La condicion que iba á imponeros es la necesidad de exigir de vos el juramento de no revelar nunca el secreto del procedimiento que me encontraba precisado á emplear á vuestra vista.

—Os doy ese juramento de todo corazón.

— Veamos, pues, entonces.

El árabe destapó el pomo, y apareció en su interior una sustancia negra y congelada.

Como aquel estado no era sin duda apto para el experimento, Zeid hizo brotar una llama azul de la boca de un frasco, y acercando á ella el pomo, vió deshacerse el coágulo de aquella carne líquida que tomaba progresivamente un subido color de carmin.

Jordí, apoyados los codos en la mesa, devoraba con los ojos los menores movimientos del Mandeb.

—¿Y os hará conocer vuestra ciencia, preguntó el nombre del ser á quien pertenece esa sangre?

—En breve será tan claro para mí como lo será su pasado, su presente y su porvenir.

—¡Oh... ¿todo eso?

—Todo.

Las secas mandíbulas del desconocido se agitaron convulsivamente con un movimiento nervioso. El árabe que le sorprendió, se detuvo diciendo:

—¿Os ocurre reparo alguno?

—No.

—Debo advertiros que es indispensable una libertad completa.

—Así es la mia... Proceded al horoscopo.

Zeid retiró entonces de la estufa la plancha de plata que la cubria, y la puso sobre un trípode de acero en el borde de la tabla de mármol.

En cuanto á Jordí, apenas respiraba, embebido en su contemplacion absoluta.

Luego que trípode estuvo asegurado, tomó de nuevo Zeid el pomo de plomo, y vertió una espesa gota del líquido que contenia en la candente plancha argentina.

La sangre hirvió un instante, esparciendo en torno un olor nauseabundo, y se evaporó en seguida, dejando en la plancha el caprichoso dibujo de una profunda mancha negra.

El árabe examinó detenidamente aquel dibujo con espresion sombría.

—¿Que veis?... articuló el impaciente desconocido despues de un largo intervalo de silencio.

—Veo, contestó Zeid, que el hombre en cuyas venas circulaba esta sangre hace veinticuatro horas, es un elevado personaje.

—¿Me será permitido dirigiros yo mismo las preguntas que mas vivamente deseo hallar satisfechas?

—Sí.

—Pues bien: nada de ambigüedades... ¿cuál es el nombre de ese distinguido personaje?

—Se llama Salomon de Cerdaña, conde de Barcelona.

Jordi se estremeció involuntariamente.

—¿Dudábais del poder de la ciencia? repuso el Mandeb.

—No... no... continuemos.

—Interrogad.

El hombrecillo de la gorra de piel murmuró en efecto, con ahogada voz, no sin hacer antes un poderoso esfuerzo:

—¿Y quedan todavía á Salomon muchos años de vida?

Zeid vertió una gota de sangre sobre la plancha, y observó con fria atencion su resultado. El tiempo que tardó en contestar le pareció ser de una angustia indefinible para Jordi.

Por fin el árabe pronunció:

—Un obstáculo insuperable se opone en este momento á la respuesta que pedís; pero hay horóscopos relativos que quizá

podrían conducirnos á ella... Esa línea cruzada nos lo asegura.

—¡Ah!... y no tendríamos ocasion de...

—De nada por ahora: no podemos abandonar un punto el experimento que nos ocupa sin que pierda tristemente toda su eficacia.

—De modo que habré de privarme por hoy de la solución anhelada en tan importante cuestión?

—Es indispensable.

—¿Podremos al menos conocer el género de muerte que le aguarda?

—¡Oh!... sí.

—Examinadlo, pues, examinadlo... ¿Morirá en su lecho?

—No.

—Pero... ¿será tranquila... será natural su muerte?

—No... cruel y violenta es la que el destino le depara.

Jordí se puso espantosamente pálido, y sintió brotar un sudor helado de la raíz de sus grises cabellos.

—¡Cruel!... ¡violenta!... repitió hablando consigo mismo.

—Sí; violenta, porque ha de sentir atravesado su pecho por un hierro homicida;

cruel, porque ha de dirigirle la mano de su mas mortal enemigo.

El desconocido con las cejas fruncidas y los dientes apretados, lanzó una aspiracion semejante á un rugido.

—Decidme el nombre de ese enemigo, replicó con acento pálido: ¡quien... quien será el matador!;

Zeid observó largo espacio la plancha, sin mover un solo músculo de su fisonomía.

Jordí, frenético, separó con tembloroso pulso su bordo sayo, y sacó una bolsa de nutria que acercó abierta á los ojos del árabe, diciendo:

—Esto es oro... ¿lo veis?... oro cocido y limpio... pues bien, todo es vuestro si arrancais á la ciencia el nombre que os pido.

—Sería inútil insistir, contestó el Mandeb: un velo impenetrable nos oculta ese nombre... pero puedo, sin embargo, deciros á que familia pertenecerá el homicida.

—¡Oh!..... hablad..... hablad..... quizá baste.

Y Jordí dejó la bolsa junto al trípode.

—El matador, dijo Zeid, será un vástago

go de las antiguas casas de Ausona, de Arria ó de Besalú.

—¡Ah!... mi sueño... mi sueño... murmuró el desconocido: ¿quiero mejor corroboracion?

“El árabe continuó con un timbre de voz fatídico:

—Sí: á un descendiente de esos nobles troncos destina el cielo para vengador de su estirpe... para libertador de la desventurada Gothalandia... para verdugo del tirano que envenena las brisas de sus fértiles costas con su empozñado aliento, pisa sus mas sagrados fueros con su planta extranjera, y mancha en la sangre de sus mas caros hijos sus manos avaras y licenciosas.

Jordi, apoyado en la mesa, escuchaba con una sonrisa infernal en los lábios aquel acento sonoro que parecia llevar el sello de la inspiracion.

—¿Tan duro es para el país el yugo del conde!... pronunció con su sarcástica expresion.

—Tan duro como el del bandido para el pacífico y desarmado caminante, replicó Zeid: como el del lobo para el rebaño: como el del vicio para la virtud.

—Oh... oh...

Wifredo el velloso.

—Corred si no por esas campiñas... deteneos en las modestas cabañas... preguntad en los soberbios castillos, y solo escuchareis las maldiciones que en unas y otras le prodigan humildes y poderosos. ¿Donde quiera que encontréis una huella de sangre, por allí ha pasado Salomon... donde quiera que veais vestigios del fuego y de la rapiña, allí los ha fulminado su diestra devastadora.

—Viva es la pintura que de él haceis, sabio Zeid.

—Aun os pareceria pálida si hubiérais enjugado como yo las lágrimas que ha hecho derramar... si hubierais remediado con vuestro oro las miserias que ha hecho nacer.

—¡Cómo, pues, tolera el condado á ese mónstruo por señor!...

—Preguntádselo á las negras torres de su castillo de la ciudad, coronadas de mercenarios asesinos, desde cuyas almenas se envia la muerte al infeliz que osa levantar la vista á aquel nido de cuervo... Preguntádselo á sus innumerables alodios fuertes de las marcas y los condados... á sus escuadrones de lanzas francas... á sus bandas de arqueros de Sptimania, compuestas de feroces bárbaros, sin mas freno, ley ni Dios

que la sed de estérminio y de pillaje que incesantemente devora á su amo, y que para apagarla por su cuenta y la de ellos, los lanza de vez en cuando en medio de sus inermes pueblos, como una trahilla de voraces lebreles.

—Segun eso, ¿creis un justo castigo de sus faltas el triste fin que habeis leído en la plancha de los horóscopos?...

—No; porque las mil vidas que él ha arrancado no puede expiarlas con la suya... Es otro golpe mas terrible el que la suerte le reserva.

—¡Mas terrible que la muerte misma!... esclamo Jordí con un tono entre irónico, entre aterrado.

—Sí.

—Hablad .. ¿qué golpe será para él mas duro que morir á manos de un asesino?...

—Será el de privar él mismo de la vida á la persona que más ama...

Jordí soltó una carcajada satánica.

—¡Ah!... dijo, por esta vez no habeis visto muy claro; porque Salomon no ama á nadie.

—Os equivocais; lo dice la ciencia.

El del ropon meneó la cabeza con aire incrédulo.

—Y en verdad que seria muy necio en

amar alguno, articuló con sorda voz, cuando habeis dicho que todos le aborrecen.

—Todos, menos su hija.

Jordí lanzó al árabe una mirada chispeante á través de sus largas pestañas.

—¿Qué quereis decir? preguntó con la frente nublada.

—Que aun le falta mancharse con un parricidio, y que fatalidad le conduce á ese crimen, para herirle en la única fibra sensible de su corazon... para hacer desencadenarse por primera vez en su alma el desgarrador huracan de un remordimiento sin límites...

El desconocido dió un salto atrás como el tigre antes de arrojarse sobre su presa. Su semblante no era ya pálido, sino lívido.

—¡Mentís! gritó frenético; ¡miente vuestra ciencia!... ¡miente las estrellas!...

Zeid le contestó friamente:

—Si mis predicciones no os merecen crédito, ¿á qué venis á consultarme?...

Espantoso fué en verdad, por un momento, el rostro de Jordí; pero despues de tender una mirada en torno y de fijar sus ideas, repuso en el sardónico tono que acababa de abandonar:

—Es cierto... además, lo que acabo de oir no es para sorprender á nadie. Vuestro

oficio no ha de consistir precisamente en vaticinar prósperos sucesos... alguna vez ha de tocar su turno a los infaustos... y justo es que aprovecheis la ocasion de ver negros los presagios cuando no os encontrais en presencia de la misma persona á quien teneis por conveniente aplicarlos.

El Maneeb no se dignó responder al hombre del ropon, que buscaba á hurtadillas con los ojos la puerta por donde habia entrado en aquella especie de misteriosa jaula.

—Por lo demás, añadió Jordí, habeis hecho bien en exigirme juramento de no revelar el horóscopo que acabais de sacar; porque sí por acaso llegase á noticia de Salomon, pudiera, á pesar de toda su inocencia, darle algun motivo para tomaros ojeriza.

—Solo os he pedido secreto en cuanto al procedimiento: por lo que hace al pronóstico, podeis divulgarle en el punto que salgais de aquí. La cólera del conde de Barcelona es impotente para mí.

—¿Lo creéis así?... dijo Jordí con singular espresion, dando media vuelta á su gorra.

—Me responde de ello el horóscopo relativo de que ya os he hablado.

—Si tanta es vuestra seguridad...

—Completa. Una palabra mia bastará, en cualquier caso, para desarmar al conde.

—Es que... como vuestra profecias le son tan poco favorables, pudiera suceder que no quisiera escuchar nunca vuestra voz, ni aun para pronunciar esa palabra.

Zeid se encogió de hombros.

—Tanto peor para él concluyó.

—¿Sí?... paréceme, por lo visto, que no sois enteramente extraño al conde Salomon: esta circunstancia viene á confirmármelo, despues del enérgico interés con que le habeis acusado.

—Os engañais; nunca le he encontrado en mi camino. El lenguaje de la verdad es el que ha brotado de mis lábios, y no habría sido seguramente más débil si á él en persona me hubiera dirigido ¡Feliz yo mil veces si mi pobre voz hubiese llegado hasta el fondo de su edurecido corazon, combatiendo en él sus perversos sentimientos!...

La intensa mirada con que Zeid acompañó su últimas palabras, turbó un instante á Jordí, pero se repuso en breve, añadiendo sin intermision:

—No seré yo quien dude una cosa que afirma Zeid-el-Mandeb... Pero bastante os

he ocupado ya... Réstame solo tributaros la justa admiracion que vuestros estraordinarios conocimientos merecen... y alejarme de vuestro lado con el alma llena de gratitud.

Y Jordí volvió de nuevo la cabeza hácia el sitio donde suponía estar la invisible puerta.

El árabe, que observó su movimiento con la glacial y penetrante visual que le era peculiar, oprimió un resorte, desde el mismo punto en que se hallaba; y en el acto se abrió la pared, presentando al del ropón la estancia cuadrilonga y el estrecho pasadizo por donde había entrado.

Jordí, notoriamente satisfecho, se lanzó á aquella puerta hasta pasar un pié al otro lado del umbral. Allí se detuvo para despedirse de Zeid, que no se había movido de su puesto.

—Reasumamos, pués antes de separarnos, dijo el de la gorra de pieles con su aire ambiguo.—Si mal no recuerdo, hemos convenido en que Salomon de Barcelona es un múnstruo sanguinario; en que cansado el cielo de sus crímenes, le reserva, en justa expiacion, la desesperacion de haber privado de la vida á la persona que mas ama, y de morir á manos de la que más aborre-

ce; en que esta última persona será un vástago de las ilustres casas de Ausona, de Arria ó de Besalú; en que un obsiáculo insuperable se ha opuesto á que conozcais la época precisa en que ha de veaificarse este feliz acontecimiento para toda la Marca; y finalmente... en que las iras dél Nabucodonosor franco-godo no pueden llegar hasta vuesa cabeza... ¿No es esto?

Zeid inclinó ligeramente la poblada barba, con cierto desden.

—Paréceme, repuso Jordí sonriendo siniestramente, que pronto vamos á encontrarnos uno y otro en estado de apreciar en su verdadero valor vuestros vaticinios.

Y se internó mas en la habitacion contigua.

—¡Partid con Dios!... mosen Jordí, dijo el árabe sin mover apenas los lábios.

—¡Y vos, quedad con el diablo, señor invulnerable!., murmuró el desconocido, apresurándose á salir de aquella estraña vivienda.

Cuando Jordí respiró el aire libre embalsamado por los tomillos del valle, limpió el sudor que empañaba su frente y reprimió con la mano los violentos latidos de su corazon, próximo á estallar.

A los treinta pasos de precipitada carrera, se detuvo de repente. amenazando con el puño á la casa que acababa de abandonar.

—¡Como!... ¡viejo buho!... exclamó; te pagó en el oro más fino que vieron nunca tus ojos; y te atreves todavía á augurarme desgracias... ¡Por San Cucufate, mi patron, que he de probarte en breve que has mentido como el último juglar de Aquitania!

Y continuó su marcha en direccion á los primeros pinos del bosque, en uno de cuyos grupos habia dejado á sus compañeros. Allí estaba inmóviles.

Jordí se acercó á ellos con el ceño fruncido, los dedos crispados, y rechinando sus dientes caninos, agudos como los del jabalí.

El negro se puso de un salto á su lado, buscando debajo de su alquicel la empuñadura de su acerada gumia: el caballero alargó la mano al montante y al capacete que le presentaba su paje.

Hubiérase dicho que adivinaban su pensamiento.

—¡Hola! mi valiente Sunyer, dijo el desconocido al caballero que se adelantaba á su encuentro; ¿tienes gana de divertirte?

Wifredo el Velloso.

—¡Bah! contestó el interpelado; si acepto la vida es solo por diversion.

—Pues voy á proporcionarte un buen rato.

¿Ves la casa de donde salgo?

—Perfectamente.

—Está bien, harás una visita, y de seguro encontrarás objetos curiosos.

—¿Y qué haré con ellos?

—Lo que te acomode... ecepto con uno solo.

—¿Cual es ese?

—Un viejo medio rabino, medio moro, que hallarás agazapado en cualquier parte; una especie de mochuelo con barbas de macho... un hechicero con sus puntas de diablo... ya ves que se atreve á usurparte una de las cualidades que te atribuye el vulgo.

—En efecto... ¿y á qué uso destino semejante animal?

—Escucha... si no me engaño, he visto una argolla sobre la puerta de su casa...

—Podrá ser.

—Pues bien, cuélgale de ella.

—¿Por los piés ó por la cabeza?

—Por donde te cuadre.

—¿Nada más?

—Nada: tu seguridad, no obstante, me obliga á hacerte una prevencion

—¡Mi seguridad!

—Sí; quizá tropiece con un bicho terrible.

—¿Algun dragon?

—Poco menos; una serpiente de la India... córtala la cabeza.

—Así lo haré, contestó Sunyer acariciando su espada; ya sabeis el temple de esta hoja. Pero... ¿tendrá ocasion de escaparse el moro?

—Procura evitarlo.

—Rodearé la casa...

—Eso es cuenta tuya.

Sunyer asió un cuerno con boca de plata, que pendia en su costado, é hizo salir de él un agudo sonido, que repitió el valle entero como el eco de un trueno.

Poco despues, apareció una veintena de arqueros, corriendo hácia el sitio de donde partió el llamamiento.

Algunos pajes se acercaron tambien, conduciendo del diestro arrogantes corceles.

El hombre del ropon saltó sobre la silla de unos de ellos, pero antes de torcer las riendas, llamó á Sunyen con un ademan.

Cuando estuvo á su lado le dijo á me-

dia voz, inclinándose hasta tocar su oído.

—En un rincón de la madriguera en que te vas á meter, verás seguramente una bolsa de oro... recógela y tráemela.

Después de esta advertencia, aplicó los afilados acicates á los ijares de su bridon, y se alejó del valle seguido del negro y de los pajes.

En cuanto á Sunyer, así que se reunió á los arqueros, marchó sobre la casa de Zeid-el-Nandeb, acordonándola por todas partes.

La puerta estaba cerrada; pero no queriendo tomarse el trabajo de llamar, y como si solo se tratase de penetrar en la guarida de un oso, cogió un enorme peñón de la orilla del arroyo, y resoplando como una ternera marina, le lanzó con violencia contra la puerta, que incapaz de resistir tan rudo embate saltó en mil pedazos.

Sunyer y sus satélites se precipitaron por ella, estrechándose con un ruido en el angosto pasadizo como las encontradas ondas de un torrente impetuoso.

Al desembocar en la primera habitación, hallaron en medio de ella la grave y elevada figura de Zeid, que se adelantaba atraído por el eco atronador que pre-

cedia á aquella turba encubertada de acero.

—¡Qué quereis!... les gritó con un acento que dominó todo el estruendo.

Sunyer le examinó de piés á cabeza, y dijo por toda respuesta como si hablara consigo mismo:

—Un viejo con barba de macho cabrío... con traje medio de moro, medio de judío... con ojos de mochuelo... y con atributos de adivino!... voto á las mas venerables reliquias de la Gothia, que la pintura ha sido exacta!... no puede ser otro que este gigantesco zángano.

Y como si acabara de proceder á la mas escrupulosa identidad de la persona de un reo, se volvió hácia sus arqueros, añadiendo á continuación:

—¡Eh!... Ramon **Prá**... Juan Cabells... echadme las gorras á ese orang-outang, y cuidad de hundirle bien las uñas para sujetarle, porque muerde.

Los arqueros se apresuraron á obedecer, arrojándose sobre el árabe, como se lanzan los perros en una batida sobre si ya acorralado jabalí.

Tan brusca fué la acometida, que Zeid se vió asido, maniatado y levantado en alto por ocho brazos vigorosos antes de poder pensar en rechazar el ataque.

—¡Oh!... infames... ¡oh!... asesinos... aulló tascando la rojiza espuma que brotaba de sus lábios. ¿Es esta la primera hazaña con que saluda al día vuestro cobarde señor?

—¡Hem!... eso es solo un pasatiempo que nos proporciona, contestó Suyer.

—¿Qué suerte me destina?

—Adivínalo, ya que ese es tu oficio... Ea, hijos, sacadlo al campo... ¿vo veis que aquí se ahoga?

—Los arqueros en efecto, condujeron al árabe por el pasillo sin permitirle tocar al suelo:

Cuando estuvieron fuera de la casa, hizo Sunyer pasar una cuerda por la argolla que realmente había encima de la puerta, y que honraba sobremanera el profundo carácter observador del hombrecillo del ropón pardo. Un arquero ejecutó esta operación con la destreza que revela la práctica de casos análogos, saltando sobre los hombros de otro de sus compañeros.

Zeid adivinó verdaderamente su destino al ver tan inequívocos preparativos.

Entonces dejó de oponer resistencia y guardó un silencio sombrío.

Sunyer entre tanto seguía activando los preliminares del curioso espectáculo

á que se preparaban sus arqueros con el mayor júbilo, y que se conoce con el nombre de estrangulacion de una criatura humana.

Al tratar, sin embargo, de acercar al árabe al nudo corredizo que pendia delante de la puerta de su hogar, pareció salir de su letargo la víctima.

—¡Un momento! exclamó con firmeza; acercáos, señor Sunyer... no os contaminará mi aliento, porque nunca he sido verdugo.

El caballero se aproximó interrogando al árabe con sus garzos y burlones ojos.

—Es imposible que yo muera, añadió Zeid, sin que ponga en conocimiento de vuestro amo una circunstancia importante.

—Importante para tí...

—No, sino para él.

—Como quieras: de todos modos lo imposible es que pongas en su noticia esa circunstancia.

—¿Por qué?

—Porque mi amo ya no está aquí, y yo no he recibido seguramente la orden de conducirte á su presencia.

—Hay un medio de remediarlo.

—¿Cuál?

—Escribirle una carta.

—¡Escribir! exclamó Sunyer abriendo extraordinariamente los ojos con una expresión de tanto asombro como cólera: ¡tunantes!... ¿por quien me tomas?... ¿crees por ventura que sé yo hacer semejante cosa? No soy monge ni juglar... soy caballero ¿lo entiendes?... tan caballero como el mismo Carlo-Magno; que jamás aprendió á coger una pluma.

—No he querido haceros la injuria de suponer que supiérais escribir: seré yo quien ponga la carta.

—Es inútil que te tomes ese trabajo: habla mientras te ahorcan, y yo le referiré puntualmente tus palabras.

—¡Desventurado! repuso Zeid apretando los puños; es más terrible de lo que imagináis la responsabilidad que adquiriría para con vuestro señor si me negais lo que os pido.

—¡Eh!... ¿y qué diablo esperas de tu carta?

—Lo espero todo.

—Está bien. ¡Hola! dejadle libres las manos. ¿Tienes ahí los utensillos necesarios?

El árabe no contestó; pero así que desapareció la ligadura que sujetaba sus muñecas, sacó un libro del pecho, rasgó una

de sus hojas de pergamino y trazó en ella con un punzon apresuradamente algunas líneas.

Despues la dobló alángándola á Sun-
yer.

—Ahora, dijo, es preciso que la envíeis al punto ó vuestro amo.

—¡Como! viejo lechuzo... ¡todavía esa exigencia.

—Es una consecuencia de la anterior.

Esta razon convenció por lo visto al caballero, porque se volvió con cierta índolencia á uno de los arqueros, y repuso entregándole el pergamino.

—Ya lo oyes. Pra..... corre á llevar al conde esos garabatos.

El arquero ejecutó al precepto que recibía, desapareciendo por un atajo á través de los pinos y de las encinas.

—¿Estás ya satisfecho? preguntó entonces á Zeid.

—Sí.

—Pues bien, acabemos nosotros; vamos hijos, izadle de buena manera á cuatro piés del suelo.

—¡Deteneos! le interrumpió el árabe: en ese pliego va mi perdon; aguardad un instante, y el conde en persona vendrá á daros la contraórden.

Sunyer dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Qué dice! pronunció: ¡voto á mi alma, si es que la tengo! sería la primera vez que el conde diese una contraórden en asuntos de esta especie.

A una seña suya los arqueros volvieron á apoderarse del infeliz astrólogo, y le condujeron mal de su grado á la puerta fatal.

—¡sesinos! rugia Zeid con sofocado acento: ¿no ois que estoy perdonado, miserables?

De repente sintió en el cuello una áspera presion; era la cuerda que le ceñía.

—Mirad, mirad, articuló: es el conde que llega.

—Y tendió sus mendicantes ojos por el valle.

Risas prolongadas fueron su única respuesta.

La tierra le había faltado ya... vino tambien á faltarle el apoyo de aquellos brazos que momentos antes aborrecía.

—¡Ah! bárbaros..., sollozó exanime... me ahogo: ¡maldicion! me sofoco... piedad...

Sus roncas aspiraciones no eran ya el

acento de un hombre: eran el estertor de la agonía.

En tanto que en la casa de Zeid-el-Mandeb se verificaba esta repugnante escena, el buen Jordí, abismado en hondas meditaciones, caminaba al paso de su caballo por el sendero que le había conducido al bosque, y que ahora iba á sacarle de nuevo á la calzada romana que unia los condados de Ausona y de Barcelona.

Aun no había perdido completamente su semblante el sombrío aspecto que sacó de la vivienda del astrólogo, pero á través de las nubes de tempestad condensadas todavía en su frente, podía verse brillar un rayo de luz siniestra, y este rayo le hacía lucir desde el fondo de su corazón el sol de la venganza.

Ya enpezaban los espesos chaparros del monte á convertirse en trebolillos de romero y en salpicadas matas de tomillo y de retama, natural transición entre el agreste bosque y las sembradas tierras de la campiña, cuando apareció un hombre corriendo por una hondonada que cortaba el camino que seguía Jordí y su escolta.

Así que la distancia permitió distinguir su traje, reconoció Jordí á uno de los ar-

queros de Sunyer que se dirigía directamente á él con una velocidad que hacía honor á sus piernas montañesas, después de tan larga carrera.

Aquel hombre llevaba levantado en alto un objeto parecido á una carta.

El del ropon tiró suavemente de las riendas de su corcel, y dejó aproximarse al arquero, el cual llegó sin aliento, puso en sus manos el pergamino que conducía sin poder articular otra cosa que una sorda interjeccion, y cayó en tierra jadeante.

Jordí paró la vista por el siguiente escrito.

“Salomon: El horóscopo á que me referia al tratar de la época en que ha de sobreveniros la muerte, es el mio propio. Vuestra vida se extinguirá á los noventa dias de haber yo dejado de existir.
”—Zaid.”

El hombre de la gorra de piel vaciló en la silla; una palidez mortal se extendió por todas sus facciones, y estrujó el pergamino entre sus convulsos dedos.

—¡Oh! ¡si fuese cierto! murmuró.

Y volviendo las riendas á su corcel, se echó sobre su cuello, y partió á escape por el mismo camino por donde había acabado de salir del monte.

Admirados los que le acompañaban, pugnaron por seguirle, pero en breve le ocultaron á sus ojos las contiauas sinuosidades del terreno.

Presa el delropon de un vértigo de terror, devoraba el espacio: los árboles pasaban á su lado como una larga fila de aéreas fantasmas, que se precipitaban en direccion opuesta á la suya, impulsadas por una corriente mágica. En cinco minutos deshizo el camino que había andado en veinte.

Pronto se encontró en el valle, y pudo divisar la blanca casa del árabe rodeada de hombres, en cuyas limpias armas reflejaba el sol sus ardientes rayos. Hasta sus oídos llegó también el confuso clamor que aquellos hombres levantaban.

Entonces obligó á su caballo al último esfuerzo.

Veloz como su propio pensamiento, atravesó el generoso bruto la distancia que le separaba del arroyo y cayó en medio de los arqueros derribando los que encontró delante.

La primera mirada del llamado Jordi fué para el astrólogo.

El desventurado Zeid, con el rostro morado, la barba unida al pecho y los ojos

fuera de sus órbitas, yacia colgado de la argolla á cinco piés de altura, sin otro movimiento ya que la natural oscilacion de todo cuerpo inerte suspendido en el espacio.

El hombre del ropon lanzó un rugido de cólera, que heló la sangre en el corazon de los sorprendidos arqueros, y del mismo Sunyer. Sus tremulos brazos se extendieron imperativamente hacia el ahorcado, pero ninguno se atrevió á interpretar el pensamiento que aquel ademan significaba.

Hubo, si embargo, quien pareció adivinarle.

El negro del blanco alquicel, que llegaba reventando su caballo, se arrojó al suelo, subió de un salto sobre Zeld, y cortó con su puñal la cuerda que le sostenía.

El cuerno del árabe cayó en tierra como una masa de plomo.

Acercóse á el Jordí, le examinó largo tiempo, y frunció el ceño mas que nunca. Acababa de convencerse de que solo miraba un cadáver.

Sunyer, con la vista baja y la cabeza descubierta, se adelantó hasta el extraño personaje que dominaba aquel cuadro lúgubre.

—Por ventura, ¿habré servido mal á vuestra señoría? pronunció temblando.

—Sí, porque por esta vez me has servido demasiado bien, murmuró el del ropon con un acento de tan sombría inflexion como de ininteligible sentido para Sunyer.

Y torció las riendas para apartarse de aquel sitio maldito.

A los pocos pasos, Sunyer y el negro, que no separaban los ojos de él, le vieron titubear en la silla, y corrieron á su lado bastante á tiempo para impedir que cayese del caballo.

El frío de la fiebre comunicaba á todos sus miembros un temblor convulsivo; su mirada era vaga y apagada, y su boca pronunciaba frases incoherentes.

—¡Noventa dias!... balbuceaba; ¡solo noventa dias.

Sunyer le contemplaba asustado.

—¡Pronto! grito con voz de trueno: ¡á Barcelona!... el conde Salomon está enfermo...

CAPÍTULO I

Una fiesta en el Coso

La noche del 23 de Abril de año de gracia del 874, había gran fiesta en el palacio condal del Coso de Barcelona.

Las largas galerías de la feudal mansion, por lo comun tan tristes y abandonadas, aparecían entonces radiantes de luz, de movimiento y de vida. Sus tersos pavimentos incrustados de preciosos mosaicos, acostumbrados durante muchos meses á escuchar tan solo el retintin sonoros de las ferradas botas armadas de aceros acicates, y á gemir bajo el peso de las mazas y los cuentos de las alabardes; oían uua vez, por fin, el crugido del fino cordoban de los porceguíes de colores, y

recibían los blandos besos de los luegos y recamados trajes de las damas.

Y era que la corte de la fiel ciudad de Barcelona celebraba el dichoso natalicio del conde su señor.

La flor de la nobleza, personalmente invitada, había acudido presurosa à poblar los salones del conde, temiendo incurrir en su enójo, si faltaba á tan directo llamamiento; y el enojo de Salomon de Cerdaña no era por cierto tan despreciable, que hombre alguno, por elevada que fuera su cuna, se jactase de arrostrarle con indiferencia.

Mucho daba en que pensar á todos semejante acontecimiento; porque Salomon no solia acordarse de su nobleza para nada bueno; y tan cierto era esto, que aun se citaba el hecho reciente del conde de Salles, que al recibir la órden de presentarse en palacio, hizo primero testamento, pidió la absolucion á su confesor, y salió de su casa besando la cruz de su espada. La experiencia justificó su prevision, por que jamás volvió al seno de su familia.

A la sazón, no obstante, hallábanse los nobles por esta parte enteramente tranquilos, en atencion al crecido número en que habian sido convocados; pero como todas

las reglas generales tienen sus escepciones no faltaban tampoco algunos que, por motivos particulares, abrigasen todavía en el fondo de su corazon una buena dosis de desconfianza.

Por lo demás, era tal la concurrencia en los vastos salones del palacio, que ni por un instante se dejó ver la base de sus columnas de mármol.

Como la reunion era forzada, estaba llena de contrastes. Los mas independientes catalanes tropezaban con el codo de los francos mas decididos hombres que el día anterior habían cruzado la espada, en una de sus frecuentes disensiones, y que quizá solo esperaban á que luciese el nuevo sol para cruzarla otra vez, se encontraban frente á frente, y se miraban con la sonrisa en los lábios, ó no se miraban si no se sentían capaces de dirigirse una sonrisa.

Allí estaban los condes de Ausona, de Villafranca, de Besalú y de Arria; y allí estaban tambien los de Manresa y Feliú, sus mortales enemigos.

En los ojos de unos y otros se leia con facilidad el sumo placer con que se habrían mutuamente aniquilado; pero daban treguas por entonces á tan fraternal deseo, contentándose, en tanto que se rea-

lizaba, con execrarse cordialmente.

Curioso era el espectáculo que aquel salon presentaba para el observador privilegiado que hubiera tenido el don de penetrar con su vista en las sombras del porvenir.

¿Cuánta sangre y miserias hubiera encontrado! ¡Oh! sí... sangre... miserias... porque esos son los eternos móviles y desenlaces de la triste comedia humana.

Nunca en los anales del inmenso teatro que se llama mundo se ejecutó una farsa mas completa.

Se celebraba con júbilo el dia feliz en que vió la luz el conde de Barcelona, y aquel dia había sido ya mil veces maldito. Con el humo del incienso que se elevó á los cielos en el *Te Deum* que se cantó por la mañana, habían tambien subido las imprecaciones de los mismos que doblaban la rodilla con la mano en el corazon y la frente descubierta.

Y sin embargo, ¿se engañaban los unos á los otros? Ninguno hubiera querido pasar por tan neciamente cándido.

En un ángulo del inmenso salon donde se evaporaban tantos enconados pensamientos y tan flamantes miradas de odio,

acababan de reunirse dos hombres espléndidamente ataviados.

Eran los condes de Ausona y de Besalú.

Después de convencerse el primero de que nadie estaba tan próximo, que pudiera escuchar sus palabras, siempre que no fueran pronunciadas en alta voz, se acercó al de Besalú, y le dijo á medio tono:

—¿Qué os parece esta magnífica función noble Guy?...

Besalú miró también á todos lados antes de contestar.

—Probablemente lo que á vos, respondió.

—Hablad, quiero ver hasta donde se identifican nuestras ideas.

—Pues bien, Balduino, me parece una trampa, un cepo, un lazo...

—¿Tendido contra quién?

—Quizá contra nosotros... acaso contra todo el mundo... ¡Quien es capaz de adivinar los pensamientos de Salomón!

—Pero, ¿qué se propone que dejemos en ese lazo?

—Por mi parte, todo lo temo... cuidado no dejéis la vida.

—He procurado precaverme de un atrevido golpe de mano. Debajo del jubon

traigo una cota de malla impenetrable al acero mas fino, y ya veis que mi espada no es un arma propia de este siglo: es la misma que hendió el yelmo y el cráneo de Pallars en el asalto de Urgel. En cuanto á vos, creo que no habreis sido menos prudente.

—¡Qué quereis! soi pariente del desgraciado Salles, y conozco lo bastante á Salomon para procurar no proporcionarle el placer de que enseñe sus descarnadas encias con su risa infernal, contemplando mi cabeza. Eso seria mas duro para mí que la muerte misma.

—Es verdad; por lo que á mi hace, me guardaré bien de probar ninguna de las bebidas que circulan por el salon. Os aconsejo otro tanto.

—Descuidad, Balduino: no temo menos á una puñalada en el estómago, que á una en el pecho.

Los ojos del conde de Ausona se fijaron por acaso en uno de los diversos grupos, tan pronto formados como disueltos en medio de aquel agitado océano de cabezas, y los separó al punto con un visible movimiento de desden.

—¿Habeis tropezado con Salomon? le preguntó Guy de Besalú con una son

risa que apenas entreabrió sus labios.

—¡No! pero he topado con un objeto casi tan repugnante para mí. Mirad.

Y el objeto que Balduino señalaba al conde de Besalú era un joven de diez y ocho años, de cabeza fina y astuta, de tez morena, de mirada espresiva y de pobladas cejas, que discurría por entre la multitud, siguiendo en sus caprichosos giros á dos damas tan jóvenes como él, y una de las cuales volvía á cada instante el rostro para contestar á sus preguntas breves y rápidas, pero fuecuentes.

Balduino continuó:

—¡Quién reconocerá en ese hombre la sangre ilustre del bravo Wifredo de Arria!...

—¡Es un niño!... respondió Guy moviendo tristemente la cabeza.

—Pero un niño, á quien la desgracia pudiera haber hecho encanecer á ser otra su alma. Observadle, Guy: ¿dónde está su espada? Por el empeño con que siempre procura no ceñírsela, parece haber olvidado el derecho que tiene á llevarla... Dadle una rueca... eso será más digno de sus afeeminadas manos. Pisa un palacio que debiera pertenecerle, y se arrastra, no obstante, á los piés del tirano que se lo usurpa. ¡Qué

le importa el honor... la gloria de su nombre si le dejan la vida!... Vedle corriendo solícito en pos de una mujer... su fisonomía está radiante... no revela un recuerdo ni un deseo... todo para él es presente, porque presente es solo lo que bebe en el filtro del amor... ¿Y sabéis quien es la mujer que sigue? ¡Oh!... la bastarda de Cerdaña... la hija del asesino de su padre... Conde, no es posible ver tanta abyección sin experimentar la misma impresión que siente al contacto de un reptil inmundo.

—Balduino... os repito que es un niño.

—¡Bien! un niño podía siempre por instinto á los verdugos de la persona que le dió el sér, y si Wifredo no da la mano á esos verdugos; es porque hasta se desdennan de ofrecérsela.

—Teneis razon, conde; pero esa inexplicable conducta me ha hecho sospechar mas de una vez, que ó el jóven Wifredo es un idiota, ó es un verdadero enigma. Ahora bien, examinad su segura y penetrante mirada... ¿revela por cierto imbecilidad?

—Entonces, ¿á que atribuis?

—No lo sé, Balduino; me contento con dudar que Wifredo sea exactamente lo que parece.

El de Ausona se encogió de hombros.

—Escuchad, Guy; dijo acercándose mas todavía al de Besalur si yo me llamara Wifredo, el señor de Barcelona no se llamaría Salomon.

—Conde...

—¡Sabeis lo que significa para el generoso pueblo de la Marca el nombre de Wifredo de Arria? pues bien, significa la libertad, la felicidad, la vida... Es el recuerdo de un príncipe que fué el amigo, el hermano de todos sus vasallos... Barcelona ama en su hijo la sangre del que fué su ídolo, ama su nombre en fin... A una voz del joven Wifredo se desnudarían cien mil espadas y se enristrarían diez mil lanzas... contestadme ahora... ¿creeis capaz de lanzar esa voz al tímido adolescente que pasa la vida en el regazo de las mujeres?

Guy nada contestó.

—Entonces Wifredo de Arria es un imbécil, continuó Balduino, porque tiene en su mano el único cabello de la ocasion y le deja deslizarse por entre sus dedos.

Despues de un largo intervalo de silencio concluyó con amargura como hablando consigo mismo.

—¡Ah!... ¡que no fuera yo hijo del conde de Arrial!

En aquel momento se dejó sentir en el salón un movimiento extraordinario, subió de punto el murmullo que en él zumbaba, y la apiñada concurrencia azotó con sus mugientes oleadas una de las paredes laterales, al agolparse á la ancha puerta de dos hojas practicada en medio de ella.

Por esta puerta acababa de aparecer el conde Salomon rodeado de una numerosa falange de servidores.

A sus dos lados se distinguían sus favoritos Bermónd y Sunyer, vestidos con un traje medio de guerra, medio de corte, en que á las claras se traslucía el empeño con que habían querido conciliar ambas cosas, y á sus espaldas se dejaba ver el marqués de Sinibal, armado hasta los dientes, y á la cabeza de una larga fila de maceros cubiertos de hierro.

Tan sencillo era el vestido del conde de Barcelona que pudiera llamarse mezquino. Predominaba en él un color gris oscuro; y ni el oro, ni la plata, ni el acero reflejaban un solo rayo de las innumerables luces que iluminaban la estancia.

En cambio los de sus amigos resplandecían como brillantes antorchas.

Un acontecimiento inesperado dividió, sin embargo, la atención general.

En el acto mismo de presentarse Salomon por la puerta de que hemos hecho mérito, entró también por la que se abría en la pared opuesta, un hombre, cuya vista causó una emoción profunda en todos los corazones.

El rostro de este nuevo personaje era noble y animado: el pronunciado perfil de sus varoniles facciones, y las vivas llamaradas que lanzaban sus pupilas, reveleban un atrevimiento sin límites: su edad frisaba en los veintinueve años, y vestía una cumplida sobrevesta de seda, bajo la cual se echaba de ver que iba completamente armado.

En toda aquella parte del salón resonó la misma exclamación repetida por cien bocas.

—¡Rosell!...

Y el ser que llevaba este nombre se encontró solo en el centro del ancho círculo que formaba las personas que retrocedían delante de él, como si temieran su apestado contacto,

El recién llegado, con el lábio desde-

ñosamente plegado, dió algunos pasos por en medio de aquella aterrada multitud, hasta divisar á Salomon, que por su parte se adelantaba con la cabeza algo inclinada y atento á cuanto en torno de él se decia.

El semblante del conde de Barcelona, más pálido esta noche que de ordinario, tomó una espresión sombría en el punto que distinguió á Rosell.

Su primer movimiento fué para retroceder: pero supo contenerse contentándose con permanecer inmóvil y sin dar á su fisonomía otra espresion que la de una sorpresa que hasta cierto grado no necesitaba fingir, dijo volviendo la cabeza alternativamente de Bermond á Sunyer.

—¡Me engañan mis ojos!... ¿es Rosell de Nadal el que está delante de nosotros?...

—En efecto, respondió Bermond.

—Rosell es en persona, ratificó Sunyer.

Salomon le examinó un instante, y exclamó despues de manera que solo le escuchasen sus amigos.

—¡Vive Dios! luego la idea que de su muerte teniamos era una pura suposicion:

—Es verdad; una suposicion que fun-

dábamos en su silencio... en su inacción.

—No nos faltaba motivo, Sunyer, porque quizá solo la muerte pueda justificar la inacción y el silencio de un hombre como Rosell. ¿Y á qué vendrá aquí?...

—¡No!... á felicitaros... contestó Bermond.

—A danzar acaso, repuso Sunyer.

El conde de Barcelona movió la cabeza con cierto aire de duda, y añadió de repente.

—Ese hombre mató á los bravos hermanos Wall... á mis dos caros amigos... ¿no es cierto?

Todo el mundo lo sabe, respondió Sunyer.

—¿Y no formaban parte los Wall de la aciaga expedición en que acaeció su desgracia al pobre conde de Arria?...

—Seguramente.

—¿Y no juró á poco Rosell arrancar la vida á todos los que compusieron la escolta del conde?...

—Por ahí se dice.

—¿Y no fuisteis vosotros dos de esa escolta?...

—Sin duda.

—Entonces creo adivinar á lo que viene Rosell á Barcelona.

—¿A qué?

—A mataros á vosotros.

Bermond hizo un gesto que probablemente quería ser una sonrisa: en cuanto á Sunyer, se rió de todas veras.

—¡Oh!... dijo el primero para sí; ¡quién sabe si pensará mas en matar á otro!...

—¡Bah! replicó Sunyer en alta voz; de todos modos no ha de enseñarnos sus dientes sin que le presentemos nuestras uñas.

Y ambos jóvenes siguieron á Salomon, que sin separarse un ápice de su amigos, continuó en linea recta su camino hacia donde estaba el hombre que acababa de ser objeto de este breve diálogo.

Rosell vió acercarse á Salomon del modo mismo con que hubiera visto acercarse á otro cualquiera.

—¡Por San Cucufate! exclamó el conde asi que llegó á su lado; ¡es el valiente Rosell!... ¡el señor de Nadal, que está en Barcelona... y en nuestro palacio del Coso!... bien venido, Rosell.

El hombre de la sobrevesta se inclinó ligeramente.

—Veo con reconocimiento, contestó, lo

profundamente grabado que existe mi nombre en la memoria de vuestra señoría.

—¿Es por ventura vuestro nombre de los que pueden olvidarse? Aun resuenan en nuestros oídos las trompas de la fama que en el año último nos refuieron vuestras proezas en las márgenes del Cea.

Nuestro único pesar al saber el desnudo con que en los campos de Sahagun enrojecisteis la arena con la sangre de los más bravos caballeros musulimes de Córdoba y de Sevilla, y de Mérida y de Toledo, fué que en tan bellas jornadas hubiérais enristrado la lanza en servicio de Alonso III de Asturias, y no en el de Carlos de Francia y Salomón de Barcelona vuestros príncipes naturales, vuestros compatriotas y vuestros amigos.

Rosell volvió á inclinarse con la boca fruncida por una sonrisa irónica.

Salomón continuó:

—¿Y tendremos la dicha, en esta ocasión, de reteneros por mucho tiempo á nuestro lado?

—Yo mismo lo ignoro, respondió Rosell.

—Pues por nuestro patrón que si en vuestra partida podemos tener alguna in-

fluencia, hemos de procurar que no salgais ya nunca de Barcelona.

Y Salomon se alejó tosiendo de aquel sitio, para dirigirse á los condes de Ausona y de Besalú, que mas bien que le vieron le sintieron acercarse con terror.

Entre tanto Sunyer y Bermond, que por esta vez prescindieron de seguir la comitiva de su amo, permanecieron delante de Rosell, contemplándole de arriba abajo.

Sinibal dejó tambien á sus maceros para reunirse á este grupo.

Despues de tolerar por algun tiempo las impertinentes miradas de los favoritos del conde, dijo por fin Rossell con un tono semi-burlon semi-serio.

—Por lo visto, señores, mi persona no ha quedada tan hondamente esculpida en vuestra alma como en la feliz memoria de vuestro señor, puesto que tanto trabajo parece os cuesta reconocerme.

—Al contrario, replicó Sunyer; por mis espuelas, os podría jurar que durante vuestra ausencia habeis sido mi eterno pensamiento,

—Y el mio, añadió Bermond.

—Y el mio, repitió Sinibal.

—Mucho me honra vuestro recuerdo, señores, pero nada os debo.

—¡Cómo, Rosell!... ¿tambien vos nos habriais consagrado alguna de vuestras ideas?

—¡Alguna!... todas las mias han sido vuestras.

—¿De veras.

—Podeis creerlo; cada vez que un bote de mi lanza atravesaba un moro ó un mal cristiano, ¡voto al mismo diablo! que á pesar de lo estemporáneo de la ocasion, me acordaba de vosotros.

—¡Y qué importa la ocasion!... el recuerdo es lo que os agradecemos.

—Y ese mas que otro alguno, repuso Sinibal.

—Entonces debeis quedar satisfechos.

—¿Y qué motivo, preguntó Bermond, os ha hecho renunciar á la existencia de gloria y de peligros, para la que pareceis nacido, y que llevábals en la corte y en los campos de batalla de Alonso III?

—Psc... el deseo de ver el cielo de Barcelona, de pisar sus verdes campiñas, de respirar las brisas de sus playas, de pasar, en fin, algunos momentos á vuestro lado.

—¡Vive Dios! exclamó Sunyer; no ha faltado tampoco quien haya dicho al veros entrar aquí que habiais venido á danzar.

—¡A danzar!...

—Sí.

—Pero para eso, ya conoceréis que, por lo menos, necesitaré una pareja.

—¡Ah! si no es otra cosa lo que os hace falta, elegid entre cualquiera de nosotros...

—Es cierto, dijo Sinibal; precisamente, mis piernas se están ya moviendo por si solas.

—Sí... sí... añadió Bermond; cualquiera de los tres se creará muy honrado con vuestra eleccion.

Rosell se acarició la barba, y repuso, envolviendo á los favoritos en una sola mirada de desden:

—Difícil sería para mí esa eleccion singular, toda vez que los tres ocupais la misma parte en mi corazon... Nada de privilegios, que ni á vosotros ni á mí podrian satisfacer... Consideráos los tres como elegidos.

—¡Los tres! pronunció Bermond arrugando las cejas.

—¡Eh!... murmuró Sinibal dirigiéndose á sus amigos; ya veis en lo que nos estima...

Wifredo el Velloso.

Sunyer le interrumpió con viveza:

—El señor de Nadal puede apreciarnos en lo que le acomode. Cuenta nuestra es, en todo caso, hacerle rectificar su juicio... Aceptamos, caballero; será una soberbia zambra.

—En cuanto á mí, solo encuentro una pequeña dificultad, replicó Bermond.

—Hablad.

—Y es mi inaudita torpeza en ese género de ejercicios, consecuencia de mi falta de costumbre. Jamás podré resignarme á ejecutarlos delante de testigos.

—No es desatendible esa circunstancia, dijo Rosell, porque soy capaz de comprender un rubor tan adorable.

—¿De modo que accederiais?...

—¡Pues no!... la noche es hermosa, y dar un paseo fuera el Coso, á la trémula vislumbre de las estrellas, no sería, por mi parte, haceros un sacrificio.

—¿Y dónde se verificará la reunion?

—Donde querais .. En el punto menos espuesto á las miradas de cualquier curioso.

—¿Por qué puerta pensais salir de palacio?

—Esperad... por la del pretil de las Puellas... Me parece la menos concurrida.

—Lo es en efecto.

—Pues bien, ese será mi camino al partir de aquí.

—Allí os esperaremos. Ahora separémonos; observo que llama vivamente la atención nuestro diálogo.

—Tanto, que el mismo conde ha vuelto ya dos veces la cabeza hacia nosotros, añadió Sinibal.

—Teneis razon, señores; hasta luego.

—En el pretil de las Puellas.

Y los cuatro jóvenes se alejaron sin afectación en distintas direcciones.

Rosell, cuya mirada durante este diálogo se había dirigido en mas de una ocasión al extremo de la estancia donde se divisaban los ondulantes trajes de las damas, siguió entonces la misma línea que ya había trazado su mirada.

El intrépido caballero se acercaba, en efecto, Odelinda de Cerdaña; pero su atención iba fija en Wifredo de Arria, que continuaba todavía á espaldas de la hermosa.

Wifredo le dejó acercarse, sin parecer apercibirse de su presencia, y al sentirle á su lado, le dijo rápidamente moviendo apenas los labios:

—¿Qué busca en el Coso, desventurado?... ¿vienes tú mismo á meter la cabeza en la boca del leon?

—Vengo á velar por vos, contestó Rosell en igual tono; vengo á impedir que seais vos el devorado.

—¡Infeliz!... y si es cierto que esta noche corro algun peligro, ¿no me compromete mas tu interés?

—Mi proteccion compensa ese compromiso.

—¿Y á tí quién te protegerá?

—Mi nombre.

—¡Ah! mi pobre Rosell... ese es tu peor enemigo.

—Pues bien, entonces me queda mi espada, y en cuanto á esa, os respondo de su leal auxilio.

—Loco... loco...

—¿Sabeis el golpe que os preparan?

—No.

—En breve vais á sentirle...

—Salomon llega... apártate... Si no vuelvo á dirigirte la palabra, no me detengas... Aguárdame á la salida del Coso en lo alto del pretil de San Pedro de las Puellas... Silencio...

Wifredo calló en seguida, y Rosell se detuvo también en la primera sílaba de la observacion que iba á aventuras; pero no fué tan á tiempo que Odelinda no escucha-

ra la cita que acababa de salir de los lábios del jóven conde de Arria.

La dama, en efecto, inquieta por las frases que veia cambiarse entre Rosell y Wifredo, se habia ido acercando al último hasta tocarle en el brazo.

El señor de Nadal se retiró sin dar pasos, bastando este solo movimiento para que le separasen, y el de Arria las personas que el flujo y reflujo del salon agitaba constantemente.

Con respecto á Salomon así que hubo dado una vuelta en torno de aquella inmensa sala prodigando efecto las sonrisas palabras de miel y cordiales saludos, subió la alfombra de agranería, colocada en una de las cabeceras, y en cuyos escalones estaban alineados los maceros de su guardia.

Un heraldo impuso silencio, haciendo ondear el estandarte con las armas del conde y todos los ojos se volvieron hacia el sólio de terciopelo blanco con martas negras.

Salomon, en piè, al lado de su silla de marfil, en cuyo respaldo apoyaba una de sus manos, estendió la otra, hacia la apiñada multitud de sus vasallos, acabando de fijar la general atencion.

Y en realidad, en aquel instante, hubiera podido oírse el vuelo de una mosca que cruzase el estenso salón,

El conde de Ausona, á quien la casualidad ó su deseo habia situado en la primera fila, murmuró imperceptiblemente al oído del de Besalú;

—¿Qué va á decir?... ,

—No lo sé, contestó Guy; pero me parece que sus amortiguadas pupilas brillan más que de ordinario, y esto me asusta. Alguna infamia hiere en su mente...

El conde de Barcelona dijo, por fin, con una voz ténue y trémula en el principio de su período, pero que insensiblemente fué ganando en timbre y en firmeza:

—Mi primer pensamiento, al verme en medio de vosotros, es la inarticulada expresión de una grata emoción tan involuntaria como profunda; porque indescriptibles, involuntarias y profundas son todas las ideas que no salen de la cabeza de un hombre, sino que brotan de su corazón. Feliz con el amor de que hoy me habeis dado tan evidentes pruebas, como todo soberano que funda su gloria en la felicidad y en el afecto de sus pueblos, siento más bien que razono; y el íntimo sentimiento que embarga mi alma es el de un reconoci-

miento sin límites á la ilustre nobleza que se agrupa en torno mio, y que forma el mejor florón de la corona feudal que debo á la augusta munificencia del muy alto y poderoso emperador Carlos.

Y al llegar aquí, Salomon levantó con respecto el birreton que cubria su semicalva cabeza.

—Esta corona, sin embargo, añadió dando cierta triste inflexion á su tono, no menos llena de espinas que de flores, me impone estrechos deberes que llenar para con los omnipotentes monarcas francos; y una de estas inflexibles obligaciones, á que como leudes de su señorío me encuentro ligado, es la que ahora me hace dirigir á vosotros, no suplicando, sino implorando vuestro auxilio para su cumplimiento.

El conde de Barcelona pareció detenerse un instante para tomar aliento. El de Ausona lanzó á Guy una rápida mirada articulando.

—¡Salomon implora vuestro socorro!... oh... oh... el asunto es mas grave todavía de lo que yo había creído.

El acento del de Barcelona volvía á resonar con más dulzura que nunca.

—Razones, sin duda, poderosas, y cuya conveniencia y equidad no me es lícito

apreciar, han motivado una resolución extraordinaria en el ánimo soberano de nuestro muy amado príncipe el invicto emperador de las Galias,

Y Salomon descubrió de nuevo sus grises y escasos cabellos.

—Hé aquí, repuso, esa resolución desnuda de las formas con que se me ha comunicado; y que solo conducirían á dilatar enojosamente una manifestación dolorosa, pero precisa. Es la imperial voluntad del monarca reinante, que todos los castillos y alodios amurados de la Marca Hispánica, cuya cesión no haya directamente emanado de su abuelo Cárlo Magno, de su padre Luis el Benigno, ó de su propia escelsa persona, vuelvan al punto al dominio de la real corona de la Neustria, la Aquitania los siete condados de Borgoña, la Provenza y las Marcas de la Septimania. Y como en virtud de esta disposición quedan anuladas cuantas donaciones han hecho mis dignos antecesores los conde Bera, Bernhard, Berenguer, Udalrico, Wifredo de Arria, y las mismas que de mí han procedido, sea cualquiera el título en que se funden, ofrece el emperador tener presentes, mas adelante para justa compensaciones, á todo aquellos á quienes

esta medida general despoje de sus feudos.

Salomon aguardó el efecto de sus palabras con la osadía que le era habitual.

No se hizo esperar mucho.

En el primer momento solo estupor revelaron los rostros de la numerosa concurrencia que poblaba el salon; pero cuando la reaccion de las ideas comenzó á verificarse; cuando los ojos de los unos se encontraron con los de los otros, comunicándose en sus chispeantes miradas el fuego del volcan que ardia en sus corazones, aquel inmenso océano de cabezas pareció agitarse á impulso de una violenta ráfaga nordeste y de lo profundo de su seno se elevó un rugido sordo, que en breve se asemejó al del trueno.

El conde de Barcelona quiso acabar antes que tan amenazador huracan tomase incremento.

—No se escapa á mi paternal solicitud para con vosotros, dijo, lo cruel que ha de seros á algunos desprenderos de alodios que ya quizá considerábais como la herencia de vuestros hijos; y una vez que me está encomendada la ejecucion del decreto imperial... y que en mis manos han de quedar, por ahora, en depósito los casti-

Wifredo el Velloso.

llos..., espero..., de acuerdo con vosotros..., auxiliado por vuestras luces..., siempre propicio á vuestras peticiones... hasta el punto que me sea dable..., y sin mas móvil que vuestro interés... anhelo constante de mi vida... espero y confio... hacer menos dura la suerte de los mas perjudicados... bien desiriendo la entrega de algun feudo... bien impetrando su pronta compensacion... bien...

La voz de Salomon se ahogó aquí ya en el estruendo de la turbulenta multitud,

—¡Ah! víbora... no me fascinan tus silbidos, exclamó Balduino de Ausona apretando los puños.

—Teniais razon, Guy, acabamos de escuchar una infamia.

—Mas aun, dijo el de Besalú.—Acabamos de oir una cobardía; porque ese miserable se vale del nombre del emperador para arrancarnos unas fortalezas que él no se atreveria á asaltar al frente de sus bandadas de foragidos.

—El lazo, sin embargo, estaba tan groseramente tendido, que hasta le han vendido sus propias palabras... Oh... bramad... nobles godos... probad á ese franco advenedizo que aun hay aliento en

vuestros pechos y hierro en vuestras manos...

Y, con efecto, la borrasca crecía por instantes, y mas de una atrevida diestra buscaba ya la guarnicion de la espada.

Salomon, blanco como la ebúrnea silla donde se apoyaba, miraba con inquietud la muralla de hierro que formaban sus maceros entre él y los hidalgos catalanes.

Sinibal hizo estrecharse las filas de los soldados. Sunyer y Bermond bajaron presurosos á los primeros escalones para contrarestar mas pronto cualquier movimiento que llegase á intentarse.

El ardor del conde de Ausona, que ya se creyó provocado á un combate, llegó entonces á su colmo.

Trémulo de ira se abrió paso bruscamente por en medio de la muchedumbre, lanzándose hacia la gradería. Pero Guy, que no le perdía de vista, le gritó al oído, único medio de hacerse entender en aquel mugiente mumulto:

—¡Desgraciado!... ¿quereis proporcionar á Salomon una bella ocasion de vernos acuchillar á sus plantas?... mirad... mirad...

Y le señalaba con la mano las diferentes puertas del salon, ocupadas todas por

gruesos pelotones de arqueros, prontos á desembocar por ellas.

—¡Y qué importa! aulló Balduino atarázándose los lábios.

—Aquí hay veinte espadas que se abrierian paso á través de las legiones del mismo infierno, porque son las mejores de la Marca... ¿no es verdad, Rosell?...

La mirada del conde de Ausona busco al valiente caballero; pero solo encontró al jóven Wifredo que corria hácia él y que le dijo con un aire lleno de frialdad:

—Señor de Ausona, si teneis empeño en haceros degollar; cúmplase en buen hora, pero no llameis á nadie para que os acompañe.

Balduino se quedó inmóvil á cuatro pasos de los maceros del conde de Barcelona, herido aun por el helado timbre de aquella voz vibrante.

Odelinda ceñia aterrada con sus brazos á Salomon, el cual pagaba la égida que la pobre niña le proporcionaba con su cuerpo, estrechando su pálida cabeza contra el pecho.

A una seña del de Barcelona volvió á agitar el heraldo su orlado pendon.

Si el silencio no pudo restablecerse del todo, logróse al menos que el acento de Sa-

lomon dejase oír por intervalos las siguientes espresiones:

—¡Qué quiere significar ese desórden, señores!... ¡Por San Cucufate!... sepámoslo todos... Quizá hayais interpretado mal mis intenciones... unas intenciones hijas de mi acendrado afecto y de lo inflexible de las circunstancias... Hablad, conde de Ausona... parece que teneis algo que decirme... señor de Villafranca... acercaos... estoy dispuesto á escuchar vuestras representaciones... ¡Vive el cielo!... ¿no me entendéis?

Y Salomon erizaba sus espesas cejas, bajo las cuales centellaban sus torvos ojos abarcando todo el ámbito del salon.

Balduino, que era el mas inmediato, hizo ademan, en efecto, de querer hablar.

Su deseo, corriendo de boca en boca, prestó la calma suficiente para que pudiera pronunciar con la energía del derecho, del furor reprimido y de la desesperacion:

—Tenemos algo que representar ciertamente á vuestra señoría; porque si el dia en que se pretende despojarnos de los hogares donde se han mecido nuestras cunas ó las de nuestros padres, no protestáramos contra tal intento, podria creerse,

que en vez de ser las víctimas, habíamos sido nosotros hasta aquí los usurpadores. Cuestion es de honra, pues, al par que de vindicta, para los nobles de la Gothalamia, propalar á la faz del sol los legítimos títulos con que poseen sus castillos. ¿Es por ventura al imperio á quien se los debemos? Cuando las huestes árabes han invadido nuestras fronteras, incendiado nuestras ciudades y talado nuestros campos no es el imperio el que los ha defendido. Débil entonces, y mas débiles aun los condes francos que en su nombre han gobernado la Marca, cedían de buen grado lo que no se sentían capaces de conservar, y alodios se donaron, cuyas almenadas torres sustentaban los estandartes del califa. ¿Cuales son los derechos del Imperio á unos feudos que nosotros hemos conquistado y mantenido con la punta de nuestras lanzas?... No serán la parte del leon sin que llegue al trono del mal aconsejado Cárlos nuestro justo clamor...

—¡No!... ¡no!... gritaron infinitas voces.

—No suscribiremos á nuestra propia ruina sin haber empeñado una lucha noble y decidida...

Estrepitosos aplausos acogieron las palabras de Balduino.

Salomon, aprovechando una breve pausa, se apresuró á contestar con la candorosa bondad de un bienaventurado:

—Nada mas acertado que el proyecto del conde de Ausona. Aquellos á quienes la imperial resolucion parezca intolerable, pueden firmar un respetuoso recurso en que razonen sus agravios, y yo me encargo de elevarle, con mi especial recomendacion, hasta la sacra persona de nieto de Carlo-Magno. En el ínterin, procuraré endulzar su inquietud, si endulzarla puede en algo la suspension de todo procedimiento. ¿Exigis más de mí?... hablad entonces... ¡Pluguiera al cielo que no agotarais nunca las peticiones que estuviera en mi mano concederos!...

Este lenguaje no podía tener contestacion.

Aun se elevaron algunos acentos perdidos entre el estruendo universal, con nuevas exclamaciones de protesta; pero á todos respondió Salomon con su protectora sonrisa, sus dulces espresiones y sus apacibles miradas.

Los mas resueltos barceloneces se agrupaban en torno de Wifredo, su jefe, su esperanza y su ídolo, como habia dicho Balduino, estrechándole con sus preguntas y

exigencia; empero el jóven conde de Arria les mostraba, para tranquilizarles, á los señores de Ausona y de Besalú, conversando en íntimo diálogo con Salomon, acerca sin duda del modo mejor de llevar á efecto el digno y feliz pensamiento del primero.

Esta vez, como otras mil, la chispa que estuvo á punto de inflamar aquel hirviente volcan de encontradas pasiones y de opuestos intereses, se habia apagado al sopro de los lábios de Salomon.

Besalú terminó la obra de Wifredo, refiriendo en el salon las seguridades que en particular acababa de darle el conde de Barcelona.

Sunyer, que desde que Salomon hizo llamar á Balduino y á Guy se habia mantenido á tres pasos de distancia con los ojos en ellos, se acercó á su señor así que se alejaron los dos condes.

—¿Qué tenemos, amigo mio?... le preguntó Salomon respirando con fuerza, como el hombre que despues de sostener una entrevista embarazosa con personas que supone hostiles, se encuentra por fin en su sociedad favorita.

—Tenemos, contestó Sunyer, que entre las muchas buenas cualidades que adornan

á vuestra señoría, voy á contar una nueva desde hoy.

—¿Y cuál es esa?

—El don de profecía.

—¿Sí?... á ver... espícame...

—¿No nos dijisteis, al hallar á Rosell en el Coso, que había venido á matarnos?

—En efecto.

—Pues bien, era la verdad.

—¿De veras?

—No há mucho que lo hemos oido de su misma boca.

—¡Pobre amigo amios!... ¿y os resignais á ello?...

—Os diré... Bermond y yo lo hemos reflexionado con detencion.

—El asunto lo merecía.

—Y después de un maduro raciocinio...

—Acabad...

—Hemos acordado una resolucion extravagante, pero que en nuestra humilde opinion, tenia que influir algo, al menos indirectamente, en el propósito del arrogante Rosell.

—¿Y esa resolucion es?...

—La de matarle á él primero.

—Semejante acuerdo honra vuestra prudente prevision.

—Y al propio tiempo, hemos creído que

Wifredo el Velloso.

no estaba en oposicion con el derecho natural ni con la moral cristiana...

—Es verdad, porque la caridad bien entendida...

—Eso es, debe empezar por uno mismo.

—Exacto, Sunyer, exacto...

—Al adoptar, sin embargo, ese partido extremo, tanto Bermond como yo, hemos tropezado con un ligero inconveniente.

—Veamos.

—Rosell nos ha provocado para la salida del Coso en el pretil de las Puellas...

—Bien.

—En cuanto á él, sabemos que es vuestro enemigo, tanto ó mas que nuestro, y nunca hubiéramos necesitado autorizacion para libraros de su persona; pero como pudiera suceder que no fuera solo al lugar de la cita, y como aquel ó aquellos que le acompañasen pudieran tambien no ser tan enemigos vuestros como lo es el señor de Nadal, resulta que si, como es muy probable, se empeñasen en defenderle, cerrarian seguramente á nuestras espadas el camino del corazon de Rosell.

Salomon reflexionó un momento.

—¡Diablo!... murmuró, eso es indudable como la luz del día; solo pueden negarla los ciegos.

—Y como si esta noche no matamos á ese audaz vengador del conde de Arria, es tristemente posible que él nos mate á nosotros mañana, no se escapará á la penetración de vuestra señoría que nuestra posición es algo... algo equívoca...

—Es cierto, Sunyer; por cuyo motivo, preciso es decidir alguna cosa... En realidad, no hay vida que para mí valga tanto como la vuestra.

—¡Ah, señor! esas palabras pagan todos nuestros servicios prestados... todos los que en adelante podamos prestar...

—De manera, que no habiendo otro medio de salvar vuestra existencia... os doy permiso para que esta noche paseis por encima del cadáver de cualquiera que acompañe á Rosell.

—Gracias, señor; era todo cuanto deseábamos.

—¿Quedais contento de mí?

—¡Como lo podríamos quedar de nosotros mismos! exclamó Sunyer besando la mano del conde.

A poca distancia, había, no obstante, una persona á quien no contentaba la autorización que acababa de escuchar.

Esta persona era Odelinda, que con el pecho palpitante y la tez descolorida, re-

cordaba el sitio donde aquella noche debía Wifredo reunirse con Rosell.

Rápida como un pájaro, dió algunos pasos atrás, confundiéndose con sus damas y con los caballeros de Salomon, se deslizó despues por la alfombrada escalinata, separó con sus diminutas manos á los maceiros que cedieron á aquella blanda presion mejor que al rudo choque de un caballo con caparazon de batalla, y se lanzó en el salon con direccion al punto donde momentos antes había divisado á Wifredo.

No tardó en encontrarle su anhelante mirada.

El jóven conde se preparaba á partir, llamando en aquel instante á su escudero.

Odelinda, con la voz trémula de emocion, le dijo al llegar á su lado:

Wifredo... necesito veros antes que salgais de palacio...

El de Arria le preguntó admirado:

—¿Dónde, señora?...

—En mi cuarto. ¿No habriais traído la llave? ..

—¡Ah!... jamás se separa de mi corazon...

—Pues bien, juradme que no pondreis un pié fuera del Coso sin haberme visto antes.

Wifredo palideció ligeramente.

—¡Os lo juro! contestó; pero, ¿qué significa?...

Odelinda ya no le oía.

Acababa de desaparecer del mismo modo que se presentó.

• Media hora despues de la série de escenas que hemos referido, el conde de Barcelona manifestó su intencion de retirarse á su aposento; y casi al propio tiempo comenzaron á desocuparse los salones del Coso, dejando ver el mármol de sus árabes pavimentos.

CAPÍTULO II

El cuarto de la bastarda de Cerdeña

Así que Wifredo vió salir por una de las puertas laterales á la hija de Salomon, seguida de sus damas, se apresuró á desaparecer él mismo por el intercolumnio que formaba los piés del iumenso salon.

Despues se fué internando sucesivamente por una série de abandonadas estancias y de silenciosos pasadizos, adonde solo llegaba, como un eco apagado, el animado ruido que reinaba en la parte del Coso, testigo de la pasada fiesta.

Las luces del palacio habian ido muriendo progresivamente, y Wifredo atravesaba aquellos retirados aposentos, en medio de formidable oscuridad.

El joven conde, sin embargo, conocia bien al viejo Coso, á juzgar por la seguridad con que á la sazón lo recorria; y esto era tanto mas indudable, cuanto que podría decirse que caminaba solo á impulsos de un movimiento instintivo y maquinal; porque sus ideas no eran por cierto menos sombrías que las tinieblas que le rodeaban.

Si alguna vez una puerta cerrada le oponia un obstáculo inesperado, salía de su conflicto, merced á una llavecita que llevaba en la mano, y que semejante á un talisman infalible le franqueaba todos los pasos.

A pesar de lo avanzado de la hora, y de la poca seguridad que el Coso debía ofrecerle semejante noche, mucho mas no yendo armado ni ofensiva ni defensivamente, llegó sano y salvo á una vasta galería iluminada al fin por una lámpara colgada de la bóveda.

Allí se detuvo un instante para asegurarse de que no era espiado, y abrió después, con su inapreciable llave, una angosta puerta practicada en un ángulo del muro.

Al lívido resplandor que la lámpara de la galería enviaba á la pieza donde Wifredo acababa de entrar, pudo distinguir las

vagas formas de una mujer que le tomaba la mano para conducirle á lo interior. La puerta se cerró por sí misma sin ruido, cediendo á un oculto resorte, y el conde y su introductora cruzaron en las tinieblas un tortuoso corredor.

—¿Sois vos... Alcira? preguntó el jóven á media voz con entrecortado aliento, y oprimiendo blandamente la suave mano que encontraba en la suya.

—Sí, señor conde, contestó la dama favorita de Odelinda.

—¿Y vuestra señora?...

—Aguardándoos impaciente.

—¿Donde?...

—¡Aquí!... dijo un acento argentino, que resonó en lo alto de una escalera, y que hizo estremecerse á Wifredo, porque había reconocido en él á Odelinda.

Era, en efecto, la hija de Salomon, que, agitada, se adelantaba á recibirle.

El de Arria subió con velocidad los escalones que le separaban de la hermosa bastarda, y la siguió á su habitación á través de una reducida antecámara.

Al verse Odelinda sola con el conde, le estrechó las manos con apasionado interés.

—¡Ah!... exclamó, me habiais jurado

venir, y sin embargo, una inquietud mortal me devoraba...

—Pues, bien, heme aquí, señora, pronunció el jóven.—Hablar, por fin, ¿Qué motivo os ha hecho concederme hoy un favor, al cual me ibais acostumbrando á renunciar?

Odelinda se pasó la mano por la frente bañada aun en sudor, y contestó con febril rapidez:

—Tenía que despedirme de vos, Wifredo...

El conde pareció que iba á lanzar un grito; pero la hermosa le tapó la boca con la punta de sus afilados dedos.

—¡Despediros de mí! murmuró: ¡Odelinda!... en nombre del cielo... explicadme esas palabras.

—Sí, conde, porque esta noche es la última que debo pasar en el Coso.

—¿A donde vais, pues?

Al castillo de la ciudad; y en esa terrible fortaleza no entra ni sale persona alguna; sin que su gobernador la examine desde la primera arruga del vestido hasta el último pliegue del corazon.

—¿Y qué objeto tiene tal traslacion!

—Preguntádselo al conde de Barcelona.

Wifredo el Velloso.

Ya veis que por ahora va á ser imposible toda entrevista para nosotros.

—¡Ah!... señora, repuso Wifredo con un leve acento de tristeza; con que vais á encerraros en ese impenetrable castillo, donde no se pisa mas suelo que los acantina-dos de sus muros y las plataformas de sus torres; donde no se respira mas aire que las sulfúreas emanaciones de que están im-pregnadas las nubes que le envuelven; donde no se divisa mas cielo que las nie-blas de la costa... y donde no se distingue la tierra sino como un abismo insondable del que ya nada se percibe...

—Wifredo...

El conde inclinó la cabeza con desa-liento.

—Bien, Odelinda, replicó, mi vida ente-ra no ha sido nunca otra cosa que una du-ra cadena, donde solo se ha eslabonado la desgracia con la resignacion.

—Pero sabeis que os amo... ¿no es ver-dad?...

—Tengo pruebas de que ayer me ha-beis amado, creo que me amais hoy; ne-cesito creer que tambien me amareis ma-ñana...

—Entonces... ¿qué quiere significar ese tono de mal encubierta reconvencion?... Si

no puedo veros, al menos os escribiré.. Todos los dias, mi fiel paje Ripoll os llevará una carta, y si alguna vez encuentro ocasion de proporcionarse una misteriosa entrada en el castillo, os juro no perderla.

Wifredo miró fijamente á la jóven, y dijo despues con una voz tan penetrante como su mirada:

—Y ahora, Odelinda... ¿vais á esplicarme la causa de haberme exigido que no saliera de palacio sin venir á veros?...

La hija de Salomon, ligeramente turbada, contestó bajando los ojos.

—¡Dios mio! ¿no os lo acabo de decir?...

—Me habeis dicho una parte, sin duda; pero aun os queda algo que referir.

—¡Ah!... no...

—Odelida, la grave escena con que ha terminado la reunion del Coso, el modo con que en el salon os aparecisteis á mi lado para hacerme una advertencia que mi leal corazon consideró como el aviso salvador que me libraba de un vago peligro, y la agitacion misma que en este momento pugnaís en vano por ocultar... me están revelando que me engañais..

—Conde...

—Si; me están revelando que aquí pasa alguna cosa extraordinaria que quereis ocul-

tar á Wifredo... es decir, al hombre para quien habiais jurado no tener secretos...

Esto no os interesa á vos, amigo mio, articuló Odelinda mas confusa que nunca,

—El empeño con que le guardais me prueba lo contrario.

—¿Teneis confianza en mí, Wifredo?

—¡Oh!... como en mí propio.

—¿Por qué insistis entonces?

—Porque si por acaso existiera algun peligro, para evitarle es preciso conocerle.

—Pues bien, exclamó la jóven: mi peticion no ha sido enteramente caprichosa, porque á la salida del Coso podria haber peligro para muchos, y yo no he querido que vos os contárais por casualidad en ese número.

El de Arria aguzó el oido.

—¡Para muchos decís! preguntó.

—Sí.

—¿Quiénes son, pues?

—¿Lo sé yo por ventura?

—Vuestro temor era entonces ilusorio; porque un riesgo que corren todos, no amenaza á ninguno.

—Es... Wifredo mio... que ha podido haber alguna circunstancia particular...

—¡Ah!... decid...

—¿No ibais vos á salir del Coso por el pretil de San Pedro de las Puellas?

—¿Como lo sabeis?

—¿Qué importa el cómo...

—Cierto es...

—Pues precisamente lo que yo queria evitar, era que pasárais por ese sitio.

El conde se estremeció.

—¿Luego en el pretil estaba el peligro?... dijo.

—Sí, respondió Odelinda con voz débil.

—¿Para quién... señora... para quién? hablad por favor.

—Para todo el que por él transite.

—¿Y sabiais que Rosell me aguardaba en ese punto?... exclamó el de Arria, devorando á la jóven con su intensa mirada.

—Si no lo supiera, ¿os hubiera impedido ir?... repuso Odelinda con cierta melancolía.

—Entonces, el verdadero peligro es para Rosell... ¿no es cierto? añadió el conde. Odelinda guardó silencio.

—¡Ah... señora!... repuso Wifredo con una espresion de honda amargura.—¿Y nada queriais decirmel... ¡nada que pudiera salvar la vida á tan bizarro caballero!...

Y el conde buscó su gorra de armiño para lanzarse fuera de la habitacion,

Pero antes de que tuviera tiempo de ejecutar su intento, Odelinda saltó á su cuello, impidiéndole todo movimiento, con ese nudo insoluble que siempre forman los brazos de la mujer amada.

—¡No!... balbuceó con las fuerzas que presta la desesperacion, no partireis, Wifredo...

—¡Señora!..-

—No saldreis de aquí. ,

—Quizá en este momento están asesinando al valiente Rosell... al mejor amigo de mi desventurado padre...

—No abandonareis este cuarto sin que desenlaceis mis manos... me arrojéis contra el suelo... y paseis por encima de mi espirante cuerpo...

Wifredo, que ya separaba, en efecto, las manos de Odelinda, se detuvo contemplándola con compasion.

—¡Pobre niña?... pensó.

La jóven, con el ardor de la fiebre, le atraia hacia sí confundiendo su aliento de rosa y sus blandos cabellos, can el hálito y la melena del conde de Arria.

—Decidme al menos que no le matarán... insistió Wifredo, cuya resistencia cedia visiblemente.

—¡Eh! ¡como puedo yo asegurároslo!

Lo único que sabré deciros es... que no quiere que os maten á vos...

Wifredo se quedó pálido como la blanca piel que estrujaba entre sus dedos.

Un pensamiento que ya había desechado, haria de nuevo mas vivamente su imaginacion. Su deseo de partir desapareció del todo: él mismo condujo á Odelinda á los apilados almohadones colocados en el fondo del aposento.

—Señora... dijo despues con un acento en que se traslucia una mezcla de tristeza y de despecho.

—Veo con dolor que me equivocaba al creeros mi amiga... acabo de convencerme de que solo sois mi aliada.

—¿Por qué, Wi-redo?

—Porque me confiais vuestros secretos á medias...

Oh... conde... conde...

—Porque me salvais la vida y me ocultais el lazo en que debia dejarla.

—¿Qué suponeis?...

El jóven conde de Arria con los lábios lívidos, y convulsos, la frente bañada en sudor, y las cejas fruncidas, dejó escapar estas palabras, sombriamente pronunciadas:

—Supongo, Odelinda, que os ha faltado

el valor para decirme: Wifredo, esta noche se lleva á efecto el plan concebido para deshacerse de vos, como se deshicieron de vuestro padre... Para arrancaros los pocos bienes que os han dejado, como á él le arrancaron todos los suyos... y para destruir con vuestra muerte las esperanzas de la faccion que se agrupa en torno de vos, y para la que vuestro nombre es el lábaro y el pretesto...

—¡Qué horror!... ¡Dios mio!... exclamó aterrada la hija de Salomón. ¿A qué soñar ese tejido de crímenes?

—Nada de esto habeis hecho Odelinda, añadió el Conde, y vuestra inocente candidez cree haber conseguido un triunfo completo parando hoy un golpe que no podrá menos de alcanzarme mañana... ¡Gracias, señora!... pero gracias en nombre de nuestra alianza; no de nuestra amistad... menos de nuestro amor...

Odelinda tomó frenética una de las manos del de Arria.

—Wifredo... le dijo; la desgracia os hace injusto; pero escucharme: ¿creeis todavía en la lealtad de mi corazón?...

—¡Oh!... sí.

—Pues bien: por lo más sagrado que en el mundo exista para mi... por el nombre

mismo del Supremo Hacedor, cuya presencia invoco, os juro que vuestras desconfianzas y temores son infundados, y mentido el plan infernal en que me suponeis iniciada.

Wifredo miraba á la jóven sin pestañear como si quisiese penetrar con los ojos hasta el fondo de su alma.

—¿Dudais aun?... le preguntó Odelinda.

El conde le contestó con esta nueva pregunta:

—¿De modo que no era yo el objeto de la emboscada de San Pedro de las Puellas?

—No, Wifredo, no...

—Esplicadme entonces...

—Solo Rosell era el amenazado.

—¿Por quién?...

—Por Sunyer y Bermond... los cuales...

—Seguid...

—Recibieron formal autorizacion para hacer participar de su suerte á cualquiera que osara defenderle.

—Ved ahí una verdadera carta blanca para el asesinato, repuso Wifredo con amarga sonrisa.

—¿Comprendeis ahora mi vivo deseo de que por esta noche no salgais del Coso?

Wifredo el Velloso.

—Lo comprendo, Odelinda; pero es irrealizable.

—¿Por qué motivo?

—Porque aun no ha podido tener tiempo Salomon de venir á daros su ordinario abrazo antes de retirarse á su alcoba y no debo esperar á que llegue.

—Esta noche no vendrá, Wifredo.. le ocupan demasiado sérios asuntos para que piense un momento en su pobre Odelinda...

De repente se levantó la cortina de damasco que cubria la puerta, y Alcira se presentó apresurada.

—Señora... exclamó: el conde Salomon está subiendo la escalera.

—¡No os lo habia dicho!... murmuró el de Arria.

—¡Y qué importa! contestó Odelinda: entrad en esa estancia y esperad...

—Pero si abriera...

Os ocultarán las cortinas de mi lecho, pronto... pronto...

Y la jóven hizo desaparecer al conde en la habitacion contigua, cerrando con precipitacion la puerta, un instante antes que Salomon se dejase ver por la otra.

Luego que Wifredo se encontró solo en aquel aposento privilegiado, se dirigió sin

vacilar á uno de sus tabiques y como hombre que conoce bien el terreno que pisa, sacó de nuevo su preciosa llave y la introdujo en la cerradura de una puertecilla cautelosamente practicada en el endeble muro.

Aquella salida conducia al corredor que ceñia las habitaciones de Odelinda, y despues de recorrerlo en toda su longitud, se halló en lo alto de la misma escalera por donde habia subido.

Desde entonces no tuvo que hacer otra cosa que desandar lo andado, para llegar á las galerias que formaban el primer recinto interior.

Allí se detuvo delante de una poterna, y dió un golpe seco en la cerradura de la verja de hierro que la obstruia. En el acto apareció un hombre al otro lado de las barras, el cual hizo girar la pesada reja franqueando el paso á Wifredo.

—Dusay, mi espada; dijo el conde.

El escudero se la ciñó por sus propias manos, y substituyó la gorra de armiño de su señor con un capacete de finísimo acero. Sobre los hombros le colocó en seguida un luengo manto.

—¿Tienes luz?... añadió Wifredo.

Dusay le mostró una linterna sorda, cu-

yas aristas se distinguian vivamente dibujadas por una línea luminosa.

—Está bien, marchemos; concluyó el conde.

Y ambos siguieron en la oscuridad el camino que trazaba el tránsito de la poterna.

Pronto se vieron enfrente de una ventana que Dusay abrió cuidadosamente. En el punto mismo azotó sus rostros una friacorrente de viento.

Respiraban, en efecto, el aire libre. Un cielo diáfano y estrellado se presentaba á sus ojos.

Ducay aseguró una corta escala al marco de la ventana; y un momento despues, Wifredo descendia por ella con ligereza. La bajada no pasó de doce piés.

El escudero, ocultando siempre la linterna entre los pliegues de su ropon, siguió á poco á su amo, y descolgó la escala con destreza imprimiéndola un movimiento de ondulacion.

Wifredo, sin perder tiempo, corrió en direccion de las ramblas de San Pedro de las Puellas.

Cada vez que del lado del convento llegaba una ráfaga de viento, aplicaba el oido; pero ningun ruido le llevaba que no fuera su propio acento silbador.

—¡Oh!... murmuraba: ¿será tarde? y redoblaba su carrera.

Conforme se acercaba al pretil, crecía su ansiedad. Por fin pisó su desigual empedrado.

— ¡Dusay!... gritó; ¡pronto!... ¡la linterna!...

Mientras su escudero llegaba presuroso, tendió una penetrante mirada por aquel sombrío y angosto espacio.

Al parecer estaba enteramente abandonado.

Dusay abrió su linterna, y brilló en medio de las sombras de la noche una luciente pirámide, cuyo vértice partía de la mano del escudero, y cuya ancha base se perdía á lo largo del pretil.

Con este poderoso auxiliar, registró Wifredo todo el recinto al primer golpe de vista.

Nadie en realidad le ocupaba.

Indeciso y confuso, se adelantó algunos pasos á la ventura, pero en uno de ellos resbaló su pié sin tropezar en ningun objeto...

Wifredo miró al suelo estremeciéndose.

Su borceguí se habia hundido en un charco de sangre.

Un rugido en que habia tanta ira como

desesperacion y dolor, se exhaló de su pecho.

—¡Aquí!... Dusay... ¡aquí!... exclamó devorando con los ojos el empedrado.

El escudero bajó la linterna.

A su luz se distinguió un copioso reguero de sangre, interrumpido por nuevos y frecuentes charcos. Por donde quiera que Wifredo se dirigia, encontraba frescas manchas de aquel rojo licor.

Todo revelaba que allí acababa de verificarse una lucha terrible.

El jóven conde de Arria levantó un objeto que halló en su camino.

Era un pedazo sangriento de la sobrevesta de seda que llevaba Rosell.

Wifredo se quedó inmóvil y conster-nado.

—¡Ah!... infames... balbuceó; ¡habeis asesinado al mejor caballero de la Marcal...

Y sus lívidos lábios besaron con respeto la sangre que enrogecia aquel triste giron.

CAPÍTULO III

El pretil de San Pedro de las Puellas

Hé aquí lo que habia pasado en el pretil de las Puellas.

Rosell despues de buscar inútilmente á Wifredo por todos los salones en medio de la confusion que siguió á la salida de Salomon, se dirigió con la mayor tranquilidad á la puerta del Coso, que habia designado á los favoritos del conde de Barcelona.

En cuanto á Sunyer, Sinibal y Bermond, ya hacia tiempo que nadie los veia.

Recostado en uno de los pilares de la fachada de palacio, encontró Rosell un hombre con las riendas de dos caballos en el brazo.

Era su paje de lanza, á quien dió la ór-

den de ir á esperarle al pié de las ramblas del monasterio, rodeando el intrincado laberinto de calles que formaba el barrio de la puerta de tierra.

El servidor con los corceles del diestro se alejó por la plaza del Norte, y Rosell tomó el camino de los pretilles á lo largo de las tapias del Coso.

Durante su marcha, se apretó el cinturón y requirió la espada con cierta satisfacción de sí propio, que hizo brillar en sus ojos un relámpago de orgullo porque iba á buscar un peligro, que quizá él solo era capaz de arrostrar.

Su paso no fué por cierto menos firme, ni su mirada menos segura al dejar á la izquierda la pared que seguía para internarse en el sombrío pretil de las Puellas, á cuya entrada se elevaban dos gruesos postes de piedra.

Rosell pasó por en medio de ellos, mirando rápidamente á sus lados, pero á nadie ocultaban; en el fondo del pretil fué donde divisó un grupo de hombres, que reflejaban con fugaces destellos la blanca luz de las estrellas en sus limpias armaduras.

Con el aliento que le infundía su corazón de león, continuó adelante, hasta llegar

al punto que ocupaban los que le estaban aguardando.

Eran tres tan solo: pero al extremo opuesto del pretil se distinguia otro segundo grupo envuelto en la oscuridad, y en el cual resonaban los duros cascos de algunos caballos que herian impacientes los pederiales del empedrado.

Uno de aquellos tres hombres salió al encuentro de Rosell, procurando arrancar sus facciones á las tinieblas que las encubrian.

— ¡Quién va! dijo á media voz, porque la distancia á que Rosell estaba no necesitaba otro tono.

— ¿No recordais ya que este es mi camino, marqués de Sinibal? contestó el caballero.

— ¡Ah!... ¿sois vos, señor de Nadal?... Tanto lo recordábamos, que, como veis, no hacíamos otra cosa que esperaros.

— Mucha honra es para mí... pero mas á una culpable negligencia de parte mía, creo deberla á un exceso de exactitud de parte vuestra.

— ¡Bah!... pronunció el acento de Sunye: lo esencial es que al fin hayais venido. Ha habido un instante en que mi amigo

Wifredo el Velloso.

Bermond ha desesperado de ejecutar la danza que le teniais prometida.

—¡Es posible!... ¿tan poco se puede fiar de mí?...

—Solo ha sido por un instante... le interrumpió Bermond.

Y decidme vos... añadió Rosell con una sonrisa irónica, ¿ha desaparecido ya completamente el púdico rubor de que me hablásteis no hace mucho?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque, á lo que observo, no van á faltarnos aquí tampoco espectadores.

Y el de Nadal señalaba al informe grupo colocado mas arriba.

—Son nuestros escuderos, repuso Sun-
yer; parece que no se os han escapado...
¿Darian acaso en que pensar al valiente
Rosell esos pobres mozos?... ¡Eh! no pasan
de seis... ¿quereis contarlos?

—Rosell no ha contado nunca el número de enemigos.

—Tal vez no os falte razon; lo que se cuenta siempre parece mucho.

—Sin duda por ello, hasta ahora, todos mis adversarios me han parecido pocos.

—Arrogancia se aprende, por lo visto, en Castilla y en Astúrias...

—Es el pais de los leones...

Por eso los pintan en sus banderas.

—De cualquier modo, si nuestras gentes os causan el menor recelo, pronto estamos á que se alejen todo el trecho que os acomode... Vuestra tranquilidad antes que nada...

—Mi tranquilidad no se alteró el dia que en Puigcerdá maté á los hermanos Wall en medio de sus parciales.

—De mal agüero es esa reminiscencia Rosell...

—¿De mal agüero para quién?...

—Para su matador, puesto que los Wall eran amigos nuestros, y nos recordais que los debemos venganza.

—¡Ah!... ¿y no os habla tambien de venganza la memoria del conde de Arria?...

—En cuanto á esa, tomáosla, si podeis, dijo Bermond; de buena voluntad venimos á ofrecérosla.

—Sí... sí... replicó Sinibal poniendo mano á la espada; vengue cada cual sus agravios. . Por lo que hace á mí, os presento una incomparable ocasion de ensartarme el primero, como si fuera un cuarto de jabalí.

—Ese honor nos le disputamos todos, repuso Bermond.

—Todos... todos... repitió Sunyer, dan-

do, sin embargo, algunos pasos atrás.

Rosell acarició la guarnición de su acero, espiando los movimientos de los favoritos de Salomon.

—Pues bien, dijo, acometedme todos juntos... ¿no fué así como asesinasteis al noble Wifredo?...

—¡Poder de Dios!... gritó Sinibal, lo único que quiero contestaros es que vuestras insultantes baladronadas merecen la misma suerte... ¿Conoceis el primer golpe que se asentó al de Arria?...

—No, pero aguardo á que vosotros me lo enseñéis.

—¡Héle aquí!... pronunció la voz de Sunyer, que despues de retirarse delante de Rosell, acababa de aparecer de improviso á su espalda, merced á la densa oscuridad y á una precipitada carrera.

Y en el acto mismo, asestó á la cabeza de Rosell con su hacha de armas un golpe vigoroso, que repitieron los murallones de las vecinas ramblas con un eco seco y lugubre.

Rosell no llevaba yelmo, sino una gorra de renjífero, que aunque defendida por un casquete de acero, no pudo resistir impunemente á tan ruda contusion; así es que, por un instante, sintió un vago des

vanecimiento, que estuvo á punto de derribarle en tierra.

Su alma de hierro reanimó, no obstante, las fuerzas de su débil cuerpo.

Con toda la rápidez de que fué capaz, pasado el primer momento de aniquilamiento, se volvió hacia el sitio de donde había partido tan traidora agresion, desnudando su fina espada templada en las aguas del Tajo.

—¡Oh... miserables!... exclamó; si no me viera entre vosotros... os habria reconocido en esta infamia...

Y con su ordinario denuedo hizo frente á Sunyer, parando el segundo golpe que le dirigía, y devolviéndoselo en algunos flamantes cortes, uno de los cuales dividió el asta del hacha que empuñaba.

Sunyer, desarmado, se acogió á la espalda de Sinibal, para tener tiempo de desenvainar su montante.

En todas las manos brillaban ya los aceros.

Sinibal, único de los cuatro caballeros que tenia casco de combate, se presentó delante de Rosell, despues de haberse bajado la visera.

A sus dos costados, algo detrás, y como

protegidos por su invulnerable compañero, estaban Bermond y Sunyer.

Rosell sentía correr por su cuello la sangre que brotaba de su herida de la cabeza; pero esto, en vez de disminuir su aliento, parecía servirle de desahogo, porque iba volviendo por instantes del aturdimiento que siguió al golpe del hacha.

Entonces con el frío golpe de vista que le distinguía en los momentos de peligro, buscó en torno de sí un punto donde combatir con menos desventaja la furiosa tempestad de hierro que en breve iba á desencadenarse sobre él. No tardó en elegir el ángulo que formaba uno de los postes de piedra con el muro del pretil: allí, en efecto, estaba seguro de no ser ofendido por la espalda.

Para llegar, sin embargo, á aquel sitio, tenía necesidad de ejecutar un largo movimiento retrógrado; y como Rosell no era hombre que cediese nunca el terreno sin haberle antes porfiadamente disputado, se propuso luchar en toda su línea de retirada y desembarazarse en ella de alguno de sus adversarios.

Concebido este plan, Rosell le inauguró atrevidamente desconcertando á sus tres enemigos con una brusca embestida.

Sinibal fué el primero que la recibió; y de su perfilada armadura incrustada de piedras finas, partieron lucientes chispas al contacto de la cortante espada del de Nadal.

El marqués retrocedió dos pasos para poder hacer uso de su largo mandoble, inútil á la corta distancia en que se encontraba de su antagonista, y esta evolucion dejó descubierto á Sunyer, que á su vez se vió obligado á arrostrar el terrible choque de Rosell.

Pero en el instante en que el valiente amigo del conde de Arria conseguia la primera ventaja, Bermond le dirigió al fanco un furioso golpe de punta, que hundió entre sus costillas la quebrada cota de malla.

Rosell cambió de frente con la velocidad del rayo, y recogiendo en un círculo, irresistible la espada de Bermond, la hizo saltar de su mano á tres varas de distancia.

Singular era el espectáculo que ofrecia aquel hombre herido, acosado por donde quiera por los mas esforzados campeones de la corte de Salomon.

Su ventaja, no obstante, solo duró algunos segundos.

Sunyer volvió á la carga con mas osadía que nunca, y Sinibal llegaba esgri miendo en tajos silbadores su poderosa cuchilla. Bermond, que de un salto habia recogido su acero, tornó á presentarse en el costado del de Nadal amenazando su plan de retirada.

Tiempo era que Rosell pensase seriamente en su ejecucion. A fin de cubrir al menos uno de sus flancos, se acercó al antepecho del pretil, y á lo largo de él, empezó sin apresurarse su meditada marcha retrogada.

—¡Oh!... retrocedéis ya... gritó Sunyer; conoceis, por lo visto, que es mas difícil matar á Sinibal, Bermond y Sunyer, cuando tienen la espada en la mano, que á los Wall antes de que pudieran desenvainarla...

—Yo maté á los Wall á lanzadas en buena lid, contestó Rosell, abriéndome paso hasta ellos por entre sus deudos... y vosotros os le habeis abierto hasta mí por medio de una cobardía...

—Entonces, noble Rosell, vale menos en vuestra diestra la espada que la lanza... dijo Bermond descargando sobre la cabeza del señor de Nadal una senda cuchillada.

Rosell, en lo mas empeñado de su lucha con Sunyer y Sinibal, adivinó con su instinto batallador este nuevo golpe, y le paró levantando su montante.

En el punto mismo se tendió á fondo con su respuesta favorita, por debajo del acero de Bermond, aun á riesgo de quedar descubierto para con sus otros dos adversarios.

Por la primera vez, la espada de Rosell no encontró el impenetreble obstáculo del arnés, y sintió en su aguda punta esa blanda resistencia que opone la carne.

Bermond, herido en el cuello, pugnó algunos instantes por mantenerse en pié, y cayó al fin de espaldas sobre el empedrado, helando el corazon de sus compañeros con el ruido de su caída.

De las barras de la celada de Sinibal se exhaló un rugido de tigre.

—¡Pondremos en la cuenta esa estocada!... exclamó tascando la correa de su visera.—¡Adelante, Sunyer!... parece que el jabalí quiere escaparse...

—¡Ah!... no imitará con nosotros el combate de los Horacios... dijo Sunyer emparejando con el marqués.

Y ambos se lanzaron impetuosamente

Wifredo el Velloso.

sobre Rosell, que continuaba su sistemática retirada.

El de Nadal recibió sin desconcertarse aquel violento huracan.

Su tajante hierro cerró el camino á los de sus enconados enemigos, y pagó en reveses con usura lo que ellos le regalaron en cortes.

Sinibal, siempre en primera línea, le perseguía bramando como un búfalo. Pasaba de la una á la otra mano su pesado mandoble con una extraordinaria agilidad, y le blandía con las dos en los golpes decisivos; se arrojaba sobre Rosell á continuación de sus repetidos ataques, y al paso que desvirtuaba las respuestas, le oprimía con su colosal armadura, dentro de la cual se hallaba encerrado como en una concha.

Sunyer secundaba estos asaltos, apareciéndosele ya al uno, ya al otro de los lados de su compañero, y no perdiendo jamás una ocasión de esconder en la sobrevesta de Rosell la punta de su espada, semejante á la ávida y aguda lengua de una víbora.

El de Nadal, que comenzaba á escuchar en los oídos ese sordo zumbido que produce la pérdida de la sangre, y que ya conocía como precursor de un total desmayo,

quiso hacer el último esfuerzo antes de que su aliento le abandonase.

En su consecuencia se detuvo.

No tardaron Sinibal y Sunyer en caer sobre él como dos halcones. Uno y otro se animaron con un penetrante alarido, y uno y otro levantaron en alto al mismo tiempo sus afiladas cuchillas.

Por desgracia para Rosell, no estaban aquella vez tan juntos sus adversarios que pudiera evitar sus dos golpes con una sola parada. Preciso le fué, por tanto, acudir primera al que creyó mas luminente en razon á la proximidad del que iba á descargarle. Este era el de Sunyer, y le paró en efecto; pero antes de que tuviera tiempo de desembarazar su espada, el mandoble de Sinibal cayó sobre su hombro con el peso de una montaña.

Rosell vacilante dobló una rodilla.

Sinibal lanzó un grito de triunfo, y para consumir su victoria volvió á levantar con brio su arma afortunada.

En aquel terrible instante de prueba, Rosell clavó sus chispeantes ojos en la union del peto y el cinturon de Sinibal. Los brazos del invulnerable marqués elevaron tambien imperceptiblemente su coraza en su movimiento ascendente, y el corto es-

pacio en que esto tuvo lugar, bastó al de Nadal para asestar una rápida estocada al pequeño punto que su adversario le presentaba inermes.

La posicion inferior que Rosell ocupaba, se prestaba admirablemente á un golpe de esta especie.

La punta de su espada llegó á tiempo á la línea que se propuso por blanco, y crujió en el colete de ante del marqués desapareciendo buena parte de la hoja.

Sinibal articuló un gemido y dió en tierra con un argentino estrpendo que resonó á larga distancia.

Sunyer, que corria á rematar á su enemigo, tuvo que saltar por encima del cuerpo del marqués.

Pero Rosell, mas aturdido que herido por el mandoble de Sinibal, pudo aun ponerse en pié para hacer frente á su último contrario.

Las dos espadas se cruzaron de nuevo, siguiéndose como dos entrelazadas sierpes, ya en sus suavísimos pases, ye en sus vigorosos cambios.

El combate empezaba á adquirir un carácter mas regular; pero esto precisamente era lo que no queria Sunyer, encontrándose enfrente de un enemigo del temple de Ro-

sell. Cuando la esperanza que abrigó un momento de que las fuerzas del de Nadal estuviesen agotadas, quedó desvanecida al ver la firmeza con que empuñaba todavía el acero, cambió de resolución lidiando en retirada en vez de continuar su ataque.

—¡Eh!... ¡Tells!... gritó con estentórea vez; ¡á mí!... cuerpo de Cristo... Romped la cabeza á este renegado...

—¿Qué es eso, Sunyer?... exclamó Rosell; ¿teneis miedo?... ¿quereis auxilio?...

—¡Voto al diablo!... lo que quiero es que no tengais la dicha de matarme por un inconcebible anacronismo. ¿No os parecería un absurdo que vos me matéseis á mí, pudiendo yo mataros á vos?

—¡Ah... miserable!... ¡Ah... cobarde!... murmuró Rosell, pugnando por alcanzar á Sunyer que ya paraba mas con los piés que con la espada.

Los escuderos de los tres favoritos acudían al llamamiento del último de sus señores, haciendo retemblar el suelo con sus atropellada carrera.

Aquella suelta jauría se desencadenó sobre Rosell como una abalancha del Piríneo, blandiendo ferradas mazas y hachas de dos cuchillas.

El de Nadal tornó á acogerse al muro

del pretil, describiendo un terrible moline-
te, bastante á tener á raya el atrevimiento
de los seis lebreles que le envolvían. Todos
los instantes en que se veía libre, los apro-
vechaba en replegarse hacia el ángulo que
habia elegido.

Sunyer animaba con su acento á los es-
cuderos, y los daba ejemplo entrando el
primero en la ancha curva que trazaba la
espada de Rosell; pero á pesar de sus es-
fuerzos, el de Nadal se retiraba con mas
facilidad esta vez en que le acosaban siete
hombres, que la anterior en que solo era
perseguido por tres.

En breve llegó al sitto objeto de su an-
helo.

Apenas le hubo ocupado, apoyó su pié
izquierdo en el ángulo del muro y el poste,
y adelantó el derecho en la línea que le di-
vidia, llenando con su terrible espada quan-
to espacio mediaba entre las dos masas de
piedra.

Allí, recogiendo en anchos círculos el
montante de Sunyer y las hachas y mazas
de los escuderos, combatió largo tiempo
sin desventaja, derribando siempre al que
mas se le acercaba, ya mas obstinado, ya
mas empujado por sus compañeros en
aquel angosto trecho, en que no podian to-

dos á la vez ni esgrimir sus armas ni presentar su cuerpo.

El esfuerzo de Rosell disminuía, sin embargo, notablemente.

Su sangre no corría ya por una herida sola: su brazo comenzaba á rendirse de aquella lucha sin término y sin esperanza: su espada no recorría ya el camino que su imaginación le designaba.

Sunyer observaba parte de esto; y adivinaba otra parte. El resultado del combate no podía ser dudoso. todo estribaba en su prolongación. Así es que redoblaba su constancia al paso que la de su enemigo decaía.

También Rosell veía clara su posición: cualquiera de los golpes que frecuentemente le tocaban, podía acabar con él: aquel rincón del pretil tenía por necesidad que ser su sepúlcró...

Una idea hija de la desesperación, pero que aun le ofrecía un rayo de salvadora luz, surcó su mente de repente.

Al pié de las ramblas le esperaban su paje y su caballo... Cierto era que él no podía llegar allí de un modo natural; pero muerto ó vivo sí lo podría hacer de una manera extraordinaria...

Admitido una vez este pensamiento, Rosell solo pensó en su ejecucion.

Antes de todo era necesario desembarazarse algun tanto de sus adversarios; y despues de los sobrehumanos esfuerzos que habia hecho, quizá fuese un imposible exigir otro mayor.

El intrépido caballero invocó á su corazon, á su gloria, á su nombre, á sus recuerdos... hasta á su odio.. y exhalando en una rónca espiracion el último destello de su aliento incomparable se lanzó sobre sus contrarios cruzando el pecho del que encontró delante.

Los demás dieron instintivamente un paso atrás; y el corto terreno de que este movimiento le hizo dueño, fué suficiente á Rosell para hacer escalon del hombre que acababa de derribar y saltar sobre el antepecho del pretil con cuanta ligereza le permitieron sus exánimes fuerzas.

Aun no se había afirmado en aquel inclinado plano, y ya estaba á su lado Sun-
yer gritando con su voz de trueno:

—¡Mil infiernos!... ¡Ahora sí que creo matarte!...

Y dirigió á Rosell una furiosa estocada, que le arrojó violentamente en el abismo que se abría á su espalda...

La lid habia terminado.

En aquel pretil donde poco antes reinaba tal estruendo, solo escuchaba ya las fatigosas respiraciones de los que sobre vivieron al porfiado combate.

Sunyer se asomó presuroso al antepecho; pero su vista no pudo atravesar la oscuridad que envolvía el fondo de las ramblas. Escuchó con avidez... tampoco oyó nada.

Entonces preguntó á uno de sus escuderos que tambien se inclinaba sobre aquella negra sima:

—Antun... ¿se habrá estrellado?

—Es lo mas probable, respondió el escudero: una caída de veinte piés de altura en el estado que él bajaba, no puede hacer esperar otra cosa.

—Necesito no obstante, saberlo á punto fijo. Corre á averiguarlo, y si alienta todavía, aplástale la cabeza...

Antun obedeció en el acto, tomando la vuelta del pretil que conducía á la cuesta de las ramblas.

Sunyer y sus compañeros sintieron perderse el eco de sus pisadas en la calle inmediata, y resonar de nuevo al poco tiempo en las mismas ramblas que se estendian debajo de ellos.

Despues de algunos momentos de espectacion, Sunyer le gritó impaciente:

—¿Qué hay... Antun?... ¿se ha reventado?...

La voz del escudero contestó desde el fondo de aquella invisible rambla:

—¡Es inconcebible.. señor!... no se encuentra rastro de su persona...

—¡Tunante!... ¿qué dices? exclamó Sunyer, precipitándose iracundo por el camino que habia seguido Antun.

Lós que pudieron imitarle se lanzaron en pos de él.

Un instante despues, el caballero se mordía los puños, en el sitio donde el de Nadal debió haber caído.

Todo cuanto de él hallaron se redujo á uno de sus ferrados guantes, que el intrépido Rosell parecia dejarles aun en prenda de reto.

Solo quedaba ya á Sunyer el cuidado de ocuparse en prestar á Bermond y á Sinibal los auxilios que há rato estaban exigiendo.

CAPÍTULO IV

Salomon

Desde el primer albor del siguiente día, se paseaba agitado el conde de Barcelona á lo largo de su camarín del Coso.

En el ligero círculo morado que ceñía sus ojos animados por el fulgor de la fiebre, y en el desórden de su traje, que era aun el mismo que vestia la víspera, se echaba de ver que Salomon no se habia acostado aquella noche.

Y con efecto, las horas que siguieron á su partida de los salones, fueron una no interrumpida serie de tormentos para su enfermo cuerpo y para su alma, mas enferma todavía.

Ya en distintas ocasiones preguntó á

sus pajes y á sus arqueros de maza si se habian presentado á verle su médico Isacar ó alguno de sus amigos Sinibal, Bermond y Sunyer; pero la respuesta que recibió fué siempre negativa.

Cansado al fin, ó vencido por su doble padecimiento, llamó de nuevo y ordenó que á toda costa se buscara á Isacar y á cualquiera de sus tres favoritos.

Cuando Salomon mandaba de este modo, nada había imposible para sus servidores: el Coso vacilaba en sus cimientos; Barcelona se estremeció; temblaba la Marca entera.

Así es que al poco tiempo Sunyer entraba en palacio, envuelto en su manto de bayeton de Mérida, entre cuyos anchos pliegues ocultaba el pálido rostro.

Salomon le vió cruzar el patio del fondo desde las ojivas de vidrios de colores, que daban luz á su habitacion, porque el noble conde de Barcelona jamas se asomaba á ninguna de las ventanas exteriores.

Algunos momentos después se levantaba el tapiz que cubría la puerta del aposento condal, y Salomon y Sunyer se encontraban el uno en frente del otro, cada cual con el semblante torvo á su manera.

—Ven aquí, Sunyer, dijo el conde á su

favorito así que se presentó; ven aquí, ya que es preciso llamarte para que te dejes ver en el Coso... ¡Por San Cucufate!... ¿tan poco imagináis que me interesa vuestra suerte, que despues de la expedicion de anoche no pensais en tomaros el trabajo de referirme su resultado?..

—En cuanto á mí, contestó Sunyer de mal talante, héme ya en palacio; pero por esta vez vengo á renunciar en vuestras manos con toda el alma mi título más honorífico...

—¡Como!... ¿el de capitan de arque-ros?...

—No, otro en el que hasta ahora fundaba con mas orgullo mi gloria...

—¿Cuál?...

—El dictado de diablo que el pueblo im-bécil me daba.

—¿Y desde cuándo no se cree Sunyer digno de ese dictado?

—Desde... ¡voto á mis barbas!... desde que hay otro que le merece mejor que yo, puesto que sabe librarse de mis garras.

—¡Otro!

—Sí.

—¿Quién?...

—Rosell.

—¡Rosell!... exclamó Salomon.

—Rosell de Nadal... Rosell el execrado... Rosell el diablo...

—¿Como lo ha hecho, pues?...

—Bermond os lo contará con el talento que lo cuenta todo... es decir, cuando pueda hablar; porque, al presente, el pobre mozo tiene una estocada en la garganta.

—¡Mi diestro Bermond!...

—Toda su destreza no fué bastante á parar el golpe de ese condenado Rosell.

—¡Oh! y ni Sinibal ni tu le vengásteis...

—¡Sinibal!... ¡Ah!... Sinibal cayó diez pasos mas allá con seis pulgadas de hierro en el estómago.

—¡Mi valiente Sinibal! balbuceó el conde.

—Con todo su valor.

—¡Y tú!...

—Yo, por fortuna, solo saqué un arañazo en la mano izquierda.

—¡Estaba solo?

—Con nuestros escuderos.

—¿Y él?

—Oh... en cuanto á él era un verdadero hongo.

—¡Y se os escapó!... dijo Salomon mirando á Sunyer con una singular expresión.

—¡Y salió ileso de vuestras manos!...

—En ese punto, confieso que me encuentro en una total incertidumbre... Mi hacha de armas le había ya magullado el cráneo, y mi espada se hundió en el cuerpo al arrojarlo á las ramblas desde lo alto del pretil... Aun conserva su sangre...

Y Sunyer desnudó el acero, enseñando, en efecto las rojas manchas que teñían su punta.

—Pues bien, añadió el caballero, á pesar de estos golpes y el de su no despreciable caída, no pudimos encontrarle en la rambla cuando bajamos á rematarle. O se evaporó en el aire, ó poseyó el secreto de dar un salto de veinte piés, como le pudiera dar una zorra.

Salomon redobló sus fébriles paseos, murmurando entre dientes:

—¡Poder de Dios!... Me amenezan... me hacen frente en mi propia casa, al lado de mi trono y en medio de mis guardias... asesinan á mis amigos... protestan de mis decisiones... ¡Ah! indomables catalanes... yo os haré ver que teneis un amo... un amo que posee todos los derechos que decís le niegan vuestros usajes... ¡Oh! sí... porque sus derechos son los del león... los de la voluntad y la fuerza... Disipais vuestro oro á manos llenas en un estúpido boato, y no

quereis ceder una parte de él á vuestro señor feudal... Pues bien, él os arrancará todo... él os arrancará mal grado ese oro, cuyo valor no conocéis sino para ponerle fuera del alcance de su diestra soberana... ¡Un oro, que tan bien estaría en sus arcas... y del que, con prudente economía sabría emplear alguna cantidad en candelillas para alumbrar á su patron San Cucufate, en piadosas fundaciones por el futuro reposo de su alma... y en compra de indulgencias para el perdon de los pecados que los calamitosos tiempos que atraviesa le obligan á cometer,.. ¡quizá con harta frecuencia!...

Y al llegar á su último inarticulado pensamiento, el rostro de Salomon tomó una espresion de acerbo dolor, que nadie hubiera podido determinar si tenía su origen en el punzante recuerdo de los pecados cometidos, ó en la triste ausencia del oro que en su concepto, habria podido servirlos de absolucion.

A los oidos de Sunyer no llegaban las cortadas frases del conde de Barcelona sino como un rumor apagado; pero sus ojos veian perfectamente que las verdinegras tintas de su semblante se iban formando de un color mas sombrío todavía.

Salomon se detuvo de repente á la mitad de una de sus maquinales carrera, y se dejó caer sobre su sillón, apoyando los codos en la mesa y hundiendo la cabeza entre las manos.

Su respiracion era laboriosa y desigual, y á traves de sus escasos dientes, que sin cesar castañeteaban por el frio de la calentura, se escapaban sordas interjecciones.

Todos sabían que cuando Salomon Jordí de Cerdaña y de Barcelona, tomaba esta posicion, era que no quería hablar; y Sunyer empezó á preveer que si aquello duraba mucho, iba él á fastidiarse de una manera feroz.

Una especie de ruido que salió de un inmenso cojín, oculto entre las cortinas de las ventanas, hizo á Sunyer volver la vista hácia aquel lado, pero solo encontró á Bib, el negro favorito de Salomon, que se espezaba en el sitio donde sin duda había pasado la noche, sin participar del insomnio de su amo.

El caballero separó los ojos con desden.

Un diálogo con aquel sér no podia entretener á nadie, porque era sordo y mudo.

El estado del conde hacia esperar, sin
Wifredo el Velloso.

embargo, á Sunyer que la situacion no se prolongara por largo tiempo.

Y con efecto, apenas habían pasado diez minutos, cuando Salomon levantó la cabeza y suspendió el curso de sus ideas para esclamar con ronco acento:

—¡Qué es esto!... ¡vive el cielo!... parece que hoy nadie se acuerda de mí... ¿donde está Isacar Ascalon?... ¿cree por ventura que ya no necesito de sus tisanas?...

Sunyer no pudo encontrar mejor oportunidad para salir del camarín del conde, diciendo para sí al atravesar la estancia contigua:

—¡Voto á medio mundo! .. Por lo visto, no he sabido darle gusto en esta ocasion... ¡Sangre de Cristo!... quisiera que encontrase quien saliera mas airoso de comisiones de esa especie, cuando se trata de hombres como Rosell.

Salomon cayó de nuevo en su abstraccion absoluta, de la que solo le sacaba por intervalos la opresion de su pecho, que le obligaba á echar atrás la cabeza para respirar con libertad.

Después de un cuarto de hora, volvió á abrirse la puerta de su aposento, y un personaje de elevada estatura y de enjutas carnes apareció en el umbral.

Su edad alcanzaba á los últimos años del siglo anterior; pero los numerosos lustros que para él corrieron se habian contentado con blanquear su barba hasta el punto de asemejarla á un copo de nieve, respetando el brillo de sus penetrantes ojos y el aire erguido de su cabeza, llena de dignidad en todos sus movimientos.

Éra Isacar Ascalon, físico de su señoría el conde de Barcelona.

Su mirada primera fué para Salomon, que continuaba abismado en su enorme sillón, entre cuyos elevados antebrazos y colosal respaldo desaparecia casi completamente.

A tres pasos del conde, se detuvo, pronunciando con voz vibrante:

—El deber de disputar á la muerte la extinta vida de un hombre, no me ha dejado cumplimentar mas pronto vuestro llamamiento; pero, al fin, héme ya libre... ¿qué me quereis?

Salomon dirigió al judío una ojeada de hielo por entre las espesas pestañas que guarnecian sus entornados párpados.

—Quiero saber, dijo, cuál es la vida que vale tanto como la de Salomon de Cerdaña.

—Para el feudo de Barcelona, ninguna;

para la humanidad, cualquiera; contestó Isacar.

—Pero tú estás á mi servicio; yo te pago tus brevajes y tus observaciones; justo es que á mí tan solo me consagres tu tiempo.

El judío, con una imperceptible sonrisa de desden en los lábios, se acercó al sillón, en uno de cuyos brazos descansaba la mano que Salomon le presentaba.

—Habeis contravenido á todos mis preceptos, dijo despues de un momento de exámen: esta noche la habeis pasado fuera de vuestro lecho, no habeis tomado los cordiales que os preparé, no habeis procurado alejar de vuestro pensamiento cuanto pudiera conmoverle.

—Adviertes en mi pulso...

—El temible estado de vuestro corazon. Sí, conde... no quiero ocultároslo; vuestra dolencia se agrava de día en día; y hasta que vos no pongais cuanto esté de vuestra parte para combatirla, me quedará el derecho de creer que no es á la insuficiencia de la ciencia á lo que se debe tan poco satisfactorio resultado.

—¡Qué dices!... repuso Salomon asustado; ¿correria realmente algun peligro mi existencia?...

—No aseguro tanto: pero solo me atrevo á responder de todo en el caso de que con el mayor escrúpulo se observen mis prescripciones.

—Muy bien, serán ejecutadas de la manera que desees; pero acuérdate de lo que acabas de decir; respondes de todo.

Isacar se inclinó.

—Ahora, añadió el conde, dame una pócima que despeje mi cabeza, tranquilice las violentas palpitaciones de mi corazón y calme esta fatiga que anuda mi lengua... hace hervir mi pecho... y sofoca mi aliento...

—Ante todo, retiraos á vuestra alcoba; que nadie, durante el día de hoy, se acerque á vuestro lecho ..

—¡Eso es imposible!... interrumpió Salomon frunciendo el entrecejo.

—¿Imposible?...

—Sí, por San Cucufate; si te pido un remedio urgente .. del momento... lo que vosotros llamais un verdadero antídoto... lo que yo deseo que sea un infalible específico, es porque dentro de dos horas necesito la vida y la razón que no tengo en este instante.

—¡Dentro de dos horas?...

—Todo ese tiempo te concedo... cúrame para entonces...

—¡Estais en vcs!... ¿Acaso una afeccion de sesenta años puede curarse en sesenta minutos?

—No te pido una salud absoluta: te pido la salud que tenia ayer... la que quizá ibas á proporcionarme mañana... te pido solo que triunfes de mis padecimientos por un breve espacio, para asistir á una entrevista importante...

—Ni aun eso puedo concederos.

—¿No? exclamó Salomon en tono amenazador.

—No, respondió el judío con firmeza.

—¿De qué me sirves, entonces?... ¿de qué me sirven esas amargas aguas que me das á beber, y en que ya has agotado todos los colores del iris?... ¿de qué me sirve tu ciencia?...

—Jamás la ciencia humana ha vencido imposibles.

—¡Luego imposible es mi salvacion!...

Isacar nada contestó.

El conde de Barcelona hundió sus convulsos dedos en sus lácios cabellos grises, y se limpió en la rodilla el sudor de la fiebre en que salieron impregnados.

—Escucha, Ascalon, dijo dando una si-

niestra espresion á sus palabras, que con aire distraído parecían escapársele á pesar suyo.

—Yo no sé si mi enfermedad es grave ó leve, crónica ó aguda, tangible para el arte ó invulnerable á sus agentes; pero cúrame á todo trance, porque... tan interesado estás tú en mi curacion, como puedo estarlo yo mismo.

El judío se encogió de hombros.

—¡Amenaza á su físico!... pensó en alta voz; esto es, al hombre que es dueño de su vida...

—Mi vida, tanto como á tí, pertenece al último de mis vasallos... y sin embargo, nunca he escaseado las amenazas, nunca he faltado á su ejecucion y nunca he dejado tampoco de respirar tranquilo... porque de mi existencia me ha respondido siempre la del que pensara en arrancármela.

—Y yo...

—Lo has adivinado, Isacar; me respondes con la tuya.

Ascalon replicó con frialdad:

—Imponedme entonces de antemano el castigo que mi ineptitud merece; matadme hoy mismo si abrigais la menor desconfianza; porque, en todo caso, si vos sucumbierais antes, solo á Dios responderia...

Una sonrisa diabólica contrajo los cárdenos lábios de Salomon.

—¿Que pronuncias?... murmuró; ¡hé!... justo es que vea si responderia á alguno mas...

E irguiendo repentinamente la cabeza, clavó los ojos en el cojín donde yacia el negro, y exclamó entre dos ahogadas interjecciones:

—¡Bib!...

El núbio no oyó la voz; pero vió la mirada y el movimiento de los lábios del conde, y se puso á su lado de un salto.

Salomon tomó una pequeña pizarra cuadrilonga, que pendía del cinturón de Bib, y escribió en ella algunas líneas con un puntero que la estaba unido.

En seguida presentó al negro lo escrito.

Bib devoró con los ojos hasta la última letra, y rechinando sus dientes de hiena, corrió á Isacar y le dejó caer pesadamente la mano izquierda sobre un hombro, mientras con la derecha desenvainaba su agudo puñal...

La limpia hoja brilló un momento con lívido reflejo, y volvió á desaparecer en su vaina.

Isacar le había presenciado pálido, pero sin pestañear.

—¿Sabes lo que eso significa?... le preguntó Salomon con sombrío acento.

El judío sacudió la cabeza negativamente.

—Oye, repuso el conde de Barcelona.— El día en que Salomon de Cerdaña deje de existir, el núbio Bib hundirá mil veces su puñal en el corazón de Isacar Ascalon...

El físico se estremeció visiblemente.

—¿Conoces a Bib?

—Sí...

—Entonces podrás apreciar lo que vale su promesa. Ya ves que tienes precisamente que curarme puesto que mi vida es la tuya.

Y Salomon, á guisa de monólogo, siguió diciendo entre dientes, pero de un modo inteligible:

—¡Diablo!... ha sido el físico favorito de Wifredo de Arria, y parecía dudar de que al valirme yo de los mismos servicios que prestó á mi antecesor, no hubiera tomado mis precauciones... ¿Por ventura he dado á nadie derecho para juzgarme tan imbécil?... En buen hora que yo me utilice de sus especiales conocimientos, si, como se dice, son

irremplazables; pero no por eso vayamos cándidamente á roer el queso de la ratonera... ¡no, por San Cucufate, no!... Los amigos del conde de Arria no son tan poco sospechosos para mí, que pueda entregarme á ellos atado de piés y manos ..

—¡Oh!... ese era el secreto... articuló Isacar con amargura.

—¿Mi secreto?... ¡voto á la calva imperial de Carlos de Francia!... que muy poco honor hace á tu penetracion haber necesitado que te lo revelen. ¿Deja el sol de alumbrar por estar nublado?...

Durante algun tiempo, solo se escuchó en el camarín la sibilante respiracion del conde de Barcelona; pero al fin su ronca voz interrumpió aquella siniestra pausa, pronunciando con una brusca transicion, despues de lanzar un penetrante alarido.

—¡Maldicion divina!... pero desgraciado... ¿no me has entendido?... quiero aire .. aire que respirar... porque me falta... Si no sabes curarme, dame opio... pero libérame de este peso abrumador... sofocante... como la losa de un sepulcro...

Y Salomon separó con las dos manos el velludo paño que cubria su pecho, como si quisiera abrir su pecho mismo.

Isacar se acercó á la mesa, tomó una ta-

za de agua y vertió en ella algunas gotas del líquido que contenía un frasco de plata que llevaba consigo. Después agitó detenidamente con una cucharilla de marfil aquella mezcla y se la presentó á Salomon.

El conde de Barcelona cogió la taza, y con los ojos fijos en el impasible semblante del judío, se la llevó á la boca con pulso trémulo, apurándola hasta la última gota.

El físico volvió á recibir la vacía vasija, y Salomon reclinó la cabeza en el respaldo de su silla; entornando sus párpados de nuevo.

A los cinco minutos de inmovilidad, se incorporó de pronto sobre los brazos de su asiento, y exclamó hiriendo la mesa con el puño:

—¡Udalrico!... ¡Sunario!... En el momento que lleguen los condes de Ausona, de Villafranca y de Besalú, introducidlos en mi salón de los leones y pasadme aviso... Ojo avizor, ¡vive San Cucufate!...

Y Salomon tornó á desplomarse en su sillón.

CAPÍTULO V

Zorra ó leon

En tanto que en el Coso tenia lugar la escena que acabamos de referir, Balduino de Ausona entraba en el vestíbulo de un modesto edificio aislado, situado en la parte menos concurrida del retirado barrio de las Abadesas.

Esta casa era la ordinaria habitacion del conde de Arria.

Apenas el de Ausona manifestó su deseo de ver á Wifredo, fué guiado por un paje á una de las salas bajas, donde se le invitó á permanecer algunos instantes.

Balduino examinó aquella estancia con cierta curiosidad, porque, enemigo por instinto de Wifredo, era la primera vez que

pisaba su casa y anhelaba encontrar en sus paredes algo que le revelase el fondo del corazón de la persona que iba á buscar, con esa muda pero elocuente significacion con que habian las cosas mejor quizá que los hombres.

En esta ocasion, no obstante, poco fué lo que pudo deducir, porque la casa de Wifredo era tan impenetrable para el observador como el rostro mismo de su dueño.

Antes de que Balduino tuviera tiempo de impacientarse, á pesar de su natural impaciencia, se abrió la puerta del fondo, se levantó la cortina que la ocultaba, y entre sus pliegues apareció la fina cabeza del conde de Arria.

El joven Wifredo se adelantó hacia Balduino con un apresuramiento calculado.

—Perdonadme, señor conde, dijo con su eterno tono jóvial, pero como no podía esperar el honor que con vuestra visita recibo, acababa de disponer una soberbia cetrería, y me he visto precisado, antes de correr aquí, á hacer que encapiroten á mi presencia los azores que estaban ya en el patio. No dudo de la bondad con que acogereis mi excusa, por que sabeis mejor que nadie toda la importancia de esa operacion.

¿No es verdad que no es cosa que prudentemente pueda fiarse á otro?...

—En efecto, contestó Balduino con una sonrisa de desden.

—¡Oh!... ¡y qué azores, amigo mio!... añadió Wifredo con entusiasmo.—Regalo incomparable del conde de Salomon, y que le he agradecido mas que cien mancusos de plata... mas que un alodio exento de pechos... mas, en fin, que el mismo derecho de pesca en el Llobregat, que como tendreis noticia, por tanto tiempo he ambicionado. ¿Quereis verlos?... ¿quereis admirarlos? ..

—No: respondió el de Ausona friamente.—Siento que mi llegada os haya hecho interrumpir una ocupacion tan halagüeña; pero como el asunto que me ha conducido aquí no es sin duda menos grave que vuestra cetrería, insisto á pesar de todo en que me concedais algunos momentos.

—Cuantos querais, conde; vuestro es mi tiempo como es vuestra mi consideracion.

—Es el caso, Wifredo, repuso Balduino, que como anoche me disteis un buen consejo, vengo hoy á pedir os otro.

—¡Yo!... ¡os dí yo un consejo!... esclama-

mó el de Arria con un aire lleno de verdadera candidez.

—Oh, sí... y consejo tan cuerdo que no me he arrepentido por cierto de haberle seguido.

—Podrá ser, pero no recuerdo.

—Cuando la indignacion hizo subir á mi cabeza una oleada de sangre, vos supisteis calmarla con una sola palabra.

—¿Sí?... ¡voto á!... podeis creer que á no decirlo voz... ¡Eh!... algun lucido interés... alguna inspiracion del momento puramente casual... No lo deis importancia, conde; acaso dije anoche mil palabras como la que pretendéis agradecerme!

—Su recuerdo, sin embargo, ha quedado tan profundamente grabado en mi corazon, que siempre me acordaré de vos en todas las circunstancias difíciles de mi vida.

—No sé si merezco...

—Hoy tengo además para hacerlo una razon poderosa.

—¿Cuál?

—La comunidad de intereses.

—¡Es posible!

—Ya oísteis la intimacion que en el Co so se nos hizo por el conde de Barcelona.

—Sí...

—Pues bien, mi deseo se reduce á conocer vuestra opinion particular en este asunto.

—¡Mi opinion!... ¡diablo!... mi opinion habrá necesariamente de ser la vuestra... la de todos los que se encuentren envueltos en esa medida general.

—Pero no es esto solo, Wifredo... ¿Qué medio os parece mejor de evitar la entrega de los feudos que se trata de arrebatarnos?...

—Oh... oh... en cuanto á eso... dijo el de Arria, rascándose la cabeza con la afilada uña de su dedo índice; en cuanto á eso, creo que el medio mas infalible de no entregar nada, seria...

—¿Qué cosa?...

—No tener nada que entregar.

—Ya, pero es el caso que hay quien tiene...

—Pues, Balduino, para ese, que Satanás cargue con migo, si encuentro puerto de salvacion.

—¿Podré saber al menos qué es lo que vos pensais hacer si Salamon os exigiera perentoriamente el cumplimiento de su arbitria disposicion?...

—¡Yo!... ¿estais en vos?... ¿y por ventura puede exigirse feudo alguno á mí?

—¡Como no!... vuestro castillo de Arria por ejemplo...

—¡Mi torreón de Arria!... ese famoso nido de golondrinas... Bah... no tendrá tan mal gusto; pero si por acaso le tuviera se lo cedería con el mayor placer.

—¡Qué decís!... ¿pondríais en sus manos vuestro castillo?...

—¿Y á qué llamais castillo, Balduino? hablemos con propiedad: nido de golondrinas. ¿Creeis, por dicha, que esos viejos lienzo de muralla no me cuestan mil veces más de lo que valen?... Si aun gasto en continuas reparaciones para sustentar con algun honor mi pendon en la mas alta de sus torres, y mi escudo de armas sobre la principal de sus puertas, es no sé si por un resto de mal entendido orgullo, ó por el sentimiento mas disculpable de venerando respeto hácia aquellas carcomidas piedras que han dado nombre á mi casa. No trato de negaros que esto sea una preocupacion; pero os juro que solo á ella deben el pico y la pala no haber incado el diente en el vetusto vivir á que tan graciosamente dais el nombre de castillo. ¡Vive Dios! si Salomon me le pidiera me habria hecho un verdadero obsequio.

—Conde... conde...

Wifredo el Velloso.

—¿Lo dudáis?... quizá la experiencia venga á probaros que salen mis palabras del fondo de mi alma.

Balduino contempló un instante á Wifredo con su mirada de desprecio añadió:

—¿Es ese el consejo que á mí tambien me dais?...

—¡Libreme el cielo, condel... Consejos de estas especie no se dan á nadie... porque para seguirlos es preciso encontrarse en cierta posicion... y estar dotado de cierto carácter... ¡no, por mi vida!... cada cual aprecia en la fria balanza de su razon lo que mas le conviene, y decide conforme á su modo de ver las cosas... á sus particulares intereses... y hasta sus instintos é inclinaciones.

—¿Segun eso no aprobais que nos pongamos de acuerdo para parar el golpe que se nos dirige?...

—¡Hem!... no creo haber dicho... La union es la fuerza... es la célebre cola del caballo de Sertorio... No seré yo ciertamente el que impugne ese principio...

—Entonces firmareis con nosotros el recurso que la vulnerada nobleza de la Marca eleva al sόlio del emperador Cárlos el Calvo.

Y el conde de Ausona sacó un rollo de

pergamino que estendió con seco crugido delante de los ojos del de Arria.

Wifredo parecia estar sobre un asiento de espinas.

—¿Eh?... murmuró lleno de susto y como á pesar suyo.

—Firmar una reclamacion que ataja los proyectos de Salomon de Cerdaña y que ha de pasar por sus propias manos!... ¡Esto es, presentarle sumísamente una lista que contenga el nombre de todos sus enemigos!... ¡darle en un solo dia lo que él ávido busca hace tantos meses!... ¡Por Cristo que á cualquiera puede escaparse el uso que el conde de Barcelona hará de esa nota!... ¡Fuego del Espíritu Santo!... antes cortaria mi diestra que dejarla trazar una firma tan imprudente...

Balduino, estupefacto, no miraba ya á Wifredo con desden. Un nuevo sentimiento empezaba á germinar en lo último de su pecho, pero no era sin duda mas favorable al adolescente conde, porque su frente se nublabá, y su tez palidecia ligeramente.

—¡No firmareis!... exclamó devorando al de Arria con sus ígneas pupilas.

—No... ¡mil condenados!... y un millon de veces no...

—¡Renegareis de vuestra clase!...

—Psch... Yo no reniego de nada.

—¡Faltareis á la confianza... mas aun, á la esperanza que en vos fundaban los nobles de la Gothia!...

—Exageraban, Balduino. ¡Triste de mí!... ¿Acaso puedo yo hacer esperar á nadie cosa alguna?

—¡Reusareis, por fin, uniros al bando nacional que contraresta con desnudo los desmanes del franco Salomon!... ¡vos, que le debeis más agravios que ninguno!...

—¡Yo!... no alcanzo...

—Wifredo... veo con dolor que habeis olvidado un acontecimiento sombrío, á pesar de la sangrienta página que ocupa en la historiade nuestro país. Os le voy á recordar, ó mas bien os le voy á referir... porque dudando estoy de si alguna vez le supísteis.

El conde de Arria se estremeció. Balduino pronunció con suma lentitud.

--Corria la primavera del año 858. Después de las prolongadas luchas intestinas que agitaron la primera mitad del siglo, empezaba la Marca Hispánica á ver lucir algunos dias serenos bajo el blando yugo de un conde, á quien sus enemigos llamaban el padre de los villanos, sin conocer que en el dictado con que querian deni-

grarle hacian su mejor elogio. A las fértiles tierras de su condado llegó la codiciosa mirada de un oso del Pirineo apostado en la punta de una de las áridas rocas de la Cerdaña. De sus pérfidos lábios salió también el soplo que reanimó la amortiguada llama de la tea de la discordia .. La calumnia manchó muy luego el nombre del conde, aquel nombre respetado y bendecido en Barcelona, pero aborrecido y vilipendiado en Aquisgran. El conde, pues, fué envuelto en la próxima residencia exigida por el emperador á sus gobernadores. Acompañado de las lágrimas de sus pueblos partió para Francia á vindicar una conducta intachable; pero el que había lanzado la indigna acusacion no hubiera terminado su obra permitiéndole justificarse.

Wifredo, perdido el color, se atarazaba los lábios.

Balduino continuó despues de un breve intervalo.

El emperador se hallaba entonces en el Putge de Santa María. Allí fué llamado el conde, que se apresuró á salir de Narbona con la confianza que infunden el derecho y una conciencia limpia. Componian su escolta cuatro caballeros... digo mal cuatro

miserables vendidos á su rival... El camino que media entre Narbona y el Putge fué testigo da una infamia sin nombre...

El jóven conde de Airia llevó las manos atrás para ocultar el ligero temblor que agitaba la estremidad de sus dedos.

El de Ausona, para quien no pasó desapercibido, añadió:

—En una hondonada de la senda que cruzaba lo mas intrincado del bosque de Brennes, vaciló la silla del caballo del conde. Acababa de soltarse la cincha, mal sujeta por un singular descuido. El noble conde se detuvo y llamó al que estaba mas próximo para que remediase el daño. Los cuatro que le acompañaban le cercaron solícitos: uno de ellos echó pié á tierra inmediatamente... El bosque era un verdadero desierto: ninguna mirada humana podia atravesar su verde cortina. En tanto que el conde contemplaba al que apretaba el correon de su silla, otro de aquellos miserables, colocado á su espalda, descolgó del arzon la maza de puntas, y le descargó con ella en la cabeza un vigoroso golpe. Arrastrado en seguida el conde por las manos del que estaba en tierra, cayó del caballo, y en el punto mismo se hundieron repetidas veces en su pecho cuatro cobardes aceros..

—Los lábios del de Arria brotaban ya sangre.

—Ahora bien, exclamó Balduino; ¿sabéis, Wifredo, el nombre de la víctima?... pues llevaba el vuestro, porque sois su hijo...

¿Conoceis á sus asesinos?... pues eran Sunyer, Bermond y los dos hermanos Wall... ¿Ignorais por cuenta de quién fueron verdugos esos cuatro hombres?... pues lo fueron por cuenta de Salomon de Cerdaña, hoy feliz y pacífico conde de Barcelona.

Wifredo se apoyó en la pared con la impasibilidad de una estatua que solo tuviese animacion en los ojos.

El de Ausona, que parecia gozarse en su tormento, concluyó diciendo:

—Repetidme ahora que no alcanzais los agravios que pueda haberos hecho Salomon.

El jóven conde de Arria entreabrió la boca para hablar; pero sus palabras espiraron en ella antes de ser articuladas.

En cuanto á Balduino, presa de una encarnizada lucha en lo profundo de su corazon, dió dos precipitadas vueltas á lo largo de la estancia. Su indecision terminó de repente, deteniéndose enfrente de Wifredo.

—Conde de Arria, le dijo en voz rápida y baja, ¿sentiriais ver rodar á Salomon del trono que ocupa?

Wifredo apagó bajo sus párpados la llama que lanzaron sus ojos.

—¿Sentiriais, añadió Balduino en voz mas ténue todavía, ver arrojar su trono y su cadáver por una de las ventanas del Coso, y hollar su franco pendon con los cascos de nuestros caballos de batalla?...

El jóven conde de Arria irguió visiblemente la cabeza, y fijó en Balduino sus dilatadas pupilas con una espresion que hasta entonces ni el de Ausona ni nadie habia encontrado en ellas.

—¿Os atreveriais á tanto? murmuró.

—Nos atreveriamos á todo.

—¿Os sentiriais dignos de un gobierno libre?...

—Hasta sacrificar mil veces nuestra vida...

—¿De un conde catalán?...

—Hasta la abnegacion...

—De una bandera nacional...

—Hasta el delirio...

—Wifredo se oprimió la frente con la mano como si quisiera detener en ella el mundo de pensamientos que encerraba.

—¿Y habeis tambien pensado en quien

será ese conde?... pronunció casi sin mover los labios.

A su turno se estremeció Balduino.

—Ignoro... contestó balbuciente, si los nobles de la Cothalinia habrán ya fijado sus ideas en elección tan grave...

—Pero al menos sospechareis...

—Confieso... que alguna vez...

—Pudísteis entreoir...

—Palabras vagas... alusiones inconexas...

—Sin embargo... quizá por ellas....

He deducido, en efecto, que se trataba del único vástago de una familia antigua...

—¡Ah!...

—De un hombre cuya espada sin mella pueda responder á la Marca de su independencia...

—¿Tan acreditada está esa espada?... articuló Wifredo dirigiendo una involuntaria mirada á la luciente hoja que pendía de su propio costado.

—Por lo menos, jamás la han mancillado ni la traicion ni la cobardía... respondió Balduino.

Y tendió también los ojos á su acero con la doble espresion del orgullo y de la ambicion.

Aquella mirada sorprendida por ambos condes, vendió su mútuo pensamiento.

—¡Oh!... ¡hablabas por tí!... pensó Wifredo dando un paso atrás.

—¡Ya!... imaginabas que se trataba de tu persona... dijo Balduino entre dientes.

—¡Necio!.. me oistes hacer mérito de una buena espada, y tuvistes la presuncion de creer que pudiera ser la tuya. ¿Qué sol la ha visto brillar? ¡En buena mano hubiera colocado el condado de Barcelona su cetro de hierro!...

Los dos condes cambiaron entonces una ojeada que habría sido difícil determinar por parte de quien reveló mas sorpresa, más desdén, mas disimulo.

Embarazosa fué en alto grado para ambos interlocutores la situacion que siguió á aquella esplicacion tan embozada y no obstante, tan espícita.

No se prolongó por mucho tiempo.

Wifredo dió de pronto una palmada, y como si este movimiento hubiera sido la señal de una brusca transicion, su boca dibujaba la mas inocentes y franca de las sonrisas al pronunciar con acento seguro:

—Pero... ¡diablo!... me parece que nos

hemos ocupado de negocios de Estado... Eh... eh... cuidado con esto. En primer lugar, no son mi fuerte; y en segundo, estoy demasiado bien con nuestro buen conde Salomon para ir á enredarme en intrigas que pudieran darle algun pretexto para retirarme su gracia... ¡No, por mi vida!... La gracia de Salomon equivale á la de Dios... en cuanto es todopoderosa. ¡Indisponerme yo con el magnánimo príncipe que me concede vitaliciamente el derecho de pesca en el Llobregat, y me regala tan hermosos azores!... Loco estaria en verdad...

Balduino miró al conde de Arria casi con terror. ¿Era simplemente un niño ó era mas que un hombre?...

Sin atreverse él mismo á empeñarse en la solucion de este problema, dijo lanzando á su interlocutor una torva visual, que contrastaba sobremanera con la apacible luz que despedían los ojos de Wifredo:

—De modo que, en último resultado, insistis en negaros á que vuestro nombre figure al lado de los de la primera nobleza del condado...

—Oh, si... sí; es cosa resuelta.

—Basta; soy yo entonces el que deja de insistir.

—Y haceis bien, conde de Ausona; porque, en otro caso, hubiérais perdido el tiempo.

—Nos pasaremos sin vuestras firma...

—Verdaderamente, no era una circunstancia indispensable.

—Sin vuestro auxilio...

—¡Ay!... ¿por dicha no le necesito yo?...

—Sin vos, en fin,

—Bah... solo hubiera servido para estorbaros, á lo que creo.

Balduino inclinó ligeramente la cabeza, y se dirigió á la puerta.

Al salir de aquella casa, llevaba el conde de Ausona fruncido el ceño y sordamente agitado el corazon.

Había ido á buscar un ilustre nombre mas que añadir á su protesta, y sacaba solo una esperanza menos.

Llegaba arrogante á ofrecer una alianza seductora y se encontraba con una potencia que creía bastarse á sí propia.

La madriguera donde pensó hallar al topo, ocultaba á la zorra...

Quien sabe si al leon...

Balduino exclamó al llegar á este punto de sus pensamientos.

—Leon nunca; ¡vive Dios! El leon ruge y muerde... y Wifredo de Arria solo maya y lame.

CAPÍTULO VI

El nido de golondrinas

Dos ginetes, con caparazon de acero, seguian en sus tortuosos gíros la senda que ceñía en espiral una empinada colina, situada en la raya del Afranc.

El país que recorrían, si bien agreste y quebrado, era alegre, pintoresco y rico en robusta vejetacion.

A sus piés se estendian una campiña sin horizonte, porque la privaban de él los ópimos cerros que la envolvian; pero verde y perfumada como un solo prado, y salpicada por donde quiera de blancas villas y rusticos alodios, cuyas cien campanas daban al viento sus vagos clamores saludando al dia.

Sobre sus cabezas y en la cresta de la colina, se elevaba una mole negra y gigantesca. Las pronunciadas siluetas de sus almenados torreones y de sus espesas murallas, se destacaban vigorosamente en la cortina azul del firmamento, hácia el cual se lanzaban con atrevimiento, la multitud de interminables agujas en que remataban los diferentes cuerpos interiores del edificio.

Aquellos dos hombres que cabalgaban silenciosos por la pendiente del collado, eran el conde de Arria y su escudero favorito.

Aquella soberbia fortaleza, que desafiaba á los siglos desde sus sólidos cimientos, era el castillo tan modestamente calificado por Wifredo, con el donoso dictado de nido de golondrinas.

En breve, ambos ginetes treparon hasta el borde del profundísimo foso que rodeaba el apiñado manojó de torres de color de tinta, que formaba aquel nido singular.

Dusay hizo salir una ruda sonata del cuerno de caza que pendía de su costado, y verificado á poco un escrupuloso reconocimiento, descendió con ruido el puente levadizo, y algunos hombres se agol-

paron presurosos á la puerta del castillo.

Los muros se coronaron instantáneamente de las gentes del feudo.

Una inmensa exclamacion de júbilo pobló el aire, apenas aquella muchedumbre reconoció á su señor en el jóven caballero que atravesaba el puente.

Wifredo echó pié á tierra en el patio de armas del castillo, cercado de sus fieles servidores, que besaban con religiosa respeto su caballo, su estribo y su espada.

Todos los rostros aparecian radiantes de dicha; todos los corazones palpitantes de pasion.

Los ancianos lloraban de ternura, contemplando al conde: Wifredo era su hijo; losjóvenes le admiraban con delicia: Wifredo era su hermano.

Desde el punto en que pisó su señorío feudal, había dejado de ser huérfano; estaba en medio de una familia numerosa, conmovida, que llevaba su adhesion por él hasta la abnegacion, su amor hasta la adoracion: estaba en medio de un pueblo, que el había sabido enriquecer sin empobrecerse á si mismo; estaba, en fin, en los brazos de sus vasallos.

A cualquier lado que tendiese la vista, encontraba un semblante conocido; el que

no era su deudo, era su amigo; el que no era su amigo, la había sido de su padre.

Wifredo sabía los nombres de cuantos le rodeaban, y los llamaba por ellos haciéndoles enloquecer; conocia los mejores hechos de su vida, y se los recordaba con placer; poseia el secreto de sus deseos, y siempre hallaba alguna palabra con que advertirles que no les echaba en olvido.

El joven conde de Arria pagó la acogida de sus nobles y pecheros abrazándolos á todos en la persona del viejo Odolardo, alcalde del castillo.

Al estrecharle el cuello, entre la aclamacion general, le preguntó al oido:

—¿Donde está Rosell?

—En el primer piso de la torrecilla de labanco, contestó Odolardo.

—Muy bien, esa va á ser mi habitacion.

Y Wifredo se dirigió desde allí á la torre indicada.

Cuando mas se acercaba al término de su camino, mas apresuraba el paso; al llegar á la puerta de dos puntiagudas hojas que daba entrada á la torrecilla, su marcha era ya una verdadera carrera.

Subió algunos escalones, abrió otra segunda puerta y entró en un aposento octógono, alfombrado y colgado con los lien-

zos de numerosos pendones, de inscripciones y cuarteles árabes.

Aquella reducida estancia era el santuario de los condes de Arria, la crónica donde cada uno de ellos había escrito una página.

Allí estaba Rosell de Nadal.

El bravo caballero, aunque débil y pálido, halló todavía fuerza en sus músculos para salir al encuentro de Wifredo, y sangre en sus venas para que sonrosase sus mejillas un relámpago de alegría.

El de Arria le apretó las manos con efusión.

—¿Venís por fin á morir con nosotros?... exclamó Rosell.

—¡Morir!... ¡quien habla de morir!... respondió Wifredo.—¡Morir cuando aun no se tienen veinte años, y cuando se poseen unos vasallos como los míos y unos amigos como tú!... Al contrario, mi valiente Rosell; jamás me he sentido con mas deseos de vivir... con mas ambicion... con mas esperanzas.

—Ah... conde, añadió Rosell con tristeza; tengo por costumbre juzgarlo todo punto menos que perdido, cuando escucho en vuestra boca esas palabras de confianza.

--A lo sumo, amigo mio, solo pueden

probarte que mi fe en la estrella que trilla en el cielo de mi porvenir es infinita como el cielo mismo.

—Verdad seria, si vuestras frases salieran del fondo de vuestro corazon...

—¿Y por qué lo dudas? Sí, Rosell, sí... espero y confio, porque mi causa es la de la justicia... es la de la humanidad... es la de Dios... Pero ante todo, ¿cómo están tus heridas?

De las tres que recibí, solo una pudo ser grave; la de la cabeza, y esa acaba de cicatrizarse. Ya sabeis que las heridas del cráneo, si no matan en el acto, rara vez ofrecen peligro.

—Lo celebro con toda el alma.

—¿Es porque abrigais el pensamiento de ponerme en breve en disposicion de recibir otras?

—No, Rosell; sino porque preveo que vas á tener que hacer un viaje.

—¿Para dónde?...

—Para Pons, es la única ciudad al abrigo de cuyas murallas podrás respirar tranquilo. Su posicion fronteriza, su espíritu independiente, su hostilidad á Salomon y la proteccion de Alonso de Astúrias, te pondrán á cubierto del encono del conde de Barcelona.

—¿Y acaso hay algunas murallas que puedan protegerme mejor contra ese encono, que las del castillo de Arria?

Wifredo titubeó un instante.

—Es que esas murallas, contestó, no serán dentro de poco un asilo tan seguro para tí...

—¡Vive Dios!... ¿Y desde cuando estos hondos fosos erizados de puntas de hierro, estos tres recintos de muros tan sólidos como si fueran de una sola roca, estos puentes levadizos, estas altísimas torres guarnecidas de leales peones, no bastarán á prestar una entera seguridad!...

—Desde que los arqueros de Septimania sustituyan en esas torres á nuestros firmes peones... desde que el estandarte de Salomon de Cerdaña reemplace en esos muros al pendon de Wifredo de Arria...

Rosell miró al conde sin parecer comprenderle.

—¿Y por ventura es posible?... exclamó.

—¡Que vengan!... ¡voto al infierno!... ¡que prueben á hacerlo!...

—Nada hay imposible, Rosell...

—Pues bien, será despues de haber vengado en mil vidas nuestro agravio; será despues de habernos comido los unos á los otros... y entonces que el diablo me lle-

ve si necesito seguridad de ninguna especie.

—Es que tampoco habrá combate, amigo mio... ¿lo entiendes? se trata solo de una entrega pura y simple...

El de Nadal comprendió entonces.

--¡Ah!... murmuró, siempre irresolucion... siempre temores...

—¡Has visto algun dia mas pronto el sol en el horizonte por haberle salido al encuentro?

—Y qué esperais ya. ¿Por dicha á que Salomon os haga matar?

—Ese riesgo le corro en todas partes; lo mismo en la villa que en el campo; lo mismo en Barcelona que en mi feudo de Arria. Y si la muerte ha de alcanzarme, te confieso que tan duro será para mi morir á puñaladas en el Coso, como ahorcado de una de las almenas de mi castillo.

Rosell hizo un movimiento que Wifredo interrumpió, añadiendo:

Sí... sí; ya sé que estoy en medio de vosotros, y que, en todo caso, mi noble alcurnia podria hacer que se conmutase ese infamante género de muerte en una honrosa decapitacion; pero ni esta atendible circunstancia, ni el estar en mi mano proporcionarme otro fin mas brillante sueumbien-

do lanza en ristre al frente de mis hombres de armas, hace cambiar un punto mis ideas. Conozco que te parecerán algo extrañas... pero ¡qué quieres! en materia de muertes, todas me son iguales, puesto que al fin se muere. Lo esencial, pues, para mí es conservar la vida; y á ese objeto se encaminan mis proyectos y mis decisiones por una senda peor ó mejor elegida, pero que yo la prefiero á cualquier otra.

—Sea en buen hora, Wifredo; mas fijadme al menos el día en que veré brillar en vuestra diestra la espada de vuestro padre.

—Eh... ¡quién sabe eso!... la oportunidad, el acaso mismo habrá de decidirlo... ¿Puedes presentarme mil lanzas?...

—Pronunciad una sola palabra, y dentro de ocho días tendreis quinientas.

—No me bastan... Necesito mil, y no dentro de ocho días, Rosell, sino dentro de una hora. Cuando llegue ese caso, quizá me arriesgue á enarbolar la bandera de la rebelion.

—¡Oh!... mil lanzas... y dispuestas en un punto dado, y á la primera señal... Difícil será eso siempre,

—¡Pero sucederá!... Ya ves que tengo alguna buena cualidad; constancia y fé. De

ambas, no obstante, necesito para combatir á un enemigo como Salomon.

—Y cuando al fin conteis con este ejército...

—Entonces esperaré...

—¿Todavía?...

—Sí, esperaré á que se verifique una condicion indispensable; pero, por fortuna, el carácter del conde de Barcelona nos responde de su inmediato cumplimiento.

—¿Y es?...

—Que exaspere á los nobles con su tiranía, á los pecheros con su cinismo; que su avara mano haga sentir por donde quiera su yugo de hierro; que incendie la Marca entera; que acabe de arrancar el antifaz que entrevela su semblante, y todos los ojos puedan contemplarle en su horrible desnudez, esto es, hediondo y repugnante; revelando en su lívida sonrisa de sarcasmo lo que para él significa el derecho, la propiedad, el afecto mas puro, el sentimiento mas sagrado; que ejecute, en fin, su intento de hacerse dueño de esos castillos que resplandecen en el suelo de la Gothia como las estrellas en el azul del cielo.

—¿Y creéis, Wifredo, el medio mas seguro, no ya de vencerle sino de resistirle,

dejarle arrebatáros vuestra mejor fortaleza?

—¡Mi feudo de Arria!... ¡Ah!... ¡y qué vale Arria para el que pone sus ojos en Barcelona!... ¿oyes?... en Barcelona: en la corona condal... en la perla del Mediterráneo.

Y la mirada de Wifredo destellaba vivos relámpagos, y su voz se ahogaba, y su cuerpo se estremecía.

—¿Pero seguirán todos vuestros ejemplo? replicó Rosell.

—No, eso secunda mis deseos. La confianza de Salomon es para mí la vida. Ocupen su mente Ausona y Besalú.

—¿Le presentaron la protesta acordada?

—Hace quince días; pero ese tiempo hace también que Balduino y Guy aprecian en su verdadero valor lo que pueden prometerse de su apelacion al trono imperial.

—¿No se esperará la decisión de Cárlos para la realizacion del anhelo del conde de Barcelona?

—Sí, pero solo en los feudos que menos le interesan: los castillos cuya posesion mas le preocupa, le serán entregados en depósito hasta la resolucion definitiva, para que no aparezca la debilidad con que se ha prestado al cumplimiento del decreto

del emperador. Estas fuesen las propias espresiones de Salomon.

—¡Miserable!...

—Juzga, pues, lo que tardarán en presentarse delante de Arria sus satélites, y el corto plazo de que puedes disponer para volar á Pons.

—Partiré, ya que es esa vuestra voluntad. ¡Oh! pero con el alma desgarrada. No era así como el castillo de Arria debia caer en manos de Salomon, sino desmoronando las piedras de sus viejas torres sobre la cabeza del bandido franco-godo.

—¡Eh!... nada se pierde mientras no se pierda la existencia, caro Rosell... Si destruimos, es para conservar, ó mas bien para adquirir... Si sembramos, es para recoger... El que no quiere hacer jamás sacrificios, es un loco... El que no se sabe aprovechar de ellos, es un necio.

Rosell apoyó familiarmente los brazos en los hombros de Wifredo, y le dijo con cierta melancolía:

—Ni aun para mí son siempre penetrables vuestros pensamientos, hijo mio...

Nunca dejaba de conmovérse el conde de Arria cuanbo este nombre salía de los lábios de Rosell.

—Bah... murmuró; tú haces una cosa
Wifredo el Velloso.

mejor que penetrarlos; me los inspiras. ¿De quién sino he aprendido á seguir los impulsos de un corazon generoso y de un alma grande?...

—¡Ah!... ninguna de ambas cosas habeis necesitado aprender; porque las tenéis en la sangre que circula en vuestras venas... porque las heredásteis de vuestro noble y desgraciado padre...

Wifredo inclinó la cabeza á este recuerdo, y Rosell tocó blandamente con su boca la pálida frente del jóven.

—Ea... ¡vive el cielo!... solo falta que lloremos como dos viejas: exclamó el conde separándose del caballero.

Y dando una vuelta en torno de la habitacion, continuó en alta voz como para aturdirse á sí mismo:

--¡A caballo, Rosell!... vamos á partir juntos. Si no te sientes capáz de resistir esa fatiga, que te preparen una litera Pero sí te sentirás, ¡voto al firmamento! el hombre que escapó del pretil de las Puellas jamás puede estar exánime.

—¿Vais á acompañarme?...

—Hasta el borde del foso: desde allí tomo la direccion de Barcelona, y ojalá nadie haya echado de ver mi pequeño viaje...

¿Sabes que Bermond come ya lo mismo que un buitre?

Psch... otra vez le mataré.

—En cuanto á Sinibal es diferente: parece que tu estocada le quitará por algun tiempo la facultad de hacer fáciles digestiones.

—Con respecto á ese, me es igual de todo punto: no le conservo ningun rencor; para que volviera á ocuparme de nuevo en mi camino.

—Lo hará, yo te lo fio. Ahora pensamos en lo mas urgente.

Y Wifredo se sentó á una mesa donde había un colosal tintero de bronce, en el cual aparecia clavada una gruesa pluma de ballena.

Entretanto que trazaba algunas líneas sobre una tersa hoja de pergamino, dijo á Rosell sin levantar la cabeza:

—Haz llamar á Odolardo.

El de Nadal obedeció, y Wifredo terminó su escrito un momento antes de que el viejo alcaide se presentara en la torrecilla.

El conde de Arria le interrogó con bondad.

—¿Ha cuidado Dusay de que se me ensille y embride otro caballo?

—Sí, señor conde.

Pues bien, Rosell, marchemos... no tenemos un instante que perder...

Mi buen Odolardo; sobre esta mesa te queda una orden firmada por mí, y expresiva de mi formal voluntad; te prohibo romper el sello que la cierra hasta el punto en que las huestes de Salomon de Cerdaña envuelvan el castillo confiado á tu lealtad: entonces cumplirás fielmente lo que en ella te prescribo.

— Os respondo con mi vida, contestó el alcaide.

Wifredo pasó por delante de él y se dirigió á la puerta que conducía á la escalera.

Rosell y Odolardo le siguieron.

En el patio, en sus tres órdenes de galerías, y en el terrado que le coronaba, estaban reunidos cuantos poblaban el castillo.

La noticia de la instantánea partida de su señor, recibida casi al mismo tiempo que la de su llegada, había ya corrido de boca en boca, pesando en todos los corazones como una masa de hielo.

El conde de Arria, al poner el pié en el estribo, saludó con fuego á aquella hirvierte muchedumbre, descubriendo su cabeza.

Despues se apresuró á salir del patio, ahogando los sollozos que desgarraban su pecho, en el sonoro tropel de su bridon cordobés.

Luego que hubo cruzado el último puente levadizo, se volvió para esperar á Rosell.

Este llegaba, en efecto, seguido de sus pages de lanza y del escudero del conde.

Dusay había impedido que montase á caballo la escolta que Odolardo disponía.

Rosell se mantenía en la silla con bastante firmeza.

Wifredo se adelantó hacia él, diciendo con febril agitacion:

—A Pons, Rosell, á Pons...

Abrázame y que Dios te proteja.

—Oh... á vos, señor, á vos... que necesitais mas esa proteccion: respondió el caballero estrechando entre sus brazos el cuerpo del jóven.

—Cuento con ella, amigo mio: vé en paz...

Ya recibirás noticias de mí...

Pocos momentos después, los cuatro ginetes partían en dos distintas direcciones.

Cuando Wifredo se vió solo, galopando

hacia la senda que rodeaba la colina, dejó de hacerse violencia.

Y entonces gruesas lágrimas rodaron sin tasa por las mejillas del adolescente conde de Arria...

CAPÍTULO VII

Tu quoque, Brute .

El conde Salomon de Barcelona no habitaba ya en su palacio del Coso.

El edificio que disfrutaba del alto honor de albergarle en su seno era el castillo de la ciudad.

Infalible señal de algun sombrío acontecimiento habian venido á ser para los buenos habitantes de la residencia del trono condal las brascas retiradas de su señor al inespugnable castillo. El día en que se abolieron, pregon sonante, los usajes y franquicias de peaje dentro de la ciudad, Salomon se había escondido entre aquellas espesas paredes: la noche en que fué asesinado el conde Salles, Salomon había com-

batido su insomnio en el último piso de una de aquellas elevadas torres.

Y cuando el conde de Barcelona se ocultaba en su madriguera, semejante al conejo que acaba de oír el crugido de la tensión del arco, su buen pueblo escuchaba atentamente, porque sabía que á esta desaparición seguía por necesidad el silbido de la flecha.

La razón de tales mudanzas de domicilio estaba al alcance de todos: el castillo era mas fuerte que el Coso.

Así que el sol brillaba de nuevo sobre el horizonte, Salomon se apresuraba á bajar del asilo donde se habia guarecido durante la tempestad; porque—un príncipe, decía, debe vivir en medio de su pueblo. Su mas impenetrable arnés es el amor de sus vasallos.

La habitacion que el conde de Barcelona ocupaba en su castillo de la ciudad, era la torre angular de la punta de muelle.

En ella se había reservado Salomon varios aposentos, en uno de los cuales se encontraba en el instante en que ahora le ponemos en evidencia.

Este aposento era un recinto cuadrado, artesonado de enmaderamientos de rica ensambladura árabe, y entapizado de re-

lucientes cortinas recamadas de flecos y bandas de oro, ó mejor dicho, dorados, porque Salomon no era hombre que emplease su oro en cortinas. El techo formado de talladas vigas, pintorreadas de diversos colores, aparecía sembrado de rosetas de estaño limpias como la plata, y á la cual, por otra parte, sustituían perfectamente, porque tampoco la plata era para el conde un artículo de necesidad en sus habitaciones.

Una puerta de encína, primorasamente trabajada, y cuyo arco abocinado iba á perderse en las ensambladuras del artesonado, servía de única entrada á esta estancia. En la pared opuesta, y haciendo juego con la puerta, se abría una colosal ventana, obra admirable de ebanistería, y que sin duda por la inmensa altura en que se encontraba rasgada, y por la seguridad que infundía el patio interior adonde caía, se había libertado de los enrejados de alambre y de barrotes de hierro que defendían lo demás de la fortaleza.

En cada una de las hojas de esta ventana, estaban dibujadas, con magníficos vidrios iluminados, las armas del conde de Barcelona. A través de ellas podían distinguirse, teñidas con sus mil colores, las

tranquilas ondas del Mediterráneo, parecidas á las de un lago muerto.

Una mesa con tapete verdegay, y sobre el cual habia un tintero y algunos rollos de pergamino; varios escaños de forma antigua romana, salpicados de innumerables clavos de lucientes cabezas, y un sillón forrado de cordobán con rapacejos de brocado completaban el adorno y mueblaje de la habitación.

El día declinaba insensiblemente, ya habia dejado de resonar el toque de ánimas en los ámbitos de la ciudad y las primeras sombras de la noche empezaban á estenderse por el retiro de Salomón de Cerdaña, colocado al Oriente, porque el conde gustaba más de admirar la aurora, que de contemplar el crepúsculo de la tarde.

En el cuero de Córdoba del sillón apoyaba indolentemente Salomón su dorso, envuelto en un balandrán de punto toledano, estirando sus flacas piernas, vestidas de lana gris, sobre un cojín de ante, donde hundía los talones.

En cuanto á los extremos del noble y bienaventurado conde, aparecían cubiertos por un calzado de bombasí, que un tiempo fué velludo, pero que entonces dejaba ya ver por donde quiera las venerables calvas

de la vejez; y por un gorro negro, tan mugriento como los cabellos que recogía, y en torno del cual brillaba una cadenilla de metal, de la que pendía una cruz microscópica, como ahora se diría, y que poseía el incomparable mérito de ser del leño de la verdadera cruz.

A pesar de los días que habían transcurrido desde la escena que presenciábamos entre Salomón é Isacar Ascalon, la salud del conde de Barcelona no mejoró notablemente.

Hasta entonces se habían sucedido los periodos de calma, y los accesos de la dolencia, sin que el atribulado espíritu del paciente pudiera apreciar á que lado se inclinaba la balanza.

La inmovilidad con que yacía en su sillón, su tez pálida, casi cárdena, y sus cerrados ojos, hubieran hecho creer que era un cadáver, á no ser por el entrecortado aliento que se exhalaba con trabajo de su pecho, por entre sus apretados dientes.

Después de una de sus mas laboriosas espiraciones, echó una pierna sobre la otra, apretó un codo en el brazo de la silla para que le sirviera de punto de apoyo para cambiar de postura, y murmuró con una especie de rugido sordo.

—¡Hem!... si no me encontrara tan preocupado, me parece tendría tiempo para reflexionar que estoy muy malo... ¡Si, vive San Cucufate!... que estoy malísimo.

Y abriendo los ojos, añadió:

—¡Qué es esto!... ¿no hay luz todavía?...

Ya buscaba su mano el martillo de la plancha de acero que le servía para llamar cuando la puerta se iluminó repentinamente, y apareció un paje de ajustado justillo, conduciendo en la mano un candelabro con dos velas de cera.

Apenas el paje hubo colocado sobre la mesa su candelabro, Salomon se apresuró á soplar la llama de una de las velas, articulando:

—Basta con una, Pujols, basta con una. ¡Qué diablo! tanta luz me ofende la vista... y luego no eres tú el que pagas los cuarenta y siete duros que, según mi contralor, importó en el último mes el alumbrado del Coso... Es verdad que el muy tunante quizá me haya robado en esa cuenta; pero al fin, mi dinero salió de la tesorería, que es lo tristemente cierto...

El paje, que en su aire embarazado dejaba entrever que tenía algo que de-

cir, y que no se atrevía á interrumpir á su señor, aprovechó al cabo la pausa que Salomon acababa de hacer, y pronunció tímidamente:

—Señor... el capitan de vuestros arque-ros ha llegado al castillo...

El conde dió un salto en su sillón.

—¡Cómo! exclamó: ¿Sunyer está de vuelta?... ¡Imbéciles!... ¡le habeis detenido?...

Pujols se lanzó fuera del aposento sin esperar una palabra mas.

Diez segundos despues la vacilante llama de la vela reflejó en el tabardo blasonado que cubria la dorada armadura de Sunyer.

A pesar de la escasa luz de la estancia, pudo divisar la penetrante mirada de Salomon que las armas y el traje del caballero estaban rotos y empolvados, húmedos su barba y su cabello, y salpicados de sangre el rostro y las manos.

En cuanto á la espresion del semblante del capitan, el conde leyó al primer golpe de vista la ferocidad; al segundo la desesperacion.

—¿Qué tenemos, Sunyer?... preguntó Salomon con voz trémula, atreviéndose apenas á formular en su mente con antici-

pacion la respuesta que podría salir de los labios de su favorito.

—¡Eh! que vengo de un humor endiablado, contestó Sunyer, y lo que es peor todavía, que os voy á poner á vos mismo de tan mal humor como yo traigo.

—¿Se habrán realizado mis temores?...

¿Acaso el castillo de Arria se ha resistido á....?

—El castillo de Arria es ya vuestro: á la primera intimacion me fueron entregadas sus llaves.

—Entonces...

En otra parte es donde habeis experimentado la resistencia que temiais.

--¿Dónde?...

—En Odena y en Besalú.

—¡Poder de Dios!... ¿se os negó la entrada?...

—Formalmente.

—¿Hablando en mi nombre?...

—Leyendo vuestro pregon á son de trompetas.

—¿Desplegando mi bandera?...

—Por tres distintas veces.

—¡Ah!... ¿y no lavaste ese insulto?... ¿no escalaste las almenas?... ¿no ahorcaste á cuantos la coronaban?...

—Hice parte de eso: mandé asaltar los muros, y me lancé el primero á las escalas... pero el primero fuí tambien en rodar al foso... Desde allí ví caer sucesivamente en diferentes racimos á mis arqueros, y sucumbir la mitad de ellos bajo el diluvio de dardos y de peñas que descendia sobre nuestras cabezas. Despues de una hora de infructuosos esfuerzos, ordené la retirada... ¡Malditos barrancos de Odena!... allí quedaban mis mejores peones...

—Al dejar las albercas de la arroyada, repuso Sunyer, supe que el cuerpo que destaqué á Besalú habíá sufrido la misma suerte que el que yo dirigia sobre Odena.

—¡Infamados mis blasones!... ¡desobedidos mis decretos!... ¡destrozados mis arqueros!... ¡Por San Cucufate!... si esto no es una verdadera rebelion, ignoro lo que esa palabra significa...

—¡Oh!... y rebelión grave... Combate á muerte. Cada arma arrojadiza que llegaba hasta nosotros, iba acompañada de una imprecacion hácia vos... de un insulto á vuestro nombre.

—¡Hem!...

—Ese baldon clama venganza... Dadme quinientas lanzas, y quemo á Odena, es-

trelo desde su torre mas alta á los defensores, y hago demoler hasta la última piedra de sus murallas.

El conde de Barcelona murmuraba entre dientes, arañando con sus uñas de águila el cordoban que forraba los brazos del sillón.

— ¡Vive el cielo! señor de Ausona... que he de holgarme de escuchar ahora vuestras disculpas... caso de que tengais á bien disculparos por la conducta de vuestros vasallos de Odena... ¡Oh!... ¿y quién dice que no preferiré que os quejeis todavía en vez de disculparos?... Bah... las dos cosas me son indiferentes... suplicad si os place... llorad si quereis... rugid si os acomoda... de todos modos... ¡Eh!... ¡eh!... Salomon, tus ideas son hoy algo siniestras... ¡Cuenta con la sangre! es un licor que embriaga... y el hombre ébrio no sirve para nada... al menos para nada razonable... ¡Hum!... pero á veces la razon es un freno incómodo... una enemiga del corazon... un obstáculo invencible... Si César hubiera escuchado á la razon antes de atravesar el Rubicon, no habría sido nunca el dictador, el árbitro, el señor de Roma... ¡Psch!... á la felicidad se llega por mil caminos... cualquiera es bueno si al fin conduce á

ella... y nadie podrá decir que el mas corto sea el mas torpemente elegido.

Y Salomon cambió los primeros síntomas del furor, que parecía próximo á estallar en él, por una risa sardónica y feroz, que alternaba con la seca tos que desgarraba sus pulmones.

—¿Tendré esas quinientas lanzas? le preguntó Sunyer que le examinaba á hurtadillas.

—Las tendrás... ¡Condenada tos!...

—¿Cuándo?

—Ya te lo diré... ¿Qué otras fortalezas se han defendido á mas de Odesa y Besalú?...

—Ninguna por fortuna.

—Es verdad: si hubiera cundido el mal ejemplo...

—La afrenta habría sido insoportable, pero poseyendo á Arria, podeis tolerar no tener á Odesa.

—¿Tanto vale el castillo de ese oso de Wifredo?...

—Por mi alma os juro que es el mejor de la Marca: no ha sido poca dicha la sumision con que el viejo Odolardo recibió vuestra orden, porque Arria es de todo punto inespugnable.

Wifredo el Velloso.

La fatiga de Salomon se crecía por momentos.

Toda la fuerza de su enérgica voluntad no bastaba á impedir que asomase á su rostro la llama del voraz incendio que abrasaba sus entrañas.

Tan violento fué uno de sus accesos de tos, que Sunyer le vió ponerse morado: aparecer en sus lábios una ligera espuma rojiza, y estar á punto de perder la respiración.

—¿Quereis que haga llamar á Isacar? dijo adelantándose un paso con alguna inquietud.

—No, respondió el conde. Esto es pasajero: me bastará con tomar el pectoral que me ha dispuesto.

—¿Le enviaré á buscar?...

Salomon se puso en pié dominando la rigidez de sus miembros.

—Voy yo mismo por él; balbuceó: me retiro á mi lecho, Sunyer, porque se me arden las venas. ¡Voto á la Biblia?... Ni una palabra del resultado de tu expedición... Que se acantonen tus arqueros en las villas inmediatas... Que se cierre el puerto... Que nadie salga de Barcelona sin un pase de mi signatura... ¡Uf!... maldita tos..

Sunyer se inclinó con respeto, y Salo-

mon salió de la estancia, dirigiéndose por un corredor lateral hacia la parte de la torre donde estaba su alcoba.

Para llegar á esta alcoba por el camino que seguia, le era preciso atravesar su biblioteca, su sala de armas, y la meseta de la escalera que separaba su habitacion de la de Odelinda.

Ya tocaba su mano el pestillo de la puerta de aquella sala, llena toda de relucientes petos, espaldares, yelmos y brazaletes, para desembocar en la escalera, cuando creyó oir al otro lado el crugido de un vestido ondulante y el apagado rumor de algunas palabras pronunciadas á media voz.

En estas palabras, debió escuchar sin duda algo que hiriera vivamente su imaginacion, porque corrió á la lámpara que iluminaba la sala de armas, la apagó de un soplo, y volvió á la puerta, aplicando un ojo al hueco de la cerradura.

Por él divisó perfectamente en la meseta de la escalera los contornos de un hombre y de una mujer.

Salomon los conocía demasiado.

Eran Ripoll y Alcira: niño el primero de diez y seis años, y jóven la otra de veintidos: ambos estaban al servicio de su hija.

La endeble tabla de la puerta no solo le dejó ver, sino que también le permitió es-
cuchar distintamente el siguiente diálogo:

—Ripoll, ¿ves al mismo Wifredo?... de-
cia la jóven.

—Nunca, señora, contestaba el paje-
cillo.

—¿Cómo haces, pues, llegar á sus ma-
nos las cartas que le llevas?

—Por su escudero Dusay, que me espe-
ra todos los días en el átrio de la espalda
del convento de las Abadesas.

—No será inútil precaucion que nadie te
mire entrar en casa del conde de Arria;
pero por esta vez, Ripoll, es necesario que
á toda costa te proporciones una entre-
vista con Wifredo, porque la advertencia
que vás á acompañar á esta carta, solo el
conde debe oirla.

—Muy bien; ¿cual es esa advertencia?

—Que á pesar de la promesa de ayer, y
de lo que este escrito contiene, no llevas la
llave convenida, porque un obstáculo im-
previsto ha desconcertado á última hora
la mitad del plan de mi señora.

—Perfectamente.

—Le dirás asimismo, sin embargo, que
dentro de tres días, y al anocheecer, como
de costumbre, pondrás infaliblemente en

su poder la prometida llave, y el billete donde se le darán las postreras instrucciones que han de servirle para penetrar en el castillo.

—Así lo haré.

—¿Has comprendido bien?...

—Si.

—Pues hé aquí la carta; y no corras, Ripoll, vuela...

Y Alcira presentó un objeto blanco al paje, que le guardó primero en su escarcela, y después, no satisfecho, volvió á sacarle, y le ocultó en el bolsillo interior del pecho de su justillo.

En el momento siguiente, como obediendo el precepto de Alcira, bajaba la escalera con la punta de los piés y con la ligereza de una ave.

La jóven, por su parte, así que le vió desaparecer, empujó la hoja de una puerta, y se internó en los aposentos que ocupaba Odelinda.

Ya hacía largo rato que Ripoll y Alcira habían abandonado la meseta, y Salomon, convulso y ceñudo, escuchaba encorvado todavía.

La primera idea que pareció sacar de su estupor al conde de Barcelona, fué la de precipitarse en su cuarto y mandar dete-

ner al pajecillo, si aun no había tenido tiempo de salir del castillo. Pero Salomon desconfiaba siempre por sistema de su primer movimiento, y esta vez, como siempre le desechó.

Las punzadas de su pecho, cada vez mas vivas, le hicieron abrir maquinalmente la puerta, y cruzó sin pestañear el teatro de la escena de que acababa de ser espectador.

Poco despues se encontró en su alcoba sin saber el camino que había recorrido.

Sus sienes latían con violencia, sus nervios se crispaban, su aliento se extinguía...

Vacilante en medio de la habitacion, tendió en torno sus ojos estraviados, y halló sobre la mesa la vasija de porcelana que contenía su pectoral.

Salomon llevó á ella la diestra; pero su agitado pulso derramó la mitad del líquido antes de que la vasija llegase á la boca. Preciso le fué sostenerla con las dos manos.

Entonces apuró de una sola vez todo lo que restaba del pectoral.

Y dejándose caer desplomado sobre su lecho, exclamó con la misma amarga es-

presion con que el vencedor de Farsalia pronunció sus últimas palabras al ver á Bruto entre sus asesinos:

—¡Oh!... ¡tú también... Odelinda... tú también!...

CAPÍTULO VIII

Dos sueños

El conde de Barcelona, entre dormido y delirante, presenció un cuadro espantoso, hijo de su imaginación, exaltada por la fiebre.

Hé aquí su sueño:

Salomón estaba en un cuarto circular sin puertas ni ventanas, en un pozo de paredes de piedra sillería, en una jaula, en un sepulcro.

Era de noche.

Una redonda claraboya se abría en la bóveda del techo de aquella singular estancia.

A través de sus dos rejas de hierro, colocadas de manera que siempre se encon-

trase la vista con algun barrote, se veia brillar sobre un firmamento negro como la tinta, una estrella oscilante, única, de luz viva y rojiza.

Este fulgurante astro era la estrella de Salomon.

Su lívido resplandor, penetrado por entre las barras de la claraboya, era todo el alumbrado del aposento.

A su débil reflejo, surgía delante del conde un ara de mármol. Sobre ella yacía un enorme reloj de arena, dividido en noventa partes, de las cuales el menudo polvo que encerraba había ya recorrido una buena porcion.

Los muros del cuarto aparecian llenos de monstruosos animales y humanos esqueletos, que movían sus descarnadas mandíbulas y sus cóncavos ojos.

Una serpiente colosal, revolcándose en el fango de un lago de sangre, aprisionaba con sus estrechos anillos los piés de Salomon, impidiéndole el menor movimiento.

La vidriosa mirada del reptil buscaba la del fascinado conde.

Este la sentía pesar, en su corazon, cortar el aliento y turbar sus sentidos.

De una argolla de hierro fija en la bó-

Wifredo el Velloso. 24

veda, pendía colgado por el cuello un hombre de elevada estatura.

Salomon reconoció á Zeid-el-Mandeb en su luenga barba y en su árabe traje.

El astrólogo luchaba con las últimas convulsiones de una horrible agonía.

Su tez estaba violada y crispados sus dedos.

Por entre sus apretados dientes se exhalaba, envuelta en su postrer estertor, una imprecacion tremenda, que iba á caer sobre la cabeza de Salomon, erizando en ella los cabellos.

En vano pugnaba el conde por volar al lado del ahorcado, y desatar la áspera cuerda que le sofocaba: el reptil sujetaba sus piés, como la argolla sostenía á Zeid.

El árabe quedó al fin sin movimiento. De sus rígidos lábios se había escapado para siempre el soplo de la vida.

Salomon volvió aterrado los ojos á otra parte, y se encontró de nuevo con el reloj de arena.

Aquel polvo sutil marcaba la duracion de su existencia, y se precipitaba fugaz en el cono inferior, sin consideracion á su angustia suprema.

De repente se empañaron todos los objetos de la estancia.

El conde de Barcelona miró á la clara-boya.

Su estrella empezaba á perder su brillante llama.

En medio de la oscuridad se dibujaron instantáneamente tres formas vagas.

Poco á poco se fueron condensando y se interpusieron entre Salomon y el cadáver de Zeid.

Tan sombrío era su aspecto, que el conde no supo si perdió en el cambio de vision.

Pronto pudo apreciarlo.

Los tres aéreos fantasmas habían tomado cuerpo hasta el punto de dejarle distinguir sus facciones.

Eran Guy, Balduino y Wifredo.

La voz del viejo astrólogo parecía haberlos evocados del infierno.

Salomon, trémulo de espanto, contemplaba á sus tres enemigos desde el centro del lago de sangre.

Este lago era ya su única esperanza.

Hubiera querido que afluyese á sus turbias ondas la sangre del género humano entero; porque no había mas obstáculo entre él y los fantasmas.

Los ojos de los tres conde le miraban con siniestra espresion,

En sus manos relucían agudos puñales.

Balduino blandía el suyo en el aire; Guy le afilaba en el cordoban de su guantelete; Wifredo se contentaba con oprimir la empuñadura.

Todos se acercaban con la sonrisa de la hiena en los lábios.

Las tintas de aquel cuarto maldito eran cada vez más pálidas, más ténues.

Salomon tornó de nuevo la vista á su estrella.

Se apagaba... Oh, sí... se apagaba...

Después examinó el reloj.

La arena iba en breve á dejar de correr...

En aquel terrible instante de prueba, el conde de Barcelona se mesó los cabellos.

Fuerza le era morir. El puñal de sus enemigos solo aguardaba á que cayera el último grano de arena para hundirse en su corazón.

—No... no... gritó Salomon: no quiero dejar de existir tan pronto... ¡Solo faltan algunos minutos!... y despues, la muerte... ¡ah! la muerte negra y repugnante... Tiempo, suspende tu curso... astros celestiales, deteneos en el espacio... que no llegue nunca ese instante fatal... ¡Oh, naturaleza!...

obra un prodigio... concédeme un día... todo un día... para mí será hoy una semana, un mes, un año, un siglo... ¡Destino impío!... si té parece mucho, dame al menos una hora... ¡Ay!... ¡cuán dichoso sería si tuviera una hora!... hasta ahora, no he sabido apreciar lo que valía... Una hora es la eternidad. . ¡Ah! pero ruego en vano... el tiempo vuela... las esferas celestes no detienen su marcha... el polvo de ese reloj va á acabar de descender... ¡Si pudiera huir!... ¡Si pudiera ocultarme!... Mares, ponedme á cubierto de la cólera de mis enemigos... ¡abrid y sepultadme!... Tierra, ¡escóndeme en tus cóncavos antros!... ¡sálvame de mi suerte!... Estrella que has presidido á mi nacimiento, y que me has conducido á través de una fatigada vida hasta este trance cruel, ¡brilla para mí todavía!... Espíritus que poblais el aire, ¡haced que mi cuerpo se evapore antes de llegar al espantoso momento de la agonía!... ¡Ay!... mis ojos apenas divisan ya la arena... ¡Dios poderoso!... un minuto te pido... ¡solo un minuto!... ¡Satanás!... prolonga un corto plazo mi existencia, y sea tu pago mi eterna condenacion... ¡Oh... despedirme del mundo cuando mas bello le veo! ¿A qué nacer para morir?... ¿Para qué hacer inmortal el

alma, si no ha de serlo el cuerpo?... ¡Maldicion sobre los que me han dado un sér tan efímero!... ¡Maldicion sobre todo lo que me ha pertenecido y que no puedo arrastrar conmigo!... ¡Maldicion sobre todo lo creado!... ¡Maldicion sobre mí mismo!... ¡Ay!... Llegó el temido instante... ¡Qué decia!... ¡triste de mí... no... no... perdon... perdon... ¡Un momento aun!... ¡Compasion!... ¡Misericordia!!!... ¡Oh!!!...

La arena del reloj ya no corria, en efecto.

El último reflejo de la estrella se habia ya estinguido.

La mirada de Salomon no podía rasgar las demas tinieblas que le envolvian, pero sentia .

Y la sensacion que experimentó fué aterradora.

Una mano invisible asió su cuello. Otras enredaron los dedos en sus grises cabellos.

Sujeto de este modo, hirió profundamente su pecho una aguda punzada... Mil mas la siguieron...

Eran los puñales de los tres condes, que desgarraban sus entrañas.

El señor de Cerdeña y de Barcelona sufrió un tormento sin nombre. Con una gra-

dacion de intolerable dolor , sintió los hierros homicidas penetrar hasta su corazon... detenerse en él con delicia... calentarse á su calor... enrojecerse... fundirse... humear... hacer hervir su sangre... y por último, calcinarse dentro de la cavidad de su seno...

Una criatura humana no era susceptible de mayor padecimiento.

La tortura del conde de Barcelona había tocado á su punto culminante: el descenso era inevitable ..

¡Salomon despertó!

Un sudor frio inundaba su frente. Su primer movimiento fué llevar las manos al pecho: creia encontrar en él las heridas.

Cuando pudo convencerse de que todo había sido un sueño, respiró con fuerza.

Estaba realmente en su alcoba, estendido en su mullido lecho, alumbrado por un búcaro sonrosado, custodiado por los numerosos hombres de armas que velaban en la torre, y rodeado en las estancias inmediatas de pajes y escuderos, que acechaban con el oido atento la ocasion de acudir á su menor llamamiento.

Esta série de pensamientos le tranqui-

zó; pero, sin embargo, se incorporó en la cama.

¡Por San Cucufate! murmuró; no quiero soñar mas...

Y después de un instante de reflexion, repuso, como rectificando su juicio:

—Oh, sí; soñemos... pero soñemos despierto.

Su sueño cambió de forma, ó más bien, fué otro.

Salomon pensaba espresando con los labios sus ideas, aunque sin articular un sonido; de manera, que al contemplarle en aquel estado, cualquiera hubiera dicho que el buen conde de Barcelona rezaba sus ordinarias oraciones...

Quizá no se habria enteramente engañado.

No queremos privar á nadie de la oracion que el conde Salomon rezaba.

—¡Maldito hechicero!... balbuceaba su recuerdo no logra borrarse completamente de mi memoria.

¡Siempre presente en mis ensueños su condenado horóscopo!

¡Oh!... y es lúgubre como la boca del infierno.

Por fortuna, está en mi mano dar un mentís á su sombra de mal agüero.

¡Eh!... ¿no se la dí á él mismo?... ¿no le hice ahorcar á pesar de su pretendida invulnerabilidad?...

Pues también se la daré á su vaticinio... á su canto de mochuelo... Sí, ¡vive Dios!... estoy demasiado interesado en ello para detenerme en mongiles escrúpulos.

¡Dejarme asesinar impunemente!... Em... em... ¡por San Cucufate, mi patron! que nunca llegará á ese extremo mi pacífica mansedumbre... mi evangélica caridad ..

Sí la sangre del lago de mi sueño no bastó á impedir que me alcanzase el puñal de esos endiablados condes, haré que la suya propia me separe de ellos.

¡Qué ley divina ó humana podrá condenarme!...

¡Ah!... señor de Ausona; enarbolais a fin el rebelde estandarte; quereis servir de instrumento á la prediccion del árabe; me arrojais al rostro el guante de un reto á muerte... ¡Pues bien! .. yo os cortaré los vuelos...

¡Oh... conde de Besalú! rechazais de vuestro castillo á los arqueros de vuestro señor; afilais sordamente vuestro acero para sepultarle en su corazon... ¡Por la omnipotencia del Rey de los reyes!... que yo os saldré al encuentro...

Wifredo el Velloso.

¡Eh!... Wifredo el Velloso... conde oso... hijo del de Arria... tímida paloma, tórtola enamorada, no me engañan los arrullos que solitario das tristemente al viento desde el fondo de tus espesas alamedas del Afranc...

Tienes el acento tan melancólico como la corneja, y las uñas tan agudas y cortantes como las del gerifalte.

Tu incierta mirada parece no osar detenerse en objeto alguno, y se ha atrevido á fijarse donde ninguna se atrevió: en mi hija Odela...

¿Qué significa eso?...

¡Tú pone tus amores en la familia de tus mas enconados enemigos!... ¡en una estirpe de Atridas, como vosotros nos llamais!...

¿Cuándo se ha mezclado la sangre del lobo y de la oveja?... ¿cuando la palmera del Magreb ha entrelazado sus ramas con las del chopo de la Escandinavia?...

¿Es que, cobarde, buscas con tus manos, tremulas de espanto, una columna donde asirte... un pilar donde apoyarte... una égi-da poderosa que te proteja contra el rayo próximo á ser fulminado sobre tu cabeza?...

¿Es que tu impenetrable pensamiento ha creído encontrar una senda tortuosa para

llegar al trono del padre por el camino de la mano de la hija?...

¡Diablo!... ¿si te habré atrapado?...

¡Cuenta con ella, Velloso!... entonces habrás topado con un adversario digno de tí.

Salomon de Cerdaña lo sabe todo... Salomon de Barcelona sospecharía lo que no supiese... porque Salomon de Cerdaña y de Barcelona se llama Salomon.

El atajará tus pasos en cualquier caso... si en realidad germina en tu mente alguna idea, para ahogarla en ella... sino bulle ninguna, para evitar que llegue nunca á bullir...

—No, ¡cuerpo de Dios! no pasaran tus planes de proyecto.

Todavía no faltan en mi condado puñales mas agudos que el tuyo... pensamientos mas diabólicos... aliento mas atrevido... brazo mas largo..

¡Eh! . pero vamos con tiento.

El acero hace sangre... la sangre mancha... y sus manchas siempre son una incómoda acusacion... Con respecto á las personas de Balduino y de Guy, aun podria pasar por el peligro de arrostrar de frente todas las consecuencias del suceso... pero tratándose de Wifredo... psch. .. en este

caso... ¡por San Cucufatel.... en este caso haré lo mismo. O soy ó nó conde de Barcelona, ó tengo ó nó fuerza para hacer sentir el yugo de mi señoría. La horca y el cuchillo preceden á mi bandera... no serán un vano símbolo en mi mano...

¿Qué es esto, Salomon?... ¿bilis tenemos?... cuidado, porque amarga. Jamás ha sido tu defecto característico... no vayas á contraerle ahora...

¿Cuál es tu intento?

¿Vengarte?... ¡Oh! esta si que es una falta en que has incurrido mas de una vez; por eso debes corregirte. La venganza es mucho peor que un crimen... es una necesidad.

No, no, la venganza no es tu móvil. Piensas tan solo en quitar un obstáculo... en prevenir un daño que pudiera acaecerle... y cuando este daño es la muerte misma, el asunto presenta cierta gravedad.

El pequeño osuelo se llama Wifredo de Arria, y por desgracia ese nombre recuerda en la Marca un volcan de mal apagadas pasiones... no vayas á remover sus cenizas con la punta del pié.

Haz atravesar á estocadas al caro Wifredo, y no habrá un cuervo en el mas recóndito torreón derruido del condado, que

no bata frenético sus alas y atruene el espacio con sus chillones graznidos.

Otro es el medio que debes emplear.

¿A qué chocar con el bando que su nombre acaudilla, si puedes, sin hacerlo, conseguir tu objeto?

¡Hay, para deshacerse de un enemigo, recursos, tan encubiertos... y al mismo tiempo tan seguros!...

Echaremos mano de uno de esos recursos.

Además, el pobre corazón de Odelinda está ya interesado en este asunto... ¡Qué escenas no se preparaban para mí si ella supiera que su padre era el matador de su amante!...

¡No, por mi santo patrón!... La paz doméstica antes que todo.

Respetemos, hasta donde mis intereses lo permiten, ese amor ya es irremediable...

Y á lo que pude entender, cuenta el tal amor alguna fecha.

Correspondencia diaria... entrevistas misteriosas...

Bien... de nada dejaré de sacar partido...

No olvidaré que dentro de tres días desaparece el obstáculo inesperado que se

ha opuesto á la primera entrada de Wifredo en mi castillo de la ciudad, y que por lo visto va á ser una simple continuacion de otras introducciones en el Coso.

Nadie mejor que yo puede saber en lo que ese obstáculo consiste.

Esta mañana hice mudar la cerradura de la única puerta de la torre del muelle.

Psch... hé aquí una precaucion nimia para algunos, y que sin embargo la experiencia ha venido á justificar.

La juzgué necesaria... la antigua cerradura contaba ya tres meses de existencia...

Veremos si la enérgica voluntad de un hombre es superior á las equívocas designaciones de las estrellas.

A serlo, segura esta mi suerte, porque mi ardiente deseo de triunfar del mal interpretado destino que el murciélago de Zeid me aseguró, escede á todo lo humanamente posible.

Sí... ¡diablol... no quiero ser pasto de esos lobeznos.

¡Combate á muerte... voto á la tierra!

¡Guerra y sangre!... no temo la lucha porque confio en la proteccion del Reden-

tor divino, por la preciosa intercesion de San Cucufate.

Y Salomon de Cerdaña se quitó el mugriento gorro, y besó con respeto la crucecilla que le adornaba.

CAPÍTULO IX

El elixir de Nephtali

La campana del torreon de Oriente del castillo de la ciudad, poblaba el viento, á noventa piés del suelo, con el lúgubre tañido del toque de alba.

Al perderse entre el sordo estruendo de las mugientes olas del Mediterráneo la vibracion de la última campanada, la puerta de la alcoba del conde de Barcelona giró cautelosamente sobre sus goznez.

Solo una persona tenía derecho á entrar de esa manera en el cuarto de Salomon.

Asi es que el conde de Cerdaña y de Barcelona, que por espacio de una hora se había estado preparando para aquella entrevista, dijo, sin tomarse siquiera el tra-

bajo de mirar al que acababa de introducirse en su aposento:

—Adelante, Isacar, adelante, no duermo...

Era, en efecto, Isacar Ascalon, que acudía, como de ordinario, á saber de la importante salud de su noble enfermo en el trascurso de la noche.

Se acercó al lecho donde Salomon seguía reclinado, y fijando en él sus ojos de lince, pronunció:

—Y, á lo que veo, habeis dormido poco...

—Sí... pero he dormido algo. Tu pectoral ha sido un excelente específico... propínamelos á menudo. Es cierto que mis ensueños no fueron muy tranquilos; pero al fin, ya que no el alma ha descansado el cuerpo, que en mi estado de debilidad es lo mas esencial. De todos modos, lo indudable es que me siento incomparablemente mejor que anoche.

—No carece de valor esa circunstancia...

—Sí, creo que marchó por el buen camino. Mis ideas se han refrescado; germinan sin trabajo en mi cabeza, por cuyas arterias de las sienes ya no circula la sangre como un hierro candente; producen magníficos planes... ¡Oh! á juzgar por lo que han

Wifredo el Velloso.

contribuido á hacerme olvidar mis dolencias, puedo esperar que el día en que esos planes lleguen á ser una realidad, mi curacion no estará muy lejos de ser también completa. Siéntate, Isacar; tengo que hablarte.

—¿De algun nuevo síntoma?...

—No, de un asunto estraño á mi enfermedad. ¡Qué diablo!... deja que alguna vez no me acuerde de que soy viejo, y de que la gota me oprime el pecho... No siempre que te encuentre á mi lado ha de ocuparte de percusiones, mediciones, sucusiones y auscultaciones...

El judío miró de reojo al conde, y obedeció su orden tomando asiento en un escaño á la cabecera del lecho.

Salomón se frotó las manos, se acarició suavemente la barba, y dijo después con el aire más natural del mundo:

—¿Recuerdas, Isacar, un diálogo que tuvimos en mi feudo de Barberán, allá por los días de la última pascua de Natividad?

Ascalon sorprendido, reflexionó un instante.

—No, por mi vida; contestó: y sin otro dato, confieso que...

—Sin embargo, es imposible que lo hayas de todo punto olvidado.

—Podrá tener razon vuestra señoría.

—La tengo, Isacar, la tengo. Estoy seguro que viene aquella conversacion á tu memoria así que te diga el suceso que la dió motivo.

—¿Y fué?

—La repentina muerte del buen Ubaldo de Oswich.

—¡Ah!...

—¿Recuerdas ahora?

—Sí, contestó el judío, no ya sorprendido, sino ligeramente inquieto.

—¿No te lo afirmaba?... Pareció entonces tan extraño el inesperado fallecimiento de un hombre que el día antes gozaba de todo el vigor de la juventud, de la salud y de la vida, que circularon vagos rumores, atribuyendo aquel accidente á un envenenamiento...

—Es verdad...

—Con esa ocasion, hablamos nosotros de ciertos tósigos... ¿No tienes presente?...

—En efecto... conservo pensamientos confusos...

Ya se irán esclareciendo con mi ayuda.

—Oh...

—Pues... como te digo, nos ocupamos largamente de los diferentes venenos que la naturaleza, pródiga en el mal tanto co-

mo en el bien, presenta á la investigadora mirada del sabio en sus distintos reinos, mineral, animal y vegetal ..

—Cierto es todo eso...

—Tus lábios se espresaron en aquel momento bellísimas teorías... En razonamientos tan sólidos como sencillos, hicistes brillar á mis propios ojos los mas oscuros arcanos de la ciencia, claros como la luz del día... Me referiste los tósigos que mas indelebles huellas dejan de su paso destructor en el cuerpo de la víctima... Trátase de aquellos cuya presencia es siempre difícil reconocer... Me espusiste, finalmrnte, alguna de las raras combinaciones por las que el arte puede prometerse una total desaparición del agente mortífero... ¿No es así?...

—Oh... si...

El fisico no se atrevia á imaginar á donde iría á parar Salomon.

El conde continuó:

—Para conseguir este último resultado, creo que prescindiste completamente de los venenos minerales. Esos, decias, son indestructibles: corpóreos y apreciables para el ojo inteligente, salen de la tierra; apreciables y corpóreos vuelven al seno de la tierra. Ningun poder humano bastaría á aniquilarlos... En otra gran familia es, pues,

donde hay que buscar la solución de ese problema...

Isacar contemplaba con terror al conde de Barcelona.

—¡Todo eso recordais!... murmuró.

—Bah... aun no conoces bien el poder de mi memoria: poder colosal, por fortuna, para mí; porque mi entendimiento no es tan fuerte, y sin esta compensación, sabe el cielo como iría el gobierno de los pueblos, á cuyo frente me ha puesto el Señor para que procure labrar y cimentar sobre sólidas bases su felicidad.

—El os dé también la voluntad de hacerlo.

—Ah... eso sí, nada... nada le pido en semejante punto..., Rico soy en buena voluntad. ¡Ojalá mis facultades igualaran á mis deseos!...

—Oh. . sí: ¡pluguiera á Dios que ambas cosas fueran iguales.

—Volvamos á mi objeto, Isacar: te refería tus propias palabras. A las plantas es adonde asegurabas podía recurrirse con probabilidades de buen éxito. Esas numerosas razas de yerbas, arbustos y árboles que brotan en la superficie de nuestro planeta, abren un vastísimo campo al físico observador. Existen ciertas raíces de vir-

tud tan secreta... ó mejor dicho, de malignidad tan desconocida que, hacen obrar su perniciosa influencia sobre la organizacion humana, de una manera que consigue á veces escaparse al poder de la ciencia. No faltan algunas que teniendo un hábil lazo á ese poder, determinan dolencias conocidas, atizan sin cesar su morbífico foco, se confunden con ellas y contribuyen eficazmente á apresurar el término fatal de la existencia, cuyos puntales han roído.

Salomon se detuvo un momento; pero por aquella vez, el judío ni pronunció la menor palabra, ni hizo el mas ligero ademán de sentimiento.

—En esa clase de venenos, repuso el conde puede esperarse mucho. Tú, no obstante, me hablaste entonces, si no estoy equivocado... y me atrevería á jurar que no lo estoy hasta por las sacras reliquias de mi venerado patron San Cucufate... me hablaste de otro tósigo mas seguro todavía...

Isacar se estremeció.

—Este, siguió Salomon, no ya forma una estrecha alianza con la enfermedad, y marcha con ella de comun acuerdo para conducir á la víctima al sepúlcro... Al fin, en semejante medio, siempre el arte po-

dria encontrar algun vestigio que le indujera á sospechar la presencia del veneno... El que tú me citabas se limitaba á desarrollar violentamente una afeccion mortal por precision, en cuyos primeros síntomas se exhalaba su propia existencia. Aquí la ponzoña no es ya el arma homicida: su papel se ha reducido al de una irresistible predisposicion... En vano se la buscará en el cadáver... habrá podido ser el brazo, pero en la herida solo queda el puñal... Este admirable descubrimiento se le debes, segun me dijiste, á tu maestro Nephtalí Jebus. ¡Gloria y respeto á tan sábio hebreo!...

—Sí, gloria á su nombre: respeto á su memoria...

—El mortífero elixir de la invencion de Nephtalí parece que se compone del sumo de ciertas yerbas del continente indico... ¿me engaño?...

—No.

—Y además, no sé si del envenenado virus de un reptil, ó del hediondo sudor de otro animal inmundo... Tú podrás explicármelo... ¿es por dicha el agua tofana?...

Isacar se encogió de hombros desdeñosamente.

El conde de Barcelona continuó, espian-

do el menor de los movimientos de su físico.

—He oído hablar de un cerdo colgado por los pies... y azotado sin tregua ni compasión... En medio de las horribles vascas de su agonía, destila por la boca el animal una serosidad repugnante... Este humor, recogido con espantosos conjuros, es un licor mortal.

Los labios del judío sonreían con desprecio.

—¡Como!... ¿no crees en su eficacia?...

—Yo no creo en nada que llevo el sello de la superstición.

—¿A pesar de su público crédito?...

—¿Y qué mérito supone lo que en el vulgo encuentra acogida?...

—¿Luego el veneno de tu maestro te inspira mas confianza?

—Me inspira la confianza de la naturaleza, de la ciencia, de la verdad.

—¿Y es activo?

—Cuanto se desea.

—Esplicame eso..

—Puede ser un rayo la muerte del que se halle sometido á su influencia, y puede tambien no sobrevenirle sino un día, un mes, un año, despues, porque si bien el desenlace es siempre el mismo por necesidad,

la época de su acaecimiento varía hasta el infinito, según el modo y forma con que se le hace obrar sobre el organismo humano.

—Oh... Isacar, ¡qué cosa tan bella es la ciencia de que era rey el gran Mitrídates!... ¿Y cómo tiene que ser administrado nuestro tósigo?...

—De cualquier manera, con tal que directamente afecte á uno de los tres sentidos del olfato, del gusto ó del tacto.

—¿Sobre todos es igual su poder?

—Con las modificaciones que os he dicho. Verted, por ejemplo, una gota de él en una ánfora de agua, y los efectos del envenenamiento no se harán sentir sino ocho días después de haberla gustado: derramad tres gotas en la bebida que contenga una copa, y el que la lleve á sus lábios, habrá perdido la vida antes que acabe de apurarla. Una pequeña porción mezclada con el óleo de una lámpara, despedirá la muerte para todo el que respire el ambiente del aposento donde se quema aquel aceite emponzoñado. Una ligera tintura en alguna de las telas del vestido que estén en inmediato contacto con la epidemis, será fatal tan solo para el que sufra este contacto.

El conde devoraba las frases que se escapaban de la boca de Isacar.

Wifredo el Velloso.

27

—¿Y será igual y constante, dijo, el efecto que produzca obrando sobre el tacto?...

—No, los trejidos no absorben del mismo modo su nociva infeccion. Además de esta circunstancia, el tiempo en que el cútis se vea sujeto á la presion, entrará por mucho en el cálculo que presida á la apreciacion de la época en que sucumbirá el envenenado. Todo en una proporcion invariable.

—De manera, que el contacto en los lábios por un solo segundo, valdrá tanto quiza como el que en las manos se prolongue hasta un minuto.

—Sin duda.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Y tú me aseguras la infabilidad de ese medio?...

—Con toda mi alma... pero confieso que no alcanzo el interés que vuestra señoría pueda tener en...

Salomon no oyó estas palabras: parecía hondamente preocupado.

Despues añadió de repente:

—¡Diablo! entónçes es una cosa terrible el descubrimisnto del buen Nephtalí.

—Muy terrible, señor.

—Una palanca, que el mismo que quiera utilizarla se verá obligado á emplear con las mayores precauciones...

—Con las mas minuciosas.

—Lo creo; ¡voto á mi patrón!

—Por eso valga más acaso renunciar á su uso.

El judío pronunció estas últimas frases con cierta marcada intencion; pero fueron también de las que no escuchó el conde de Barcelona.

—Imposible es, Isacar, dijo siguiendo el curso de sus propios pensamientos; imposible al menos me parece que tan enérgico tósigo no tenga algun antídoto especial.

—Le tiene, en efecto.

—De otro modo, debería temblar la humanidad entera... ¿Y el contraveneno, como habrá de ser aplicado?...

—De la manera misma que lo fué la ponzoña... Una antorcha, en cuyo pábilo se haya vertido una determinada cantidad del jetal elixir, deberá ser sustituida con otra impregnada del líquido salvador.

—¿Y habrá algun peligro de valerse exageradamente de ese contraveneno por un esceso de precaucion?...

—No.

—Contéstame á la postrera pregunta...

—Esperando estoy las órdenes de vuestra señoría.

—¿Qué tiempo podrá vivir un hombre

que empuñe un objeto bañado en el veneno... la guarnición de una espada, por ejemplo?...

—A los cinco minutos, su mano ya no sostendrá la espada.

—¿Y si solo lleva la mano á ella, la oprime un instante y vuelve á abandonarla?..

—Entonces quizá pueda contar con quince días de vida.

Salomon permaneció por largo espacio absorto en sus meditaciones, con los ojos entornados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

De pronto irguió la frente, y dijo en tono resuelto:

—Isacar, prepárame á la mayor brevedad posible el tósigo de Nephtali, y su especial perservativo.

Aunque el judío aguardaba estas palabras, no pudo escucharlas sin temblar.

—¡Que prepare á vuestra señoría!... exclamó.

—Sí... esos dos líquidos... La lectura de la vida del extraordinario rey del Ponto, me ha infundido una vehemente afición á sus estudios predilectos,..

—¡Oh!... ¿y vuestra señoría se propone ensayar?...

—Lo has adivinado, Isacar; quiero ha-

cer algunos experimentos... por supuesto *in anima vili*... ¿no es así como vosotros decís?

—Así es.

—Pues bien, tráeme el veneno.

—Obedeceré, señor... ¿pero cree vuestra señoría poder emplearle sin mas advertencias de mi parte... sin mi presencia misma?...

—Bah... tus manifestaciones han sido claras y precisas... No necesitaré de tí... Además tu tiempo es precioso... no quiero robartelo...

—No obstante, si con mis nuevas esplicaciones experimentales supiera prestar un servicio á mi noble amo, me consideraría dichoso en...

—No, no, ¡que diablo! interrumpió el conde.

Y con un acento que no admitia réplica añadió,

—Tráeme el veneno, Isacar. tráeme el veneno.

El físico se levantó.

El dedo índice de la enjuta mano de Salomon le señalaba la puerta con un ademan imperativo.

—¿Cuando le necesitais? preguntó.

—¿Cuándo puedes proporcionármelo?

—Dentro de veinticuatro horas.

—Veinticuatro horas tienes.

—Muy bien.

—Después, Isacar, ni un minuto más...

El judío salió del aposento del conde de Barcelona interrogándose á sí mismo por la centésima vez:

—¿A quién querrá envenenar?...

CAPÍTULO X

Experimento in anima vili

Habían pasado tres días.

Al reclinarse el sol poniente que alumbró el tercero, en las azules colinas de la raya de Aragon, volvemos á encontrar al conde de Barcelona en su favorita habitacion de la torre del muelle.

Nada había cambiado en ella desde nuestra anterior visita.

Salomon, con sus eternas calzas y su imprescindible balandran, aparecia abismado en su sillón claveteado: el mismo cojín sostenía sus piés; en la misma mesa apoyaba sus brazo; los mismos escaños le rodeaban.

El único objeto donde hubiera podido descansar nuestra mirada por primera vez,

era un pequeño azafate de plata, obra rara del arte del platero en aquella época, trabajado en forma de canastillo de mimbres, y esmaltado con flores bordadas de caprichosos dibujos.

Este azafate contenía una taza de igual metal, la cual estaba mediada de un líquido humeante de color de ópalo.

Era la tisana del señor de Barcelona, quien cada cinco minutos solía acercarla á sus lábios para trasegar á su estómago un sorbo insignificante.

Así que le acababa de tragar hacia un felisisimo mohín de repugnancia, y escupia diciendo:

—¡Hum!. . maldita pócima...

Una vez le supo tan mal al parecer, que empujó el azafate hasta el extremo de la mesa con la evidente intencion de que ya no estuviera al alcance de su mano.

Entonces llamó en la sonora plancha de acero colocada á su inmediacion.

Un escudero se dejó ver al punto en el dintel de la puerta.

—Que venga el alcaide del castillo, pronunció.

El servidor aguardó un instante por si su amo se dignaba ampliar la órden ó comunicar otra distinta; pero viendo que nin-

guna de ambas cosas hacia, se apresuró á obedecer.

Poco tiempo despues se presentaba en el privilegiado aposento de la torre del muelle, un hombre cubierto con un burdo tabardon con vueltas de piel de Lituania: por su abertura anterior se distinguian las relucientes mallas de una flexible cota y las bruñidas empuñaduras de una gumia musulmana y de un puñal castellano.

Este hombre, de fisonomía astuta, de espesa barba, de ojos de un azul clarísimo, casi blanco, y de cuarenta años de edad, era el Sr. Huberto Aulnay, franco de nacion, paje de lanza que fué del rey de Aquitania, y en la actualidad alcaide del castillo de la ciudad, por la señoría feudal del conde de Barcelona.

El nuevo personaje, despues de una rendida inclinacion, se cuadró enfrente del de Cerdaña.

Salomon le dijo con el tono jovial que solía emplear cuando se encontraba solo con alguno de sus servidores de mas confianza.

—Voy á darte un mandato incómodo, buen Huberto; pero estoy seguro que le llevarás con paciencia cuando sepas que

Wifredo el Velloso.

es tanto lo que en él me intereso, que á nadie sino á tí me atrevo á confiarle.

Huberto irguió la cabeza como un bridon de batalla al romper su toque los clarines.

—¡Eh!... ¿qué es eso, lebrel?... añadió Salomon: ¿dilatás la nariz? ¿has olfateado alguna pista?...

—Sí, contestó el alcaide; solo espero que me pongais en el rastro.

—Te pondré, en efecto; pero por esta vez la caza no es muy digna de tí...

—Psch... ya sabeis que en ese punto no soy orgulloso.

—Vas á ocuparte de un simple cervatillo.

—¡Buena carne!...

—Sí, pero escesivamente tierna, ¡Cuidado con las uñas, Huberto!... si se las hundes demasiado podrás destrozarle... ¡Cuenta con los colmillos!... si los aprietas mucho, le habrás despedazado.

—Procuraré ceñirme á vuestras prescripciones.

—Sencillas son, como vas á ver. Supongo que solo permites la entrada y salida del castillo por una sola puerta?...

—Cierto; por la de las coles, y esa tiene siempre el puente levantado. Las llaves de

los demás rastrillos están enterradas, y he hecho pregonar la pena de cien mil azotes si es pechero, y la de decapitacion si es noble, para todo el que intente franquear cualquiera de los postigos condenados.

—Pues bien: vas á constituirte inmediatamente en el patio del torreón de la puerta de las coles. Por ese patio pasará por precision el que quiera salir del castillo, ¿no es así?

—Como que no hay otro camino.

—¿Conoces tú á Ripoll?

—¿Ripoll?...

—Si.

—¿El pajecillo de la señora Odelinda? ¿un chicuelo rubío y colorado como un sol?...

—El mismo.

—Oh... perfectamente: por cierto que el tunantuelo me ha desvelado mas de una vez con sus estemporáneas escursiones, merced á su pase en regla.

—Pues dentro de una hora ó antes quizá atravesará ese tunantuelo el patio que precede á la puerta.

—Bien.

—Prescindirás en esta ocasion de su pase...

—No me pesará.

—Y con el pretesto que quieras, ó con la verdad misma, si así te place, le conducirás al punto á mi presencia.

—Sereis escrupulosamente obedecido,

—Debo advertirte, que es indispensable para el buen desempeño de tu encargo, que Ripoll no se deprenda de objeto alguno de los que pueda llevar encima, durante su travesía...

No le perderé de vista... Os juro que no ha de esconder la punta de un solo dedo en los pliegues, de su justillo.

—Eso es lo que deseo... Si consiguiera destruir la menor cosa de que sea portador, tendría el sentimiento, amigo Huberto, de que no me hubiese servido de nada.

—¡Cuerpo de Cristo! ¡semejante suceso quisiera yo ver!

—Por fortuna creo que no me encontraré en ese caso.

—Me cortaría las manos... Me arrojaría de cabeza al foso desde la última plataforma de la torre de oriente.

—Muy bien; ahora vete valiente Huberto, y vete para emplear tu inteligencia y actividad acostumbradas.

—Y vos quedad tranquilo en cuanto al cumplimiento de mi cometido.

El alcaide se alejó, perdiéndose en las estancias inmediatas el argentino ruido de sus ferrados borceguíes.

Salomon entonces se levantó, dió dos vueltas maquinalmente entorno de la mesa, y fué á detenerse delante de un armario con la mirada fija y la frente arrugada.

Despues de algunos segundos de meditacion, oprimió un resorte de las molduras del armario, y se abrió una de sus hojas.

El conde de Barcelona sacó un par de guantes de piel de nútria, impregnados de una sustancia que despedía un fuerte olor aliáceo, y escondió en ellos las manos cuidadosamente,

Una vez terminada esta operacion preliminar, tomó una caja de plomo, de forma cilíndrica: su tamaño era el de tres pulgadas de diámetro por dos de altura.

Bajo la cubierta de esta caja había dos pequeños frascos de cristal, de angostas bocas cerradas con tapones esmerilados.

El líquido que contenia uno de los frascos era oro como la púrpura: el del otro no tenía color alguno.

Salomon estrajo del fondo de la caja

un fino pincel de ardilla, que colocó á la punta de una larga aguja de acero, y fué á ponerlo todo sobre la mesa al lado de su tisana.

En seguida, con un respeto casi religioso, quitó con el extremo de dos dedos el tapon del frasco incoloro

No sin una emocion viva hundió el pincel dentro del frasco. Con el fluido de que salió cargado, fué bañando despues los bordes del azafate donde estaba la taza de su brevaje medicinal, y repitió la misma accion hasta quedar satisfecno de que el pincel habia dado una vuelta entera.

Entonces tornó á tapar el frasco, sepultó el pincel en la ranura de su estuche, cubrió la caja del plomo, se quitó los guantes y volvió á encerrar ambos objetos en el armario.

Salomon pudo ya dejarse caer sobre su sillón exhalando un intenso resoplido.

Allí con el codo apoyado en el ancho brazo del asiento, la sien en el puño, la barba en el pecho, y una pierna sobre la otra, se engolfó en el piélagó de sus siniestros pensamientos.

Para él ya no pasaba el tiempo: esta era

una de las cualidades inherentes á las frecuentes abstracciones del magánimo señor conde de Barcelona.

Cuando se veía en la necesidad de esperar, tenía por costumbre hacer uso de este medio tan cómodo como infalible.

Y entonces tenía que esperar.

Así es que pareció sorprenderle verdaderamente el eco de los pasos que resonaron en el cuarto contiguo.

Se había ahorrado una impaciencia cruel y el trabajo de apreciar el tiempo que su impaciencia duraba.

La puerta se abrió, y dos personas se presentaron á los ojos de Salomon. Al ver su inmovilidad en medio del gótico marco de la puerta, se hubiera podido tomar á aquellas dos figuras por el grupo de un hermoso cuadro.

Las delicadas formas del Ripoll, pálido y confuso, se dibujaban en primer término. A su espalda se elevaba el duro perfil de Huberto Aulnay, en cuyo tabardo de pieles reflejaban las últimas tintas del moribundo día con los diversos matices que la luz tomaba al atravesar los pintados vidrios de la ventana.

El pobre paje no se atrevía á dar un paso dentro de la habitacion: hubiérase dicho

que temia que se abriese un abismo bajo su planta.

La voz del alcaide se alzó, pronunciando con un tono que revelaba cierto rencor:

—¿Podreis creer, señor, qué el rapaz se ha aventurado á dudar de mi palabra, al decirle que vuestra señoría me ordenaba conducirle á su presencia?... ¡vive Dios! gracias puede dar á las instrucciones que con respecto á su persona habia recibido.

—Bien... bien... le interrumpió Salomon con un aire lleno de bondad: el hecho es que Ripoll habrá estrañado seguramente mi deseo, y nada mas... ¡Eh!... ¡qué diablo! el agravio que te ha hecho no puede ser una afrenta para tí... Déjanos, Huberto, déjanos...

El alcaide partió en efecto.

El conde continuó:

—Si, Ripoll, era cierto; te he hecho buscar porque tenía sed de que pasaras á mi lado algunos minutos... Tranquilízate... ya se fué el de Aulnay... es algo brusco en sus maneras, pero ya conocerás que no he de valerme de mujeres para mandar mis fortalezas...

Vamos, alienta, ¿que significa ese te-

mor?... Si hasta ahora le has abrigado, tiempo es de perderle .. Al presente, te encuentras bajo mi proteccion...

Esta proteccion pareció algo singular á Ripoll: el pajecillo tembló mas que nunca.

—¡Por mi santo patron! siguió Salomon, tengo que hablarte, paje; y si no procuras cobrar ánimo, dificulto que puedas contestar á mis preguntas.

Ripor hizo un esfuerzo sobre humano, y respondió:

— Oh... sí, señor...

— No será poca fortuna... ¡Misericordia divina!... ¿qué has visto en mi llamamiento para turbarte de ese modo?

— Nada... nada... ya estoy sereno.

Y el niño hizo esta protesta de su entereza, con el acento del que está próximo á desmayarse.

El conde le examinó de arriba á abajo con la mirada que echa el buitre á su presa antes de caer sobre ella, y le dijo después, dejando entrever en su tono cierta severidad, de que hasta entonces habia carecido:

— Ripoll... me han hablado largamente de tí... Te han presentado como el depositario de los secretos de mi hija Odelinda... Han hecho pesar sobre tu cabeza el cargo

de ser el conductor de una correspondencia misteriosa... ¿Es esto verdad?...

Semejante introduccion no era sin duda para tranquilizar al paje; su acento exànime solo pudo articular:

—¡Ah!... señor...

Salomon replicó friamente:

—Eso no es más que una exclamacion, cuyo sentido no está á mi alcance. ¿Qué has querido responderme con ella.. porque lo que yo te pedía era una respuesta.

—He querido decir, señor, que es falsa esa acusacion... falsa de todo punto...

—Considera lo que afirmas, paje; son muchas las noticias que hasta mí han llegado de tu intervencion en tal intriga.

—Nada creais... señor... ¡oh, cuando os digo que nada!...

El terror del triste pajecillo era tan visible, que le hubiera vendido á los ojos más torpes.

Sin impacientarse por su negativa, continuó tranquilamente el conde de Barcelona.

—Escucha, Ripoll, y piensa bien si es ya posible tu obstinacion. Todos los dias, á esta hora próximamente, recibes una carta ya de manos de la misma Odelinda, ya de las de Alcira su confidenta... Todos los días

partes solícito del castillo... y todos los días te espera Dusay en uno de los solitarios átrios del convento de las Abadesas...

El niño se apoyó en un escaño para no caer palpitante sobre el pavimento.

Estaba perdido.

—En ese átrio, repuso Salomon, entregas tu carta al escudero de Wifredo de Arria, y á tu vez aguardas contestacion, que no tarda en llevarte el propio criado. Ya ves que constándome todos estos pormenores, de nada sirve el silencio en que quieres encerrarte.

—¡Dios mio!...

—Lo sé todo Ripoll.

—No... no... han calumniado á la señora Odelinda .. han mentido á vuestra señoría...

—¡Todavía!...

—¿Por qué no, si es la verdad lo que afirmo?...

El paje decía estas palabras con la tenacidad de la desesperacion; pero tambien con la transparente confusion de la mentira.

Salomon, con las cejas fruncidas, extendió su dedo índice hacia el corazon del niño, y añadió:

—¡Desventurado!... ¿quieres una prue-

ba?... Oye, pues: en este momento mismo ocultas ahí la carta que ibas á conducir al barrio de las Abadesas.

El dedo del conde señalaba, en efecto, el bolsillo interior del ceñido justillo de Ripoll.

Este, atribulado, hubiera querido entonces evaporarse ante la penetrante mirada del de Cerdaña.

—No es eso todo, siguió Salomon; hoy conduces tambien una llave para Wifredo!

Y encorvó ligeramente su índice. Ya no señalaba al pecho de Ripoll, merced á este movimiento, sino la escarcela que pendia de su cinturon.

El paje ahogó un gemido inarticulado.

—Ahora que nada puedes negar, dijo el conde de Barcelona, dame esa carta y esa llave...

Y alargó la mano.

Ripoll dobló una rodilla.

—¡Compasion, señor!... balbuceó; es una infame impostura... nada llevo... Oh... os lo juro por mi vida...

—¡Rapazuelo!... ¿estás loco?... exclamó Salomon con los lábios agitados por un ligero temblor nervioso.

—Jamás he servido á la intriga que vuestra señoría supone...

—¡Insensato?...

—¡Ah!... jamás... jamás... jamás...

—¿Y qué harás si te mando registrar...

—No lo mandareis, señor... tendreis piedad de mí .. Os bastará con mi juramento...

Oh, sí, porque os lo he jurado... os lo juro de nuevo con toda mi alma...

—¿Que no lo mandaré?...

—¡Ay!... no...

—¡Voto á la Biblia!...

Y el conde dirigió una mirada inquieta á las manos, al cinto y al seno de Ripoll.

—¡Bah!... murmuró tranquilizado.

¿Quién me lo impediría?

—¡Mi desolacion!... ¡mi angustia suprema!...

Salomon reflexionó un instante y añadió á media voz:

—¡Por San Cucufatel!... quizá tenga razon. Sería una imprudencia iniciar á ojos estraños en la existencia de esa correspondencia... en el secreto en que va envuelto el honor de mi hija... No, no... en todo caso solo mis manos te tocarán, Ripoll... Echa-da está la suerte... Tú lo has querido... ¡Hem!... era de esperar... Bien... bien...

Tan siniestramente sombría llegó á sé la espresion del semblante del conde, que

el pajecillo aterrado cruzó los dedos en ademán suplicante.

El de Cerdaña clavó en él sus dilatadas pupilas, y pronunció con una violenta transición:

—Vamos, Ripoll, levántate... Eres un servidor leal á toda prueba. Mia ha sido la culpa de no conocerte antes... Levántate, niño... Estás perdonado... ó mejor dicho, estás rehabilitado, porque nunca es delito la generosa constancia con que has defendido los intereses de tu señora.

Ripoll, aturdido, creyó no haber comprendido al conde: preciso fué que este siguiera diciendo con la misma dulzura:

—Tan lejos estoy, buen Ripoll, de acriminar tu conducta, que voy á hacerte una proposición... Pero ¡voto á mi santo patron!... me has obligado á hablar demasiado... Isacar Ascalon me ha prohibido todo diálogo... Se me arde la garganta... Me seco... ¡Uf!... dame esa tisana...

El paje se incorporó temblando.

Salomon, con la cabeza inclinada y los párpados semicerrados, vió á través de sus pestañas, acercarse el pobre niño á la mesa, cojer con ambas manos el azafate de plata, y presentársele adelantándose tres pasos hacia él.

El conde de Barcelona no le tomó...

Estaba tan preocupado...

—Mira, amigo mio; exclamó de repente: tu fidelidad poco comun me ha interesado vivamente... Los criados como tú son una perla inestimable para los grandes señores... ¡Están tan corto el número de los que se parecen á tí!... ¿Estás contento con tu suerte?...

—¡Oh!... señor, sí; contestó el paje.

¿Te satisface completamente el servicio de mi hija Odelinda?

—Completamente... ¡Es tan buena!...

—¿No le pospondrias á ningun otro?

—A ninguno.

—¿Ni al mismo mio?

—¡Al vuestro, señor!...

—Sí, al mio... ¿por qué no? Lo merecerias, ¡cuerpo de Cristo! porque te repito que eres la joya de los buenos servidores.

—¡Ah!... no sé como pagar...

—Con tu aceptacion Ripoll.

—¡Como!...

—Sí por San Cucufate... Te ofrezco en realidad que pases á mi servicio.

Fuese por lo estraño de la oferta, fuese por la intensidad de la mirada que el conde hacía pesar sobre el paje, lo cierto es que Ripoll sintió subirle á la cabeza una oleada

de sangre que nubló sus ojos y turbó su razón.

—¿No me respondes? replicó Salomon que no perdía el menor de los movimientos del niño.

—Señor... ignoro si tendré fuerzas para abandonar un ama tan noble... tan generosa. .

—¿Ni aun por mi propia persona?... por ventura, ¿te parezco yo menos noble?... ¿imaginas que seré menos generoso?...

—¡Ah! no: ya sé que vuestra señoría es el mejor de los amos... el mas piadoso de los príncipes... Si hasta aquí lo hubiera dudado hoy sería el primer día en que me complacería en reconocerlo, pero...

—¡Eh!... pero cuando se trata de cumplir uno de los deseos de tu señor...

—Perdonad... perdonad...

—¡Eso es rechazar abiertamente la distincion con que creia honrarle!

—No... no...

—¿Cómo, si no podria interpretarlo?...

—Pues bien, señor, aceptaré... oh... aceptaré si es preciso...

Ripoll articuló estas frases con uno voz casi inteligible.

El de Cerdaña le contemplaba con curiosidad.

Y algo sin duda curioso para sus ojos pasaba por el joven paje de Odelinda. Ripoll... en efecto, palidecia por momentos, vacilaba, y sus manos parecían próximas à derramar la taza de tisana que contenía el azafate.

El pajecillo, que probablemente temía este último resultado, quiso evitarle acercándose más al conde para ofrecerle la bebida que había olvidado.

—Salomon, sin embargo, dijo en vez de tomarla:

—Ripoll, en el tono de tu aceptación he leído un costoso sacrificio. Si es superior á tus fuerzas habla libremente: no seré yo quien le admita.

—Nada de sacrificio, señor...

—¿Puedo así creerlo?...

—Oh... sí...

—Muy bien: entonces considérate desde este instante mi servidor.

—Siempre lo fuí...

—Sí, pero de otra manera. Quiero que hoy empieces á servirme con la lealtad, la solicitud y la abnegación con que has servido á Odelinda.

Lo haré...

—Si fuere cierto, ocasión tendrás de
Wifredo el Velloso.

apreciar lo que vale la gratitud de Salomon de Barcelona.

—¿Y por qué no ha de serlo?...

—Buena voluntad es solo lo que deseo...

—La tendré...

—¿No la tienes aun?...

—¡Ah! sincera y decidida... Pero... vuestra señoría me había pedido su tisana... temo que pierda en breve el último resto de calor...

El paje hablaba, porque se sentía ya desfallecer...

—¡Oh!... es verdad... mi tisana: contestó Salomon haciendo un gesto de répugnancia: ¡por San Cucufate! si tú supieras el sabor que tiene, no te apresurarías tanto á recordármela... ¿Me protestabas de tu presente adhesión?...

—Sí...

—En circunstancias estamos en que puedes probarme que no has mentido.

—¡De qué modo!...

—Entregándome la carta que guardas para Wifredo.

Ripoll dió un paso atrás maquinalmente.

—¡Ah!... exclamó.

—¡Qué es eso!... ¿piensas volver á tus primeros esfuerzos de absurda tenacidad...

El niño entreabrió los lábios para formular su última negativa; pero la voz espiró en ellos.

Se ahogaba...

Salomon, que observó las manchas lividas que empezaban á aparecer en su semblante, le dijo con una infernal sonrisa:

—¡Infeliz!... dentro de poco, nada podrás negarme...

Ripoll, en efecto, se apoyó en la mesa; sus cabellos se erizaban; su vista se apagaba; sus miembros adquirirían una rígida tensión.

—¡Ay!... murmuró: me falta el aire...

—¡Y á mí tu carta!... contestó Salomon.

—¡Dios mío!...

—¡Ah... sí! el tenga piedad de tí...

El pobre pajecillo echó atrás la cabeza, buscando en una enronquecida aspiración el ambiente que se le escapaba, y cayó desplomado sobre el pavimento.

La taza y el azafate que sus inocentes y generosas manos habían sostenido hasta el postrer momento, rodaron largo trecho con ruido por las tersas losas.

El conde de Barcelona le contempló fijamente.

—¡Oh!... balbuceó: no me engaño Isaacar... cinco minutos...

¡Cuerpo de Cristo!... el elixir de Neph-tali Jebus es un arma tan segura como terrible...

Y aproximándose al cadáver del mensajero de Odelinda, añadió:

—Salomon: quære et invenies.

Para buscar, desató los cordones del justillo de Ripoll, y para que el precepto evangélico tuviese cumplimiento encontró la carta que ambicionaba bajo la tela que cubria el pecho semipalpitante todavía.

En la escarcela halló tambien la llave de la torre.

Los ojos del de Cerdaña devoraron á continuacion las líneas que había trazado su hija.

—¡Sacra Biblia!... se dijo al llegar á la última frase: es un verdadero itinerario para penetrar hasta el aposento mismo de Odela... No hay contratiempo que no esté previsto... circunstancia que no esté calculada... Hem... esto puede ser grave... no lo perderé de vista... por lo pronto, ¡vive Dios! ¿qué voy á hacer yo con estos pedazos de pergamino y de hierro?... Dicen que una carta solo tiene dos dueños: el que la escribe y el que la ha de recibir... y yo no soy ninguno de ambos... Procuraré que la de mi hija continúe su camino después de

la ligera interrupcion que en su curso ha padecido. Además, á mí para nada me sirve ya... y á Wifredo le será muy útil... No seas egoísta, Salomon: enviáselo al oso de Arria...

De repente resonaron pasos en la estancia que antecedia al cuarto del conde de Barcelona, y la puerta dejó oír el agudo crugido de sus goznes.

Salomon solo tuvo tiempo para tirar del tapete que cubria la mesa y arrojarle sobre el cuerpo de Ripoll.

El paje quedó oculto bajo los anchos pliegues de aquel bordado sudario.

La persona, que casi al mismo tiempo entró en la habitacion del conde, era Isacar Ascalon.

El físico se detuvo en el umbral, aspirando el aire que encerraba el aposento.

— ¿Habeis hecho uso del veneno de Nephtalí? preguntó.

— Sí, contestó Salomon; acabo de ejecutar un pequeño experimento... pero ¡diablo! ¿adviertes aquí algun vapor?...

— Sensiblemente; esta atmósfera está cargada de un todo deletéreo...

— ¡San Cucufate!... abandonémosla entonces, Isacar... Pronto.. dejemos este aposento... pero abre antes esa ventana...

uf... que se renueve el ambiente... ¡por San Cucufate!... ¿correré algun peligro?... ¿donde habré yo tenido el olfato?... vamos... vamos, Ascalon... huyamos de aquí, ¡voto á San Cucufate!...

Y Salomon se apresuró á salir de la estancia, llevándose por delante al judío.

CAPÍTULO XI

El ojeo

El conde de Barcelona acababa de tomar sus compotas vespertinas en su refectorio de la torre del muelle.

Entre las pocas personas que asistieron á su frugal colacion, se contaban Sunyer y Aulnay, de los cuales el primero había dicho al alcaide tocándole con el codo:

—El conde tiene apetito, luego está de buen humor. .

Y Aulnay había respondido:

—Es verdad, y como solo está de buen humor cuando se encuentra á punto de realizar alguno de sus proyectos, resulta, amigo Sunyer, que quizá se nos prepara un acontecimiento curioso.

—Todos los que él interviene lo son.

—Y si lo que os digo es cierto, no tardaremos en estar iniciados en parte del secreto:

—¿Por qué?...

—Porque seguramente se valdrá de nosotros...

—Ah... teneis razon.

Como si Salomon hubiera querido sancionar estas palabras, así que se enjuagó la boca con un brevaie antiescorbútico, se limpió los lábios con un fino cendal é hizo ademán de que retirasen el servicio y despejasen la habitacion, pronunció, dirigiendo una misma mirada á su favorito Sun-
yer y al alcaide de su castillo de la ciudad.

—Quedaos vosotros.

Los ojos de los dos caballeros se encontraron con una espresion de inteligencia.

Ambos se acercaron á la banqueta de tijera donde reposaba Salomon con las piernas cruzadas.

—¿Qué gente tienes en el castillo, Humberto? preguntó el conde.

—Mil doscientos peones de Urgel, las cincuenta lanzas de vuestra guarda y algunos francos de maza.

—Poca es...

—Vuestra señoría no ha tenido á bien darme más. .

—Porque no te hacia falta, al paso que otros la necesitaban verdaderamente.

—Por eso no me he quejado...

—¿O crees que tanto me sobra el dinero, que puedo siempre tener en pié de guerra diez mil escoceses?

—¡Dios me libre! nadie mejor que yo puede saber el triste estado de vuestras arcas.

—Hem...

—Hace tres meses que la magnífica mano de vuestra señoría, á pesar de toda su magnificencia, no ha tenido ocasion de regalarme medio mancuso de plata á cuenta de...

—Humberto... es preciso que esta noche esté tu castillo mejor guarnecido.

—No me opongo; si me he atrevido á hacer á vuestra señoría esta ligera indicacion, ha sido solo en razon á la casual oportunidad de...

—Contar apenas con trescientos... es no contar con nada...

—Perdonad... pasan de setecientos...

¿Tus hombres de armas?...

—Mis escudos... es decir, el crédito de mis...

—Bien te decia yo; no llegan á trescientos.

—Mis soldados es cierto... pero la suma que el contralor de vuestra señoría me adeuda... ¡Oh!... sí... os juro por mi fé de caballero que pasa de setecientos.

—¡Cuerpo de nuestro Divino Redentor! exclamó Salomon: ya lo he oido dos veces. ¿No has aprendido á conocer desde que estás á mi servicio que cuando yo no hablo de una cosa no me agrada tampoco que otro hable de ella?... ¿Qué mala mosca te ha picado hoy?... jamás había encontrado en tí ese defecto de detestable especie...

—Vuestra señoría me hace justicia en esto; pero hasta ahora ha consistido en que cuando necesitaba algunos fondos y no se me pagaba, podía, por fortuna mia, proporcionarme recursos sin gravar un ápice vuestra caja... y en la actualidad, ¡que el diablo me lleve si encuentro donde hincar un diente ó clavar una uña.

El conde de Barcelona se frotó las manos, sonriendo de un modo particular.

—Además, añadió el alcaide, ¿por qué he de negarlo? hoy he visto á vuestra señoría de un humor escelente, y he creido que no arriesgaba mucho en...

—Con que... ¿te lamentas de no hallar

una coyuntura propicia de emporcar tus gorras?...

—Tengo esa debilidad.

—Eh... acaso no estés muy distante de topar con una...

—¡Si fuera buena!

—Psch, eso podrá algo depender de tí; si sabes esprimirla...

—¡Mil rayos!... He sido capitan de las lanzas sueltas de Puigcerdá...

—Entonces, aprovecha tu fausta suerte.

—¿Y cuando será?...

—Acaso mañana... quizá esta noche ..

—¡Magnánimo príncipe!

Sunyer, que hasta aquel instante no había pronunciado una sílaba, adelantó la cabeza por encima del hombro de Humberto.

—¿Me tocará alguna parte? dijo.

Salomon le contestó:

—¿Dónde están tus arqueros?

—En el espolon de la barra.

—Sunyer, dentro de una hora, es necesario que hayas hecho entrar cinco centurias en el castillo.

—Aunque sean las diez.

—No, las otras cinco las escalonarás en las plazas del Rey y de las Coles.

—¡Diablo!... ¿habrá batida?

—Puede ser.

—¿Quién va á ser el jabalí?

El de Cerdaña tosió.

—Escucha, Sunyer, repuso; ya no sopla el Nordeste que esta tarde ha despejado la atmósfera; la hermosa luna que hoy tenemos es tan clara como el sol de algunos dias: no puede serte enojoso un paseo en tan serena noche.

—Nada es enojoso para mí cuando se trata de prestaros la obediencia que os debo.

—Así que hayas distribuidos tus arqueiros de la manera convenida, te pasarás por los domicilios de los condes de Ausona y de Besalú...

—¡Ah!...

—Y les rogarás que se presenten á mí sin pérdida de tiempo.

—¡Hola! pensé que se trataba de un jabalí, pero ahora veo que son dos los que vamos á correr. Muy bien, me encargo del ojeo.

—No es eso todo.

—¿Hay mas aun?...

—A continuacion, te apresurarás á hacer la misma invitacion al conde de Arria..

—¡Sublime!... tendremos también un oso...

—Y un oso bello... añadió Humberto.

—Decid más bien un belloso, repuso Suuyer celebrando él mismo su equívoco, á falta de otros aplausos.

Salomon se levantó.

—¿Y despues?... replicó el capitan de arqueros.

—¿Después de qué?

—De haber llamado á esos señores.

—Entonces... recibireis mis instrucciones.

Y el conde de Barcelona abandonó el refectorio.

Salomon acostumbraba á dictar sus órdenes á última hora, porque sabia que siempre se ejecutaban como por encantó. Su sistema tiene ventajas incontestables para el que es obedecido como él.

En el espacio de media hora, supieron Wifredo, Balduino y Guy el honor que el de Cerdaña les concedía.

Wifredo suspiró al tener noticia del deseo de Salomon; pero, sin dudar un momento, se colocó bajo el traje una segura cota de malla, se ciñó la espada, y salió de su habitacion del barrio de las Abadesas, seguido solo de su escudero Dusay.

No así Balduino, que despues de una larga meditacion, se armó de punta en blanco, y se hizo acompañar de sus mas bravos

servidores, para dirigirse ante todo á la casa del conde de Besalú.

Los dos nobles señores celebraron allí una entrevista no menos larga que la meditacion de Balduino.

El resultado de su entrevista fué ponerse ambos en marcha para el castillo de la ciudad, escoltados por considerable número de hombres de armas y escuderos, tanto á pié como á caballo.

Mas de una ventana se entreabrió para contemplar, con ojo furtivo, á la luz del plateado disco de la luna, aquella brillante cabalgata encubertada de acero, que se deslizaba á lo largo de las calles, poblándolas con el ruido de sus armas, y con los sonoros cascos y relinchos de sus bridones.

Semejante á un torbellino, desembocó este aluvion de ginetes y peones por el ángulo de la torre de Oriente, y fué á detenerse en el borde del foso del castillo, delante de la puerta de las Coles.

No era posible que Balduino y Guy se hicieran escoltar un paso mas por sus vasallos. Hubieron, pues, de dejarlos en aquel sitio, no sin ciertas instrucciones que les inspiró su desconfianza.

Solo cuando los dos condes echaron pié á tierra, y sus gentes se alejaron un tanto,

crugieron los rastrillos del puente, y se abrió una hoja de la doble puerta de encina chapeada de hierro.

Ausona y Besalú, guiados por un paje que empuñaba una antorcha humeante, y que ceñía una ancha sobrevesta, en cuyo pecho y espalda estaban bordadas las armas de la casa de Cerdaña, cruzaron el pretil del puente, atravesaron el patio del torreón de las Coles y penetraron en el cuerpo interior de la fortaleza.

Las ramblas, escaleras y galeías por donde pasaban, aparecían cubiertas de los arqueros de Sunyer y los maceros de Sinibál, los cuales abrían plaza á los condes con siniestros murmullos y chispeantes miradas.

Balduino y Guy, estrechándose el uno contra el otro, caminaban á través de las gentes del de Barcelona, con la frente erguida, la boca fruncida con desden, y la guarnicion de la espada al alcance de su diestra.

Su guia se detuvo en una vasta sala de detallados arcos abocinados en las ventanas, de embutido suelo y de pintorreado artesonado, en el cual hervía una multitud de animadas cabezas.

Escasa era la luz que la iluminaba: toda

se reducía al ténue resplandor de una enorme lámpara, parecida mas bien á una campana, colgada de la bóveda sobre la principal de las puertas.

A los lados de esta puerta se elevaban dos estátuas colosales, representando á los dos primeros condes de Barcelona, Bera y Bernhard, y al pié de sus nobles esculturas estaban inmóbles dos hombres de armas, en cuyos rutilantes yelmos reflejaba la luz de la lámpara una larga espiga de plata.

Sunyer, con su eterno aire altanero, conversaba con Bermond, débil y pálido todavía, en uno de los extremos de la estancia.

En el ángulo opuesto, Isacar Ascalon se acababa de reunir á Wifredo de Arria, tocándole ligeramente en el brazo.

Wifredo se volvió de repente.

—¡Vive Dios!... dijo al reconocer al físico: tiempo era de que encontrase el rostro de un amigo, porque vos los sois mio, ¿no es verdad, Isacar?

—Sí, señor conde: contestó el judío.

— Tanto mas digna de aprecio es para mí esa distincion, añadió el jóven, cuanto que es poco comun en el castillo de la ciudad, porque la fatalidad parece haber hecho que todos los servidores del conde de

Barcelona me sean hostiles. Si, buen Isacar, mis únicos amigos en este año sois vos... y Salomon.

—Vuestro padre me honraba con ese título, señor...

—Y yo os lo conservo, ¡voto á la Biblia! como dice mi protector el de Cerdaña.

El judío fijó los ojos con intensa expresion en el semblante de Wifredo, y repuso á media vos.

—Una vez, señor conde, que Salomon y yo somos vuestros amigos tan solo, si en alguna ocasion llegais á dudar de la amistad del arbitro de Barcelona, no echeis en olvido que aun os queda la mia.

El de Arria trató de inquirir con sus igneas pupilas en el fondo del alma del físico, la significacion que debería dar á sus palabras.

—¡Bah! dijo después de un instante, en que se convenció de que perdía el tiempo; ¿por ventura puede faltarme nunca la amistad de un príncipe que no deja pasar un día sin darme una nueva prueba de afecto?

—¡Plegue al cielo que siempre abrigueis igual creencia!

—¡Cómo! ¿temeis acaso que mi favor corra algun peligro?.

Wifredo el Vellos).

—No lo sé, señor, pero prometedme que si esta noche...

—¡Esta noche!

—Sí...

—Acabad, sábio Isacar...

—Prometedme... que si esta noche os acaece alguna cosa extraordinaria, os acordareis de que en el primer piso de la torre de Oriente está la habitacion del judío Ascalon.

Wifredo se estremeció imperceptiblemente.

—¡Eh!... murmuró pasándose la mano por sus húmedos cabellos; hablad, Isacar, amigo mío...

—En la torre de Oriente... pronunció el físico dando un paso atrás.

—Pero...

—En el primer piso.

El jóven conde de Arria vió acercarse á Sunyer y á Bermond.

—¿Os sentis enfermo, Wifredo?... le preguntó al capitan de los arqueros de Septimania.

—No, por mi fortuna. ¿Qué os lo ha hecho sospechar?

—Pensé que consultabais al insigne físico...

—¡Libreme Dios!... le espresaba solo el

profundo reconocimiento de una persona á quien con su inestimable ciencia ha arrancado á las garras de la muerte.

El judío le interrogó con los ojos.

—Rosell, articuló Wifreho inclinando la cabeza hacia el judío y sin mover apenas los lábios.

—El mismo reconocimiento debo tributarle yo, repuso Bermond adelantándose; porque seguramente no tendré menos motivos para ello que la persona á que haya podido aludir el conde de Arria.

En ambos casos he cumplido con las estrechas obligaciones que mi profesion me impone... exclamó Isacar palideciendo y retirándose con incierta planta.

A tres pasos de él acababa de divisar la figura de mal presagio del nubio Bib, que le devoraba con su encarnizada mirada.

En el dintel de la puerta principal apareció de repente el alcaide de la fortaleza.

—¡Balduino de Ausona! gritó con desprecio sin moverse del sitio donde se había dejado ver: su señoría el conde de Cerdaña y de Barcelona os aguarda.

El orgulloso Balduino, rojo como la grana, se volvió hacia Guy.

Este murmuró algunas palabras á su

oido, y le encaminó á la puerta, marchando en pos de él.

Al llegar al umbral, Humberto interpuso su mano.

—Perdonad, Besalú, dijo. El conde Salomon solo quiere ver ahora á Balduino; ya entrareis á vuestro turno.

Guy trató de replicar, pero el conde de Ausona, que pasó por delante del de Aulnay, como se pasa al lado del criado que repite sin comentario las frases de su amo, se había ya perdido entre las columnas de la estancia inmediata.

El de Besalú hizo un movimiento retrógrado sin contestar al alcaide.

Entonces sintió una presion continuada en su mano izquierda, que colgaba inerte.

Era Wifredo de Arria.

—Guy, murmuró el adolescente conde con acento ténue; si teneis en algo vuestra vida, acceded esta noche de buen grado á todo cuanto os exija Salomon...

Y desapareció entre los que poblaban la sala, dejando al aterrado Besalú presa de una incertidumbre cruel.

CAPÍTULO XII

Castigo de un recalcitrante

El escudero que en la habitacion contigua precedia al conde de Ausona, levantó un tapiz, y le mantuvo elevado para dar entrada al noble caballero.

Balduino penetró, en efecto, en un salon espléndidamente iluminado.

En el extremo opuesto, sobre un entarimado de tres escalones alfombrados de reluciente estera, estaba el conde de Barcelona sentado en un sillón de ébano embutido de marfil.

Contra su costumbre, no era considerable el número de servidores que le rodeaban. Por esta vez estaban reducido á algunos arqueros y á sus dos escuderos favoritos.

Sunyer, Bermond y Humberto, que habían entrado en el salón detrás de Balduino, fueron á colocarse al lado de su señor.

Salomon aparecía como siempre: con su rostro de ambigua espresion, su mirada un si es no es sombría, su mezquino traje, y su inseparable y característica tos.

A su derecha había una mesa tallada y dorada, sobre la cual yacían algunos pergaminos, tintero y plumas.

Balduino atravesó con entereza los veinte pasos que le separaban del entarimado de Salomon.

Cuando llegó enfrente de él, se mantuvo frio y erguido; ni entreabrió los labios, ni formuló la menor inclinacion.

El conde de Barcelona le examinó de piés á cabeza: en este exámen se encontraron sus ojos con los de Balduino; pero como si Salomon temiera que el de Ausona leyera en ellos su pensamiento, se apresuró á esconderles bajo sus párpados.

Balduino creyó otra cosa: creyó que la mirada del reptil no había podido sostener la del tigre.

El de Cerdaña, con la barba en el pecho, y sin ver al de Ausona sino á través de sus pestañas, exclamó al fin con una voz tan torva como su visual:

—Ya os escucho, conde de Ausona; decidme, ¡voto á la Biblia! que vuestros vasallos de Odena son una desencadenada jauría de rebeldes lebreles... aseguradme que han rechazado mi perdon contraviendo á vuestras órdenes espresas... hacédlo así, ¡vive San Cucufate! si quereis escapar á la horca que á ellos se les prepara.

Balduino, trémulo y encendido, buscó en vano una palabra: los nervios de su mano derecha se crisparon, y era que en aquel instante solo se sentía capaz de hallar una cosa; la guarnicion de la espada.

—¿Temblais ahora?... añadió Salomon; ¿provocais al leon y hundís la frente en el polvo al escuchar su potente rugido?...

—Señor... balbuceó ahogándose el de Ausona; ¿me habeis hecho llamar para insultarme?...

— Os hé llamado para que me respondáis de la traición de vuestras gentes...

—No es traición defender el feudo de su amo... gritó frenético Balquino; no es rebeldía rechazar una injusta agresion fundada solo en indignos pretestos...

—¡Dais el nombre de pretestos á las disposiciones imperiales!...

—Sí; porque no son los hombres de armas de Cárlos los que se han presentado delante de nuestros castillos; porque no es su flordelisado estandarte el que ha ido á abatir el nuestro; porque aun no hemos visto su soberano decreto, y porque al escuchar de la boca del conde de Barcelona que quedaban anuladas cuantas enagenaciones emanaron, no ya de sus antecesores, sino de su propia persona, á todo se nos reveló el torpe sacarmo que sus palabras encerraban, puesto que los nobles de la Marca Hispánica nada deben á Salomón de Cerdaña... nada que no sea un agravio... que no sea mas todavía, una rapiña...

Preciso era estar ébrio de furor ó ser Balduino de Ausona, para atreverse á emplear este lenguaje en presencia de Salomon, rodeado de sus parciales, y en su mismo castillo de la ciudad.

Balduino reunia ambas circunstancias; porque le ahogaba la cólera... y era el conde de Ausona.

Sunyer y Humberto miraron á su señor, acariciando las armas que pendían de su cinto, como si quisieran leer en su semblante el menor deseo de esterminar á aquel insensato.

El de Barcelona detuvo con un ademán

á sus servidores, y repuso con una calma admirable.

—Dejadle dar al viento sus ladridos... Me pide el decreto imperial en que se fundan mi queja .. en breve le publicaré en la Marca entera... en cuanto á las injurias que con respecto á mí ha proferido, ni ya las recuerdo, ni podría acojerlas sino en desprecio; porque nunca el águila se manchó con la sangre del insecto.

—No hay ley divina ni humana que condene la lealtad de mis vasallos, continuó Balduino: y si me habeis creído capaz de desaprobare su conducta delante de vos, medisteis mi corazón por el vuestro, esto es, supusisteis que podría cometer una cobardía.

—¡Conde de Ausena!...

—Sí, ¡viven los cielos! para lo único que en el mundo me falta valor, es para ser cobarde.

—¿Luego vos sois el rebelde?...

—¿Rebelde á quien?

—Al emperador Carlos de Francia.

Y Salomon llevó la mano á su gorro.

—En todo caso, conde de Cerdeña, á vos solo lo sería... á vos que sois quien me despoja... quien me insulta... quien me llama en medio de la noche para hacerme qui-

zá partícipe de la suerte del valiente señor de Salles...

El conde de Barcelona levantó su chillona voz con alguna alteracion.

—Pues bien, dijo; sea yo en buen hora el que haya dictado la orden de entrega de vuestro alodio de Odena... ¿por ventura no soy vuestro señor?... ¿no me habeis prestado juramento solemne de fidelidad?... ¿no me debeis pleito homenaje?... ¿no habeis besado la orla de mi bandera, con la cabeza descubierta, la espada en tierra y doblada la rodilla?... ¡Por San Cucufate, mi venerado patron! tiempo es que os lo recuerde, ya que lo habeis olvidado... ¿Y pensais, por dicha, que veré indiferente vuestra rebeldía, ó imaginais mas donosamente aun, que me faltará la fuerza suficiente para reprimirla?... ¡Sacra Biblia!... soy el amo y quiero ser obedecido. Al darme la investidura del condado de Barcelona nuestro augusto principe imperial, me ha concedido jurisdiccion sobre todos vosotros... men-
gua fuera para mí dejaros sustraer á ella. ¡No, cuerpo de Dios!... resuelto estoy á sofocar de una vez para siempre vuestros eternos graznidos... vuestras quejas sin fin... vuestras exigencias sin límites. Si imaginásteis que á la sombra de vuestros

feudos amurados, feudos tan fuertes como los del mismo Cárlos de Francia ó como los míos propios, podríais emanciparos de la potestad de vuestro señor, contásteis sin que ese señor se llamase Salomon de Cerdaña. No seré yo el que consienta en la Marca tantos reyes, tantos déspotas, tantos tiranos como señores... No daré de nuevo á mis pueblos el triste espectáculo que presenciaron en la última primavera, de ver á los árabes arrollar y deshacer mis huestes, por haber promulgado inútilmente el heriban entre toda mi desleal nobleza... Yo quemaré los bosques donde os escondéis en el fondo de vuestros condados.. yo demoleré esas altivas torres que tanta osadía os infunden para negar mis derechos, burlar mis órdenes y rechazar mis soldados. ¡Sí, sangre de nuestro divino Redentor!... haré desmoronar hasta la postrera piedra, para que no lo atribuyais á una innoble codicia; y si despues necesitase fortalezas, las mandaré levantar con vuestras cabezas... No mas distintos albedríos, usajes ni fazañas... no mas luchas intestinas... no mas obstáculos... no mas franquicias... Mientras Salomon de Barcelona impere en la Marca de Gothia, no se ha de romper en ella una sola lanza sin su permiso. El dra-

gon de Cerdaña despierta... ¡temblad, conde de Ausona!

Balduino contestó con arrogancia:

—Jamás he temblado, porque no soy franco, sino godo.

—¡Cruz de Dios gritó Salomon animándose por momentos; esta noche va á ser entonces la primera vez en que voy á veros temblar ..

—¡Probad á hacerlo!... dijo el de Ausona llevando la mano al puño de hierro bruñado de su espada, y volviéndose hacia los favoritos de Salomon, en los ojos de los cuales leía el ardiente anhelo que alimentaban de arrojarse sobre él.

—Señor de Ausona, murmuró con ronco acento el de Cerdaña; necesito vuestro castillo de Odena.

—En el Afranc está situado: id á tomarle.

—Es que para hacerme dueño de él no quiero derramar la sangre de uno solo de mis hombres de armas...

—Muy bien, circunvaladle, y aguardad su rendicion.

—¡Eh!.. rendicion que se verificaría á los tres meses... á los seis... quién sabe si al año... ¡no, por mi fé!... tengo una cosa

mejor que eso para que caiga en mi poder antes de cuarenta y ocho horas.

—¿Sí?...

—Sin duda, porque os tengo á vos, Balduino... á vos que sois una prenda inestimable... un talisman infalible... á vos, que valeis por diez mil arqueros...

—Poco será lo que á vos os aproveche mi valor, balbuceó el conde de Ausona atarándose los lábios.

— Os engañais, voy á sacar de vos todo el partido que es posible sacar de un hombre.

Y Salomon pronunció estas palabras con la espresion del mas supremo desden.

—Acercaos á esa mesa, añadió señalando al de Ausona el objeto á que se referia.

Balduino, con las cejas fruncidas, permanedió inmóvil.

—Entre los pergaminos que están sobre ella, siguió Salomon, encontrareis una orden para el alcaide de Odena... Su contenido se reduce á prescribirle la entrega del castillo... Vais á tomaros el trabajo de autorizarla con vuestra firma, y de sellarla con el pomo de vuestra espada... empezad por aquí si os acomoda, ya que en ella tenéis la mano.

La ira cegaba al conde de Ausona.

—¡Dios de Israel!... articuló con voz apenas perceptible; si mi mano derecha trazase esa firma, la cortaria con la izquierda.

—La trazará, Balduino, replicó el de Barcelona con su lívida sonrisa.

—¡Mentís!.., exclamó exasperado el noble conde, ¡mentís una y mil veces!... no os disputo la facultad de hacerme asesinar; pero os niego el derecho de infamar una cuna, una sangre y un nombre, que valen más que los vuestros...

De los pechos de cuantos estaban en el salón, se exhaló un solo rugido. Sunyer desenvainó el acero hasta la mitad de la hoja; Humberto arrebató su maza á un arquero; Bermond buscó la guarnición de su puñal.

—Pues bien, repuso Salomon apoyándose con fuerza en los dos brazos de su sillón para ponerse en pié.

—Si no quereis escribir, enviaré vuestra lengua en la punta de una lanza al alcaide de Odena, para que ella pueda decírselo.. de viva voz...

Y la sonrisa del de Barcelona se tornó en diabólica.

—¡Poder del cielo! aulló Sunyer; si hubiese dejado pronunciar impunemente las

frases que acaban do dirigirse á mi señor, sería indigno de servirle...

—Si no aplastásemos al que las ha proferido, añadió el de Aulnay, seríamos cómplices suyos. .

—Seríamos unos miserables, repuso Bermond

Balduino veia á los favoritos del de Cerdaña próximos á caer sobre el, sentía resonar todavía en sus oídos la sangrienta amenaza de Salomon, y miraba elevarse su siniestra figura en los escaños de su sillón condal amenazándole con el puño, semejante á una aparicion maléfica.

Un vértigo se apoderó del conde de Ausona en aquel instante. .

Delirante y de color de púrpura, midió con una rápida ojeada la distancia que le separaba del señor de Barcelona y de sus servidores; soltó la espada, cuya guarnicion ya oprimía su diestra; apretó la empuñadura del esta de su aguda daga, y se lanzó de un salto á los escalones del trono de su enemigo..

—¡No serán tus ojos los que se gocen en mi agonía!... dijo. ¡Salomon de Cerdaña... recibe este don en nombre del condado de Barcelona!...,

Un grito de muerte resonó en la estancia.

La limpia daga de Balduino brilló un momento en el aire como un relámpago, y cayó sobre el pecho del de Cerdaña...

El golpe parecía capaz de atravesar el mismo escudo de Aquiles, y sin embargo, la fina hoja se quebró como si fuera de vidrio, al chocar con la invisible cota que vestía Salomon, y vino á clavarse profundamente en el entarimado.

Antes que el conde de Ausona volviera de su sorpresa, llegó sobre él Sunyer y le prendió por la espalda con sus nervudos brazos para impedirle intentar otra agresión.

Humberto, Bermond y los arqueros los envolvieron por todas partes.

—¡Quitad allá!... balbuceó Sunyer forcejeando con Balduino y dirigiéndose al de Aulnay, que blandía iracundo su maza:— dejad el oficio de verdugo á manos menos nobles... ¡Eh! Antuu... Cubells... Prá... aquí ¡voto al Calvario!.. dad de firme á este mal cristiano...

Balduino, bramando, pugnaba en vano para sustraerse á aquel lazo de hierro...

Cuando relucieron delante de sus ojos diez aceros desnudos, y vió su imposibili-

dad de tirar de la espada se acordó del conde de Besalú.

—¡Guy!... ¡Guy!... gritó con el aliento de la desesperacion; ¡me asesinan!... ¡já mí, Guy!... desembarazadme de este cobarde alano... y ambos daremos buena cuenta de los sayones de Salomon...

Los arqueros sofocaron su voz hiriéndole en el rostro.

—Cuenta con tus golpes, Cubells... replicó Sunyer respirando con dificultad; tu puñal es largo... y pudiera tocarme á mí despues de atravesar el cuerpo del traidor... Mide bien la longitud de la hoja... para matar á un hombre no es preciso ensartarle como si fuera un jabato... Ven aquí, Antun... cójele ese brazo... ¡Bravo... separa el peto del espaldar... Prá, sube la cota de malla... Ea, Cubells; ya está abierto el camino... escóndele tu aguijon en el costado... ¡punza sin misericordia!...

El arquero sepultó, en efecto, su puñal en las entrañas del conde de Ausona.

Sunyer, que no dejaba de sujetarle un punto, le sintió estremecerse palpitante entre sus brazos.

—¡Bien, Cubells!... añadió, otra picadura como esa, y todo está concluido.

Cubells no dió otra puñalada, sino otras diez.

Balduino se retorcia espirante, hiriendo el suelo con los piés.

Pronto su cabeza se inclinó; sus rodillas se doblaron; sus brazos colgaron inertes...

Entonces Sunyer le levantó en alto, y girando sobre sus talones para adquirir impulso, arrojó en medio del salon aquella masa inmóvil, desde el último escalon de la gradería.

Apenas el cuerpo del desventurado conde de Ausona se desplomó sobre las tersas losas del pavimento, corrieron hácia él todos los arqueros, y le clavaron repetidas veces sus espadas y puñales, hasta que dejaron de manar sangre las heridas.

A una señal de su digno capitan, cogió una de ellos por los piés el cadáver de Balduino, y le sacó atrastrando por una de las puertas laterales.

Aquel mutilado tronco dejaba en el suelo en pos de sí una faja sangrienta.

Salomon, en quien el brusco asalto del de Ausona no había producido otro efecto visible que el de hacer retirarse de sus pómulos el poco color que los matizaba, se acomodó tarda y tranquilamente de nuevo en su sillón.

Cuando sus amigos se acercaron ofisiosos á preguntarle su estado, contestó tan solo:

—Me siento mejor que nunca... Hased entrar á Besalú, ¡voto á Noé!...

CAPÍTULO XIII

Premio de un arrepentido

Sunyer se apresuró á correr á la puerta del salon para cumplimentar la órden del conde de Barcelona; pero al llegar al umbral, tendió una mirada á las bermejas manchas de que estaba salpicado su traje, y se detuvo.

El de Aulnay, que comprendió la causa de su indecision, le substituyó en la mision que voluntariamente habia tomado á su cargo.

Guy de Besalú permanecía abismado en negras meditaciones en el mismo sitio donde le dejó Balduino.

Cuando salió del estupor que en el primer momento le ocasionaron las palabras

que Wifredo pronunció á su oído, quiso pedirle otra esplicacion mas cumplida; pero el jóven conde de Arria ya no estaba en aquella estancia. Sin duda había sido llamado como el de Avsona.

Mas de una vez se preguntó si no era una falta su presencia en el castillo de la ciudad; pero desobedecer á Salomon en las circunstancias que corrian, hubiera sido otra falta mayor.

La mas esquisita vigilancia se egercia, en efecto tanto en los muros como en el puerto, con respecto á las personas que salian ó entraba en la poblacion.

En medio de sus siniestros pensamientos sorprendió Guy el terrible alarido que resonó en el salon donde recidía el de Cerdaña.

Este grito heló la sangre en sus venas.

Convulso y sin aliento, parecía vivir tan solo para lo que pasaba al otro lado de las espesas paredes de la fortaleza. No tardó en escuchar voces de otra especie: entre ellas creyó reconocer la de Balduino... hasta se imaginó haber oído pronunciar su propio nombre. El estruendo de las armas fué á unirse á aquellos apagados acentos.

Guy limpió el sudor de su frente, y despues de un instante de incertidumbre, se

lanzó á la puerta para prestar al de Ausona el auxilio que seguramente estaba reclamando. Los dos hombres cubiertos de hierro que guardaban esta salida cruzaron las picas para cerrarle el paso.

El único modo de insistir hubiera sido emplear la espada, y el conde de Besalú no quiso hacerlo.

Cuanto hay de mas sombrío en la muerte, de más atormentador en el infirno, se agolpó entonces á la mente de Guy, hirviente como el cráter de un volcan.

La realidad era una cosa espantosa; y sin embargo, si el conde de Besalú la hubiera visto, habria experimentado menos terror.

Después de un largo espacio de indefinible angustia, la puerta impracticable para él, se abrió de repente delante de Humberto Aulnay.

—¡Adelante Guy de Besalú! dijo el alcaide en el tono mismo que empleó con Balduino.

Guy pasó por entre dos hombres de armas, cruzó la habitacion de columnas, y se presentó en la puerta del salon condal.

Allí tendió en torno una rápida mirada, y se estremeció de piés á cabeza.

Al primer golpe de vista adivinó la es-

cena que acababa de tener lugar. Aquel sangriento surco, que desde el centro del salon se dirigía á la salida de la galería, no podía haberle dejado otro cuerpo que el de Balduino: las rojas tintas que observaba en todas las armas y en todas las manos, le revelaban un cobarde asesinato: el desorden en que encontraba todos los trajes, le hablaba de una lucha desesperada y desigual.

Desde aquel momento la última esperanza de Guy vino á cifrarse en su espada.

Sin que un solo músculo de su fisonomía experimentara la menor contraccion visible, despues del primer movimiento que es preciso ser mas que un hombre para saberle ocultar, dió Guy algunos pasos por aquella estancia maldita, respondiendo á la nueva invitacion del alcaide.

En el tránsito hizo correr sin afectacion su tahalí para traer delante el puño de su mantante, y apoyó la mano en una corneta de plata pendiente de sus hombros por una cadenilla del mismo metal.

El conde de Besalú veia fijos en él todos los ojos, con la espresion con que los azores los fijan en la garza.

Si aun no sentía los picotazos, leia en

las miradas de las aves de rapiña, que no se harían esperar por mucho tiempo.

Un sentimiento generoso le impulsó á esclamar, cuando llegó al sitio donde Sun-
yer arrojó el cadáver de Balduino:

—¡Qué habeis hecho del conde de Ausona!...

Salomon le contestó con agrio acento:

—¡Y qué os importa!... preguntadme mas bien que pienso hacer con vos.

Guy se detuvo palideciendo; porque por aquella vez Humberto y Bermond cerraban el camino que hubiera tenido que recorrer para acercarse al conde de Barcelona.

—Balduino de Ausona, repuso el de Cerdaña, ha espiado su rebeldía, su traicion, su alevosía... Balduino de Ausona ha desobedecido á su señor, ha desenvainado el acero contra su persona, y le ha herido villanamente... Balduino de Ausona ya no existe...

—¡Me reservais á mí la misma suerte?... murmuró lívido el de Besalú.

Y oprimió convulsivamente la corneta, como si fuera á llevarla á sus lábios.

—Dadme, ¡voto á mi patron! la respuesta que él me ha dado, y vuestra sangre correrá á mis piés mezclada con la suya... Cuando Salomon de Cerdaña tira de la es-

pada en su castillo de la ciudad, arroja la vaina en el Mediterráneo, desde la mas alta de sus torres... Nunca se ha empeñado en un camino para detenerse á la mitad de él...

Las olas del mar que baña sus costas, se encrespan á su voz... Los ecos de la Marca entera contestan á su rugido cuando su acento ruge... Sí, ¡mil infiernos! Para él un paso adelante vale más que dos atrás, y si un hombre se le interpone da siempre ese paso por encima de su cadáver...

Guy interrumpió con espanto este lenguaje.

—Para que pueda responderos, dijo, es preciso que me preguntéis; hacedlo, pues.

—¿Quién manda vuestra fortaleza de Besalú?

—Jordí-Meras.

—¿Os es leal?

—Como mi propio brazo.

—¿Cumplirá ciegamente una orden vuestra?

—Aunque en ella le mande ofrecer su cuello al hacha del verdugo.

—Pues bien... ¿quereis firmar una orden para el fiel Jordí-Meras, en la que le pres-

Wifredo el Velloso.

cribais la entrega del castillo que le habeis confiado?...

Las descoloridas mejillas del conde de Besalú se sonrosaron ligeramente, y sus pupilas fulminaron á Salomon un relampago abrasador.

Ya iba á espresar la boca de Guy una absoluta negativa, cuando las palabras de Wifredo volvieron á su memoria. Además, en realidad, á nada se comprometía, porque siempre tendría tiempo de parar el golpe que él mismo se asestase; su crítica posición podia, por otra parte, disculparlo todo; y en último caso, el destino del de Ausona le aterraba...

El conde de Barcelona, repuso durante la breve indecision de Guy.

—Reflexionad que solo á ese precio consiento en olvidar la afrenta que os debo delante de los muros de Besalú.

Guy contestó con resolucion.

—Está reflexionado.

—¿Y firmaréis?...

—Sí.

—Muy bien.

—¿Donde hay tinta... pergamino?... replicó Guy buscando en torno con sus estraviados ojos.

—En esa mesa.

El conde de Besalú se acercó á ella maquinalmente.

—Dictad vos mismo... articuló.

—No es necesario: sobre el tapete encontrareis el mandato formalmente estendido.

Guy buscó en efecto.

El primer objeto en que descansó su mirada, fué la orden dirigida al alcaide de Odena, y cuya autorizacion se había exigido á Balduino.

Aquel pergamino parecía reprochar su debilidad. Por no estampar en él Balduino de Ausona una firma vergonzosa, había sucumbido, y Guy de Besalú no se atrevía á hacer otro tanto...

El conde murmuró como si se disculpaba con el bizarro señor de Odena:

—Quiero vengarte, Balduino; y para hacerlo, necesito vivir...

Y separó el pergamino.

Debajo de él halló el que contenía el escrito que hablaba con su alcaide de Besalú.

Salomon, que no le perdía de vista, dijo entonces:

—Poned sencillamente, Guy de Besalú.

—“Guy, conde de Besalú.”

—Ahora, selladlo.

Guy estampó las armas de su anillo en la mistura empastada al pié de la tersa piel.

En seguida arrojó al suelo la pluma.

—Veamos... repuso el de Cerdaña alargando la mano hacia el hombre á quien acababa de hacer suscribir á su propia infamia.

El conde de Besalú hubo de apurar con resignacion esta última gota de su copa de hiel.

Tomó la orden, y se la entregó al de Barcelona.

Pero como al hacerlo estaba erguido, las manos de Sunyer y de Humberto bajaron con el peso de un monte sobre sus hombros. Tan brusca fué la presion, que Guy cayó de rodillas, y tuvo que apoyarse con el puño en el entarimado para no medirle con todo su cuerpo.

—Un vasallo, dijo la voz del capitan de arqueros, no ofrece nada en pié á su señor.

Salomon pasó rápidamente la vista por el pergamino.

—Está bien, pronunció arrollándole; quedo satisfecho de vos; Guy... levantaos...

El de Besalú se enderezó devorando su encono.

—No os quiero ocupar por mas tiempo, dijo el señor de Barcelona; libre sois en retiraros, si así os place... Partid, Guy... y partid seguro de que, atendido el modo con que os habeis rehabilitado á mis ojos, no os conservo rencor alguno. Por el contrario, vuestra obediencia merece recompensa... y la obtendreis, ¡voto al glorioso San Cucufatel...

Guy dió varios pasos atrás con vacilante planta, y espiando lleno de desconfianza los movimientos de cuantos le rodeaban.

El conde de Barcelona añadió todavia:

—Y por la salvacion de mi alma, noble Guy, que habeis de apreciar en breve como olvida Salomon de Cerdaña sus ofensas... como premia el reconocimiento de su yerro...

Besalú continuó en silencio su camino.

Al llegar á la puerta, encontró á Sunye, que se le había adelantado. Guy se detuvo sin tratar de disimular su repugnancia.

—¿No pasais? le preguntó el capitan de los arqueros de Septimania, levantando el tapiz.

—Sí, contestó el de Besalú con sordo acento; pero temo mancharme de sangre si me rozo con vos...

—Ved ahí un escrúpulo que jamás he tenido yo... Le respeto, sin embargo; no os enojará entonces que me permita precederos; porque voy á honrarme con vuestra compañía hasta el postigo de las Coles.

—¡Cómo!... ¿me acompañais?...

—Si no lo hiciese, difícil os sería salir del castillo de la ciudad... ¿sabeis la contraseña?...

—No.

—Pues en ese caso querido conde, correriais mas de un peligro no yendo á mi lado.

—Ya, y acompañándome vos...

—Solo correreis uno...

—¿Cuál?

—El de fastidiaros soberanamente con mi poco agradable persona.

Y Sunyer se puso en marcha, seguido del de Besalú

Guy dijo durante el tránsito:

— Me arredra tan poco ese peligro, que si á mi vez no temiera seros enojoso, os rogaría que me concedieseis una entrevista particular.

Las pupilas de Sunyer, redondas como las de una pantera, despidieron una llama diabólica en medio de la oscuridad de los

aposentos que los dos caballeros iban atravesando.

—Mucho honor sería para mí... contestó con una sonrisa no menos infernal que el destello de sus ojos.

—En vuestra mano está proporcionárosle.

—¿Cuándo?

—Dentro de diez minutos, si os place... No quiesiera que tuviera tiempo de secarse en vuestro vestido la sangre de Balduino de Ausona.

—Bah... perded cuidado... Fué tan copioso el baño que tomó en ella, que no se enjugará fácilmente.

—¿Podré, pues, aguardaros á la salida?...

—Psch... si teneis paciencia para ello...

—La tendré, Sunyer, como la tengo desde hace seis años.

Habían llegado á los angostos pasillos del piso bajo del torreón de las Coles. Las bóvedas de aquellos corredores, húmedas y sombrías, helaban el corazón con el frío de la tumba.

En los ángulos que formaban las distintas galerías solía haber faroles de moribunda luz, que solo servían para hacer mas formidables las tinieblas que los rodeaban.

Guy caminaba con la mano en el puño de su espada, y la vista fija en el capitán de arqueros que le precedía á la distancia de cuatro pasos y que á su turno le espiaba también.

Al doblar el último recodo del pasadizo que iba á desembocar en el patio del torreón, repuso el conde:

—¿Donde quereis que os espere, señor capitán?...

—¡Hen!... me esperareis en los fosos de San Pacomio.

El de Besalú se estremeció: aquel sitio era el cementerio de los reos de Estado.

—¿Y será por mucho tiempo?... balbuceó.

—¡Voto á la tierra santa!...

Si en mí consistiera, os juro que habiais de aguardarme hasta la consumacion de los siglos.

Guy se paró: empezaba á entrever una infamia.

En cuanto á Sunyer, siguió adelante hasta el arco que trazaba la bóveda al terminar en el patio de las Coles.

Allí se volvió para mirar al conde de Besalú, que continuaba inmóvil en el fondo del pasadizo.

—¿No venís?... dijo.

El joven Guy, despues de un instante de duda, desenvainó disimuladamente un puñal corto pero agudo, y marchó hacia el capitan.

—¡Ay de tí, pensó, si me preparas una traicion!...

A los pocos pasos tropezó de repente el conde de Besalú...

Habia sentido faltar la tierra bajo su planta.

—¡Ah!... ¡maldicion!... exclamó lanzando un grito terrible, penetrante, desgarrador.

Y desapareció en la honda sima de uno de los pozos del castillo de la ciudad, tan tristemente célebres por haber presenciado otras cien caidas semejantes.

Sunyer acababa de apretar el resorte con el pié, desde el sitio donde se hallaba.

Por espacio de tres segundos, se escuchó el siniestro ruido producido por la armadura de Guy, al saltar en pedazos en sus diferentes choques con las desiguales paredes del pozo.

Su profundidad era de ciento veinte piés.

Al fin resonó un golpe sordo, que pare-

Wifredo el Velloso.

cia haber crugido en las entrañas de la tierra.

Fué el último.

Después reinó el más absoluto silencio...
el silencio del sepúlcro.

CAPÍTULO XIV

La Compensacion

Un cuarto de hora antes de ocurrir este suceso, había sido conducido Wifredo de Arria á los aposentos de la torre del muelle; y un cuarto de hora después, fué invitado por un escudero á seguirle á la estancia donde ya en otras ocasiones hemos encontrado á Salomon.

El conde de Barcelona, que acababa de dar esta orden, había antes practicado una estraña operacion.

Del armario que ya conocemos sacó la caja tan fatal para el pobre Ripoll, tomó los guantes, sin los cuales parecia no atreverse á abrirla; derramó en el de la mano derecha, por la parte interior de la piel,

algunas gotas del líquido que contenía el frasco rojo, y extendió varias pinceladas de licor incoloro, por el lado exterior.

Después se puso el guante con la precaucion y repugnancia del que hunde su vacilante planta en la lava caliente todavía del cráter de un volcan, encerró la caja de nuevo y se sentó muellemente en su sillón de cuero de Córdoba.

No tardaron en anunciarle al conde de Arria.

Sunyer y Humberto asomaron por la puerta sus astutas cabezas.

—Dejad descorrido el tapiz, dijo Salomon, y permaneced en la habitacion contigua sin perder de vista al mosuelo á quien voy á recibir.

Dos minutos después se presentó Wifredo.

El joven conde entró con su habitual desconfianza. Su mirada primera cayó furtiva pero penetrante sobre el rostro del de Barcelona, que le acogió con la mas apacible de las sonrisas de su inagotable repertorio.

— Venid aquí, Wifredo; pronunció Salomon: acercaos, noble amigo mio... anhelaba veros...

El de Arria se aproximó contsetando:

—Vuestra señoría ha sido siempre tan bondadoso para conmigo, que no me sorprenden las gratas palabras que ahora le debo.

—Sí, conde, deseaba encontrar una ocasión de espresaros el agrado con que he sabido vuestra conducta en el cumplimiento de las disposiciones que me han hecho adoptar las exigencias imperiales...

—He obedecido sencillamente, señor: y no es un mérito obedecer un precepto soberano: es una obligacion.

—No era de esperar ni otro modo de proceder, ni otra respuesta de un corazón leal y generoso, pero no por eso me complazco menos en repetiros mi sincero afecto.

—Ah... señor...

—Nunca, es cierto, temí que el mal ejemplo de algunos audaces nobles llegase hasta vos; pero puede dudar de que vuestro joven aliento tuviera bastante fuerza para apagar la llama que el traidor contagio era facil encendiese en el seno de vuestros propios vasallos.

—La gangrena rebelde no roerá jamás á un solo servidor del conde de Arria, y si por desdicha sucediese, mis manos débiles

y jóvenes como son, empuñarían el candente hierro que cauterizase la úlcera.

Por esta vez me habeis dado una buena prueba de vuestra energía.

—De mi buen deseo solamente.

—En adelante no sereis mi pupilo mi protegido, un hijo, sereis mi aliado...

—¡Ah!... exclamó Wifredo con efusión.

—Sereis mi mejor amigo.

—¡Oh!... balbuceó Wifredo con entusiasmo.

Y juntó las manos con el rostro radiante de alegría, de afecto, de gratitud.

El dragon de los riscos de la Cerdaña escudriñó con sus sagaces ojos al oso de los montes del Afranc.

—¡Por San Cucufate y por la Biblia! pensó; hé aquí un adversario digno de mí.

El conde de Arria ni pensaba siquiera: tanto era su anhelo de que no se adivinasen sus pensamientos.

—Escuchad, Wifredo: dijo de repente Salomon dándose en la frente una palmada con la mano izquierda; vuestra fidelidad con nada puede premiarse, ni con un florón de mi misma corona condal; pero se me ha ocurrido una feliz idea con respecto á la compensacion á que teneis derecho por el feudo que habeis perdido.

Wifredo tembló: las ideas de Salomon de Barcelona le aterraban, sobre todo cuando eran felices.

—¿Conoceis el bosque de Villardenal? añadió el poderoso señor de Cerdaña.

—Sin duda: respondió el de Arria

—Hermoso señorío, ¿no es verdad?

—Oh, sí...

—Inmenso terreno; buena situación: magníficos montes poblados de corzos, jabalies, osos y lobos; espesas florestas donde de continuo revolotean las garzas, los faisanes, las gallinetas y los lavancos, tranquilos lagos, tan claros que se ve la arena de su fondo, llenos de la pesca mas fina de la Marca; una villa reducida, pero pintoresca; unos vasallos leales y un cielo tan puro como el de Sevilla.

—En efecto...

—¿No os parece que semejante feudo sentaria perfectamente á un hombre tan intrépido en la montería, tan incansable en la cetrería, tan hábil en la pesca, como lo sois vos?...

La mirada del jóven Wifredo se animó con un relámpago de júbilo.

—¡Eh!... ¿os cuadra? repuso el de Barcelona.

—¡Ah, señor!... no encuentro palabras...

—Además, amigo mio: al fijarme en ese alodio no quiero ocultaros que he abrigado un segundo pensamiento.

El de Arria escuchó.

—El emperador Cárlos, continuó Salomon descubriéndose y bajando la voz, se ha propuesto que las mejores fortalezas de los condados de la Marca, queden solo en su poder ó en el mio, con el objeto de que los baluartes que protejen á sus estados mas espuestos á las frecuentes invasiones árabes, estén en manos bastante poderosas para defenderlos; por la misma razon me prohíbe autorizar la edificacion de nuevos castillos en feudos que no pertenezcan á mi señorío. Cúmplase en buen hora su precepto por duro que sea para los nobles de la Gothía; porque privarlos de sus castillos podrá ser someterlos al yugo de hierro de los gobernadores francos, á este yugo precisamente es al que yo quiero sustraeros. Es verdad que mientras yo rija el condado de Barcelona, mi dominacion será para vos una senda de flores, un lecho de pluma... pero ya soy viejo; vos, por el contrario, veis lucir los primeros albores de la primavera de la vida; la muerte quizá se acerca para mí con mas presteza de la que fuera menester para la jelicidad de mis vasallos...

¿cuál vendrá á ser entonces vuestra suerte?... A toda costa impediré que Wifredo de Arria, el mas caro de mis amigos, el mas decidido de mis servidores, quede á merced de mi sucesor que puede ser su enemigo. Ved aquí un medio que tengo de evitarlo. Villardanel es una parte de mi propio patrimonio; os le cedo en usufructo; mientras el dominio directo aparezca mio, nadie extrañará en Aquisgran que levanteis un magnífico castillo, que ciñais su talle con un cinturón de almenadas murallas, y bañeis sus piés en sus profundos fosos llenos del agua de vuestros lagos... Y sin embargo, ese castillo será vuestro...

Wifredo estuvo para arrojarse á las plantas del tan espléndido como indulgente Salomón.

—¡Oh!... ¡mi príncipe... mi amparo... mi señor!... murmuró.

—¿Os agrada mi compensación?... añadió el de Cerdaña.

—Montañas, lagos, espesuras... repetía el joven conde de Arria como extasiado: caza abundante, buena pesca; ¡vive Dios, Villardenal es un paraíso!...

—Y además una fortaleza inexpugnable.

—Sí; una fortaleza con soberbias cuerdas para caballos de batida; con espacio-

sas perreras para las jaurías de pelo y de cerda; con pajareras de vidrios para las perchas de las aves nobles de pura sangre; con una vasta sala de armas colmadas de trompas, de venablos de Aquitania, de cuchillos de Milan, de arcos de Asturias, de caparazones de mallas para los lebreles de punta, impenetrables al colmillo mas agudo del jabali, ó al asta mas dura del ciervo; una fortaleza, en fin, que contenga todo cuanto puede recrear la vista de un hombre, desde las pieles de los animales montaraces que alfombren las habitaciones, hasta las armadas cabezas que coronen las puertas. Ese es mi sueño. ¡voto al estrellado cielo!...

Salomon contemplaba al de Arria cada vez con mas desconfianza.

—Vuestra pintura, dijo, es viva; pero incompleta; no habeis hablado de los torreones de cien piés dominando unos muros de cincuenta; no habeis mencionado sus numerosas saetías, sus anchas plataformas donde pueden marchar veinte arqueros de frente, sus empedradas ramblas accesibles á los caballos de batalla; os habeis acordado de los venablos y los cuchillos, pero nada habeis dicho de las lanzas y de los montantes; se os ha ocurrido pronunciar

el nombre de caparazones para vuestros lebreles, pero no el de arneces para vuestros hombres de armas; os habeis ocupado mucho de la caza, pero no habeis pensado en la guerra.

—¡La guerra!... replicó Wifredo con disgusto; ¡eh!... ¡condenacion en ella!... mis campos de Panades no han vuelto á ver una liebre desde la última campaña. No conozco, por vida mia, una plaga mayor para la caza... Los hombres y el fuego se dan la mano para destruirla... La guerra es el caballo de Atila: donde pone los piés no vuelve á crecer la yerba. —Pero es tambien la ley de la humanidad, el espíritu de nuestra edad de hierro la vida del caballero.

—Pues bien, renuncio á toda la parte de hidalguia que la guerra pueda proporcionarme: la paz es mi elemento. ¿A qué acordarme de que puede llegar un dia en que me vea precisado á tirar de la espada?... Nunca he sido pendenciero, porque nunca he sido orgulloso... mi carácter me ha inclinado siempre á obedecer... si alguna vez tuviera que mandar, me encontraria fuera de mi centro. ¿Como quereis que con estas disposiciones me sirvan de nada los torreonos que tan graciosamente me permitís levantar?

—Wifredo, ahora sois un jóven, casi un niño: no conoceis la importancia del servicio que os presto... Quiero por eso mismo preveer lo que vuestra inesperta mirada no alcanza: cuando seais un hombre, bendecireis mi memoria.

¡Oh! y ahora tambien, señor, dijo el de Arria con transporte.

—Sí, pero hoy me bendecís con el corazón, amigo mio; mañana lo hareis con la razón.

—Hoy, mañana y siempre, sereis para mí el mas incomparable de los príncipes.

—¿Tanto os place mi donacion?

—Con delirio.

—Me huelgo de ello.

—Ya sabeis que solo tengo una pasión...

—¡Una! barbotó Salomon rechinando los dientes.

—Y vuestra señoría se ha encargado de satisfacerla.

—¡Hem!... cuenta con eso; la caza es ya en vos un frenesí, y hay animales feroces...

—No los temo.

—¿No?

—No, porque ese es mi único valor... Los hombres podrán á veces aterrarme, pero solo los hombres...

Fué tan inteligente, tan significativa la

expresion de la fisonomía del conde de Barcelona, que Wifredo, aunque no pronunciaba una palabra antes de haberla pensado maduramente, reflexionó con alguna inquietud acerca de lo que acababa de decir.

Esta reflexion hizo condensarse en su frente una nube imperceptible.

La frente de Salomon, por el contrario, se despejaba por momentos; su mirada era mas brillante; su sonrisa mas pronunciada, mas franca.

—Me felicito, replicó, de poder labrar á tan poca costa vuestra felicidad.

—Os he dicho que era mi sueño, señor.

—Procuraré que sea en breve una realidad.

—Y me dispensareis de residir en Barcelona, ¿no es cierto?... me dejareis vivir en medio de los bosques que voy á deber á vuestra magnificencia...

—¡Pues no!... ¿tengo yo acaso mas voluntad que la de complacer á mi amado Wifredo?

—Me confundís.

—Si honrais mañana mi castillo con vuestra presencia, podré en vuestras manos el pergamino de cesion de Villardanel.

—¡Ah... tan pronto!...

— Nunca será lo bastante cuando trata de cumplir el mas ardiente de vuestros deseos.

— Oh... eso sí, os lo juro.

— Pues bien, volved mañana.

— ¿A qué hora?

— A la que os plazca. ¿Cuándo no estaré visible para vos?

— Señor... sois mi ángel tutelar...

— ¡Ba!... pago vuestra lealtad con mi natural, equidad, y nada mas...

— El cielo guarde los preciosos dias de mi protector.

— Adios, Wifredo. .

El conde de Arria se inclinó profundamente delante del de Barcelona, y dió algunos pasos de espaldas.

— Adios .. hijo mio... repitió Salomon.

Wifredo exclamó entonces.

— ¡Ah! ese vale para mí mas que Villardanel... porque vuestro feudo es mi compensacion; vuestras frases son mi recompensa...

— ¡Por San Cucufate!... otra mayor quiero concederos...

Y el conde de Barcelona se levantó en un instante de involuntaria emocion, de espansion inusitada.

— ¡Otra mayor!...

—Sí, ¡voto á la Biblia!... mi mano, Wifredo; mi mano, que no todas las manos estrechan, que no todos los labios tocan.

—¡Oh!... es verdad, murmuró el de Arria precipitándose á las plantas de Salomon.

La mano derecha del señor de Cerdaña colgaba sin movimiento. Wifredo la oprimió lleno de respeto con la punta de los dedos, y la llevó á su boca...

Cuando Salomon sintió en el guante la delicada presion de los lábios del adolescente conde de Arria, no pudo reprimir un intenso estremecimiento, y se dejó caer sobre su sillón, lanzando un profundo suspiro.

Wifredo se estremeció tambien, porque era indudable que el conde de Barcelona se consideraba dichoso en aquel momento.

Poco tiempo despues, el de Arria salía meditabundo á la galería y Salomon arrojaba con júbilo sus guantes al fuego que ardía en la chimenea, á pesar de lo avanzado de la primavera.

CAPÍTULO XV

La cruz de ébano

Wifredo de Arria dió algunos pasos sin objeto, sin direccion, sin pensamiento, por el solitario corredor que rodeaba los aposentos de Salomon de Cerdaña.

Un presentimiento sombrío ofuscaba su razon y nublaba sus sentidos. Le parecía que un rayo amenazaba su cabeza; creía que un abismo se abría bajo su planta.

La mal reprimida espresion de suprema felicidad que acababa de arrancar al rostro del conde de Barcelona, había quedado tan indeleblemente grabada en su alma, como quedaba en su olfató el fuerte olor aliáceo del guante donde apoyó los lábios.

El conde de Arria sabia lo que para él

pedia significar la felicidad de Salomon.

Las sienes del jóven Wifredo latian con violencia, flaqueaban sus rodillas y se secaba su boca. Quizá el fuego que sentia encender todas sus arterias solo existía en su imaginacion; pero no por eso era menos devorador.


De repente se acordó de Isacar Ascalon. El físico del señor de Barcelona debia saberlo todo.

A Wifredo le faltó tiempo para dirigirse al punto del castillo donde el judío tenia su habitacion.

El que le hubiera visto atravesar la distancia que mediaba entre los dos torreones del Muelle y de Oriente, habría creido tropezar con un hombre que huia de un asesino.

Después de cruzar una série interminable de patios y pasadizos, llegó por fin á la torre anhelada. Isacar le había dicho que su cuarto estaba situado en el primer piso; pero cuando Wifredo se vió en aquel sitio, se encontró perplejo. Diez puertas iguales aparecieron á su vista.

Por su fortuna, una de ellas se entreabrió, y divisó al otro lado la elevada figura del judío.

 Hubiérase dicho que le esperaba.

Wifredo el Velloso.

El conde de Arria se lanzó palpitante dentro del cuarto de Isacar Ascalon.

Allí aceptó maquinalmente el asiento que el físico le ofrecía, y tendió una mirada á un espejo de acero bruñido colocado en frente de él.

Su aspecto le aterró. Estaba lívida su tez, desencajados sus ojos y erizados sus cabellos. Wifredo se avergonzó: aquel estado era indigno de un hombre.

Con la potente voluntad que formó su cualidad característica en el trascurso de su vida entera, pugnó por serenarse, y logró conseguirlo en gran parte.

—¿Qué teneis, señor?... le preguntó Isacar contemplándole de hito en hito.

—Una idea siniestra, amigo mio, contestó el jóven; una vision pueril de mi pensamiento... nada, en fin...

—Sin embargo, padeceis...

—Pero solo imaginariamente.

El físico le observó con mas atencion.

—¿Solo de ese modo?... murmuró.

—Sí, buen Isacar. Figuraos... pero, ¡eh... diablo! rubor me causaría deciroslo... No vengo á otra cosa que á saludaros antes de salir del castillo, por si no vuelvo á él en mucho tiempo. Ya os hice saber no ha largo rato que esta vieja fortaleza no esta-

ba tan llena de amigos míos que me inspirase el deseo de visitarla con frecuencia.

—¡Oh!... ¿por acaso se ha realizado mi pronóstico?...

—¡Vuestro pronóstico!... exclamó Wilfredo admirado; perdonad, pero no recuerdo...

—Habeis sospechado que en el castillo de la ciudad no os quedaba ya mas que un amigo: Isacar Ascalon...

—No, por vida mia, no... le interrumpió el conde de Arria con una agitacion febril: aun me queda otra amistad...

—Ah...

—Me queda la de Salomon de Cerdaña, que acaba de prometerme una compensacion magnífica, de aplicarme los mas cariñosos dictados, y de darme á besar su mano .. ó mejor dicho, su guante..

Isacar palideció ligeramente.

—No se ocultó esta circunstancia á Wilfredo, que añadió con una indolencia heroica:

El motivo que me hizo dar el primer paso hacia el torreón de Oriente, ya que tenéis empeño en saberlo, fué cierto desvanecimiento, cierta sed inestinguible, cierta estraña agitacion, que me indujeron á

creer por un instante que podría estar enfermo...

El físico nada contestó. Meditaba.

—Por lo demás, repuso Witredo, me parece haber perdido ya ese temor.

—¿Completamente?...

—¡Oh! sí, vuestra presencia sin duda...

Dicen que las dolencias tiemblan delante de los discípulos de Hipócrates... Os repito que no merecia que os hablase de ello.

El judío, absorto en sus pensamientos, agitaba convulsivamente los dedos bañados de sudor.

—Como queraís, dijo en un tono casi brusco y como si aun no hubiera vuelto enteramente de su abstraccion.

—Así podré ocuparos algunos momentos de otro asunto.

—Decid...

—Es una simple pregunta, señor; pero en cuya satisfaccion me intereso vivamente.

—¡Vos!...

—Sí, aunque de una manera incidental.

—Sea como quiera, Isacar, si yo puedo contestaros...

—Ninguno mejor.

—Entonces...

—El asunto á que me refiero atañe directamente á vuestra persona.

Ah... bien...

—Empiezo impetrando vuestro perdón, porque voy á recordaros un suceso de dolorosa memoria.

—No importa, hablad.

—Vuestra señoría no puede haber olvidado á Berenguer Weis.

—No, por Dios; era el mejor amigo de mi padre... era mi protector. ¡Ah! ¡si él no hubiese muerto!...

—Por desdicha, murió.

—Harto cierto es... balbuceó Wifredo suspirando.

—Y para que esa desdicha fuese mayor para vos, se dice que murió precisamente por ser vuestro protector...

—Tampoco lo ignoro.

—Wifredo de Arria no era mas que un tierno infante... un huérfano sin patrimonio... pero en las manos del poderoso, del noble, del leal Berenguer Weis podía llegar á ser un arma formidable. Ahora bien, un arma cualquiera, solo es temible cuando la dirige un brazo inteligente; los enemigos de Wifredo y de Berenguer prescindieron del arma por entonces; pensaron

tan solo en lo que la imprimia el movimiento: cortaron el brazo.

—¡Ay!... Sí...

—Esto estirpaba de raíz el mal. El terrible instrumento que, como el acero de Damocles, brillaba suspendido sobre las cabezas de los asesinos, venia á tierra con el mutilado tronco que le empuñaba.

—Es cierto, ¡triste de mí.

—Berenguer era, no obstante, un adversario colosal. Nadie como él sabia encerrar el corazon dentro del pecho, y el pecho dentro de la coraza: sus cincuenta años solo habían servido para endurecer y templar su musculatura de hierro en cincuenta campañas, y para acumular en el fondo de su alma una experiencia que podia tambien multiplicarse por cincuenta. Entre sus numerosos enemigos no se encontró uno que se atreviera á romper con él una lanza ó á cruzar la espada. Eligieron el puñal: pero Berenguer tenía el pellejo duro, y los miserables que asestaron contra su pecho el instrumento de los cobardes, aparecieron al siguiente día colgados de las almenas de la torre mas alta de su fortaleza de Cati-neu.

El conde de Arria hizo un signo de aquiescencia.

—Entonces se fijaron en otro medio, añadió Isacar con voz cada vez mas sorda; imaginaron que el veneno era más seguro que el acero... y conocieron que habían cometido una falta en no emplearle desde un principio. Un hombre que habia adquirido gran celebridad en las ciencias ocultas y naturales, facilitó el tósigo, lo preparó por sus propias manos y describió el ingenioso procedimiento que debia dar por resultado el trágico fin del valiente Berenguer...

No presentó Wifredo muestra alguna Visible de emocion.

—El señor de Weis sucumbió como herido de un rayo, siguió el físico; y tan poco se cuidaron de ocultar el origen que habia tenido su muerte, que nadie dejó de saber en la Marca que falleció envenenado.

Hizo Isacar una pausa como si hubiera llegado á la parte mas importante de su reminiscencia, durante cuyo tiempo observó al conde de reojo, y dijo despues con un timbre de acento ligeramente alterado:

—Cuando el joven Wifredo de Arria supo la infamia de que fué victima su protector se asegura que hirió en la boca con el puño al mensajero de la infausta nueva,

que se mesó los cabellos, y que sobre la corona condal de oro que ceñía el casco de batalla de su padre, hizo un solemne juramento...

Y el judío se detuvo.

Wifredo se esforzaba por seguir impasible, aunque su corazón pareciese próximo á estallar.

—¡Qué juramento!... pensó mas bien que dijo.

Isacar replicó:

—Se cuenta que juró arrancar con tenazas la carne del envenenador, y darsela á comer á sus lebreles...

El conde de Arria se movía en su asiento como si estuviera en el potro del tormento: el físico repuso con mas agitacion todavía.

—Mi pregunta es la siguiente, señor; ¿es cierto que habeis empeñado ese juramento?...

En vano esperó la respuesta: Wifredo fluctuaba perdido en el mundo de pensamientos que se agolpaban á su imaginacion.

La ansiedad de Isacar no conoció límites.

—En nombre de nuestra misma vida, dijo balbuciente, contestadme, señor...

No tardaba nunca Wifredo en decidirse

cuando se encontraba en circunstancias análogas.

La espresion que aparecia en su rostro, de la recóndita lucha que tenía lugar en lo profundo de su alma, se fué tornando insensiblemente en una admiracion que era sombría en el primer periodo, y llegó á ser jovial en el segundo.

Después de preparar sus palabras con esta maniobra, y perdónese la espresion; maniobra que hubiera sido seguramente imposible para el que, como él, no contase con el mas obediente de los semblantes, exclamó por fin:

—¡Cómo!... ¡vive Dios!... ¿han osado atribuirme un voto tan poco cristiano?... Es un absurdo, Isacar... No he sido nunca, no soy ahora, no seré jamás capaz de semejante juramento.

El judí respiró.

—¡Oh!... articuló: ¿será verdad?...

Tan verdad como que me holgaría de conocer al inventor de la calumnia para darle un público mentís.

—No es necesario, señor conde, me basta con vuestro aserto.

—Berenger era todo un bravo caballero... todo un amigo leal... uno de esos servidores, cuya pérdida es irreparable, pero

por mucho que me afectase su aciaga suerte, el intento que me suponen está en abierta oposicion con mi caracter. Hacer espiar un crimen cometiendo otro mayor, no es vengarse. Isacar, es deshonorarse .. y yó estimo demasiado mi memoria y la salvacion de mi alma para manchar el limpio timbre de mi escudo con accion tan inhumana.

—¡Ah. . señor! dijo el judío; me habeis quitado un peso abrumador de encima del corazon.

—¿Tambien en vos había encontrado eco la exactitud de ese voto sacrílego?

—Corria con tanto crédito entre todos...

—¡Imbéciles! nadie me conoce en Barcelona, amigo mío.

—Pero ahora, señor, de nada dudo ya. Ahora que tengo vuestra palabra, que vale para mí tanto como podría valer vuestro mismo juramento... si os hubiéseis dignado empeñármele...

—¿Y por qué no me he de dignar hacerlo? Si, buen Isacar; os lo juro por mi vida, por mi fé, por Dios Trino y Uno...

Y el conde de Arria llevó con firmeza la mano derecha á la guarnicion de su estoque.

No esperó el judío un instante mas.

Corrió á un mueble, tiró de un cajon, abrió un secreto y sacó de él una pequeña cruz de ébano incrustada de plata.

Despues volvió al lado de Wifredo, y pronunció tranquilamente:

—No quiero que vuestra señoría olvide nunca la visita con que acaba de honrar mi pobre habitacion... Voy á haceros un don que vivirá eternamente en vuestra alma generosa... Oh, si... me responde de ello esa misma generosidad.

—¿De qué don hablais, Isacar?...

—De esta cruz, señor. Vuestro noble padre, á quien ha pertenecido, la llevaba siempre sobre su pecho, porque reunia la doble virtud de habérsela enviado el Papa con su bendicion, y de estar tocada al sepúlcro de San Pedro... Recibidla vos; nadie tiene á ellas mas derecho.

Wifredo se puso en pié y se descubrió la cabeza con respeto para tomar el objeto que el judío le presentaba.

—Cuando el piadoso autor de vuestros días corria algun peligro, añadió Isacar, besaba este signo de redencio.. Imitadle vos, señor conde... los lábios de vuestro padre han dejado ahí su huella.

El de Arria acercó á su boca con fervor la cruz de ébano.

Entonces pudo observar que despedía exactamente el mismo olor que el guante de Salomon de Cerdaña; pero con una abnegacion suprema besó una y otra vez aquel sagrado objeto.

Luego le guardó en el bolsillo mas seguro de su traje; esto es, en el que llevaba sobre el corazon.

—Teniais razon, Isacar; dijo alargando la mano al judío, el recuerdo de lo que en esta noche os he debido, será tan largo como mi vida.

Estrechó el físico la mano que se le ofrecia, y acompañó al conde de Arria hasta la puerta de su aposento.

Wifredo abandonó en breve la torre de Oriente.

En su tránsito por el cuerpo interior del castillo, vió á los pajes abrir solícitos todas las puertas á su paso. Los hombres de armas y los escuderos se inclinaban delante de él: no habría seguramente en estos saludos una gran parte de respeto, pero al menos se le saluda

Los arqueros tomaron las armas para recibirle en el patio de las Coles, y el conde le cruzó á diez pasos de aquella triple fila de estátuas cubiertas de centellante

acero, y cuyos clarines poblaban el viento con el toque de honor.

Apenas pisaba el pretil del puente, y la voz del mismo Humberto Aulnay daba ya la orden de bajar el rastrillo.

El alcaide, seguido de dos pajes con sendas hachas encendidas, le precedió hasta el borde del foso.

Estaba fuera del castillo.

Wifredo aspiró con fuerza el nuevo ambiente: era el aire de la libertad, de la vida, de la esperanza.

CAPÍTULO XVI

La plataforma del torreón de Oriente

En vano los servidores de los condes de Ausona y de Besalú esperaron á sus nobles amos durante la malhadada noche en que fueron llamados al castillo de la ciudad, y durante el siguiente día.

Un rumor siniestro empezó entonces á circular por la buena población de Barcelona.

Y la hirviente multitud que tiempo hacía no tomaba parte alguna en la negra política de su señor, pareció salir de su atonía para preguntar con interés lo que se había hecho de Balduino y de Guy.

Los grupos de los habitantes aun no lanzaban el grito de rebelión: se limitaban

á espresar su descontento: pero facilmente se echaba de ver que la primera chispa que saltase entre ellos produciria un incendio.

Tan en aumento fué la agitacion, que Salomon se creyó en el caso de tomar algunas disposiciones para calmarla. El marqués de Sinibal montó á caballo por primera vez despues de su herida, y bajó á la ciudad á la cabeza de cien lanzas.

Aquellos invulnerables ginetes atrevieron al galope las calles mas sometidas á la turbulenta influencia, y no fué necesaria otra cosa para extinguir en su foco el naciente fuego que amenazaba devorar á Barcelona.

Un grito aislado estuvo á punto, sin embargo, de reanimar este fuego; y el grito á que aludimos, semejante á un eco de tempestad, pobló los ámbitos de la capital del condado, propalando que Wifredo de Arria había sido envuelto en la suerte de los señores de Ausona y de Besalú.

Por fortuna para la pública tranquilidad, Wifredo mismo se encargó de desmentir aquel aserto, presentándose á la tumultuosa plebe, hablándola en el equívoco lenguaje que también sabía emplear, para alimentar la hoguera que ardía en todos los

corazones, sin comprometerse un ápice, y dejándose tocar de los mas incrédulos, mientras decia con su habitual frialdad:

—Admiraos si os place, amigos mios; pero tranquilizaos, porque vivo... todavía.

El pueblo se tranquilizó, en efecto.

Los que no habían visto á su ídolo, supieron por boca de los que le contemplaron que el jóven conde estaba en seguridad en su palacio de las Abadesas, y que por lo tanto su joya mas cara se salvó del naufragio.

Merced al periodo de calma que siguió á la presentacion de Wifredo, pudo este dirigirse al castillo, en cumplimiento de la promesa que había empeñado la noche anterior al conde de Barcelona.

—Salomon le recibió con el mismo agrado que en su última entrevista.

Wifredo estaba pálido, débil; se quejaba de violentas punzadas en las sienes, de frecuentes vahidos y de sed devoradora.

El de Cerdaña se interesó vivamente en su pronto restablecimiento, y á fin de apresurarle con un poderoso agente moral, puso en sus manos la cesion del feudo de Villardanel, meta de los deseos del de Arria.

Y tanto se reanimó verdaderamente el jóven conde con aquel magnífico presente,

que pareció salir de la fortaleza que habitaba Salomon con mas salud y alegría.

Pasaron algunos dias.

Durante su curso se agravó la indisposicion de Wifredo. Ya no abandonaba su palacio; y decíase que la melancolía y el abatimiento que se habian apoderado de su ánimo, le hacian negar la entrada en su aposento hasta á sus más favorecidos servidores.

Salomon escuchaba estas noticias con la misma sorpresa con que se la referían; y sin embargo, solo el podía explicar aquella sombría dolencia,

El conde de Cerdaña, por el contrario, mejoraba sensiblemente. Tenía accesos de inusitado buen humor; tan bueno y tan inusitado, que hubo una ocasion en que mandó pagar á Humberto y á sus principales subordinados de la guarnicion del castillo, á la sazón residencia feudal, la mitad de sus haberes atrasados, es cierto que á las pocas horas lo pensó con mas detenimiento, y en realidad, solo llegó á pagarseles la sexta parte de sus créditos; pero al fin esto no era un motivo suficiente para quitar su valor al primer movimiento de generosa expansion que abrigó el alma del espléndido Salomon.

Tomaba sus tisanas con mas fé que nunca, comia con mas apetito y decia jovialmente á sus amigos que se sentia capaz de alcanzar la dichosa edad de cien años.

—Lástima es, exclamaba con amargura, pero al mismo tiempo con cierta resignacion filosófica, lástima es que solo me falte medio siglo para cumplirla.

Las aves de behetria, abandonadas por largo espacio al indolente cuidado de los halconeros, volvieron á merecer su especial atencion. Todos los dias, apenas el sol sacudia su encrespada cabellera al salir de las ondas del Mediterráneo, Salomon, con el azor en el puño, acechaba desde las plataformas de sus elevados torreones el primer lavanco que osaba cruzar el purísimo azul de la atmósfera.

Igual esmero consagraba á las plantas de su invernadero y de su reducido jardín.

Por las tardes visitaba asiduamente á Odelinda.

En una de estas visitas se aventuró á preguntarla por Ripoll con la mayor naturalidad. La jóven, que mas de una vez había estado para dirigirle la misma pregunta, y siempre ató el temor su lengua, no supo confusa que respuesta darle. El conde entonces, como si solo aquel dia hubiese

echado de menos por casualidad al pajecillo, atribuyó su momentanea ausencia á alguna pueril correría.

Odelinda aceptó tácitamente el inesperado auxilio de la suposición de su padre.

Entre tanto, los asuntos del condado empezaron á experimentar un cambio notable. No era ya la nobleza la que con su espada amenazaba atajar los proyectos de Salomon, Balduino y Guy parecian haber arrastrado con ellos al sepúlcro la resistencia, la unidad y el valor de los altivos hombres del paratge. El mónstruo que por vez primera empezaba á agitar sus mil turbulentas cabezas erizadas, como el de la fábula, de cabellos de sierpe, era el pueblo. En lo profundo del seno de la ciudad se escuchaban ya esos sordos ruidos que preceden á la tormenta.

En este cambio, no obstante, creyó Salomon haber ganado.

Una comoncion popular no podia aterrarle mientras contase con sus lanzas francas para aplastar bajo los cascos de sus caballos aquel asqueroso hormiguero de mujeres, de niños y de ancianos.

Con respecto á la nobleza, aturdida aun por el último golpe, adoptó el de Cerdaña uno de sus recursos favoritos. Concertó

con los condes de Villafranca y de Olot remitir al juicio desapasionado de un lende franco todos los conflictos que surgieran en la Marca, en la enojosa cuestion de las compensaciones. A este acertado fin se rogó al emperador Cárlos el Calvo que enviase á Barcelona una persona autorizada *ad hoc*.

No se descuidó Salomon en hacer que recayese la eleccion de Cárlos en messire Jacobo de Helly, hombre irresoluto, pero afecto á la casa de Cerdaña y amigo particular de su poderoso jefe. La misma indecision que formaba la esencia del caracter del enviado, era una garantía feliz para el alma enérgica del señor de Barcelona.

Durante esta negociacion, no separaba Salomon la vista del retirado barrio de las Abadesas.

Segun su cálculo, no estaba lejos el instante en que allí debía verificarse una catástrofe.

Cuando llegó el dia que á sí mismo se había fijado para que aquel acontecimiento tuviese lugar, preguntó tres veces por Wifredo. La salud del jóven conde de Arria continuaba en mal estado, segun pública voz; pero nada hacia temer que su dolencia se hubiera agravado con esceso.

No lo extrañó el de Cerdaña: podía haberse equivocado en la apreciación del tiempo: circunstancias inestimables para él, podían también haber influido en la oscura manera de obrar del filtro de Nephiah Jebus.

En su consecuencia, Salomón esperó.

Tanto vio prolongarse, sin embargo, la realización de su esperanza, que su corazón empezó á alimentar una ligera inquietud. Es verdad que Wifredo empeoraba diariamente, pero su mal jamás tocaba al término.

El vendabal que alteraba las hirvientes olas de la plebe barcelonesa no se calmaba tampoco. Sus rugidos eran cada vez más intensos: uno de ellos penetró en cierta ocasión hasta la torre del muelle.

Salomón aguzó el oído, y preguntó á su copero, que por el contrario abría extraordinariamente los ojos.

—¿Qué es eso, Telars?... ¿es un trueno?... ¿es el mar que invade á Barcelona?... ¿es la cólera de Dios, que conmueve los cimientos del castillo?...

—No, señor, murmuró aterrado el copero;—es la voz del pueblo.

Las cejas del de Cerdaña se fruncieron

para no volver á despejarse en lo restante del día.

Los gritos que por donde quiera resonaban, no eran ya exclamaciones inarticuladas, empezaban á oírse nombres propios; y sabido es que este es el primer paso de las revoluciones; jamás se comienza por las cosas, sino por las personas.

El conde de Barcelona despreció todavía las inequívocas manifestaciones de su buen pueblo. Toda su atención estaba fija en Wifredo.

Nada hay sin límites en el mundo, y la paciencia de Salomón tocó por fin á los suyos. El tiempo transcurrido desde la noche en que llamó á los tres condes, excedía ya sus cálculos más exagerados; su inquietud se había tornado en un verdadero temor, y quiso saber á qué atenerse.

Un mensaje solemne anunció á Wifredo de Arria que el noble conde y marqués de Barcelona le rogaba pasase á su castillo de la ciudad para consultarle acerca de un asunto de alto interés para la Marca.

El mensajero volvió á decir á Salomón que Wifredo se apresuraría á presentarse á su señor así que tuviera la fortuna de encontrar un alivio momentáneo; pero que

en la actualidad le era de todo punto imposible abandonar el lecho del dolor.

Semejante respuesta solo sirvió para exasperar al de Cerdaña; el áspid de la duda roía sus entrañas

En una de sus frecuentes noches de insomnio, de fiebre y de impaciencia se dirigió Salomon á la plataforma de la torre de oriente, la mas elevada de la fortaleza.

Bermond y Humberto le siguieron en silencio á una respetuosa distancia.

El vasto círculo que trazaba el terrado apareció completamente desierto: solo en la parte exterior de los muros y en el fondo de las estrechas torrecillas suspendidas sobre el abismo se veia por intervalos reflejar un pálido rayo de la luna en el bruñido yelmo de los aislados vigias.

El de Cerdaña se apoyó de codos en la muralla, en el espacio comprendido entre dos almenas, y clavó sus penetrantes ojos en la ciudad.

Desde allí se dominaba á Barcelona entera. Era una de esas noches serenas con que anuncia el estio su próxima presencia á las costas de Cataluña. Para el observador colocado en lo alto de la plataforma no ofrecia la poblacion otro aspecto que un confuso conjunto de casas, estendiéndose

de oriente á occidente, y cuyos techos pegados los unos á los otros, se iban colorando con diversos lívidos matices conforme la luna se iba elevando por encima de la fortaleza.

La ciudad no estaba tranquila aquella noche.

De vez en cuando se iluminaba una de las plazas con la luz de las teas: su vivo resplandor surcaba entonces todo un barrio de Barcelona, corriendo en la longitud de la calle por donde penetraba la llama, y haciéndola asemejarse á una arteria de fuego. Movíase en medio de la claridad informes y rojizas sombras: de su seno partían roncós gritos y sordas carcajadas: cada instante hormigueaba mas numerosa la multitud, y cada instante crecían en ella la agitación, el ruido, la amenaza.

De repente el espectáculo solía cambiar de naturaleza: en el extremo de la calle se divisaban las puntas de una partida de lanzas que brillaban sobre capacetes francos; estas puntas se bajaban á poco como si las ferradas astas se hubiesen enrristrado; resonaba en seguida el sonoro galope de un tropel de caballos, y en breve le respondían los alaridos de muerte de la apiñada muchedumbre.

Ruido, resplandor y caballos detaparecian por la primera callejuela.

El rumor lejano, que llegaba entonces al torreón de Oriente, solo era ya el gemido apagado de la población; cuyas entrañas empezaban á verse desgarradas por el fuego devorador de la guerra civil.

El conde de Barcelona contemplaba á su capital con enconada espresion.

—¡Oh!... murmuró; mil veces te he mirado á estas horas, ciudad indómita; pero si alguna te he encontrado tranquila en apariencia, siempre he sentido rugir en lo profundo de tu seno el silbido del huracán próximo á desencadenarse... Sé que tus hijos me detestan, y sin embargo, ¡cuántos crímenes no he cometido para conservarte!

Unos pasos que sonaron á corta distancia, acompañados del argentino retintín de sendos acicates, arrancaron de su éxtasis al de Cerdaña.

A pocos piés de él distinguió á Sunyer armado de punta en blanco.

El capitán de arqueros venía de la ciudad, y Salomón se apresuró á preguntarle por el estado en que la de dejaba.

—No he tenido tiempo para ocuparme de eso, contestó Sunyer: solo puedo decirte
Wifredo el Velloso.

ros que he topado en el camino con algunos grupos hostiles que me saludaban con el nombre de diablo, y que he pasado por encima de ellos: otra noticia mas importante traigo á vuestra señoría.

—Habla, Sunyer.

—Acabo de presenciar una entrevista que podrá explicaros todo el secreto de la fermentacion que reina en los barrios de la cabeza del condado.

—¿Entre quién?...

—Entre vuestros dos mas temibles enemigos. Al cruzar el prado del Bar, ví' deslizarse á un hombre á través de los árboles: á pesar de que se envolvía cuidadosamente en su ropon, le reconoció mi odio, era Rosell de Nadal.

Salomon hizo un movimiento.

—¡Rosell aquí! exclamó.

—No me queda duda: en el punto mismo eché pié a tierra, y como adiviné el sitio adonde Rosell se dirigía, tomé á la carrera la vuelta de la cuesta del Bar, atravesé el barrio de San Pacomio y me interné en el laberinto de calles que compone el de las Abadesas. Poco despues llegué sin aliento al palacio de Arria. La puerta principal estaba vivamente iluminada por las antorchas que tenian en las puntas de sus

partesanas los servidores del conde, que guardaban la entrada. No me detuve en aquel sitio, porque imaginé que no le elegiría Rosell para penetrar en el palacio. Corrí á la escalinata del convento que da frente al Mediodía del edificio de Arria, y detrás de una de sus columnas espíe otra puerta abandonada. Pronto tuve ocasion de convencerme de que no me había engañado: á los diez minutos se acercó Rosell subiendo por la rambla del monasterio. Aun no habia desembocado en el espacio que medía entre la escalinata y la fachada del palacio, cuando por el lado opuesto se adelantaron á su encuentro dos hombres cubiertos de luengos mantos y con la visera calada. Rosell se contentó con llevar la mano al puño de su estoque, y siguió avanzando: entonces el primero de aquellos dos hombres dejó ver su rostro y se arrojó en los brazos del señor de Nadal. A la luz de la luna distinguí perfectamente sus facciones...

—¿Quién era, pues?....

—Wifredo de Arria.

El conde de Barcelos sofocó un aullido y se encogió como si quisiera incrustarse en el ángulo de la almena donde se apoyaba.

Sunyer no supo si el nuevo movimiento

de Salomon era el del gato á quien amenaza un golpe, ó el del tigre que va á saltar sobre su presa.

—Despues, repuso el capitan, se entreabrió la solitaria puerta, y Wifredo, Rosell y el escudero desaparecieron por ella.

La cólera del de Cerdaña estalló al fin.

—¡Biblia sacra! exclamó apretando los puños y llevándose el uno de ellos á la frente: hé aqui la solucion del enigma que me desvela hace ocho dias... ¡Ah!... Wifredo de Arria... señor de Villardanel: el triste estado de vuestra salud no os permite obedecer á vuestro señor feudal presentándoos en su residencia, y os deja, sin embargo, recorrer la ciudad á pié y abrumado con el peso de la armadura en una noche de rebelion... ¡Por mi venerado patron!... donosa es la dolencia... Gracias, Sunyer: al menos ya sé á qué aternirme.

El caballero contestó con un saludo.

—Es preciso que no pierdas la pista de Rosell, añadió Salomon: ya que ha sabido entrar en Barcelona, impidamos que sepa salir.

—Antun queda en acecho: Cubell y Prá escalonados para participarme sus menores movimientos. ¡Oh! en ese punto podeis estar tranquilo: mis sabuesos solo necesitan

que se los ponga en el rastro, y por esta vez los he puesto en uno excelente. No hay temor de que le pierdan aunque el oso y el lobo tiren por distinta parte.

—Sobre todo el del lobo: dijo el señor de Cerdaña con su habitual sonrisa que mas bien era un mohin siniestro—sí, Sun-
yer, el del lobo... porque en cuanto al oso, ¡vive San Cucufate! que ha de venir él mismo á ofrecer su orejas á los colmillos de mis canes.

CAPÍTULO XVII

La carta

Un cuarto de hora despues, Salomon dejaba el torreón de oriente para dirigirse al del muelle.

La parte de esta torre angular á donde el señor de Barcelona encaminó su planta, era á la que habitaba Odelinda. La jóven Alcira que velaba en la estancia inmediata al aposento de su señora, quiso anunciarla la visita del conde; pero Salomon se opuso á esta prevencion de la manera que el sabia interponer su autoridad, y entró sencillamente en el cuarto de su hija.

Apesar de lo avanzado de la noche, Odelinda no se habia aun retirado á su lecho, y corrió presurosa al encuentro del

conde así que le divisó en el dintel de la puerta.

Como siempre, la recibió Salomon en los brazos, y como siempre apagó sus labios en la frente que la jóven le presentaba, pero algo de extraordinario hubo sin duda en su beso, porque Odelinda se estremeció.

Sus ojos buscaron entonces los de su padre. El conde de Barcelona hubiera estado seguramente impenetrable para otra mirada que no fuera la de su hija; pero esta supo adivinar que en el corazón del señor de Cerdaña rugía una borrasca deshecha.

Solo era un secreto para ella contra quien iba á desencadenarse.

El conde condujo á la jóven á un sillón colocado al lado de una mesa, y la invitó á tomar asiento: él por su parte permaneció en pié.

Odelinda obedeció maquinalmente; á su pesar la hablaba su instinto de que la amenazaba un golpe terrible; todavía no había dejado escapar una palabra su padre, y no obstante, ella estaba ya temblando.

—En verdad, señor, que no os espe-

raba ya por esta noche, murmuró con timidez.

—¡Feliz tú; Odela, respondió Salomon, puesto que pasa el tiempo para tí!... para tu padre jamás estarde, nunca es temprano; porque el sueño parece haber huido para siempre de sus párpados.

—¿Por ventura os aquejan de nuevo vuestros padecimientos?

—Solo los del ánimo. Todos mis deseos no bastan para hacer feliz, á mi pueblo: abre esa ventana, y escucharás los gritos con que maldicen el nombre de Salomon de Cerdana. En vano apuro cuantos recursos me sugiere mi imaginacion. Mis pensamientos mas apacibles se interpretan como sanguinarios proyectos; mi prudencia se llama debilidad, mi energía se denomina encono...

—¡Oh! y venís á verter vuestra amarga lágrima en el seno de vuestra hija... Haceis bien, señor; jamás corazon alguno las comprenderá mejor...

—Sí, Odela, busco tus consuelos y tus auxilios; porque en mi triste situacion necesito de los unos y de los otros.

—Disponed de mi vida, padre mio; pero pobre holocausto será para remediar vuestras penas... corto el apoyo que

mis trémulas manos podrán proporcionarnos...

—Te engañas: es la actualidad vas à prestarme un servicio inapreciable.

—¡Yo, señor!

Tu. Odela; y servicio que nadie sino tú podría prestarme.

—¡Ah!... si fuese cierto... balbuceó la jóven con voz apenas perceptible.

—Júzgalo, pues; mi política exige que Wifredo de Arria me conceda una entrevista; la violenta lucha de las pasiones que hoy se agitan en el condado, ha hecho que ese jóven trate de eludirla... y como á todo trance la necesito, he pensado en que mi buena hija Odelinda puede proporcionármela.

Salomon pronunció estas palabras con la mayor naturalidad; su glacial acento no hacia presumir que tuviesen para él mas importancia que la que estrictamente habian espresado, y sin embargo, hirieron á Odelinda como un rayo.

Si la jóven no hubiera estado abismada en el sillón, habria caido seguramente al suelo.

—¡Dios mío!... murmuró sin aliento; creo no haberos comprendido bien, señor...

—Al contrario, Odelinda; estoy seguro de que me has comprendido perfectamente.

—Deseais que...

—Deseo que Wifredo, que es tan amigo tuyo como mio, y que con respecto á ti no puede tener las prevenciones que le han hecho abrigar para conmigo, te conceda el favor que á mí no quiere concederme.

—¡Triste de mí!... ¿y suponeis que tenga yo mas influencia para con él que el poderoso conde de Barcelona?...

—¿Por qué no, puesto que aquí la influencia varía de naturaleza?

—¡Oh!... señor, exclamó la jóven ocultando el rostro entre las manos.

Salomon repuso tranquilamente:

—Wifredo te visita con frecuencia; pues bien, de una visita mas es solo de lo que se trata.

Odelinda hizo ademan de contestar, pero la voz espirò en su garganta.

—No ha de renegar de sus espuelas de oro, siguió el de Cerdaña, hasta el extremo de faltar al llamamiento de una dama.

—¡Comol!... quereis...

—Que le escribas dos líneas; que se presente en el castillo de la ciudad; y que entonces, saliendo yo á su encuentro, no pueda esquivar la esplicacion que anhelo.

La hija del conde de Barcelona palideció: la parte que ignoraba todavía del secreto de Salomon se la revelaba su alma de amante.

Querían hacer de ella el lazo que se tendiese á Wifredo, el cebo que le atrajera, el arma que le hiriese. Odelinda no podía prestarse á esta trama infernal: todo su pudor de mujer, no lograron evitar que su generoso pecho dejase de rebelarse contra aquella exigencia.

Este pensamiento la prestó las fuerzas suficientes para erguir un tanto la cabeza y responder con menos indecision:

— Una vez que todo lo sabeis, señor, sed generoso... No me pidais mas de lo que puedo daros... os he ofrecido mi vida, es verdad, pero no la de Wifredo...

— ¡Vive Dios! ¿y por dicha es eso lo que yo quiero? ¿Estás loca, Odelinda?... lo único que necesito es una carta, ¿entiendes? una carta en que no se estampe una sola palabra de negocios de Estado, para que el de Arria no pueda tener inconveniente en venir á mi fortaleza.. De mi buena inteligencia con Wifredo depende la felicidad de Barcelona, y para que nos entendamos es preciso que nos hablemos.

Odelinda movió la cabeza sollozando.

Sobre la mesa había un libro en blanco. Salomon, que por lo visto no estaba para perder el tiempo, desgarró una de las hojas y la puso delante de su hija.

—¡Señor!... articuló Odelinda. es indigno de mí... es indigno de vos lo que tentais...

—Nunca es indigna la accion que ha de traer en pos la salud de un pueblo.

—¡Pero á qué costal..

—A costa de una falta leve... de una inocente supercharía.

Y el conde tomó una pluma y la impregnó de tinta.

—¡Piedad... señor... piedad! exclamó la jóven.

—¿Piedad de quién?

—De Wifredo... de mí...

—¡Voto á la Biblia!

—¡Ah!... sois inflexible, padre mio...

—Soy conde de Barcelona, y padre tambien de medio millon de habitantes. Es á su dicha á lo que te opones.

—Pero es imposible lo que decís... si no fueran otras vuestras intenciones...

—Acaba.

—Le escribirfais vos mismo...

El de Cerdaña se encogió de hombros.

—¿No has oído que Wifredo rehusa todo trato? dijo.

—Entonces no debo yo obligarlo...

—Debes, Odelinda, porque yo te lo ruego...

—No... no...

— Porque yo te lo mando.

Salomon colocó la pluma entre los dedos de su hija, oprimiéndolos con los suyos, bajo cuya seca piel se albergaba una musculatura de acero.

Odelinda quiso retirar la mano y el conde continuó sujetándosela.

—¡Ay!... gritó al fin la pobre niña.

—Escribe, Odela...

—¡Compasion!...

—Escribe: repitió el señor de Barcelona clavando en la joven su mirada fría y cortante como la hoja de un puñal.

—¡Oh!... ¡buen Dios!... si al menos me prometiéseis...

—Cuanto quieras.

—Respetar su vida...

—¿Por qué no?

—Si me lo juráseis...

—¡Voto al Calvariol... te lo juro...

—¡Ay... padre mío!...

—Sé digna de darme el nombre que acababan de pronunciar tus labios... obedece.

La razon de Odelinda se ofuscaba, sus ojos perdian la luz, su voluntad desfallecía...

—¡Y qué he de escribir! pensó mas bien que dijo.

—Lo siguiente, contestó el conde:

Y fué pronunciando detenidamente las frases que vamos á trazar, y llevando al mismo tiempo la mano de su hija sobre el pergamino.

—“Venid esta noche al castillo de la ciudad: os va en ello, Wifredo, cuanto puede interesaros en el mundo...”

Odelinda lanzó un hondo suspiro, y echó atrás la cabeza, cuyos húmedos y desordenados cabellos se esparcian por su tez de blaco mate.

El conde hizo volver aquella pálida cabeza á su natural posicion, y la sostuvo en ella con la mano izquierda.

Después añadió:

—“Penetrad por el sitio de costumbre: yo por mi parte cuidaré de que no encontréis hasta mi cuarto obstáculo alguno.”

Las fuerzas abandonaron completamente á Odelinda: su mano dejó de tener movimiento; su respiracion dejó de ser perceptible.

No desconcertó á Salomon el importuno

desmayo. Como si todo lo tuviera previsto, sacó de su escarcela un pomo de marfil, y le aplicó á la nariz de la jóven.

El éxito correspondió á su esperanza, Odelinda pareció reanimarse.

—Continua... repuso el conde de Barcelona volviendo á poner la pluma entre los convulsos de dos de su hija.

—¡Oh... señor!... sollozó exánime Odelinda: compadeceos de mi... acordaos de vuestro juramento...

—¡Por San Cucufate! ¿Cuándo me olvidó yo de mis votos?

—Si lo hiciérais, padre mio, mataríais á vuestra pobre Odela...

—Bah... concluyamos...

El conde concluyó, en efecto:

—“Os aguardo á la una.”

La jóven creyó que había terminado su suplicio.

—Ahora la firma, replicó Salomon.

—Es verdad... murmuró Odelinda; faltaba este golpe...

Y dejó guiar su mano para trazar las ocho letras de que se componía su nombre, y que habían de costar á sus ojos otros tantos torrentes de lágrimas.

El de Cerdaña levantó de la mesa el pergamino, y examinó con desconfianza

sus puntas y su dorso, temeroso de que Wifredo supiera encontrar una palabra ó un signo que le hubiera advertido la red que se le tendía. A este fin, secó cuidadosamente con el extremo de un dedo una mancha imperceptible que había dejado en la tersa piel el llanto de Odelinda.

En seguida se guardó el escrito.

Durante el tiempo que el conde invirtió en su operacion, no se escuchó otro ruido en la estancia que el de los ahogados ayes de la hermosa bastarda.

Cuando Salomon pareció disponerse á salir del aposento, Odelinda hizo un esfuerzo sobre humano y se puso en pié,

—¡Señor!... exclamó con la vista fija y la agitacion de la fiebre: Wifredo de Arria es mi felicidad... mi vida... mi amor... Ahora, disponed de nosotros como os plazca...

Los dientes del señor de Barcelona rechinaron.

—Bien, dijo tranquilamente despues de un instante;—¿qué hay de malo en eso?... Wifredo merece el aprecio de todo el género humano...

Más adelante hablaremos de la inclinacion particular que pareces sentir hacia él.

—Pero vos, padre mio, no condenais

esa inclinacion, ¿no es verdad? añadió Odelinda juntando las manos.

El conde se acarició la barba.

— Estás vivamente conmovido. Odela, dijo, abrasa tu cutis, y sin embargo, tus mejillas se asemejan á dos azucenas marchitas... Retírate á tu alcoba... voy á enviarte á Isacar Ascalon... ¡Eh, cruz de Cristo!... no deberías estar fuera del lecho á tan altas horas de la noche... descansa... duerme: eso reanimará tus fuerzas... sobre todo si logras no soñar...

Y Salomon se alejó tosiendo.

Su tos le impidió oir los sollozos que desgarraban el pecho de Odelinda.

CAPÍTULO XVIII

El escalamiento

La luz del nuevo día enconó las heridas abiertas en el corazón del pueblo de Barcelona, en vez de calmarlas; porque iluminó sus ensangrentadas calles y plazas.

Aquella sangre derramada en la naciente rebelion era la prenda mejor de una lucha de esterminio. Toda composicion había venido ya á ser imposible; existian injurias que lavar, retos á que responder, venganzas que cumplir.

No solo estaba arrojado el guante; se había cruzado el acero.

Barcelona despertó como se despierta el leon: dando un rugido.

Y este rugido resonó en el condado co-

mo el supremo grito de muerte de las guerras intestinas, donde la sangre pide incessantemente sangre. ¡Ay del país en que se vierte la primera gota! Cien torrentes van á inundarle.

Salomon, desde el fondo de su inespugnable castillo, escuchaba cada uno de los alaridos de su pueblo con un involuntario estremecimiento; pero tambien cada alarido acumulaba en sus entrañas una dosis mas de hiel.

No debía tardar el tiempo en que esta hiel rebosease.

El negro manojo de torres de la residencia condal ofrecía un raro contraste con la ciudad, que se extendía á sus plantas como una humilde esclava.

Barcelona hervia con el movimiento de la vida; en la fortaleza, todo era inmovilidad, todo silencio.

Las largas galerías de aquella mansion sombría parecian no haber nunca repetido el eco de una planta humana. Y no obstante, el que hubiera fijado la vista en el primer recinto interior del castillo, habría seguramente divisado, detrás de las almenas de los torreones y en las saeterías de los muros, innumerables sombras agazapadas,

con el ojo avizor, el oído atento y el arco tendido.

El último resto de animación de la fortaleza se había refugiado á sus espaciosos patios, como se refugia en el corazón de un moribundo la última sangre que circula por sus venas.

En el fondo de aquellos descubiertos terraplenes se veían gruesos escuadrones de hombres encubiertos de hierro de pies á cabeza, con sus lanzas y las riendas de sus caballos en el brazo. El mismo ruido de los cascos de los inquietos bridones, se amortiguaba en el enarenado piso.

Este general y siniestro silencio pesaba en el alma de Odelinda como la losa de un sepúlcro.

En el desencajado semblante de la pobre niña se encontraba la profunda huella de la noche de maldición que acababa de fenecer.

Hubiérase dicho que en el corto número de horas que mediaron de un sol á otro, había vivido para el dolor un año entero de padecimiento sin nombre.

Su mirada se fijaba con obstinación en la puerta de su aposento.

Nadie al verla habría dudado que esperaba, á que el objeto en que cifraba su es-

peranza iba á decidir de su porvenir, de su existencia.

En el umbral apareció de repente Alcira.

La jóven entraba pálida y agitada; y como á ella era á quien aguardaba la bella bastarda, su presencia la dejó aterrada.

Odelinda se apoyó en el respaldo de su silla: antes que Alcira hablase sabia lo que iba á decirle.

—No has conseguido salir del castillo, ¿no es verdad? murmuró con abatimiento.

—Ni aun he logrado poner la planta fuera de la torre del muelle, contestó Alcira: todas las puertas están custodiadas, levantados los puentes de todas las cortaduras: al querer asomarme á una de las ventanas del acantinado, un franco me encaró su arco desde la muralla, profiriendo una amenaza... ¡Ah!... si el pobre Ripoll estuviera aquí...

—¡Dios mio!... protejed á Wifredo... exclamó la hija de Salomon de Cerdaña, elevando al cielo su límpida mirada.

—¡Oh... sí! protegerle Dios; porque nada podemos hacer por él nosotras.

—¿Con nadie cuentas, Alcira... con nadie que pueda llevar un simple aviso al conde de Arria?... Todas mis presecas... to-

do cuanto tengo sería suyo... Entre los mismos servidores de mi padre, ¿no conoces alguno bastante venal para prestarme ese servicio?...

Alcira movió tristemente la cabeza.

— ¿No os he dicho, articuló, que nos está prohibida la menor comunicacion con el exterior?...

La bastarda cayó desplomada en su asiento.

— ¡Ah!... sollozó deshecha en llanto; muy cruel sereis si me habeis engañado, padre mio...

— ¿Y lo dudais, señora?...

— Sí, amiga mia, porque esa duda es para mí todavía la vida... ¡Ay! déjamela por algunas horas; harto pronto tengo que perderla.

Odelinda iba, en efecto, á salir de dudas aquella noche.

Y la noche no tardó en llegar rápida, oscura y tempestuosa.

Quizá de los que contaban sus minutos ninguno lo hacia con mas impaciencia que Wifredo, en su casa del barrio de las Abadesas.

El jóven conde de Arria, que con las cejas fruncidas había distintas veces desfrado las palabras que contenía un pedazo

de pergamino que estrujaba entre sus manos, llamó á su escudero así que fueron las doce.

—Dusay, dijo: haz traer mi espada, mi casco y mi cota de malla.

El servidor le presentó las tres cosas por sí mismo.

Vistióse Wifredo la cota debajo de la túnica, cubrió su cabeza con el acerado capacete, atravesó en su cinto un largo puñal, echó sobre sus hombros un manto de bayeton, y entregó á Dusay la espada. Después salieron juntos en direccion al castillo de la ciudad.

Con minucioso cuidado fueron buscando en su tránsito los puntos mas estraviados, y al cuarto de hora de camino llegaron frente á la fortaleza sanos y salvos, á pesar de la poca seguridad que ofrecian las calles.

La masa colosal del castillo no mostraba luz alguna en todo su contorno; y como por su parte la noche era lóbrega, Wifredo pudo acercarse al foso sin temor fundado de que le descubriese cualquier vigilante arquero.

Aun no era seguramente la una; pero en el horizonte empezaban á aparecer lividos y fugaces resplandores: de las espe-

sas nubes que rodaban por encima de Barcelona, comenzaban tambien á desprenderse anchas y tÍbias gotas, y el conde de Arria que temia verse repentinamente iluminado por un vivo relámpago, se decidió á bajar al foso.

Para ejecutarlo no tuvo que hacer otra cosa que colocarse en su borde, y dejarse deslizar de espaldas por una pendiente de cincuenta y cinco grados.

Dusay le imitó.

La profundidad á que entonces se encontraron del primer piso de la fortaleza era de cuarenta piés.

Despues continuaron su marcha por el fondo del foso hasta ver elevarse sobre sus cabezas la gigantesca mole de la torre angular del muelle.

Allí se detuvieron, y Dusay imitó admirablemente el canto del buho á un ademan de su señor.

Vibraba todavÍa en el espacio el eco lastimero de aquella seña, cuando se oyó el ligero ruido que al abrirse hacia una de las ventanas del piso bajo del torreón.

Esta ventana, como todas las del castillo, estaba guarnecida por una reja de cruzados barrotes; pero no tardaron dos de

ellos en hallarse descorridos, dejando un espacioso hueco.

Por la abertura descendió inmediatamente una flexible escala construida con cordones de retorcida cerda.

Así que su estremidad llegó á lo profundo del foso, tiró de ella con fuerza Wifredo para asegurarse de su solidez, y enganchó en su cinturón la espada que conducia su escudero.

Este sujetó la punta de la escala, y el joven conde de Arria puso el pié en el primer escalon.

Un momento después principió su ascenso atrevidamente.

El conde puso por fin la mano sin ningun obstáculo en la reja de la ventana donde estaba sujeta la escala, y penetró en el castillo.

En medio de las formidables tinieblas que le rodeaban, se volvió hacia un bulto que entrevió cerca de él.

—¿Sois vos, Alcira?... pronunció en voz baja.

—No, señor conde: respondió un acento infantil; pero la sustituyó por órden de mi señora.

El de Arria procuró inquirir que persona era la encargada de sustituir á Alcira;

Wifredo el Velloso.

44

pero solo pudo darse razon de su corta estatura.

—¿Y quién sois vos?... murmuró:—¿por ventura Ripoll?...

—Tampoco, señor: soy Molist...

La inquietud del conde desapareció. Molist era el pajecillo portador de las últimas cartas de Odelinda.

Apenas dejó de interceptar el paso de la ventana, se acercó á ella el paje, recogió la escala, hizo volver á su sitio los dos barrotes de la reja, entornó las hojas de madera que giraban detrás y dijo á Wifredo.

—Espero vuestro mandato, señor.

—Vamos: contestó el conde.

—Poned la mano en la pared, y seguidme.

—Bien.

Molist empezó á andar cautelosamente á lo largo del muro, y Wifredo cumpliendo su instruccion se deslizó en su seguimiento por el camino que le indicaba el amortiguado ruido de sus pasos.

Atravesaron un buen trecho de la estancia irregular que trazaba en su curva la muralla del torreón, y se introdujeron por una puerta, cuyas molduras reconoció Wifredo.

A poco el rumor que le servia de guia cambió de tono.

Su pié tropezó de pronto con un objeto sólido. Era un escalon: Wifredo le subió; detrás de él encontró otros muchos.

Al llegar á lo alto de la escalera oyó el crugido de los goznes de una nueva puerta. Molist apresuraba su marcha progresivamente, y á fin de que no le separase de él una distancia considerable, Wifredo apretó tambien el paso.

Toda su diligencia para penetrar en la galería superior, no fué, sin embargo, suficiente,

El conde de Arria ya no logró advertir la direccion que el paje había tomado; y para colmo de angustia, la maciza puerta por donde acababa de pasar se cerró con estruendo. Un golpe metálico le hizo conocer que el pestillo se había corrido por sí mismo.

Casi instantáneamente apareció una llama rojiza en el extremo opuesto de la bóveda.

Esta llama era producida por las humeantes antorchas de un peloton de hombres armados que desembocaban en la galería corriendo hacia el conde de Arria.

Con pulso trémulo bajó Wifredo la visera de su casco.

Un instante después se hallaba cercado por los arqueros de Septimania, á cuyo frente vió á Sunyer el diablo, al alma maldita de Salomon de Cerdaña.

— ¡A quien buskais!... dijo Wifredo con ronca voz.

— A vos, conde de Arria: contestó Sunyer sin titubear.

El jóven Wifredo acababa de perder la última esperanza. Presa de ese vértigo de desesperacion que provoca á la nada, desenvainó su afilado puñal, y por debajo de la cota de malla apoyó la punta en su corazon.

Pero la reflexion era en él tan instintiva como su primer movimiento.

— ¡Bah!... pensó ¿por ventura podrá hacer Salomon otra cosa conmigo que la que iba hacer yo mismo?... ¡Vive Dios! no ahorraré ese trabajo á alguno de sus satélites... Aun conservo el aliento... ¡quién sabe!... mi estrella brilla todavía en el firmamento...

Y dejó caer el puñal.

Sunyer, que había observado su accion soltó una carcajada.

— ¡Cuerpo de Cristo!... gritó á sus ar-

queros:—quitad la espada al conde... ¿no veis que trata de herirse?

Wifredo permitió que le arrancasen el estoque del cinto con su habitual calma estoica.

¿Qué deseais ahora? preguntó.

—Que os tomeis el trabajo de seguirme.

El de Arria se dirigió por toda respuesta hacia Sunyer.

Este se encaminó á la salida de la galería, volviendo á cada paso la cabeza para convencerse de que Wifredo iba enmedio de los arqueros.

Transitaron por una buena parte de la fortaleza. Al cruzar por delante del pórtico de vidrios de colores contiguo á los aposentos de Salomon de Cerdaña en la torre del muelle, dijo Sunyer á su prisionero:

--Levantad vuestra celada, señor conde.

El jóven obedeció sin replicar.

No había sido sin objeto la exigencia del capitán de arqueros.

Detrás de una de las ojivas del pórtico, y con el rostro unido á un vidrio de oscuro tinte, estaba un hombre encorvado, devorando con los ojos el grupo que atravesaba el vestíbulo.

A su espalda se dibujaba la sombra inmóvil de otro personaje.

El primero era el conde de Barcelona; el segundo Bermond.

En el semblante de Salomon se reflejaba vivamente el gozo que henchía su alma.

—¿Le has visto, Bermond?... murmuraba ébrio de júbilo.—¡Oh: ahora sí que el oso ha caído en nuestras redes, ¡voto á San Cucufate! .. No se nos escapará... no, no, ¡cruz de Dios!... Por esta vez es nuestro, ¡voto á Jerusalem!... eh... eh... nuestro, ¡voto al Calvario!...

—¿Y qué pensáis hacer con el de Arria? pronunció Bermond con cierta indolencia.

Salomon se enderezó después que desaparecieron Wifredo y su encolta.

—¿Qué haces tú, Bermond, contestó, cuando una víbora se interpone en tu camino y te clava su ponzoñoso dardo?

¡Rayos del cielo!... la aplasto con el pié.

—Pues bien, amigo mio, Wifredo de Arria es la víbora que ha picado á Salomon de Cerdaña... y Salomon de Cerdaña hace lo mismo que tú con las víboras que le hieren...

Estas palabras espresadas por el conde de Barcelona con una diabólica complacencia, habian sido acogidas con todos los tormentos de la agonía por una persona colocada al otro lado del tapíz que cubria la

puerta que comunicaba con la escalera espiral que conducía á la habitacion de Odelinda.

La hermosa bastarda, pálida como la muerte, se asía con sus crispadas manos á los pliegues de la ondulante cortina para sostenerse en pié.

Pronto este apoyo fué insuficiente á sus agotadas fuerzas, y se desplomó inerte sobre el pavimento, á tiempo que Salomon y Bermond bajaban al vestíbulo por la escalera de mármol del intercolumnio.

CAPÍTULO XVIII

Bib

Como si Wifredo de Arria hubiera sido el soplo que animase el fuego que ardía en el foco de la ciudad, así que faltó su presencia pareció perder la insurrección gran parte de su intensidad.

El gozo con que Salomon vió verificarse este fabuloso resultado, se entibió un tanto con la noticia de que los sabuesos de Sunyer habían perdido enteramente la pista de Rosell.

Y con efecto, el señor de Nadal se sustrajo de una manera exclusivamente suya al espionaje en que se le envolvía.

El día siguiente al de la prision de Wifredo, creyó advertir Rosell, al salir del

palacio de las Abadesas, que un hombre le observaba desde el ángulo de la calle inmediata. La preocupacion que en aquel instante le dominaba, solo le permitió echarle un rápida mirada, y continuó su camino por la bajada del baluarte de San Pacomio.

Al pasar, sin embargo, por enfrente del sombrío cementerio que se elevaba solitario, rodeado de cipreses, enmedio del barrio mas triste de Barcelona, le ocurrió al de Nadal volver la cabeza con un movimiento maquinal contraído por la costumbre del peligro y de la desconfianza. A cuarenta pasos de él, divisó todavía al mismo hombre que ya habia fijado su atencion junto al convento de las Abadesas.

La ocasion no era por cierto la mas propicia para que Rosell reprimiera su impaciencia, hallándose sobre todo en tan retirado sitio, y siendo un hombre solo su perseguidor.

Como adivinó que este perseguidor era un espía y como todo espía es siempre un miserable, no quiso salirle al encuentro temiendo que semejante medio no produjera otro efecto que el de ahuyentarle.

El de Nadal se adelantó un buen trecho sin parecer apercibirse de que era seguido, y así que dobló la primera esquina del ce-

menterio, se ocultó detrás del guardacanton que lo defendía á manera de torre angular.

El lebel de Sunyer, pues no era otro el espía que el arquero Cubell, apresuró su paso para llegar al punto por donde habia torcido el caballero antes que se le perdiese de vista, y se encontró de repente cara á cara con Rosell.

La espada del valiente caballero brillaba en su terrible mano, y sus pupilas lanzaban llamas mas vivas todavia que la limpia hoja de su espada.

—Contémplame ahora á todo tu sabor, tunante, exclamó: sal de dudas si es que alguna tenías... Rosell de Nadal soy...

El confuso arquero estaba entre la pared del cementerio y el estoque del de Nadal: era, pues, imposible su primer pensamiento de apelar á la fuga.

—Voy á hacerte un honor que no mereces, añadió Rosell; pero es atencion que me debo á mí mismo. La cuna de tu cobarde amo no vale mas que la tuya, y ha cruzado no obstante, su acero con el mío. ¡Defiéndetel...

Cubells estuvo para implorar la misericordia del caballero; pero en su siniestra

mirada comprendió que no quedaba esperanza para él.

Entonces desenvainó su largo montante, besó la cruz de su guarnicion impetrandó en voz baja el auxilio divino, y le blandió en el aire con la energía que inspira la propia conservacion.

No era hombre Rosell que se detenia en tantear á un adversario. Asi que paró el golpe que Cubells le asestó á la cabeza, partió á fondo por debajo del montante con una flamante estocada capaz de atravesar un muro.

Las estocadas de Rosell solo se paraban con el cuerpo: la punta de su espada llegó al pecho del arquero, y desapareció entre el burdo sayo de lana que le cubria; pero resbaló en la impenetrable coraza que ocultaban sus pliegues.

—¡Ah!... bien, dijo el caballero: ya daré con el sitio vulnerable...

Y dió, en efecto.

Despues de un ataque falso, que obligó á Cubells á descubrirse para acudir al reparo con su arma inmanejable, le dirigió al estómago otro rápido golpe de punta.

Por esta vez el estoque de Rosell no encontró otra resistencia que la de la blanda carne del arquero, y hundiéndose en su

cintura, fué á hincarse profundamente en la pared que se levantaba á su espalda.

De los pálidos lábios de Cubells se exhaló una sorda espiracion de dolor: su cabeza se inclinó sobre un hombro; sus brazos colgaron sin movimiento.

En el instante que el de Nadal tiró de su espada, el arquero cayó redondo en tierra arrojando un torrente de sangre por su doble herida.

Rosell tendió en torno una ojeada: á nadie divisó en toda la estension de la esplanada del cementerio.

Sin detenerse un punto limpió su acero en el traje mismo de Cubells, le volvió á su vaina de piel de renjifero, compuso el manto en sus hombros, y por entre los cipreses ganó á buen paso la cuesta del Coso.

Un cuarto de hora despues Ramon Prá, que vagaba vigilante por aquellos contornos, encontró el frio cuerpo de su compañero, con el cual yacía el secreto de la direccion que llevó Rosell.

Para mitigar el descontento que originó este contratiempo en Salomon, dió Sunyer á su presencia una tremenda patada en el suelo, y juró por sus barbas no dejar pasar ocho dias sin haber vuelto á tropezar con el de Nadal.

No será ocioso añadir, que para dar cierta entonacion á su solemne juramento, arrancó Sunyer un abundante puñado de las barbas que garantizaban el voto.

El conde de Barcelona, por su parte, acogió de buena voluntad en clase de testigo, el empeño que contraia su favorito.

La tormenta popular se adormecía visiblemente.

Aulnay lo atribuia á que se ignoraba en Barcelona todavía el arresto de Wifredo.

Sunyer sostenia, por el contrario que la noticia de la prision había aterrado á la ciudad.

Bermond sospechó que la insurreccion solo estuviese aplazada por los parciales del conde de Arria, que temblaban por su jefe si estallaba el furor de los barrios de la poblacion.

El de Cerdaña pareció inclinarse algún tanto á esta última opinion.

Durante su comida, paleció aquel día Salomon diferentes distracciones.

En una de ellas, se hirió un dedo con la punta de un chuchillo: su copero, que lo advirtió en el acto mismo, acudió presuroso; pero todos sus cuidados no lograron atajar la sangre que corria de la mano. Pronto los manteles y las viandas se vie-

ron esmaltados por el rojo licor, y se creyó necesario llamar á Isacar Ascalon, el cual hizo en breve cesar la hemorragia, merced á una gota de bálsamo y á una ligadura.

Los que presenciaron este incidente, se echaron á augurar á porfía siniestros presagios.

Era la primera vez que se veía correr la sangre de Salomon de Cerdaña.

Terminada la refeccion, se puso en pié el conde de Barcelona; pero en su movimiento derribó el enorme salero de plata que tenía al lado, esparciéndose por la mesa el menudo polvo que encerraba.

Sobresaltado verdaderamente el copero por esta vez, cubrió el salero con un paño para que su señor no lo advirtiese, si por fortuna ya no lo habia advertido.

La atencion de Salomon hacía tiempo que estaba en otra parte, y nada observó; pero los semblantes de aquellos para quienes no pasó desapercibido el funesto suceso, espresaban vivamente su profunda emocion.

El señor de Barcelona se encaminó á su aposento con la barba apoyada en el pecho, los brazos cruzados y la vista fija.

Un paje entró detrás de él conduciendo

en las manos un mullido cojín que colocó á los piés del sillón de cordobán del conde.

Este paje era Molist.

Salomon se volvió hácia él dictando.

—Que llamen á Bib.

El núbio nunca estaba lejos de su amo. A poco de haber el conde manifestado su deseo, vió delante de sí la atezada figura del sordo mudo.

Bib clavó su inteligente mirada en los ojos de Salomon con una insistencia que solo á él era permitida, como si quisiese adivinar los pensamientos que rodaban en la agitada mente del de Cerdaña.

El conde de Barcelona, en cuyo fruncido ceño se leía el sello de una resolución irrevocable, hizo una seña al negro para que se acercase.

Dió Bib cuatro pasos adelante y se detuvo.

Su señor repitió con la mano su ademán de llamamiento.

El negro entonces llegó hasta Salomon, é hincó una rodilla en tierra sin separar los ojos de los de su amo.

Sacó el noble conde de Cerdaña la pizarra que encerraba siempre el pecho de Bib, y tomando el punzón, trazó en ella detenidamente algunas palabras.

Despues enseñó al negro lo escrito.

Sin dificultad decifró el núbio estas frases.

“¿Conoces el calabozo del torreón de las Coles?”

Contestó con un signo afirmativo.

El conde borró aquella línea, y puso otra en su lugar.

Bib volvió á leer:

“En ese calabozo hay un hombre que es mi enemigo.”

La mirada del núbio lanzó un relámpago. Estaba acostumbrado á comprender que los enemigos de su señor debian ser los suyos propios.

Salomon hizo desaparecer el nuevo renglon, y escribió por tercera vez:

“Dentro de tres horas es preciso que tu puñal me liberte de ese hombre.”

Bib inclinó la frente con respeto, y llevó la mano al corazon para jurar al conde su obediencia.

El de Cerdaña estampó todavia en la pizarra:

“Volverás á este sitio á darme cuenta del desempeño de tu encargo, y me traerás la cabeza del prisionero.”

El africano exprezó con un simple signo

de aquiescencia toda la absoluta abnegacion del esclavo.

Devolvióle el conde de Barcelona el punzon y la pizarra, tiró despues de un cajon de la mesa, y estrajo de su fondo un envoltorio de poco mas de un pié de largo.

Luego que le hubo desliado, aparecieron á la vista de Bib un puñal lombardo tan agudo como afilado, y un saco de doble trenzal de seda de color de sangre de toro.

El núbio recogió ambos objetos, y Salomon le señaló la puerta.

CAPÍTULO XX

El calabozo

Existia en el fondo de los cimientos del torreon de las Coles un recinto circular de húmedas paredes, donde se respiraba un aire mefítico, jamás renovado por otro punto que por la maciza puerta que servia de entrada.

Y como esta puerta se hallaba á cincuenta piés bajo el nivel del primer piso del castillo, y precedida de intrincados pasalizos y angostas escaleras, resultaba que la luz del dia no podia lisonjearse de haber penetrado nunca en la especie de sepulcro, cuyo paso cerraba.

El mismo fluido atmosférico no lograba penetrar sino combinado con gases deletéreos.

Una lamparilla de barro colocada en un hueco abierto en el muro al lado de la puerta, probaba con su pálida y moribunda llama la corta cantidad de oxígeno que llegaba hasta allí, de ese agente general de la combustion y de la vida.

En el centro del calabozo, y empotrado en el suelo, yacia un poyo de tosco granito.

El vacilante resplandor de la lamparilla iluminaba confusamente una masa inerte arrojada sobre este poyo.

Era Wifredo de Arria, presa de todos los tormentos de la condenacion, y por entre cuyos apretados dientes y cárdenos lábios se escapaban sordos rugidos.

Sus ayes inarticulados, y el rumor producido por la caída de una gota de agua que se filtraba incesantemente de la bóveda, con la regularidad de un péndulo, eran los únicos ruidos que se escuchaban en aquella profunda grieta del torreón.

Wifredo maldecia las piedras de la tumba que le encerraba: renegaba del amor de la hija de Salomon: dudaba de Dios. Si la enérgica voluntad de un hombre pudiera conmover la tierra, los viejos muros de la fortaleza se habrian seguramente desplo-

mado, sepultando entre sus ruinas á cuantos seres la poblaban.

El jóven conde de Arria se acordaba de su padre: un peso insoportable oprimia entonces su corazon. Había pensado mas en su propia ambicion, que en vengar al autor de sus dias, y el destino le castigaba reservándole la misma suerte.

A su vez él tampoco encontraría un vengador.

El de Arria poseia un aliento indonable, una constancia sin límites, un alma avezada al dolor, á la resignacion, á la lucha, todas las pasiones, desde el amor hasta el ódio, desde el orgullo supremo, hasta la ínfima abyeccion: y sin embargo, en medio de su aislamiento, se sentia desfallecer ante la idea de la muerte. ¡Es tan bella á su edad la vida!...

Desde que le condujeron á la prision había perdido la facultad de apreciar el tiempo. A juzgar por el mundo de pensamientos que se sucedieron en su mente volcánica, debia haber vivido siglos enteros, sus cabellos debian haber encanecido; pero como no recordaba que hubiese llevado á su boca alimento alguno, y no obstante existia, era evidente que sus tormentos no podian contar larga fecha.

Por la primera vez creyó entreoir una vaga vibracion del aire, que no era producida por el agua que se desprendia de la bóveda.

El sonido se fué aclarando por instantes. Pronto escuchó distintamente el eco de unos pasos que se acercaban por la galería subterránea.

Aquellos pasos se detuvieron en la puerta de su calabozo, y en breve crugieron sus cerrojos.

El jóven hizo un esfuerzo para sentarse en el poste. Con una mano enjugó el sudor de hielo que corria por su frente: con la otra reprimió las tumultuosas palpitaciones de su corazón. Si era preciso morir, preciso era tambien morir como cumplia á un hijo del noble Wifredo de Arria.

La puerta giró tímidamente sobre sus goznes, lanzando un prolongado gemido.

Una persona entró en el calabozo.

El conde fijó en ella sus desencajados ojos. Era un paje que se precipitaba sobre él.

Wifredo estendió los brazos para rechazarle; pero al vivo reflejo que despidió la lámpara animada por el nuevo ambiente que invadió la prision, reconoció á Odelin-da en aquel paje.

La hija de Salomon de Cerdaña cayó sollozando á las plantas del adolescente.

—¡Oh!... ¡perdon, Wifredo, perdon!... balbuceó exánime: me han engañado... han sido perjuros...

En vano pugnó el conde por hacer que Odelinda se levantara: la jóven permaneció á sus piés, estrechando sus rodillas, besando sus manos, regando de lágrimas su traje.

Una forzada sonrisa plegó tristemente los finos lábios del de Arria.

—¡Y creisteis, señora, en ese juramento!... dijo.

—Wifredo... era mi padre el que me le empeñaba...

El jóven nada contestó.

—¡Ah!... pero yo os salvaré, añadió Odelinda con el calor de la fiebre: yo repararé su injusticia... si es necesario, yo espíaré su falta. ¡Dios mio! ¡qué sería mi existencia si la acompañase el pensamiento de haberos entregado al encono de vuestros enemigos!... ¡El noble, el amante, el leal Wifredo sangrientamente sacrificado, por acudir presuroso al primer llamamiento, al menor deseo de Odelinda! No... mil veces no...

Si no hubiese encontrado medio alguno

de intentar vuestra fuga, habria venido á morir con vos...

Wifredo contempló admirado á la bastarda.

—¡Comol... murmuró: habeis pensado...

—He pensado que era rica, y que con el oro se compra en el mundo hasta la vida de los hombres.

El conde se estremeció de piés á cabeza.

—¡Oh!... repuso: ¿con que teneis esperanzas de hacerme respirar el aire de la libertad... de arrancarme de esta tumba anticipada... de dejarme ver todavía el sol?...

—Sí, Wifredo.

Los brazos del jóven estrecharon á la hermosa contra su pecho.

—¡Odelinda! balbuceó conmovido; sois mi ángel tutelar...

La hija de Salomon pareció entregar á su amado el alma entera en aquel abrazo.

Un ligero ruido que sonó al otro lado de la puerta hizo á Wifredo aplicar el oído, interrogando á Odelinda con los ojos.

—Tranquilizaos, dijo la jóven; es el hombre que va á conduciros fuera del torreón de las Coles.

—¡Ah!... ¿pero á qué precio habeis pagado ese servicio?...

—¡Y qué importa el precio! Además, no he comprado á un príncipe ni mucho menos que eso... Ni aun osé tentar la fidelidad de Coll, carcelero del castillo: me he contentado con seducir al pobre Quets, uno de sus calaboceros. Merced á su compañía, á mi vestido, y á las provisiones que parecía trasportar para vos, he conseguido penetrar hasta aquí por enmedio de los arqueiros que guardan la torre... De los mismos medios hareis uso en vuestra salida.

—¡De los mismos medios!...

—Sí...

—¡Con vuestro propio traje!...

—Sí...

—¡Y dejándoos á vos en mi lugar!...

—Sí... sí...

—¡Odelinda!...

—Buen Dios!... exclamó la jóven angustiada al ver la repugnancia que asomó al semblante de Wifredo:—¿qué temor os asalta?

—¿Sabeis el destino que me está reservado?

—¡Ay!... sí, por nuestro mal...

—Y os atreveis á ponerme esa sustitucion!... Si la aceptase, Odelinda, seria

indigno de que vos tan generosamente la hubiérais concebido.

—Pero, desventurado... ¿puedo yo correr los mismos peligros que vos? La cólera de Salomon de Cerdaña, por violenta que sea al encontrarse burlado en su venganza no caerá nunca sobre la querida cabeza de su hija Odela... El acero de sus satélites, por sediento que se mire de sangre, no tendrá jamás la audacia de herir el pecho de la bastarda de su señor, y que su propio señor ha enseñado á respetar, á amar, á temer.

—Pues bien; no os matarán, pero perderéis para siempre la ternura de vuestro padre.

—¿Me quedará la vuestra, Wifredo...

Y Odelinda pronunció estas palabras estrechando las manos del conde entre las suyas, y fijando en él sus ojos, sin pestañear.

—¡Y lo dudais!... articuló el de Arria.

—Entonces, creeré que nada he perdido; nada al menos que me impida ser dichosa; porque vuestro amor llena todo mi corazón... ocupa todo mi pasado; embarga todo mi presente... anima todo mi porvenir.

Wifredo el Velloso.

Lo que me pedís, es no obstante, una infamia.

—No, Wifredo...

—Una cobardía de que incesantemente me avergonzaría.

—Os engañais... vos mismo habeis dicho que no hay nada que el amor no santifique... admitid mi oferta.

—Es un sacrificio.

—Nunca es sacrificio lo que se dá con el alma entera. Huid, Wifredo... vivid para mí... ¿No habeis oido que se trata de vuestra vida?...

—¡Oh... sí!...

—¿Y qué arriesgo en cambio yo?... Ni aun el descubrimiento de nuestro amor, puesto que ya es conocido... Partid, amigo mio... partid sin perder un instante. En el alfeizar de la ventana que os sirvió de entrada en la fortaleza, hallareis una escala y una espada. Quets y vuestra prudencia os llevarán hasta allí... Por piedad, Wifredo: mas que vuestra existencia, es la mia la que os estoy demandando.

Odelinda ciñó el cuello del conde con sus brazos y soltó los herretes de su túnica.

Después arrancó sus hombreras, su cinta, su jubon; solo dejó la flexible cota de malla.

El de Arria ya no oponía resistencia sus pupilas buscaban con tristeza las de la hermosa; su boca parecía no poder aspirar otro aire que el que perfumaban los lábios de la hija del de Cerdaña.

Toda la gratitud del conde se espresó en estas palabras:

— ¡Odelinda.. os amo...

Quizá la jóven habia oido pronunciar mil veces las mismas frases al acento de Wifredo; siempre las creyó, porque esta creencia era su vida; pero jamás llegaron á su alma con un timbre tan apasionado, tan conmovido, tan lleno de verdad.

Odelinda habria pensado que aquella protesta de amor era la primera que brotaba espontáneamente de lo profundo del corazon de Wifredo, si no hubiese tenido que maldecir al hombre á quien todo lo habia sacrificado.

Por segunda vez resonó en el calabozo el eco de un golpe dado en el muro desde el pasadizo exterior.

Este golpe se asemejaba á una señal.

— Vuestro guias os llama... exclamó Odelinda; nos advierte que corre veloz el tiempo, y que es injustificable su propia detencion aquí... Acabemos Wifredo... acabemos y salid...

La hermosa se despojó del justillo, y se apresuró á vestirse al conde.

Despues le cubrió la cabeza con su birrete blasonado.

Cuando el de Arria estuvo completamente trasformado, añadió Odelinda con mal segura voz:

—Ahora... Wifredo... despedíos de mí...

El conde oprimió de nuevo entre sus brazos el palpitante cuerpo de la jóven, y estampó en sus lábios un beso, en que acaso habia mas religioso respeto, que fuego de amor.

—¡Ah!... murmuró, ¡bien haya el primer instante en que os vieron mis ojos, Odelinda!... ¡Cuantas veces os debo ya la vida!...

La hija del conde de Barcelona se sintió desfallecer, y quiso abreviar aquella dolorosa situacion antes que la abandonasen las fuerzas.

—Salid... salid... repitió.

—Adios, Odelinda...

El frio de la muerte circulò por las venas de la bastarda al oir el adios de Wifredo; pero aun encontró en su amor bastante aliento para acercarse á la puerta del calabozo.

—¡El cielo os proteja en vuestra fuga!... dijo.

—¡Adios!... ¡adios!... seguia balbudeando el conde de Arria.

Odelinda, que ya se habia alejado un paso del conde, volvió hacia él, y apoyó sollozando la húmeda frente en el pecho de su amante.

—¡Oh!... articuló, ¡ni una palabra... ni un instante mas!...

Y empujándole fuera de la prision, cerró con sus mismas manos la maciza puerta de encina.

Azotado violentamente el aire con este movimiento, apagó la vacilante llama que ardía en el fondo de la lámpara de barro.

La bastarda buscó en la oscuridad el poyo de granito donde el de Arria habia derramado tantas lágrimas, y se dejó caer exánime sobre él, besando la tosca piedra.

Al salir Wifredo del calabozo, se vió delante de un hombre de encrespada barba y pobre traje, que le señalaba con impaciencia una vasija de metal y un canastillo de mimbre, que yacian en el ángulo de la galería.

En el suelo, aparecian diseminados los alimentos que contenia el canastillo y el agua que encerraba el ánfora.

El conde de Arria compuso su vestido, y pugnó por componer su semblante.

Quets, azorado, le alargó los objetos que habia conducido Odelinda.

Wifredo le examinó con esa intensa mirada que penetra hasta el último pliegue de un corazon, y le preguntó:

—¿Respondes de sacarme ileso del torreón de las Coles?

—Solo respondo de arriesgar mi vida por intentarlo, contestó el calabocero.

Si era cierto, nada más podia, en verdad, exigirse de un hombre. El de Arria tomó el ánfora, la puso dentro del azafate, y se colocó este sobre la cabeza, para poder cubrirse el rostro con los brazos, á pretexto de sostenerlo.

—Vamos, pues, repuso.

No se hizo Quets repetir la indicacion: recogió su linterna y un manojo de llaves, trazó la señal de la cruz, y se encaminó á un negro boquete, que era el pié de una empinada escalera.

El conde y su conductor subieron cincuenta escalones, atravesaron otro nuevo pasadizo, y hallaron al fin de él una portena cerrada por una verja de hierro. A través de sus barras, divisó Wifredo las armas de los arqueros de Septimania, que atrónaban la estancia con el ruido de sus gritos y de sus carcajadas.

—¡Animo! dijo Quets en voz baja volviendo hacia el conde la cabeza.

—Y metió una de sus llaves en la cerradura de la verja.

Wifredo estaba pálido, pero nada mas; porque nunca hombre alguno poseyó en mas alto grado que él, ese valor moral que hace á la materia esclava del espíritu, y que la arrastra á la muerte con la ábnegacion del heroismo.

Giró la verja sobre su eje, y Quets y el conde desembocaron en una vasta sala de las que componian la planta baja de la torre.

El calabocero volvió á cerrar la portena, y se internó en la habitacion, seguido de Wifredo, que se acogía á la sombra que proyectaba la linterna de Quets.

Algunos arqueros se acercaron hacia ellos.

—¿Qué hace el prisionero, viejo Quets?.. preguntó uno de los peones de Sunyer.

—¿Come? añadió otro echando una mirada al cesto del conde.

—¿Bebe? repuso un tercero.

Quets contestó tranquilamente sin dejar de andar:

—Ni una cosa, ni otra...

—¿En qué se ocupa entonces?

—En dormir.

—¡Mil cuernos para tí!... gritó una voz que salió de un grupo de soldados, en medio del cual se elevaba una mesa cubierta de frascos y de copas;—¿quiere decirme, grulla de Satanás, por qué no haces tú lo mismo cuando los arqueros de tu noble señor el conde de Barcelona te dispensa la honra de visitar tu madriguera?

—Bah... porque no tengo sueño, respondió el calabocero con un gesto parecido á una sonrisa.

—Zorro, cuando se tiene una mujer tan linda como tu rubia Odette, se debe dormir á ratos en obsequio de la condescendencia marital... ¿Por qué has sacado á Odette del castillo?... ¿donde te la has llevado?...

—¡Hem!... á tomar buenos aires... dijo Quets ganando siempre terreno hacia la puerta.

—Que esos aires sean malos para tí, replicó el arquero dominando la algazara general.

Y levantando en alto su copa, continuó:

—Al matrimonio de todos los hombres que se parezcan á Quets, con mujeres que se asemejen á Odette.

—¡Quien brinda aquí por otra cosa que

no sea la salud del conde Salomon de Cerdaña!... exclamó un acento sonoro que hizo estremecer á Wifredo.

Quets, que ya tocaba la salida de la estancia, dijo rápidamente al de Arria:

—Pronto... señor... seguidme... Si ese hombre os divisa, somos perdidos...

Wifredo cruzó de un salto el dintel de la puerta. Acababa de reconocer á Sunyer en el nuevo interlocutor que se habia presentado por uno de los arcos laterales.

Delante de los dos fugitivos, se extendia entonces una larga bóveda: ambos se precipitaron por ella.

En su carrera sopló Quets la linterna, y continuaron su marcha en la oscuridad.

No tardaron en salir al patio del torreón, desde el cual vieron brillar sobre sus cabezas un círculo de estrellas, como desde el fondo de un pozo.

El calabocero se lanzó al medio punto que servia de entrada al cuerpo interior, y desapareció entre su sombra. Wifredo ya habia arrojado su ánfora y su azafate para caminar con mas ligereza.

Desde esta parte de la fortaleza, penetraron en la torre del muelle por una claraboya, cuyos hierros se habian falseado anticipadamente, y se dirigieron al muro

por tránsitos harto conocidos de Wifredo.

Al llegar á la ventana, testigo de sus incursiones en el castillo, el conde de Arria precedia ya á Quets.

Con sus agitadas manos recorrió instantáneamente Wifredo todo el alfeizar: allí estaban, en efecto, la escala y la espada prometidas por Odelinda. Quets entretanto sacó los barrotes de la reja. Aun el conde no habia concluido de atar al antepecho una de sus puntas de la retorcida cuerda á que iba á deber su libertad, y ya el calabocero arrojaba la otra al foso.

Antes de pasar al lado opuesto de la ventana, dijo Wifredo á su guia:

—Quets, el servicio que acabas de prestarme es de aquellos que no se borran nunca de la memoria de un hombre. La fortuna y la amistad del conde de Arria te pertenecen desde hoy: no lo olvides, el dia en que necesites alguna de esas dos cosas.

Y alargó la mano al calabocero.

Quets, no atreviéndose á estrecharla, la llevó respetuosamente á sus lábios, pero al soltarla murmuró suspirando:

—¡Ah... señor!... ¿me despidis?...

—¿No vas á quedarte en el castillo?...

— Si lo hiciera, sería empalado dentro

de una hora... A su vez tiene el pobre Quets que impetrar vuestra proteccion.

—No te faltará, ¡voto á mi sangre!... Ven en pos de mí...

El conde cogió la espada entre los dientes, y se confió á la escala: Quets le imitó así, que la falta de tension de la cuerda le hizo advertir que Wifredo habia puesto el pié en el foso.

Poco despues, ganaba el conde de Arria el ángulo de la plaza del rey.

Allí se detuvo un momento para dirigir la última mirada á la masa colosal del castillo de la ciudad, y exclamó como si al fin estallara en su pecho un volcan por largo tiempo reprimido:

—Ahora, tiembla, Salomon; porque la primera vez que me miren tus ojos, será lanza en ristre...

CAPÍTULO XXI

La mano de Dios

Dormitaba en su enorme silla de brazos mosen Pedro Coll de Craon, carcelero del castillo de la ciudad, cuando fué avisado, por uno de sus dependientes, de que le buscaba un enviado del conde de Barcelona.

Apresuróse á salir al dintel del zaguan, y entrevió una figura blanca recostada en uno de los pilares.

Como allí no había otro bulto que tuviese forma humana, aquel debía ser precisamente el mensajero del conde Salomon.

Coll se adelantó un paso pronunciando:

—¿Qué ordena nuestro noble señor al mas humilde de sus servidores?...

No recibió respuesta alguna. Entonces

se acercó mas al pilar y pudo reconocer á Bib, envuelto en su alquicel y su turbante, blancos como la misma nieve.

El núbio sacó una mano de ébano por entre los pliegues de su traje, y presentó un pedazo de pergamino al carcelero.

Este fué á descifrar su contenido á la tibia luz del farol que pendia del techo del zaguan.

El puño de Salomon habia trazado en aquel pergamino las siguientes frases:

“Coll, franquead á Bib la puerta del calabozo de mi torreón de las Coles.”

Mosen Pedro Coll besó la orden, y mandó buscar al calabocero Quets, á quien habia entregado las llaves de las prisiones para la ordinaria distribucion de alimentos.

Pero el tunante Quets, según la espression del carcelero, no parecia; y como Bib, que no comprendía aquella detencion, rugia y desesperaba, tomó Coll el partido de acompañarle él mismo al calabozo.

El negro se tranquilizó cuando le vió ponerse en marcha. Coll y Bib siguieron la direccion del patio de las Coles, y se introdujeron en la sala custodiada por los arqueros de Septimania.

Poseia el carcelero una llave de sencilla estructura, que jamás se separaba de su

cinto, y que se adaptaba à las cerraduras de todas las puertas del castillo donde alcanzaba su dominio. Con esta llave se encaminó à la verja de la poterna, y después de descorrer el pestillo, la empujó con el pié.

El núbio entró en la galería que precedía à la escalera.

Iba à seguirle el carcelero, cuando Bib le arrancó bruscamente la llave de la mano, y cerrándole el paso, le indicó con un ademán imperioso la sala que ocupaban los arqueros.

Coll no se sentía capaz de entrar en esplicaciones con aquel singular personaje: se encogió de hombros sencillamente, y volvió piés atrás.

En cuanto à Bib, así que aseguró la verja por la parte interior, desapareció en la profunda sima que abrian los cincuenta escalones en el hondo seno de la torre.

El mugido del viento que cruzaba aquel angosto tránsito, se asemejaba al silbido de un reptil gigantesco: los ténues rayos luminosos que penetraban por la verja, empezaban à faltar...

Odelinda continuaba en el poyo de piedra...

Nada escuchaban sus oídos; nada adver-

tian sus ojos: ni los pasos que se acercaban por la galería subterránea, ni la falta de la llama que ardía en la lámpara de barro. Su pensamiento entero seguía á Wifredo á través de los intrincados pasadizos de los cimientos del torreón por en medio de las anchas galerías del interior del castillo, por la ventana que iba á presenciar su peligroso descenso al foso, por las calles, en fin, de la turbulenta Barcelona.

Los riesgos que corría el conde de Arria la habian hecho olvidar los suyos propios; pero el ruido de una llave que buscaba la cerradura de su calabozo, vino á cambiar el curso de sus ideas.

Llegado era el momento de la revelacion de su crimen: momento de prueba en que la tonante voz de Salomon de Cerdaña iba á fulminar sobre su cabeza la maldicion paternal. Preciso era armarse de valor, de energía, de abnegacion.

Semejante esfuerzo hubiera sido superior al aliento de Odelinda, á no sentir en el fondo de su carazon, como un bálsamo consolador, el placer de haber salvado á Wifredo.

Su sacrificio no era estéril, puesto que el conde de Arria recogia el fruto. ¡Felíz

mil veces ella que podía sacrificar algo á su amado!

Entonces echó de ver Odelinda, ligeramente inquieta, las tinieblas que la rodeaban.

En breve, sin embargo, se desvaneció su vago temor. ¿Qué peligro podía amenazarle?... apenas se abriera la puerta, se inundaría de luz la prision; y en todo caso, la menor palabra suya bastaría para anadar á quien quiera que se presentase delante de ella.

El crugido de la llave había ya dejado de sonar.

No tardó en reemplazarle un rumor sordo, metálico, prolongado; el rumor producido por los goznes de la puerta en su movimiento giratorio. Después de algunos segundos, volvió á escucharse el mismo ruido cautelosamente amortiguado, y concluyó con el ronco golpe del pestillo al encajar en el marco de hierro.

La oscuridad no se había disminuido, el silencio seguía tan inalterable como diez minutos antes; y no obstante, era indudable que alguien acababa de entrar en el calabozo.

Los cabellos de Odelinda se erizaron; un peso abrumador pareció contener los

latidos de su corazón: gotas de hielo se desprendieron de sus sienes.

La bastarda adivinaba algo de siniestro y extraordinario en aquel aire poblado por el vértigo.

De repente sintió en un pie la presión de una mano ardiente que comunicó instantáneamente á todo su cuerpo un estremecimiento eléctrico.

Trémula y aterrada se incorporó en el poyo; y como si fuera su destrenzado cabello lo que privara de la vista á sus garzos ojos, sepultó en él ambas manos para separarle de su frente.

Su angustia infinita se espresó en una exclamación, que contenía todo el horror, toda la repugnancia, todo el asombro, toda la altivez que puede encerrar el grito de una criatura humana.

A continuación pronunció su entrecortado acento:

— ¡Quién sois!... ¡quién osa tocar á Odelinda de Cerdaña!... ¡quién ha puesto su mano en la hija de Salomón de Barcelona!

En vez de una respuesta solo oyó la bastarda un rugido de tigre. Una rodilla atlética se apoyó en su palpitante pecho, y unos dedos de finísima piel, pero bajo la cual se revelaba una musculatura del tem-

plado acero, se ensortijaron en su blonda melena, tirando de su cabeza hasta hacerla chocar con el banco de granito.

Odelinda no había contado con que el verdugo de Wifredo de Arria, fuera sordomudo.

Privada del menor movimiento, ahogada su voz por la rodilla que aplastaba su seno, sin aire que respirar, y en medio del zumbido de la sangre que se agolpaba á sus oídos, escuchó la jóven el ruido que produce un puñal al salir de su vaina.

—¡Oh!... ¡Dios mío!... piedad!... balbuceó con el ardor de la desesperacion:—Soy Odelinda... ¿me oís?... Odelinda de Cerdaña... ¡Desventurado!... ¿no reconocéis la voz de la hija de vuestro señor?...

La bastarda sintió en su cuello el contacto de una punta fría y aguzada... despues un dolor penetrante, supremo... despues nada...

Bib retiró el puñal, y un chorro de hirviente sangre saltó á su rostro.

La nariz del núbio se dilató como para aspirar mejor el olor nauseabundo del líquido que se escapaba por la herida que acababa de abrir.

El cuerpo que se retorcia debajo de su rodilla, iba quedándose inerte y rígido: la

sangre que le habia animado empezaba á dejar de correr. Bib apreciaba la cantidad que se vertia en espesos borbotones, aplicando su dedo índice á los lábios de la llaga.

Cuando se hubo derramado la última gota de aquel tibio licor, trazó un corte circular con el filo de su cuchillo en el cuello del cadáver, y penetró hasta el hueso.

La fina hoja triunfó en breve de esta resistencia, y tras del hueso dividió la médula.

Luego que estuvo la cabeza separada del tronco, envainó el negro su puñal, y desdobló el saco de trenzal que le habia entregado el conde de Barcelona.

Sujetó con los dientes un extremo de la abertura de la bolsa, tiró del opuesto con una mano, y con la otra sepultó en su fondo la cabeza de Odelinda.

Ató despues los cordones que cerraban la boca del saco, y salió del calabozo.

Entretanto Salomon de Cerdaña, solo en su aposento del torreón del muelle, hubiera querido devorar el tiempo.

Presa de una viva comezon se movia incesantemente en su sillón: á cada vago rumor que sonaba en las habitaciones contiguas clavaba sus ojos en la puerta.

Y sin embargo, su tez estaba lívida, secos sus labios, apagado el brillo de su mirada: la violenta tempestad que agitaba sus miembros con movimientos extraños á su voluntad, se habia reconcentrado en lo profundo de sus entrañas.

En aquel foco de hiel, de encono, de proyectos sombríos y de venganzas, era donde se refugiaba su vida, donde hervia su sangre, donde luchaban, rugían y se envenenaban sus pasiones y sus instintos de hiena.

Para formarse idea del estado de su corazón, seria necesario conocer el infierno.

Una vez el ruido que escuchó en la estancia inmediata no burló su esperanza.

Crugieron las hojas de cedro que cerraban el arco abocinado de la puerta, y una mano de azabache levantó pausadamente la cortina interior.

Bib, rebozado en su plegado alquicel, se dejó ver en el umbral.

El conde de Barcelona se puso en pié inmediatamente, como movido por un resorte mágico.

El aspecto del nùbio, con su blanco ropón de lana salpicado de rojizas gotas, y el abultado objeto que ocultaba debajo de él,

era terrible, si algo terrible hay en el mundo.

Salomon apoyó una mano en la mesa, y con la otra hizo una seña á Bib para que se acercase.

El negro obedeció.

A otro ademán del conde, entreabrió su alquicel, y colocó el saco de color de sangre de toro sobre el tapete que cubria la mesa.

Despues esperó una órden, y la encontró en la fija mirada de Salomon.

Aquella mirada le indicaba la puerta.

Bib salió del aposento.

El conde de Barcelona estaba al fin solo con su venganza... La cabeza que tenia delante de sí era la de la hidra, que animaba con su soplo el fuego rebelde que abrasaba la Marca góthica... Era la enseña de exterminio, en torno de la cual se agrupaban sus mas encarnizados adversarios... Era la idea fija de sus dias de dolor... Era la pesadilla de sus noches de insomnio.

Sus pupilas destellaban relámpagos de júbilo... Hasta aquel instante no se habia afirmado en sus sienes la corona condal...

Que le importaba tener enemigo, si ya no tenia rivales.

Su memoria no le ofrecia un solo nom-

bre temible... nna sola espada bastante poderosa para aspirar á trocarse en un cetro soberano...

Si el nombre de Wifredo de Arria habia provocado un incendio, su sangre le habia apagado.

El rugido del dragon de Cerdaña tronó en los ámbitos de la Gothalanía... el eco de quince condados respondió á su rugido... Tres cabezas permanecieron erguidas cuando su muda nobleza hundía la frente en el polvo... tres cabezas rodaron á sus plantas.

El conde de Barcelana habia ya gustado la copa de nectar de los Dioses, pero quería apurarla hasta las heces.

A este fin acercó el candelabro que alumbraba la estancia, al saco que Bib dejó sobre la mesa.

Los dedos de Salomon temblaban al tocar los cordones.

Desató el lazo que formaban, y estiró en toda su estension la abertura de aquella bolsa ensangrentada.

Sus labios se fruncieron con su eterna sonrisa diabólica murmurando á media voz.

—Ahora que el escalpelo de Bib, mas seguro que el elixir de Nephtali ha prepa-

rado tu cerebro para mis observaciones, voy á tratar de investigar en él, noble Wifredo, el secreto de tus pensamientos. Por harto tiempo han sido esos pensamientos mi desesperacion... el enigma insoluble de mis veladas... Justo es que llegue el día en que pueda contemplar tu semblante sin la máscara con que siempre le has cubierto á mis ojos... Si, por San Cucufate!... me parece que hasta este momento no voy á saber cual es tu verdadera fisonomía...

Y hundiendo las convulsas manos en el saco, estrajo la cabeza, caliente todavía, que encerraba en su fondo.

Después colocó aquel repugnante objeto sobre el paño que le había servido de sudario, en el punto donde mas vivamente reflejaba la luz que despedía el candelabro de bronce.

La mirada de Salomon descansó entonces en las lividas facciones de la mutilada cabeza...

Un rayo pareció deslumbrar sus ojos...

Dió un paso atrás con los cabellos regidos de espanto y los trémulos brazos extendidos, como para rechazar una vision aterradora...

Era un sueño... una ilusion... un vértigo...

Aquella cabeza no podia ser la de su cara Odela... la de la única criatura para quien habia todavia ternura en un rincon de su corazon... la de su hija, en fin...

Semejante castigo hubiera sido mil veces superior á todas sus faltas de príncipe... á todos sus delitos de hombre...

La mano de Dios no le impondria una espiacion tan terrible... Si lo hubiese hecho no seria tan infinita su misericordia...

¡Salomon de Cerdaña se acordaba en aquel instante de la misericordia de Dios!

Habia cerrado los párpados, y temia abrirlo de nuevo.

Abrigando, no obstante, una tibia esperanza, se abalanzó á la mesa, y fijó de hito en hito sus pupilas en la cárdena cabeza...

No se habia engañado... Era la de Odela...

El señor de Cerdaña sintió penetrar el frio de la muerte hasta la médula de sus huesos...

La sangre ya no circulaba en sus venas...

Su voz se habia extinguido... su razon se habia embotado...

¡Ni aun lágrimas encontró en sus ojos!...

Su entrecortada respiracion era un estertor de agonía...

En sus lábios apareció una espuma rojiza, subiendo de su herviente pecho...

En breve le faltó el aliento... se crisparon sus miembros... se doblaron sus rodillas... y cayó sobre las tersas losas de su aposento, golpeándolas con la frente... bramando... maldiciendo... blasfemando...

Notas de tempestad

El clamor de las campanas volvió a po-
blar los ámbitos de Barcelona, después de
un mes de silencio.
Salmon de Cerdania suspendió por en-
tonces los efectos del pregon en que im-
ponía la pena de pérdida de la mano derecha
para todo el que osase desatar alguna de
aquellas sonoras lenguas de cobre.

Este silencio no era temible a la sazón
para el noble conde, porque no rasgaba el
viento con el eléctrico repate de la man-
tracción, sino con el ligero tañido de la
maneta.

En el cortijo donde moraba en la sierra
de la ciudad, y penetraba en el monasterio
de San Pedro de las Puellas.

Wifredo el Velloso.

CAPÍTULO XXII

Nubes de tempestad

El clamor de las campanas volvía à poblar los ámbitos de Barcelona, despues de un mes de silencio.

Salomon de Cerdaña suspendia por entonces los efectos del pregon en que imponia la pena de pérdida de la mano derecha, para todo el que osase desatar alguna de aquellas sonoras lenguas de cobre.

Este clamor no era temible á la sazón para el noble conde; porque no rasgaba el viento con el eléctrico rebato de la insurreccion, sino con el lúgubre tañido de la muerte.

Un cortejo fúnebre atravesaba entretanto la ciudad, y penetraba en el monasterio de San Pedro de las Puellas.

Era el cuerpo de Odelinda de Cerdaña, encerrado en un triple féretro de madera, de plomo y de plata.

Los átrios de la santa casa aparecían vestidos de luengos paños negros recamados de oro; y por los rasgados arcos de las puertas, se exhalaban los suaves perfumes del incienso, y los apagados ecos de los cánticos que las vírgenes del Señor elevaban al cielo. Los restos mortales de la hija de Salomon fueron depositados en la capilla de San Cucufate, en tanto que se disponía para encerrarlos eternamente, en uno de los sepulcros de mármol colocados junto al ara.

La traslación del cadáver se había verificado sin otro séquito que los servidores del conde, sin otros espectadores que los ordinarios transeuntes.

El mudo pueblo de Barcelona recibió sin júbilo y sin dolor la noticia del fallecimiento de la bastarda de su señor, porque aguzado maravillosamente su instinto por el odio, comprendía que no cambiaba un punto su triste condición, por la vida ó la muerte de la familia de Atridas que gobernaba el condado.

Quizá la vibración de las campanas solo conmovía dos corazones: el uno latía en el

fondo del castillo de la ciudad; era el de un padre que habia asesinado á su hija: el otro palpitaba en una de las mas modestas casas de la calle del Coso; era el del hombre por quien la pobre niña habia sacrificado su vida.

Wifredo, en efecto, adivinaba en parte la sangrienta escena del calabozo; y de amor ó remordimiento, un dolor profundo desgarraba su alma.

Cada una de aquellas siniestras campanadas caia en sus entrañas como una gota de plomo derretido.

De repente irguió la cabeza que ocultaba entre las manos.

Un hombre acababa de entrar en la estancia, y este hombre era Rosell.

El jóven conde fijó su interrogadora mirada en el rostro del de Nadal.

Rosell exclamó con ímpetu:

—No mintió el público rumor: el día de la venganza ha llegado; Salomon de Cerdaña baja mañana á la ciudad.

La fisonomía del de Arria se animó.

—¡Será cierto!... dijo: ¡se atreverá á recorrer las calles de Barcelona! ¡Olvidará una vez, que aunque vaya rodeado de sus hombres de armas, puede alcanzarle una

saeta emponzoñada que parta de lo alto de un terrado!...

—Mañana se olvidará de todo. Según se dice, quiere empeñar un voto solemne y cumplir un penitente deber, al pié del altar de San Cucufate, y en presencia del cuerpo de su hija antes que la cubra para siempre la losa del sepúlcro. La fortuna os envía esta ocasión...

—Dí mas bien la Providencia.

Wifredo se levantó: derribó el escaño donde estuvo sentado, como si nunca debiera ya descansar, y añadió palideciendo ligeramente:

—Entonces, Rosell, habrá sonado la hora que tanto anhelas... Me verás á caballo invocando el favor de Dios, y remitiendo la justicia de mi causa á la punta de mi lanza.

—¡Oh!... así os quiero...

Me encontrarás delante de mi bandera, cuyos colores no pueden haberse borrado todavía de la memoria de la Marca...

—No... yo os lo juro...

—Y esa bandera ondeará en la torre mas alta del castillo de la ciudad... volará de campanario en campanario por el condado entero... ahuyentará para siempre á los mercenarios francos que se apiñan en

torno de Salomon, como se ahuyenta á una bandada de cuervos... ó será el sudario que envuelva mi cadáver.

Rosell estrechó con efusion la mano del de Arria.

—No lo será: pronunció; porque esta vez va á estar á vuestro lado Rosell de Nadal.

—Ahora, amigo mio, repuso Wifredo, háblame de los medios con que cuentas para mañana.

—Mis cien lanzas leonesas no necesitan para aparecer en el punto que designeis, mas tiempo que el indispensable para montar á caballo; dentro de dos horas tendré otros cien ginetes reclutados en el rádio mismo de la ciudad; y al rayar el nuevo dia, se agolparán á las puertas de los muros, los trescientos mejores caballeros de la Marca, diseminados hoy en los contornos. Del espíritu del pueblo os responden mis emisarios, mi enérgica voz y vuestro propio nombre... Nos os faltarán arque-
ros...

El conde de Arria abrió un mueble, sacó unas contraseñas de recortados pergaminos, y se las presentó á Rosell.

Cada una de ellas contenia un nombre y un guarismo en la forma siguiente:

Villafranca, 90 —Pallars, 110. Armen-
gando, 75.—Feliú, 25.—Olot, 200.

—¿Comprendes?... preguntó Wifredo.

El de Nadal no contestó.

—El nombre es el de un jefe, siguió el
conde de Arria—el número representa las
lanzas que pone á mis órdenes.

—¡Quinientas!... murmuró Rosell su-
mando.

—Y otras tantas que tú me ofreces, son
mil... Ya ves, Rosell, como no es tan difícil
hallar mil lanzas en un breve plazo...

—Es cierto; pero para que no os falte
una sola, es necesario que no pierda yo un
instante en salir de Barcelona.

--Esta noche, sin embargo, estarás en
la casa del prado del Bar. Voy á disponer
que se reúnan en ella todos nuestros ami-
gos: el concierto del plan exige esa última
conferencia.

—No faltaré.

El conde abrió una puerta y llamó á
Dusay.

—Mi casco y mi manto: dijo á su escu-
dero.

Y volviéndose á Rosell, continuó:

—No voy á estar mas ocioso que tú.

La casa donde misteriosamente residía
donde su fuga del castillo, tenía dos salidas

una á la calle del Coso, y otra á las ramblas de San Pedro.

Wifredo, con la visera calada y envuelto en su ropon, se dirigió á la primera: Rosell encubierto de igual modo, partió por la segunda.

Al doblar el de Nadal el ángulo del pretil, donde tan cerca estuvo de la muerte en época no muy distante, un hombre dejó el esconce de una puerta y silbó levemente.

Otro silbido le contestó treinta pasos mas arriba.

Los últimos rayos del moribundo día, iluminaron un estraño espectáculo en los barrios de Occidente de la ciudad.

No bien sonó el toque de animas, empezaron á moverse numerosos grupos en aquel intrincado laberinto de plazas, calles y callejones, sin salida los unos, y con mala salida las otras, que circundaba el templo de San Pacomio, y que se asemejaba á una madeja enredada.

Un ferviente católico hubiera creído, que aquellos grupos se encaminaban á la casa de Dios, atraídos por el religioso acento de las campanas, pero se habria engañado. El punto á donde los mas de ellos

se dirigian, era hacia los honrados establecimientos situados en el prado del Bar.

Las puertas y ventanas de estas ilustres tabernas, llenas de luces, centelleaban á lo lejos, en medio de las primeras sombras de la noche, como los rojizos fogones de una fragua.

Por entre la espesa bruma que condensaban en las salas bajas tantos alientos ardientes, se veian rebullir mil formas vagas, de entre las cuales solia desprenderse una estentórea carcajada. A través de los rotos vidrios se escuchaba el eco de los juramentos, de los vasos y de las pependencias.

Una multitud de bebedores se agolpaba en torno de las mesas, sobre las cuales rodaban las monedas, el vino y los relucientes jarros de estaño.

Hombres barbudos, desarrapados y mugrientos discurrían por aquellas estrepitosas cavernas dejando caer por donde quiera palabras de fuego.

A medida que la noche avanzaba, crecía la agitacion... El hirviente murmullo se cambiaba en gritos de amenaza... Entre los jarrones y el metal acuñado brillaban algunas armas.

En medio de aquel borrascoso prado, se elevaba una casa aislada.

Delante de sus puertas, herméticamente cerradas, se paraban de vez en cuando misteriosos bultos, que daban tres golpes de una manera particular, pronunciaban despues una sola palabra á media voz, y desaparecian debajo de los zaguanes.

Por espacio de dos horas ofreció esta casa un contraste singular con el resto de las del prado. En ella, todo era silencio; en sus vecinas, todo algazara.

Solo al mediar la noche salió por un momento de su letargo para repetir invertida la anterior escena. Sus puertas volvieron á entreabrirse, y por ellas se deslizaron en el prado los mismos personajes que habían entrado.

Entonces se levantó una vaga sombra del fondo de un cáuce; tendió una mirada en rededor, y se encaminó á los árboles mas inmediatos al edificio.

Del tronco de uno de ellos se desprendió un hombre con la agilidad de un gato.

—¿Has visto, Prá?... dijo el primero.

—He hecho una cosa mejor, Antun; he oido, contestó el que acababa de poner la planta en el suelo.

—De modo que te habrás convencido de que hemos encontrado mas de lo que buscábamos.

—¡Diablo! corriamos detrás de un hombre, y hemos tropezado con veinte: acechábamos un pensamiento, y hemos dado con toda una conjuración. Muy descontentadizo ha de ser nuestro capitán si no queda satisfecho de nosotros por esta vez.

—¿A quién has reconocido?

—Solo al señor de Nadal y al conde de Villafranca: pero he sorprendido el plan de la rebelión.

Aunque la voz de los dos interlocutores se asemejaba al sordo murmullo de la brisa nocturna, Antun acercó su oído á la boca de Prá y articuló mas imperceptiblemente todavía.

—Habla...

—Tienes razón, contestó Prá: compartamos el secreto... ¡quién sabe lo que puede sucederme! La fortuna quiso que se detuviesen debajo del árbol donde yo estaba encaramado los dos hombres que salieron últimamente de esa madriguera.

El uno era Rosell; el otro, cubierto con su casco y con su ropon, permaneció impenetrable á mis miradas y á mis recuerdos. Durante su momentánea detención pude escuchar las siguientes palabras:

—“Procura, Rosell, que no te encuentre fuera de Barcelona la primera campanada

del toque de rebato, que marque la señal del movimiento desde la torre de San Pacomio; porque eso es el instante en que yo te espero en esta casa.,,

—“Descuidad; contestó el de Nadal: antes que despunte la aurora estaré de vuelta. Si hallo cerradas las puertas de la ciudad, las echaré abajo.,,

—“Las verás abiertas, amigo mio.,,

—“Si están cortadas las calles por las cadenas en cuyos eslabones ha hecho Salomon grabar sus armas, las romperé á hachazos...,,

—“Esas cadenas se habrán quitado anticipadamente, Rosell.,,

—“¡Loado sea Dios!... al fin voy á miraros con la espada en la mano.,,

—Ambos se alejaron al llegar aquí, añadió el arquero: pero creo saber lo neceserio para que tu amo adivine lo restante.

—No es difícil, ¡voto à mi pellejo!

—Fáltanos ahora á nosotros conocer si lograremos salir de este condenado barrio con la misma facilidad que hemos penetrado.

—Tomemos cada cual para intentarlo una direccion distinta. El prado hierve en rebeldes, y es preciso salvar á toda costa uno de nuestros dos avisos.

—Adios Antun, y protéjate el patron de tu señor. En cuanto á mí rezaré, si es que me acuerdo...

Y el escudero y el arquero de Sunyer, se separaron.

La confusion se aumentaba entretanto en los venerables templos de Baco situados en las inmediaciones.

Oíanse alocuciones breves y enérgicas, pronunciadas con esa elocuencia ruda que solo el pueblo escucha y que solo el pueblo comprende.

Una voz exclamaba:

—Esclavos: inclinad la frente...¿no sentís el silbido del látigó de vuestro señor?... ¿La rodilla en tierra!... ¡Plaza al conde de Cerdaña!... ¡vuestras hijas para los servidores de Salomon!... ¡vuestro oro para el protegido de San Cucufate!... ¡Hundid en el polvo la cabeza!... ¡voto á la Biblia!... ¡el conde de Barcelona se digna echaros su paternal bendicion con la cruz de su sangrienta espada!...

Cuando la efervescencia llegaba á su colmo, resonaba otro nuevo acento:

—¡Ahí están los francos!... Los precede el incendio... es la primera luz que han visto sus ojos... Los sigue la rapiña... es el único alimento que han gustado sus lá-

bios... ¡Godos!... ¿no hay hierro en vuestros cintos?... ¿no hay siquiera piedras en vuestras calles?...

Aquellos recintos no eran ya mansion de hombres; eran la hedionda guarida de una legion de endemoniados.

De repente se elevó en medio de la muchedumbre un pendon ensangretado.

Le formaba el desgarrado traje de un arquero que se habia atrevido á entrar en el radio del prado del Bar, y que fué al punto despedazado.

El ser que conducia el siniestro despojo, arrastraba detrás de sí un séquito tumultuoso, por la barahunda de negras callejuelas que cercaban la iglesia de San Pacomio.

A su paso se abrian las ventanas, y los pacíficos habitantes veian entonces reflejarse la luz de sus propios domicilios, en las largas cuchillas de las partesanas y en los bruidos capacetes del tropel que se precipitaba por las calles sumidas en la oscuridad.

En estas calles todo era movimiento, animacion, ardor fébril. El sol que hacia pocas horas las habia abandonado, no las reconoceria al dia siguiente. Por donde quiera se divisaban sombras informes acu-

rrucadas junto á las paredes, queafilaban malas hojas de hierro, acicalaban antiguos yelmos, ó bruñían viejas corazas tomadas de orin. Resonaban en las desempedradas encrucijadas los golpes del pico y del azadon que improvisaban profundas zanjás, los trabajadores ahullaban, juraban, jadeaban, maldecían; pero siempre en voz baja; hubiérase dicho al verlos encorvados en el fondo de los barrancos que abrian, que eran los sapos que se revuelcan en el fango de una laguna.

Y los mil ruidos del barrio de San Pacomio, llegaban á los oídos de los vigilantes peones de las torres del castillo de la ciudad, como llegaba el sordo rumor de las encrespadas olas de Mediterráneo que batían la muralla del muelle.

Salomon, cuyos ojos ya no visitaba el sueño, estaba medio levantado en su inmensa poltrona; sus crispados puños descansaban sobre la mesa; sus fijas pupilas parecían contemplar de hito en hito un objeto que no existía sino en su imaginación.

En el desencajado rostro del señor de Cerdaña y de Barcelona, se encontraban esas tintas lívidas, violadas, repugnantes que solo se ven en el semblante de los muertos.

Su delirante mirada se sumergía con alma y vida en los mas recònditos pliegues de su corazon.

Leia en ellos con claridad, y se estremecia.

Por la ventana de la habitacion del conde se divisaba la oscura superficie de las innumerables casas de la ciudad entreve-ladas por las brumas del horizonte.

Sus millares de ojivas brillaban enmedio de la noche como agujeros de brasa.

Entre ellas se proyectaba en el espacio una mole sombría.

Era la esbelta torre del monasterio de San Pedro de las Puellas, adelgazada por la perspectiva, negra como la tinta, lanzada en el vacío con la audacia que se lanza una saeta.

En la punta de aquel obelisco colosal parecia prendida la luna que acababa de asomar su blanca faz en un cielo tachonado de estrellas.

La torre del convento se asemejaba entonces á un cirio gigantesco.

El de Cerdaña, sin razon, sin aliento, sin vida, creia ver en ella la encendida antorcha con que la mano de un espíritu infernal iluminaba el camino de su condenacion.

El infeliz ya no habitaba en el mundo de los hombres, sino el incorpóreo, fantástico y espantoso del Apocalipsis...

Las luces de Barcelona se fueron apagando; las estrellas se fueron oscureciendo; la luna dejó la cornisa de la torre para tender su vuelo en el espacio como una ave luminosa.

Empezó á teñirse el firmamento de un blanco ceniciento: sucedieron á este color algunas tintas azules, despues violadas, luego rojizas.

Las atrevidas agujas de los angulares campanarios reflejaron; al fin, el primer rayo solar.

En los patios de la fortaleza resonó el toque de los clarines, el relincho de los caballos, el seco crugido del acero que choca contra el acero, el eco de las voces de mando, la marcha acompasada de los soldados, el ruido, por último, de una ciudadelita que se despierta.

Salomon se despertó tambien; pero no de un sueño reparador, sino de una fiebre devoradora.

El tapiz se entreabrió: y la cabeza de Bermond apareció en la abertura.

—Todo está dispuesto, señor; pronunció.

Wifredo el Velloso. 52

—El conde se puso en pié maquinalmente.

—Pues bien, marchemos, dijo con voz apenas perceptible.

Bermond se aventuró á añadir:

--Me creo en el deber de manifestar á vuestra señoría, que esta noche se ha observado alguna agitación en la parte occidental de la ciudad. Si lo deseais se practicará preventivamente un reconocimiento...

—No quiero perder ese tiempo, Bermond... no quiero tampoco que la relacion de nuevos peligros me impida salir del castillo, porque á todo trance necesito visitar la venerada capilla de mi patron San Cucufate... y ver por última vez el cuerpo de mi pobre Odela.. Me bastará con ir bien escoltado...

El favorito se inclinó.

—Debo tambien participaros, repuso, que sire de Helly ha llegado á Barcelona hace media hora.

—Bien: le recibiré á mi vuelta.

El señor de Cerdaña salió de la estancia con el paso incierto de un autó-mata.

En la galería inmediata echó un paje sobre sus hombros un ropon de lana negra.

Salomon le recogió debajo del brazo, y se dirigió á la escalera del torreón, en cuyo intercolumnio le esperaban cuatro escuderos.

Uno llevaba su lanza de fresno; otro su casco de oro; otro su cetro de hierro; otro su breviario de seda.

En el patio central del castillo pafaba un soberbio corcel en las manos de los servidores del conde.

Los costados de aquel espacioso recinto se hallaban ocupados por una doble fila de hombres de armas, que solo aguardaban la primera señal para saltar sobre el lomo de sus rocines.

A su frente estaba Sinibal apoyado en su lanzon.

Así que el de Cerdaña se encontró á caballo, le imitaron todos y el patio entero retembló con el ronco eco de los arneses.

Poco despues aquella compacta masa de hombres encerrados en rutilantes conchas de hierro, caia en Barcelona desde el empinado castillo, como el alud que se desprende de la cresta de una montaña.

Rompia la marcha Sinibal, seguido de cincuenta lanzas que llenaban toda la estension de la calle: despues iba Salomon ro-

deado de sus pajes y de sus escuderos: á su espalda caminaba Bermond con el grueso de los hombres de armas.

En las encrucijadas y en las plazas del tránsito se habian situado de antemano numerosos pelotones de arqueros.

La ciudad, sin embargo, dormía todavía. Los ojos de Salomon no tropezaron con un solo viviente que no vistiera los colores de Cerdaña.

Llegó la cabeza de la escolta al átrio de San Pedro.

Un escudero, con la rodilla en tierra, tuvo el estribo de su señor, y el conde de Barcelona descendió del bridon.

Delante de él se habían abierto las dos hojas de la puerta del templo. en el fondo de su nave contruida en forma de cruz latina, se veia el ara principal vivamente iluminada por la llama de infinitas lámparas.

Salomon descubrió su calva frente, subió los escalones del atrio apoyándose en el brazo de Bermond, y al cruzar el umbral del arco abovedado del monasterio, hizo la señal de la cruz.

El acento de las religiosas saludó su presencia con el canto del salmo, que conso-

laba á los tres israelitas en las candentes brasas del horno.

Seguía Salomon su camino á lo largo de las columnas laterales de la nave, cuando se abrió la verja de una de las capillas, y un hombre cubierto de resplandeciente acero le salió presuroso al encuentro.

El conde reconoció á su capitán de arqueros.

—¡Cuerpo de Cristo!... señor, vuelveos al castillo, gritó irreverentemente Sunyer dominando con su acento el cántico de las santas hermanas.

—¡Qué dices!... murmuró Salomon.

—Que cumpliendo mi juramento, he tropezado de nuevo con Rosell, y que al conseguirlo, he adquirido también la noticia del motin que está próximo á estallar en Barcelona.

El de Cerdaña se detuvo temblando.

Sunyer continuó:

Antun y Prá, que desde ayer seguían la pista al de Nadal, han sorprendido su proyecto de rebelion; y si bien el arquero ha sido bastante necio para dejarse matar, mi inestimable escudero acaba de burlar la vigilancia de los insurrectos llegando jadeante á confiarme su secreto.

—¡Un plan de rebelion!... balbuceaba el conde.

—Pero que ahogaremos en su cuna, porque tengo en mis manos los hilos de la trama. La misma casa donde sus jefes piensan reunirse, vá á servirme de ratonera: dentro de una hora los pongo á todos, muertos ó vivos, en vuestro poder.

Salomon articuló apretando los dientes para impedir su castañeteo:

—Sí... sí... Sunyer... Bermond... amigos mios; tomad de mi escolta toda la gente que necesiteis, y volad á reprimir el movimiento... Hendid... quemad... rajad... aniquilad... pero traedme á Rosell.

—¡Voto á Noé! exclamó Sunyer.—A poco que tardeis en partir para el castillo, el de Nadal será el primer objeto que encuentre vuestra mirada al poner la planta fuera de San Pedro de las Puellas.

—Será el estribo que os sirva para saltar sobre vuestro corcel, repuso Bermond.

Ambos caballeros se precipitaron á los piés del templo: pidieron cuarenta lanzas á Sinibal; se hicieron seguir de una centuria de arqueros, y se encami-

naron à rienda suelta al barrio de San Pacomio.

El conde de Barcelona, despues de un instante de indecision, se dirigió seguido de sus escuderos á la capilla de su patron.

La cerraba una cortina negra; pero á través de su tejido, se veian relucir las encendidas lenguas de numerosos cirios.

Salomon se quedó inmóvil delante de aquel paño sombrío, que velaba un espectáculo tan triste para él.

Triunfó su poderosa voluntad... Se impuso á si mismo dentro de la capilla.

El cuerpo de Odelinda, envuelto en un sudario blanco, como el ampo de la nieve, yacía sumido en su féretro, sobre un túmulo rodeado de blandones.

Los poros del de Cerdaña abrieron paso al sudor de la muerte: flaquearon sus fuerzas, se crisparon sus nervios.

El desventurado creyó que su frente se habia convertido en uno de los respiraderos del Etna.

Apenas tuvo aliento para acercarse al féretro, caer á su lado y apoyar los cárdenos lábios en los piés de su hija.

A contacto de aquellos rígidos miembros, sintió estallar Salomon, en lo profundo de sus entrañas, la carcajada de Satanás.

CAPÍTULO XXIII

La casa del prado del Bar

Sunyer y Bermond cruzaron al galope todo el Mediodía de la ciudad.

A los pocos minutos, habían ya perdido de vista á sus arqueros; y seguidos solo de los hombres de armas, desembocaron en lo alto del prado del Bar, por el ángulo del torreón de Feliú.

Allí observaron los primeros síntomas de resistencia. Zanjas á medio abrir y erizadas de agudas estacas, cerraban el paso; y una muchedumbre apiñada y confusa, blandía al otro lado armas mugrientas, y poblaba el viento con sus penetrantes alaridos.

Ante todo, destacó Sunyer algunos sol-
Wifredo el Velloso.

dados para impedir que la campana de San Pacomio diese la señal que los rebeldes esperaban; y enristrando despues la lanza, se volvió á los suyos para mostrarlos con la voz y con el gesto la multitud que tenian que aplastar.

Los hombres de armas bajaron sus vise-ras y las puntas de sus lanzones, se cubrieron con sus escudos blasonados con la cabeza del dragon de Cerdaña, estrecharon sus filas, y se precipitaron en pos de Sun-yer y de Bermond, sobre aquel hormigue-ro de personas.

El capitan de arqueros gritaba con su poderoso acento:

—¡A vuestras faenas... vil canalla!... ¡dejad las lanzas y las espadas para los caballeros!... ¡Cuerpo de Dios!... ¡No son los aperos de vuestra labranza... los instrumentos de vuestros talleres!... Largo de aquí, villanos!...

Pero aquellos villanos, al amparo de su parapeto, recibieron con un diluvio de dardos á los hombres de armas de Salomon.

Los invulnerables ginetes caian con sus caballos en las zanjas, se estrellaban en la barrera de arena, y se destrozaban en las puntas de la empalizada. Entonces las ma-

zas del pueblo herian sus perfiladas armaduras, como hieren el yunque los martillos de una fragua.

Solo Bermond, que montaba un fogoso potro cordobés, imaginó otro medio de vencer aquel obstáculo; que no fuese el de un choque frente á frente,

A este fin corrió veinte pasos á su espalda, aprovechó un claro momentáneo que le ofreció la movilidad del combate, y hundiéndose con ira los acicates en los hijares de su corcel, se lanzó sobre el parapeto con la temeridad que le distingula.

Su intento, en efecto, parecia no conducir á otra cosa que á dejar los sesos en el acantilado que se elevaba al lado opuesto del barranco.

Sin embargo, su noble bruto andaluz bajó la cabeza al llegar al borde de la zanja, cerró los ojos, se encogió como un gato montés, y saltó sobre la barrera con el ímpetu de la confianza.

Los villanos que se agazapaban detrás del parapeto, vieron pasar una sombra informe por encima de sus frentes, y caballo y caballero cayeron en medio de ellos.

Aun no se habian afirmado en la tierra los cascos del bridon, y ya la lanza del gi-

nete sembraba el espanto en aquella inesme muchedumbre.

La aparicion de Bermond, á espaldas de los rebeldes, fué acogida con un grito de júbilo entre las gentes del conde de Cerdaña.

El primer instante del asombro de los villanos bastó á los caballeros que yacian en las zanjias para desenredar los piés de los estribos, soltar las lanzas, poner mano á las espadas, y abrir á tajos y mandobles un ancho boquete en la empalizada.

A este hueco se agolparon Sunyer y sus francos como un torrente embravecido.

Casi al mismo tiempo aparecieron en el extremo de la calle los arqueros de Septimania.

La lucha se cambió entonces en una sangrienta carniceria.

Los favoritos de Salomon dejaron á sus peones el cuidado de apuñalar á la fugitiva multitud, y continuaron su ruta á lo largo del prado.

Detrás de ellos se elevaba un clamor incesante de agonía.

Durante este primer relámpago, que partió de la nube de tempestad que amenazaba á Barcelona, Wifredo de Arria armado de punta en blanco, y apoyados los co-

dos en una de las ventanas de la casa donde la noche anterior habia reunido á sus amigos, escuchaba el rumor que le llevaba el viento desde la parte alta del prado.

Este rumor, sin embargo, no era el de las campanas de San Pacomio, que debian determinar el momento en que el señor de Villafranca, al frente de sus lanzas, se hubiese interpuesto entre el convento de las Puellas y el castillo de la ciudad, para cerrar el paso á Salomon.

El de Arria no podia esplicarse aquella inaccion; porque el movimiento de Villafranca se habia concertado para el momento en que rayase el dia, y el sol doraba ya los terrados de los edificios y las copas de los árboles.

Una incertidumbre cruel agitaba violentamente su corazon debajo de la coraza; el menor contratiempo en los primrros pasos de un levantamiento lo pierde siempre todo.

¿Qué haría el de Nada?

¿En que se ocuparian los de Olot y Pallars?

Los ojos de Wifredo se fijaron de repente en una tropa considerable de hombres á caballo, que avanzaban rápidamente por en medio de las calles de árboles.

Su avida mirada buscó entre ellos una bandera, un color, un signo...

No tardó en encontrar lo que buscaba, y se retiró de la ventana palideciendo.

Acababa de reconocer el blason de Cerdaña en los escudos de los ginetes.

El jóven conde, en el fondo de la habitacion, sin pestañear y sin aliento, esperaba todavía que aquella tropa pasase de largo; pero pronto le faltó hasta esta última esperanza. La casa entera repitió el eco de dos golpes aplicados en la puerta con el cuento de una lanza.

Ya no podia quedarle duda de que todo estaba descubierto, y de que le buscaban á él.

Entonces calculó tranquilamente la estension del peligro.

Se hallaba en una casa aislada, de endebles muros y de débiles puertas; toda la gente que le acompañaba se reducía á seis escuderos: pensar en hacer de aquella casa una ciudadela, y de sus seis servidores una guarnicion, hubiera sido una locura. Su resistencia solo serviria para dar tiempo á que se acumulasen nuevas fuerzas, nueva atencion y nuevos medios de aniquilarle. Wifredo se decidió á invertir este tiempo

en una pronta retirada, aunque en ella tuviese que dejar la vida.

La fuga al menos le ofrecía una vislumbre de salvacion.

Tomada esta resolucion, bajó Wifredo su celada, y salió á la meseta de la escalera.

—¡Dusay! gritó.

La voz de su escudero le contestó desde el piso inferior.

—¿A qué puerta han llamado?... siguió el jóven conde.

—A la que da frente á la torre de Feliú, volvió á pronunciar el acento de Dusay.

—Muy bien... ¿están dispuestos los caballos?...

—Aguardan en el patio con las riendas sobre el cuello.

Wifredo corrió á la parte de la casa que daba vista allado opuesto del torreón de Feliú, abrió cuidadosamente una ventana, y sacó la cabeza para examinar la puerta que había debajo.

Nadie aun guardaba aquella puerta.

El de Arria se precipitó á la escalera, decendió por ella en cuatro saltos, y entró en el patio exclamando:

—¡A caballo, amigos mio...! y espada

en mano, ¡voto al Papa!.. Se trata de no ser descuartizado... Si conseguimos llegar al palacio Pallars, nos hemos salvado, porque encontraremos cien lanzas amigas...

Y el conde subió sobre su corcel y desenvainó su ancho estoque.

Los escuderos le imitaron.

Entre tanto siguieron menudeando los golpes en la puerta, con bastante intensidad é insistencia para en breve dar con ella en tierra.

Wifredo se apresuró á lanzar á su bridon por la bóveda que conducia á la salida que habia visto espedita.

Cuando estuvo al fin de aquel angosto tránsito, escuchó un momento.

Ningún ruido sonaba al otro lado de la puerta.

El conde, entonces, descorrió los cerrojos, empujó las dos hojas de roble. y puso las espuelas á su caballo.

Pero en el momento de recibir el aire libre del prado, un gínete que llegaba al galope de su rocín, le dirigió al rostro un furioso bote de lanza.

El de Arria vió venir al galope, y bajó la cabeza.

La punta de la lanza en vez de penetrar por entre las barras de la celada, que era

el blanco del que blandía el asta, atravesó la cimera del casco de Wifredo, se le arrancó de la cabeza, y le arrojó á diez pasos por detrás del caballo.

— ¡Wifredo!... exclamó estuperfacto el agresor al distinguir las pálidas facciones del conde.

— ¡Sunyer!... murmuró el de Arria al reconocer el acento de su enemigo.

No desistió Wifredo de salir al prado á pesar de la presencia del capitan de arqueros, y de verse con la cabeza desarmada, pero Sunyer que adivinó su intento, hincó profundamente su lanza en el marco de la puerta para cerrar el paso á la inestimable presa que acababa de deber á la casualidad.

— ¡Voto á Sanson!... ahulló: ¡á mí, Bermond!... ¡á mí, truenos y rayos!... ¡nuestro es el oso!... ¡Tres pascuas!...

El conde de Arria, fulminando llamas por los ojos, empujó á su corcel sobre la barra que el favorito de Salomon habia atravesado en su camino.

Sunyer sintió crugir la asta de fresno de su lanzon.

Iba ya á saltar en pedazos, cuando el capitan, veloz como el pensamiento, tiró de la espada, entreabrió el caparazon del

caballo de su adversario, y sepultó la flameante hoja en el cuello del generoso bruto...

El bridon se estremeció, dió un ardiente resoplido, y cayó en el dintel de la puerta, revolcándose con su ginete en un lago de sangre.

Algunos francos que acudían en aquel instante á la voz de Sunyer, buscaron con sus largas picas el cuerpo de Wifredo; pero Dusay, que habia echado pié á tierra, cogió á su señor por debajo de los brazos, y le desembarazó del caballo arrastrándole al interior de la bóveda.

Después le cubrió la cabeza con su propio capacete.

La puerta por donde el de Arria intentó salir habia quedado franca; la que se abría en el extremo opuesto, venia al suelo hecha astilla; por una y otra desembocaban espada en mano los hombres de armas de Salomon.

Acosado Wifredo en aquel estrecho pasadizo, no vió ya mas que una salida: la del sepulcro.

Quiso, no obstante, un sepulcro mas ancho.

—¡Al patio!... gritó á sus escuderos; y detuvo al mismo tiempo á Sunyer con una

estocada que le hizo vacilar hasta tropezar con la pared.

Los servidores del de Arria obedecieron su orden, penetrando en el patio atropelladamente. El conde, que llegó el último, concibió para defenderse el pensamiento que Sunyer había concebido para impedir su fuga.

Tomó la brida del caballo de Dusay, le atravesó en el umbral de la puerta del patio, y hundió su acero en el corazón del animal.

Los escuderos siguieron su ejemplo, y todos los corceles desjarretados y degollados, cayeron en breve los unos sobre los otros.

De esta manera la única entrada de aquel recinto, se encontró obstruida por una muralla de carne.

Bermond, que se presentó el primero á escalarla, fué rechazado por la espada de Wifredo y las hachas de armas de sus servidores.

Tocóle su turno á Sunyer: luego á los dos juntos: despues á sus soldados.

El de Arria peleaba con el desnudo de la desesperacion: sus escuderos le secundaban con brio.

Nunca era desigual el combate porque

los partidarios de Salomon no tenían espacio para lidiar con mayor número de hombres que el que Wifredo les oponía. Los que, tras de inauditos esfuerzos, podían ofrecerse á la lucha, no encontraban un terreno bastante sólido para sostenerla. A los primeros golpes, sus piés resbalaban en la sangre y en la palpitante piel de los caballos. El que caía al lado de sus amigos, solo contribuía á entorpecer sus movimientos: el que rodaba dentro del patio, era al punto despedazado por las afiladas hachas de las gentes del de Arria.

Wifredo, con la armadura enrojecida, la nariz dilatada, la vista fija y la espada en alto, animaba á los suyos con una palabra de aprobacion, unida al nombre del que acababa de asestar un golpe afortunado.

Sunyer rugia, Bermond bramaba, sus hombres de armas maldecían...

Si hay en el mundo un espectáculo terrible, le presentaba seguramente el dintel de aquel arco ensangrentado.

— ¡Quememos la casa!... — exclamó un acento estentóreo. — ¡Ahoguemos en humo y fuego la resistencia de esos renegados! Este medio era infalible, y Sunyer lo reflexionó; pero Bermond le encontró de-

masiado lento en sus efectos, y prefirió otro más espedito.

Las ventanas del primer piso que daban al patio, no estaban á tanta altura que un hombre ágil no pudiera descolgarse por ellas.

En su consecuencia, el audaz caballero subió precipitadamente la escalera, se internó en la galería que rodeaba el patio, y abrió la ventana que halló mas próxima.

Wifredo, que al ruido habia levantado la cabeza, vió lo suficiente para comprender el intento del favorito del conde de Cerdaña.

Bermond habia pasado, en efecto, una pierna al otro lado del antepecho.

Dos de los escuderos del de Arria corrieron hacia él, á tiempo que Sunyer y sus francos asaltaban la puerta con nuevo empeño.

El bravo Bermond calculó que los que le esperaban en el patio no se pondrian tan cerca que pudiera aplastarlos en su caída; por lo tanto, saltó sin temor alguno, recogiendo sus músculos de acero.

No se equivocó.

Los servidores del de Arria se apartaron al verle bajar, y eligieron para acome-

terle el momento en que puso la planta en el patio.

Pero Bermond ya se habia enderezado, y los recibió con la punta de la espada.

A los pocos instantes, uno de los escuderos yacia tendido en el suelo, y el otro se retiraba delante de los silbadores tajos del caballero. Algunos hombres de armas que le habian seguido, aparecieron en la ventana aprestándose á emprender el camino que les enseñó.

El conde dejó la puerta para hacer frente á Bermond; pero este tenia ya varios francos á su espalda: Sunyer, por su parte, se habia aprovechado de la ausencia de su enemigo, y penetraba al fin en aquel disputado recinto, por encima del muro de cadáveres, de hombres y de caballos.

Los fieles escuderos del de Arria desaparecieron ya en medio de las gentes de Salomon de Cerdaña.

Aislado Wifredo, solo pensó en ganar la pared, y logró conseguirlo; pero no sin que la espada de Bermond, que era su perseguidor mas encarnizado, le alcanzase en mitad del pecho y le arrojase rudamente contra el muro.

Tan violento fué el golpe, que la hoja del acero del favorito de Salomon, saltó

como un vidrio en su choque con el arnés de Wifredo.

Los francos se agolpaban en torno del de Arria; llovían los mandobles sobre su capacete, granizaban las estocadas en su coraza.

Bermond, en cuya mano centeallaba una maza de puntas sustituyendo al roto montante, se abrió paso por entre la multitud hasta volver á encontrarse en frente del jóven conde.

Sunyer le ocupaba con sus sendas cuchilladas.

Vió Wifredo levantarse sobre él la maza de Bermond; pero no tuvo tiempo, fuerzas ni espacio para evitar su furioso golpe, estrechado por donde quiera como se encontraba.

Las puntas de la ferrada arma del caballero cayeron una y otra vez sobre la armadura del conde, abollándola, abriéndola, desmenuzándola.

La espada del desventurado Wifredo era ineficaz para acudir á tantas paradas; el brazo izquierdo, que á menudo le servía de adarga, enseñaba ya la ensangrentada manga de su túnica por entre las destrozadas piezas del arnés: cada nuevo golpe que recibía estaba á punto de derribarle en tie-

rra, y medir el polvo en el terrible trance en que se encontraba, era no tornar á levantarse nunca.

Un grito intenso, penetrante, que no parecia salido del débil pecho de un mortal, resonó de repente en aquel teatro de desolacion y de esterminio.

Si este grito no era el que Homero atribuyó á Marte mismo, era por lo menos el de Escontor.

A través de la sangre que nublaba sus ojos, miró Wifredo elevarse una ancha espada por encima de las cabezas de sus adversarios, descender sobre el cráneo de uno de ellos hendirle de un tajo, y volver á levantarse humeante.

Cuando cayó desplomado el moribundo, apareció á su espalda un hombre cubierto de bruñido acero.

En la estrella de oro de su cimera, en su acento y en su golpe, reconoció el conde de Arria á Rosell de Nadal.

Entonces tambien escuchó por vez primera, no el eco de la campana de San Pacomio, sino el confuso clamor de las mil campanas de Barcelona.

Wifredo respiró: nuevos hombres de armas invadian el patio; pero ni sus bandadas, ni las plumas que coronaban sus yel-

mos eran ya de los colores de Cerdaña

Rosell paró con su propia espada el último golpe que Bermond asestaba al de Arria, y se interpuso entre ambos envolviendo al amigo de Salomon en una tempestad de flamígeros cortes.

Uno de ellos le alcanzó en la gorguera del almete, dividió el correon de piel de búfalo que sujetaba el casco y se le derribó de la frente.

Bermond, bramando de cólera, levantó con las dos manos su maza contra Rosell.

Este dió un salto atrás para esquivar el choque; pero si Bermond no podia ya alcanzarle con los brazos, pudo todavia dispararle su arma contundente.

La maza hendió silvando el aire, como el peñon lanzado por una catapulta, y fué á herir al de Nadal en el ángulo saliente que formaban las dos chapas del peto.

A no ser la armadura de Rosell la obra maestra de un artífice milanés, este golpe hubiera terminado el combate; pero la impenetrable coraza rechazó la formidable clava, como habria rechazado una simple saeta.

El favorito del conde de Cerdaña, vió en seguida caer sobre él á Rosell; y se en-

contró sin casco y sin espada para resistir su temible embestida.

En aquel instante de vértigo, brilló delante de sus ojos un hacha de armas; y quiso arrancarsela al hombre que la empuñaba. Éste era Dusay, que recibió al caballero con un vigoroso corte en la muñeca, el cual le echó á tierra la mano.

Bermond lanzó un gemido de dolor, y vaciló un momento.

Antes que volviera en sí, el acero del de Nadal habia descendido sobre su descubierta cabeza, dividiéndole el cráneo y una parte de la mejilla.

El caballero se desplomó de espaldas como una masa inerte

Revolvióse Rosell en medio de aquella confusion, estruendo y carnicería, buscando á Sunyer con su ardiente mirada.

El capttan de los arqueros de Septimania pugnaba en vano por reunir á sus francos dispersos y moribundos por todos lados.

Al encontrar el relámpago que fulminaban las pupilas del de Nadal á través de las barras de su visera, se estremeció de piés á cabeza; porque aquel relámpago era el precursor del rayo estermindador, dado caso que uno y otro no fueran la misma cosa.

Rosell derribó á dos hombres que aun le cerraban el paso, y cruzó por fin su espada con la de Sunyer.

No era aquel un combate ordinario: era una lucha da venganza, de odio, de encono de execracion,

La bullidora pedrería de que estaban incrustados los finos arneses de ambos adversarios, hacia saltar lucientes chispas en su contacto con el filo de los pesados montantes: volaban los pedazos de sus garzotas; las mallas de sus cotas; las escamas de sus brazaletes.

Sunyer habia retrocedido hasta la pared: siguiéndola en toda su longitud encontraría la puerta á veinte pasos detrás de él. Ganar, pues la salida, fué ya su constante anhelo; pero lo intentó sin volver un punto el rostro á Rosell, y sin dejar de llamar con su ronco acento á los hombres de armas de Solomon de Cerdaña.

El de Nadal comprendió el proyecto del capitan de arqueros, y merced à una rápida salida de linea, cambió de frente para cortarle la retirada.

Bramó Sunyer como un búfalo enjaulado, y quiso romper por todo.

Se hizo atras para que fuese mayor el ímpetu de su acometida, llenó de aire sus

robustos pulmones, levantó en alto su afilada cuchilla, y se abalanzó á Rosell con una veloz carrera y un tajo centellante.

La espada, sin embargo, se escapó de su mano á la mitad del camino, batida por el incontrastable hierro del de Nadal.

Pero antes de que Rosell tuviera tiempo de contestar el golpe, llegó Sunyer sobre él, prendiéndole entre sus brazos.

Entonces la lid cambió de naturaleza. El de Nadal soltó su largo montante, inútil en aquel empeño cuerpo á cuerpo; porque ya no parecía tratarse de derribarse un hombre ó hendirse la frente; sino de descoyuntarse los huesos, de macerarse la carne, de oprimirse, de ahogarse.

Entrelazados sus miembros y confundidos sus alientos, giraron un instante sobre sí mismos, y cayeron en tierra rrodando buen trecho.

Rosell procuró sujetar los dos brazos de Sunyer con el suyo izquierdo, en tanto que con la diestra desensvsnaba su agudo puñal.

Consiguió ejecutarlo; pero lo inminente del peligro prestó aliento al amigo de Salomon para desembarazar uno de sus brazos, y sujetar con sus nervudos dedos la armada muñeca del de Nadal.

Habia ido á parar á un ángulo del patio y á cada momento chocaban en los dos lienzos del muro.

Estaban abrazados por el cuello, con la cara del uno contra la del otro; con el corazón próximo á saltar; con los dientes rechinantes.

Si no se mordían, era porque se lo impedía el calado acero de sus celadas.

En una de las continuas peripecias de posición, que ofreció aquella terrible pelea, sofocó Sunyer un quegido sordo: era que Rosell le había retorcido la mano con que oprimía su muñeca, echando sobre ella todo el peso de su cuerpo.

Los dedos del capitán de arqueros se abrieron por sí solos como si le acabasen de cortar los nervios.

Intentó un nuevo esfuerzo para sobreponerse al de Nadal, pero no logró otra cosa que revolcarse en la arena, arrastrando siempre encima á su invencible enemigo.

Buscó entonces Rosell un paso para la hoja de su puñal en la concha de hierro que defendía á Sunyer, y lo encontró entre el almete y el bracerál.

Del informe grupo que formaban los

dos combatientes, salió un desgarrador alarido.

Rosell se levantó jadeante. Sunyer se agitaba en el polvo con las postreras convulsiones de la agonía.

El bravo señor de Nadal elevó hacia el cielo los ojos y las manos.

—¡Vengada estás, sombra de Wifredo de Arria!... exclamó.

—¡El último de tus asesinos ha dejado de existir!

Después recogió su espada y corrió al lado del adolescente hijo del hombre, cuya memoria acababa de evocar.

Wifredo cambiaba su segundo destrozado yelmo por un rutilante casco que le presentaba su solícito Dusay.

El escudero fué á enjugar la sangre que se desprendía en anchas gotas de la frente de su jóven señor:

—Déjala correr, amigo mio, le dijo el conde:—esta sangre es mi bautizo de guerra.

Y salió al encuentro de su libertador que le estrechó en los brazos, radiante de alegría.

No se abandonó, sin embargo, Rosell por mucho tiempo á su júbilo.

Su voz pronunció en breve:

—Ahora, Wifredo, pensemos en el amo; porque ya veis que aquí no queda en pié uno solo de los criados.

En todo aquel vasto recinto no se divisaba, en efecto, un capacete franco ni un penacho de Cerdaña, que no yaciese en tierra destrozado, sangriento, pisoteado.

CAPÍTULO XXIV

La plaza de las Coles

Estraordinario era el espectáculo que ofrecia el espacioso prado del Bar, cuando Wifredo de Arria y Rosell de Nadal salieron de la casa donde acababa de tener lugar la escena que hemos bosquejado.

Una hirviente muchedumbre llenaba en toda su estension las esplanadas y las calles de árboles; y semejante esta multitud á un mar borrascoso, azotaba con su flujo la parda muralla del torreón de Feliú, y con su reflujo las pendientes ramblas y los angostos pretils del templo de San Pacomio.

La aparicion de Wifre fué saludada con una aclamacion general.

Mil lanzas agitaron sus recamados pendones: diez mil gorras se elevaron en el aire.

El conde de Arria no encontró el aborrecido dragon de Cerdaña en ninguna de las numerosas banderas que se desplegaban á su vista. Las enseñas que ondeaban en medio de los escuadrones de los hombres de armas, dejaban ver los blasones de las casas mas nobles de la Marca. Entre aquellos bordados lienzos divisó conmovido las cuatro barras de gules en campo de oro: era su propio escudo. En el fondo del prado, y sobre las apiñadas cabezas de los barceloneses, rasgaban el viento los estandartes esmaltados con el murciélago, timbre de la ciudad.

Un centenar de ginetes encubertados de hierro bruñido, pero sin cuarteles en los escudos, ni empresas en las lorigas, aparecian inmóviles en primer término. Eran las lanzas leonesas que mandaba Rosell, y á cuya cabeza habia llegado al prado del Bar, cansado de esperar en vano la señal de la campana de San Pacomio, y en alas de la impaciencia á que Wifredo debia la vida.

Las armas, denuedo y apostura de estos silenciosos soldados, hacia sospechar á

mas de un catalan que iban á engrosar las filas de la independendencia de la Marca gothica con secreta autorizacion del mismo Alfonso III.

El de Arria se vió rodeado de hombres, que unian su nombre á frenéticas protestas de obediencia, y á gritos de venganza para Salomon. Innumerables brazos le levantaron en alto y le colocaron sobre la silla de un potro berbérisco. Un paje puso en su mano un grueso lanzon: un escudero colgó de su arzon delantero una adarga blasonada.

Rosell montó á caballo tambien, y exclamó inclinándose hacia el oido de Wifredo, para poder ser entendido en medio de aquel espantoso estruendo:

—¡Pronto!... ¡A la plaza del Rey! .. Nada hemos conseguido si Salomon logra pasar por encima de las lanzas del conde de Villafranca.

Y uniendo la accion á las palabras, sacó al galope su corcel.

Wifredo le imitó.

Aquella inmensa muchedumbre se puso entonces en movimiento, reflejando, quebrando y descomponiendo los rayos solares, con sus rutilantes arneses, sus pobladas garzotas, y la fina pedrería de sus yel-

mos y de las guarniciones de sus espadas.

El jóven conde de Arria, á través de la nube de polvo en que galopaba envuelto, distinguia todas las ventanas abiertas, todos los terrados coronados de personas, que le saludaban y le bendecian.

La ciudad entera parecia conmovida en sus cimientos al sonoro choque de los cascos de tanto bridon, al crugido de tantos caparazones de hierro, al estrépito de tantos acentos, al clamor que rasgaba el viento desde la punta de tantos campanarios.

Conforme se aproximaba á la plaza del Rey, aquel turbion de hombres y de caballos, iba precipitando su carrera. Los pedernales estallaban en menudos pedazos bajo su planta.

La inquietud de Rosell se cambió en un verdadero temor al encontrar la plaza enteramente abandonada.

El de Arria experimentó tambien un instante de cruel incertidumbre.

El fugaz reflejo de un arnés hirió, sin embargo, los ojos del de Nadal, desde el fondo de la plaza de las Coles, que se extendia frente de la del Rey, y torció las riendas en aquella direccion.

Todas las avenidas se hallaban ocupa-

das por pelotones de hombres de armas, en los pendones de cuyas lanzas reconoció Rosell los colores de Villafranca.

En el centro de uno de estos pelotones, brillaba la dorada armadura de un caballero, como brilla una estrella en medio de su misma atmósfera luminosa. El de Nadal se precipitó hacia allí, rápido como el viento.

—¿Y Salomon?... gritó á la mitad de su carrera, exhalándose todo un volcan de ansiedad, todo un poema de odio, en aquel solo nombre, y en aquella inflexion interrogadora.

El conde de Villafranca se adelantó contestando:

—Aun le esperamos.

Rosell respiró con la fuerza del náufrago que acaba de asir la punta de un cable.

La espresion de su rostro tranquilizó instantáneamente á Wifredo, que llegaba seguido de un espeso bosque de lanzas.

Tiempo era, por cierto.

Un ginete apostado en el ángulo del palacio del Coso, trajo la noticia de que el conde de Cerdaña habia salido del convento de San Pedro de las Puellas, y que avisado sin duda del movimiento rebelde, se apresuraba á regresar á su fortaleza, buscando los atajos mas seguros,

La posicion de los insurrectos no podia estar mejor elegida; porque situados al pié mismo del castillo de la ciudad, habrian de ver necesariamente á Salomon, qualquiera que fuese el sitio por donde se presentase.

Los caudillos barceloneses volvian, en efecto, la espalda á la torre de las Coles, la mas avanzada de la fortaleza, y que destacaba en un cielo de añil su almenada silhueta, quebrada por puntos negros, sobre cada uno de los cuales reflejaba el sol su lumbre en un bruñido capacete.

Una ardiente exclamacion se escapó de repente de los pechos de la multitud como si la hubiera lanzado un solo hombre.

En el extremo de la calle que unia las dos plazas, acababan de divisar todas las miradas el centelleo de los arneses francos.

Los escuadrones de hombres de armas de Sinibal corrian, en línea recta y lanza en ristre hacia el rastrillo del torreón de las Colés, desde donde les recibia un grito de esperanza.

Los condes que rodeaban á Wifredo, volvieron grupas para ponerse al frente de sus gentes.

Entonces Rosell, que se habia quedado

al lado del de Arria, pudo contemplar extasiado, el mas magnífico de los espectáculos, para su alma caballeresca.

Tronaron las tropas y los clarines: tremolaron los estandartes; se apiñaron los ginetes. Centenares de lanzas se inclinaron erizando con sus lucientes puntas las sólidas filas de las huestes de los hombres del paratge; y los piés de los bridones, animados por la voz y por la espuela, desaparecieron en la espesa polvareda que levantaban sus cascos, y que semejante á la creciente del Oceano, subió en breve hasta los caballeros, rodó en reventadas olas sobre sus cabezas, invadió hirviente los terrados, nubló el sol.

El dedo de Dios habia señalado á la plaza de las Coles para teatro del primer acontecimiento del siglo en la Marca Hispánica.

Desplegóse la bandera de la ciudad y colocóse al frente de los leoneses. El caballero Suniefredo de Narbona la recibió con respeto de las manos del conde de Arria.

Los soldados de Salomon desembocaron en la plaza, en el momento que Wifredo gritaba.

—¡Adelante!...

Y salió á escape el primero.

Detrás de él se precipitaba un sonoro torrente de corceles.

Los hombres de armas de Sinibal ahullaban:

—¡Cerdaña y Francia!

Los de Wifredo contestaban:

—¡Arria y Barcelona!...

Ambas huestes se encontraron en medio de la plaza, como dos nubes cargadas de fluido eléctrico contratrio.

El choque fué terrible.

Cincuenta caballeros botaron de las sillas: quizá otros tantos cayeron en tierra revueltos con sus bridones.

La lanza de Rosell se había roto en la primera embestida, pero no sin abrirle antes el camino del corazón de la masa enemiga.

Allí descolgó del arzón uno de esos montantes de á dos manos, largos y pesados que parecen fraguados para una estirpe de gigantes, y blandiéndole como un junco, destrozó todo cuanto alcanzó su formidable hoja.

Sus golpes sembraban el terror en torno: era el lobo que se introduce en un rebaño de ovejas.

La embriaguez del combate no le hizo, sin embargo, olvidar á Wifredo, y volvió

la cabeza para buscarle. Un relámpago de dicha brilló en sus ojos.

El conde Arria, no lejos de él, avanzaba por entre los francos repartiendo lanzadas á diestro y siniestro, como avanza el segador por un campo de espigas, sin dársele un árdite de que las mieses se cierran detrás de él.

La barra de hierro que formaban las picas de Aquitania, ya no existía: parecía haberse fundido al fuego de los chispeantes mandobles.

El ímpetu de los ginetes de Cerdaña solo había servido para que internándose en el fondo de la plaza, pudieran sus adversarios, enormemente superiores en número, cercarlos por todas partes. Salomón, cubierto por los paveses de sus escuderos, miraba aterrado deshacerse sus escuadrones, desaparecer sus caudillos, pulverizarse sus soldados.

A pocos pasos de él, estaba ya Rosell, que protegido por su excelente armadura, penetraba en las masas de los francos como una segur de acero en un tronco de abeto. Cada uno de los golpes del caballero le privaba de un defensor.

Salomon tendía en torno miradas, estraviadas.

—¡Ah!... Bermond... mi valiente Bermond... murmuraba;—¿donde está tu lanza?... Sunyer... ¿donde están tus arqueros?... ¡A mí!... Sinibal... ¡á mí!... ya no te veo... ¡voto á San Cucufate!... ¿has muerto por ventura?...

Si el marqués de Sinibal no acudió á la voz del de Cerdaña vió este en cambio adelantarse á Wifredo, á quien reconoció en las cuatro barras de gules de su broquel.

Sobre la abollada y enrojecida coraza del jóven conde, caian las mazas y las cuchillas de los hombres de armas de Salomon, como el hacha del leñador sobre una encina. Wifredo, no obstante, avanzaba siempre, pagando en pujantes botes de lanza las contusiones que recibia.

Detrás del de Arria. hacia ondear el estandarte de la ciudad el noble Suniefredo de Narbona, Los mas audaces barceloneses pugnaban por reunirse á aquella cara enseña.

De repente apareció Sinibal, y cortó de un tajo á Suniefredo la mano con que empuñaba el asta de su pendon.

Por un instante, se hundió la bandera popular; pero en breve se vió enhiesta de nuevo en la otra mano del de Narbona.

Sinibal volvía á embestir al heróico ca-

ballero, cuando el conde de Villafranca le alcanzó en el costado con la punta de su lanza. Tan rudo fué el empuje, que el marqués titubeó en la silla. Se agarró al arzon para ganar el estribo perdido; pero antes de que pudiera conseguirlo, cayó sobre él en atropellada carrera el pesado corcel de batalla del de Villafranca, arrastró largo trecho á su caballo, como si le arrebatara un torbellino, y le hizo por fin doblar las rodillas.

Los leoneses pasaron entonces por encima de Sinibal, cuyo aplastado arnés saltaba en mil pedazos bajo los cascos de los bridones.

Los últimos defensores del de Cerdaña caían en derredor suyo, como las espigas del campo donde se detiene una nube de langosta.

Rosell había ya divisado al tirano que buscaba... La hora postrera de Salomon debía haber sonado en el relój del destino.

A la vista de aquel terrible enemigo, los escuderos del conde dieron un paso atrás; el de Cérdaña dejó caer la mano que oprimía maquinalmente la espada.

El de Nadàl llegaba rápido, sombrío, amenazador...

Solo le separaba ya de Salomon un

cuerpo de caballo: esta era la distancia á que franco-godo estaba de la muerte.

Un grito penetrante lanzado á espalda de Rosell, detuvo, sin embargo, el golpe que su brazo iba á fulminar.

El caballero volvió el rostro, y encontró á Wifredo, que se adelantaba jadeante al escape de su corcel.

—¡Oh!... es verdad... dijo;—la vida de ese hombre os pertenece.

Y se separó á un lado bajando su montante.

Wifredo, que corria lanza en ristre, vió á Salomon empuñando un corto estoque. Su hidalgo corazon no le permitió acometer á su enemigo con esta ventaja; á la mitad de su camino, soltó el lanzon y tiró de la espada.

Un instante despues caia sobre el de Cerdaña, exclamando:

—¡Tiembla, Salomón!... ¡Estás delante del hijo del conde de Arria!

Salomon temblaba tanto, en efecto, que si estendió las manos hacia adelante, fué mas bien con el convulsivo movimiento del hombre que quiere repeler un fantasma, que con el seguro ademán del que recibe en guardia á un adversario.

Wifredo asestó al pecho del de Cerdaña

una furiosa estocada. Salomon, deslumbrado, agitó á la ventura su armada diestra en busca del acero .. pero no le encontró...

La espada de Wifredo, impulsada por la fuerza sobrehumana que el encono prestaba á su brazo, y por la velocidad del impetuoso galope de su caballo, atravesó la cota de malla de Salomon, y se sepultó en su cuerpo hasta la empuñadura.

El conde de Cerdaña exhaló un débil gemido, se abrazó un momento al cuello de su corcel, y despues se deslizó de la silla.

Al revolcarse en la arena articulaba su contraida boca:

—¡Ah!... ¡la prediccion de Zeid!... ¡un parricidio!... ¡noventa dias!... ¡un vengador!... ¡el infierno!...

Su último suspiro fué una imprecacion: su postrer estertor, una bocanada de sangre.

Feliú, que se acercaba entonces á la cabeza de sus gentes, revolvió con la punta de su lanza el inerte cuerpo de Salomon para que todos pudieran verle el rostro, y le pisoteó en seguida con su bridon.

La caida del conde de Cerdaña pareció ser el baston que los jueces del campo arrojan en un torneo.

El combate habia terminado en la plaza.

Los restos de los escuadrones francos se agolpaban al puente levadizo del torreón de las coles.

Humberto Aulnay, que veía á los fugitivos mezclados con sus perseguidores, vacilaba en hacer bajar el rastrillo; pero sus soldados, menos crueles, no quisieron presenciar inmóviles el degüello de sus desventurados compañeros, y no aguardaron la orden del alcaide para franquear la entrada del castillo.

No fué infundado el temor de Aulnay. Entre los francos se abalanzó al puente el conde de Villafranca, rompió con su hacha una de las cadenas, y dió tiempo á que se le reunieran algunos de los suyos en el dintel de la puerta.

Allí se renovó la lucha; pero con el desaliento que infunde una causa perdida por parte de los francos, y con la confianza de la victoria por parte de los barceloneses.

Los numerosos combatientes que llegaban cada momento al puente, estendían ya la pelea por los patios interiores de la fortaleza.

Cuando Wifredo y Rosell penetraron en la torre, solo encontraron peones que demandaban piedad, caballeros que deponían las armas.

Las inmensas galerías del castillo de la ciudad, hirvieron, en breve, en soldados que escudriñaban sus mas recónditas estancias, poblando los ámbitos con sus cantos de triunfo.

El conde de Arria se dirigió al torreón de Oriente.

La vasta plataforma de esta mole colossal estaba ya cubierta de hombres al presentarse Wifredo; pero ninguno habia tocado todavia al pendon de Cerdaña, que estendia tranquilamente su ondulante lienzo sobre Barcelona.

Hubiérase dicho que nadie queria disputar al conde de Arria el derecho de arrancar aquel padron de ingnomia.

Wifredo se adelantó, radiante de júbilo, por enmedio de los primeros caballeros de la Marca, y cortó de una sola cuchillada el asta que sostenia el estandarte del dragon de Cerdaña.

Hundiose el lienzo en el ábismo, donde mil brazos le recibieron, mil manos le rasgaron, y mil plantas le pisaron.

En aquel momento de general alborozo, resonó en el torreón el eco de un clarín con un toque extrangero, y un hombre cubierto con una armadura francesa, se abrió

paso por entre los magnantes de la Marca Hispánica.

Rosell, Villafranca y Feliu que ya buscaban la guarnición del acero, se detuvieron al reconocer en el recién llegado las dignas y severas facciones de messire Jacobo de Helly.

El leude franco se detuvo delante de Wifredo.

—Conde de Arria, pronunció:—si acabáis de derribar un trono, no soy yo vuestro juez: el emperador de las Galias os pedirá estrecha cuenta; pero en tanto que se revela la soberana decisión de mí señor, yo, su legítimo representante aquí, debo indicaros la única bandera que puede sustituir á la que habéis abatido.

Y sire de Helly desprendió de su pecho la ancha banda con los colores y las armas de los Carlosvinglos, la clavó en la punta de su espada, y se la presentó á Wifredo.

La tempestad que las palabras y la acción del franco estuvieron á punto de hacer estallar en torno, se calmó á un ademán del conde de Arria.

Tomó la banda Wifredo, y contestó estrujándola entre sus dedos:—¡Jamás un tirano volverá á oprimir al condado de Bar-

celona, con su cetro de hierro, á la sombra de esta enseña!... ¡No mas yugo!... ¡No más procónsules!...

Antes de concluir, había ya su mano arrojado por encima de la almenas el emblema imperial, como había arrojado el pendón de Cerdeña.

Entónces fué cuando se desencadenó el huracán; pero de gritos de alegría, de apasionados alaridos, de innumerables voces que repetían las últimas exclamaciones de Wifredo.

El noble franco permaneció no obstante sin pestañear, en medio de aquella exaltada multitud, que solo con juntarse, hubiera podido aplastarle dentro de su armadura.

Wifredo aprovechó el primer intervalo en que el clamor general perdió alguna parte de su intensidad, para continuar con acento seguro:

—La causa, sire de Helly, que ha originado vuestra venida á la Marca, ha dejado de existir... Podeís, pues, volveros á la Septimania... Sí, ¡vive el cielo!... Ya no hay indemnizaciones, ni transacciones, que neseciten un árbitro... Ya no hay pléito homenaje que necesite un juez. Examinad los semblantes de cuantos os rodean:

tended la vista por el inmenso pueblo que bulle á vuestras plantas, y decidme después si encontrais un solo rostro barcelonés que revele al esclavo... Salid de nuestras tierras: el aire que se respira en el condado, está ya envenenado para los francos. El señorío de Barcelona pertenece á sus hijos... Ninguno en adelante les impondrá gobernador... Referir mis palabras al emperador vuestro amo... Participadle que la Marca de Gothia quiere y puede ser libre... Cárlos no negará á sus condes la remision del feudo; pero si se obstinase en retenerla, nosotros sabremos conquistarla con la punta de nuestras lanzas... El juicio de Dios nos será favorable. Me hablábais de la bandera del condado... pues bien, vais á mirarla... ¡Godos!... ¡descubrid la frente!... ¡Saludad al lábaro futuro de vuestra existencia independiente!...

El conde de Arria dió dos pasos hácia el grupo de caballeros, en cuyas manos ondeaban los diferentes estandartes, que aquel dia se habian cubierto de sangre, y que al siguiente debian cubrirse de gloria.

Dusay se apresuró á ofrecerle su orlado pendón de barras de gules.

Wifredo, sin embargo, le apartó con el brazo.

La bandera que su diestra empuñó fué la de la ciudad... Un instante después, la enarbolaba sobre la muralla.

El grito unánime de un pueblo respondió á la accion del conde de Arria.

Desde entonces, no hubo ya para los catalanes ni sire de Helly, ni aun razón: la embriaguez de su victoria se evaporaba en el creciente estrépito de los cien mil acentos que aclamaban con delirio el nombre de Wifredo.

Los hombres del paratge, reunidos en el palacio del Coso, esperaban al libertador de Barcelona.

Las calles que separaban al castillo de la ciudad del monasterio de las Puellas, se habian alfombrado con el verde vestido de los árboles en flor.

Bajo el mullido manto del desgajado follage, desapareció la sangre... luego era lo mismo que si no se hubiese derramado. ¡Pone la humanidad tanto empeño en olvidar la muerte!...

El de Arria tendió una triste mirada sobre el proceloso piélago de cabezas, que animadas por el gozo, se agrupaban en las avenidas del castillo, llenaban las ventanas y cubrian los terrados. Aquel pueblo se aturdia para distraer su hambre de hoy, y

no pensar en la de ayer ni mañana.

Poco tiempo después, la nube de caballeros, que hacia brillar con sus resplandecientes armas la elevada plataforma del torreón de Oriente, se encaminaba á la poterna del patio de las Coles.

Al llegar á la galeria circular del primer piso de la torre, una exclamacion desgarradora heló todos los corazones. Era uno de esos sollozos que ahoga en el pulmón la punta de un puñal...

Wifredo se detuvo instintivamente delante de la puerta del cuarto de Isacar Ascalon.

Aquella puerta se abrió con violencia, y el nùbio Bib se lanzó en la galeria, trémulo y ensangrentado. La repugnancia que inspiraba su rostro radiante de crimen y de andacia, le dejó espacio entre la multitud para precipitarse hácia el arco de la escalera.

Estendió Wifredo la amenazadora mano sobre la sombra maldita de Salomón, y este ademán fué la sentencia del negro.

Rosell de Nadal desenvainó su daga, y la arrojó en pos del fugitivo.

El agudo puñal hendió el aire con la velocidad de una saeta, alcanzó á Bib en

el primer peldaño de la escalera, y se clavó profundamente entre sus paletillas.

El núbio cayó de bruces en el arco.

Apresuróse á entrar el conde de Arria en la habitacion de Isacar; pero ya era tarde. El físico de Salomon yacía sin vida en medio del aposento, apretando con sus crispados dedos la herida que le arrancó el aliento.

El esclavo había cumplido la orden de su señor.

Wifredo volvió á salir de aquella triste estancia donde dejaba la última huella de las venganzas que Salomon de Cerdaña parecía fulminar aun desde el fondo de la tumba.

No tardó el conde de Arria en presentarse en la plaza de las Coles. El estruendo que siguió á su llegada, hizo latir de felicidad su corazón; y agolpó la sangre á sus pálidas mejillas.

El sol derramaba á torrentes su luz vivificante sobre la muchedumbre que hervía en las calles y en las plazas de Barcelona. Nunca los rayos del rey de los astros fueron tan ardientes, tan puros, tan bellos para el pueblo catalan.

Y era que el sol que saludaba enton-

ces á los barceloneses era el sol que alumbraba el primer día de su independencia, de sus esperanzas, de su historia.

¡Era el sol de la libertad!

CONCLUSION

.
Descansemos.

Bastante luto ha vestido nuestra obra:
bastante sangre ha salpicado nuestras pá-
ginas.

Cerremos por un instante las sombrías
crónicas de Monfar, Caresmar, Balucio,
Carbonell, Pujades, Diago, Feliú, Ripoll y
Bofaull, á la manera que el viajero se de-
tiene en la cima de una montaña, y antes
de continuar su camino, dirige una mirada
al brumoso horizonte de las campiñas que
ha recorrido.

El historiador es el rey de lo pasado.

A su potente voz se abren las humildes

fosas de los villanos; se desmoronan los soberbios sepulcros de los monarcas. Al contacto de su mágica pluma, se reúnen los diseminados huesos de las mil generaciones que le han precedido, la carne vuelve á cubrirlos, los trajes de burda lana, ó de púrpura y brocado tornan á revestirlos. Bástale estender la mano, y se reedifican sobre sus ruinas las chozas, los alcázares, las ciudades, las naciones que el tiempo ha hundido, porque tambien se hunden las naciones.

Al nombre que su irresistible acento pronuncia, el reanimado cadáver del hombre que ha llevado aquel nombre, saca siempre su cabeza de la tumba.

Pero disculpable es, por cierto, que el historiador tiemble alguna vez al presentarse en el palenque donde le arroja su misión sublime: disculpable es, sin duda, que con frecuencia se recoja en sí mismo, recobre aliento y medite porque es mucha la audacia que se necesita para hacercarse con planta segura al féretro donde reposa un Alejandro, donde duerme un Anníbal, ó donde yace un Cesar, y decir sin titubear:

—¡Levántate!...

Solo vamos á añadir algunas líneas; pe-

ro no ya con el ensangrentado, si bien espléndido ropaje de la crónica, sino con la sencilla narracion del analista.

Wifredo de Arria fué elevado sobre el pavés por los hombres del parage, y aclamado conde y marqués de Barcelona por el grito unánime del pueblo catalan.

Cumplióse la prediccion que el nuevo soberano hizo á seri de Helly.

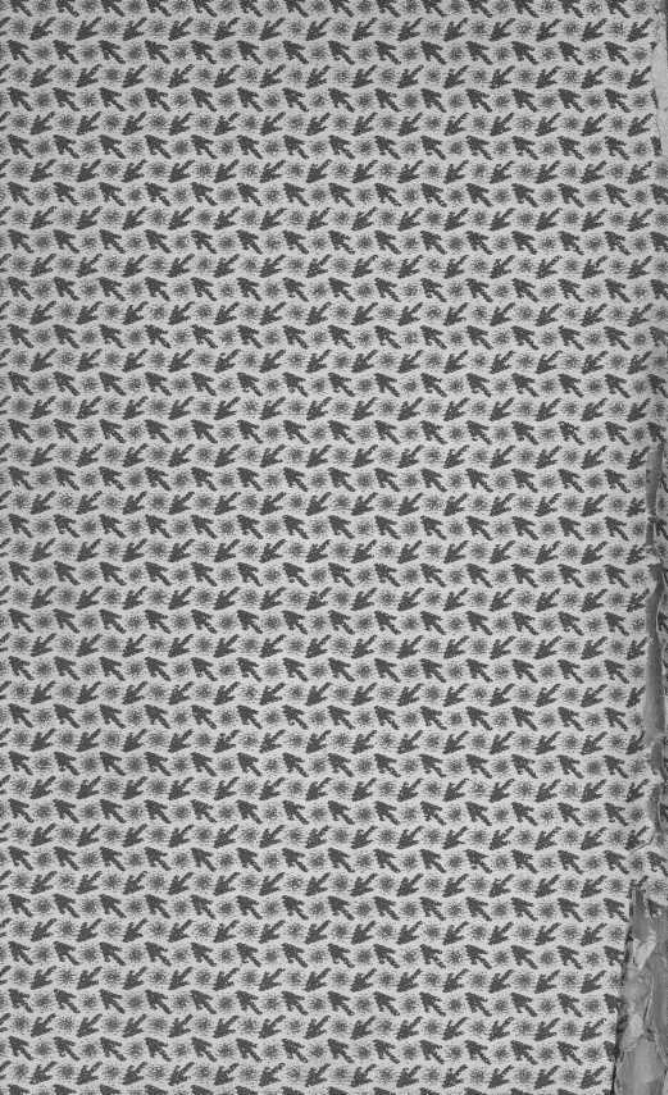
Cárlos el Calvo remitió, al fin, á Wifredo, el feudo en que hasta entonces habia permanecido la Marca Hispánica, y en él dió principio la série de condes independientes, que á tan alto grado de esplendor habian de levantar el naciente estado de la España oriental.

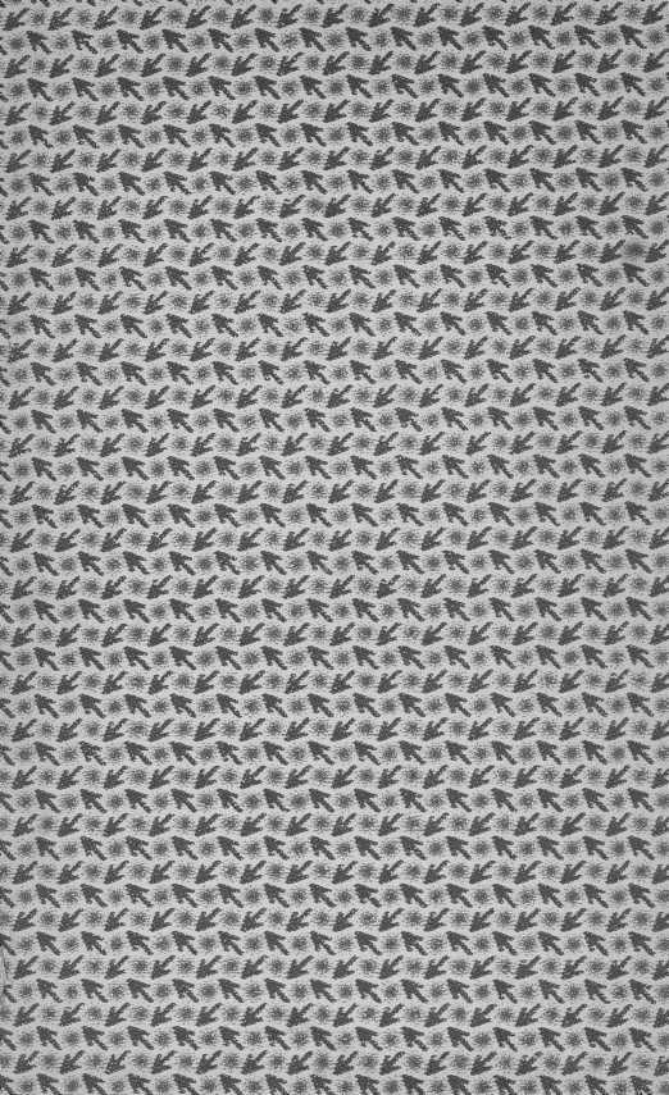
El sobrenombre de Vesollo que la historia de Cataluña ha conservado á su primer conde, según dice cándidamente el doctor Jerónimo Pujades, se originaba del vello que Wifredo tenia acá ó allá de su cuerpo.

FIN









BARRERA



Wifredo

el Velloso



4446

S. E.

2740